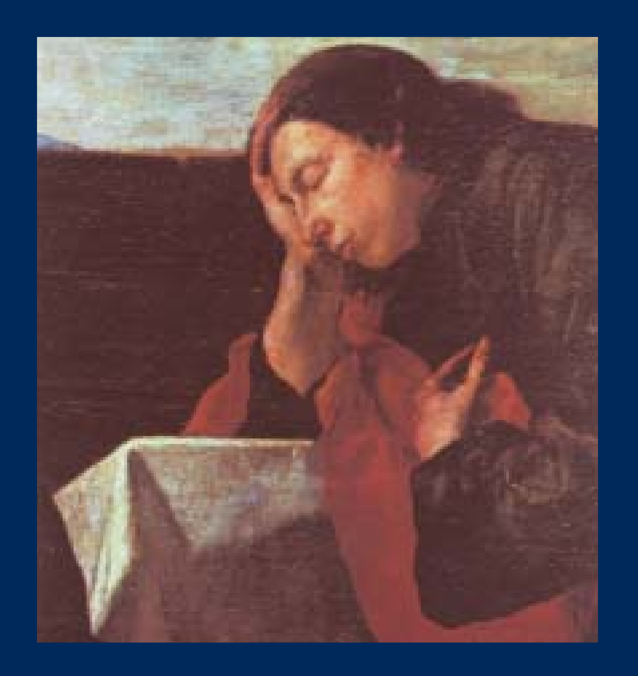
ROBERT BURTON

ANATOMÍA DE LA MELANCOLÍA

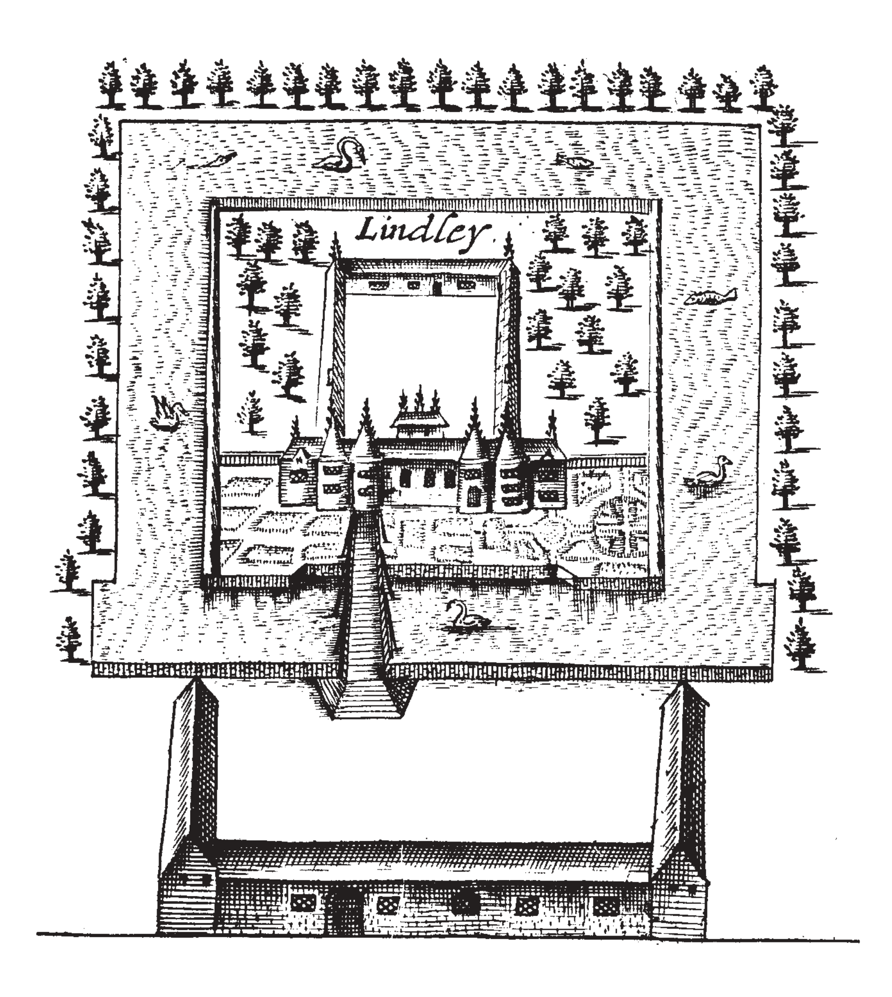
II



ASOCIACIÓN ESPAÑOLA DE NEUROPSIQUIATRÍA
HISTORIA

ANATOMÍA DE LA MELANCOLÍA
II

ASOCIACIÓN ESPAÑOLA DE NEUROPSIQUIATRÍA
HISTORIA / 4



Posesión y morada del padre de Robert Burton en Leicestershire.

ROBERT BURTON

ANATOMÍA DE LA MELANCOLÍA

II

ASOCIACIÓN ESPAÑOLA DE NEUROPSIQUIATRÍA
MADRID
1998

Título original: The Anatomy of Melancholy (1621; ed. de 1632)
Traducción: Raquel Álvarez Peláez. (PB95-0095)
Revisión técnica: Ramón Esteban Arnáiz



Edición: Asociación Española de Neuropsiquiatría
C/ Villanueva, 11. 28001 Madrid. Tf. y Fax: (91) 431 49 11
ISBN: 84-921633-6-4
Depósito Legal: VA. 55.–1998
Detalle de la sobrecubierta: José Ribera, detalle de
la «Comunión de los Apóstoles», Nápoles
Impresión: Gráficas Andrés Martín, S. A. Paraíso, 8. 47003 Valladolid
Distribución: Siglo XXI. Madrid
Colaboración técnica: SmithKline Beecham, S. A.
Directores de la edición: Fernando Colina y Mauricio Jalón

ÍNDICE

PARTE II. LA CURACIÓN DE LA MELANCOLÍA

PRIMERA SECCIÓN

Miembro I
Subsección I: Rechazo de las curas ilícitas 13

Miembro II
Subsección I: Las curas lícitas, la primera de las cuales es Dios 17

Miembro III
Subsección I: Si es lícito buscar la ayuda de los santos en esta enfermedad 20

Miembro IV
Subsección I: El médico, el paciente y la medicina 23
Subsección II: Acerca del paciente 26
Subsección III: Tocante a la medicina 29

SEGUNDA SECCIÓN

Miembro I
Subsección I: Rectificación de la dieta en la sustancia 33
Subsección II: Rectificación de la dieta en la cantidad 38

Miembro II
Subsección I: Rectificación de la retención y la evacuación 42

Miembro III
Subsección I: Rectificación del aire. Con una digresión sobre el aire 47

Miembro IV
Subsección I: Rectificación de los ejercicios del cuerpo y la mente 77

Miembro V
Subsección I: Rectificación del despertar y de los sueños terribles 101

Miembro VI
Subsección I: Rectificación de las perturbaciones de la mente. Por uno mismo, resistiendo al máximo, confesando su aflicción a un amigo, etc. 104
Subsección II: La ayuda de los amigos por medio del consejo, el consuelo, los buenos y malos modos, los recursos ingeniosos, la alteración del curso de la vida, la eliminación de objetos, etc. 110
Subsección III: La música como remedio 116
Subsección IV: La compañía alegre y jovial y los objetos agradables, como remedios 120

TERCERA SECCIÓN

Miembro I
Subsección I: Una digresión consolatoria, conteniendo los remedios para todas las formas de disgustos 129

Miembro II
Subsección I: Deformidades del cuerpo, enfermedad, inferioridad de nacimiento y sinsabores peculiares 135

Miembro III
Subsección I: Contra la pobreza, la necesidad y algunas otras adversidades 145

Miembro IV
Subsección I: Contra la servidumbre, la pérdida de libertad, la prisión y el destierro 168

Miembro V
Subsección I: Contra el dolor por la muerte de los amigos o, por otra parte, contra los vanos temores, etc. 171

Miembro VI
Subsección I: Contra la envidia, la mala voluntad, la emulación, el odio, la ambición, el amor propio y todas las demás pasiones 180

Miembro VII
Subsección I: Contra los rechazos, abusos, injurias, desprecios, ignominias, ofensas, calumnias, escarnios, etc. 183

Miembro VIII
Subsección I: Contra la melancolía en sí misma 197

CUARTA SECCIÓN

Miembro I
Subsección I: De la medicina que cura con medicamentos 201
Subsección II: Los simples apropiados para la melancolía. Contra los simples exóticos 206
Subsección III: Alterativos, hierbas y otros vegetales 208
Subsección IV: Piedras preciosas, metales, minerales alterativos 211
Subsección V: Alterativos compuestos, censura de los compuestos y de la medicina de mezcla 214

Miembro II
Subsección I: Los simples que purgan por arriba 218
Subsección II: Los simples que curan la melancolía por abajo 221
Subsección III: Purgantes compuestos 225

Miembro III
Subsección I: Remedios quirúrgicos 227

QUINTA SECCIÓN

Miembro I
Subsección I: Curas especiales para tres tipos diversos de melancolía de la cabeza 231
Subsección II: La sangría 233
Subsección III: Preparativos y purgantes 234
Subsección IV: Productos para desviar los humores 238
Subsección V: Alterativos y cordiales, corroborativos, eliminación de los residuos y enmienda del temperamento 240
Subsección VI: Correctores de los accidentes que procuran el sueño. Contra los malos sueños, el enrojecimiento, etc. 247

Miembro II
Subsección I: Cura de la melancolía de todo el cuerpo 251

Miembro III
Subsección I: Cura de la melancolía hipocondríaca 252
Subsección II: Correctores para expulsar ventosidades. Contra el estreñimiento, etc. 256

Notas 259

PARTE II
La curación de la melancolía

PRIMERA SECCIÓN

Rechazo de las curas ilícitas

La melancolía inveterada, a pesar de que parece ser una enfermedad continua, inexorable, muy difícil de curar, y que en general suele acompañar hasta la tumba, puede, sin embargo, como observa Montano[1], ser asistida incluso en los casos más violentos, o, al menos, y de acuerdo al mismo autor[2], «puede ser mitigada y muy aliviada», «nunca hay que desesperar». Puede ser muy difícil curar a quien está afectado muy seriamente, pero no imposible si, estándolo, desea ser ayudado.

Basándome en esta esperanza positiva proseguiré mi trabajo, utilizando en la cura el mismo método que usé primero en la enumeración de las causas; primero lo general, después lo particular y las relacionadas con sus diversas especies.

Algunas formas de curar son lícitas, otras ilícitas, y aunque son utilizadas a menudo, con frecuencia, y nos son familiares, sin embargo son censuradas y rebatidas con justicia. En principio, hay que ver si esta enfermedad, y cualquiera que sea semejante, puede curarse por esos medios diabólicos que practican comúnmente el Demonio y sus ministros, hechiceros, brujas, magos, etc., por medio de conjuros, palabras cabalísticas, hechizos, signos, imágenes, amuletos, ligaduras, filtros, encantamientos, etc. Y, si es lícito hacer uso de ellos, de esas curas magnéticas, si pueden o si podemos, por nuestro bien, buscar en cualquier caso tales medios. La primera cuestión, si pueden hacerse tales curas, es discutida por muchos escritores, y unos lo afirman y otros lo niegan. Valesio (*Malleus maleficarum*, «Cont. med.», lib. 5, cap. 6), Heurnius (*Pract. med.,* lib. 3, cap. 28), Celio (lib. 16, cap. 16.), Delrío (tom. 3), Wier (*De praestig. daem.*, lib. 2), Andreas Libavius, Lavater (*De spect.*, part. 2, cap. 7), Holbrenner el Luterano (en Pistorius), Polidoro Virgilio (*De prodig.*, lib. 1), Tandlerus, Lemnio (e Hipócrates, y Avicena entre los demás), niegan que los espíritus o demonios tengan algún poder sobre nosotros, y refieren todo, como Pomponazzi de Padua, a causas naturales y a humores. De otra opinión son Bodin (*Daemonomantiae*, lib. 3, cap. 2), Arnoldo, Marcelo Empírico, J. Pistorius, Paracelso (*Apodix. magic.*), Agrippa (*Filosofía oculta*, lib. 2, caps. 36, 69, 71, 72; y lib. 3, caps. 23 y 10), Marsilio Ficino (*De vit. cœlit. compar.*, caps. 13, 15, 18, 21, etc.), Galeoto (*De promiscua doct.*, cap. 24), Joviano Pontano (tom. 2), Plinio (lib. 28, cap. 2), Estrabón (*Geografía*, lib. 15), y Leo Suavius. Goclenio (*De ung. armar.*), Oswald Croll, Ernesto Burgravius, el Dr. Fludd, etc., y Cardano (*De subtil.*), ofrecen muchas pruebas de que tales curas pueden realizarse, a partir del *Ars notoria* y de las obras decadentes de Salomón, el viejo Hermes, Artephius, Costaben Luca, Picatrix, etc. Pueden

hacer fuego que no quema, hacer venir ladrones o bienes robados, mostrar sus rostros ausentes en un espejo, hacer que las serpientes permanezcan inmóviles, restañar la sangre, aliviar las gotas, epilepsias, mordeduras de perros rabiosos, dolores de muelas, melancolía, «y todos los males del mundo»; hacer al hombre inmortal, o rejuvenecerle, como se dice que hizo un esclavo con un marqués español[3], y que algunos que hacen juegos malabares en China[4] continúan haciendo (según escribe Trigautius), lo que pueden realizar por su extraordinaria habilidad en física, y algunos de nuestros modernos químicos mediante sus extraños alambiques, por sus conjuros, piedras filosofales y hechizos. «Muchos dudan[5], decía Nicholas Taurellus, que el Demonio pueda curar las enfermedades que él no ha provocado, y algunos lo niegan rotundamente, sin embargo la experiencia común confirma, para nuestro asombro, que los magos pueden realizar tales hechos, y que el Demonio puede penetrar sin impedimento, a través de todas las partes de nuestros cuerpos, y curar tales enfermedades por medios desconocidos para nosotros». Daneus, en su opúsculo *De sortiariis*, suscribe lo de Taurellus; Erastus de Lamiis mantiene otro tanto, y así lo hacen la mayoría de los teólogos, que entre su excelente conocimiento y larga experiencia, pueden realizar[6], «acciones con los sufrientes, recobrar la causa de las cosas, aplicar igualmente la materia» como infiere Agustín (*La ciudad de Dios* y *De trinit.*, lib. 3, cap. 7 y 8), y pueden elaborar estupendas y admirables conclusiones; sólo vemos los efectos, pero no sus causas. Nada tan corriente como oír hablar de tales curas; los hechiceros, personas astutas, sabios y brujos blancos, como les llaman, son muy abundantes en cada ciudad, y si se les busca para ello, atenderán casi todas las enfermedades del cuerpo y la mente. *Servatores* en latín [Salvadores], tienen habitualmente la rueda de Santa Catalina impresa en el techo de la boca o en alguna otra parte alrededor de ella, y «persisten en hacer encantamientos (escribe Boissard)[7], y combaten la enfermedad con palabras mágicas», etc.; y decía Taurellus que dudar de ello por más tiempo[8], o no creer, era correr hacia el escéptico extremo de la incredulidad. Leo Suavius, en su comentario sobre Paracelso, parece convertirlo en un arte que debe ser aprobado: Pistorius y otros apoyan inflexiblemente el uso de encantos, sentencias, signos, etc. El arte es verdadero, pero hay muy pocos que tengan habilidad en él. Marcelo Donato (*De hist. mir.*, lib. 2, cap. 1) prueba, a partir del libro ocho de las *Antigüedades* de Josefo, que Salomón[9] curaba así todas las enfermedades, por conjuros, encantamientos, y expulsaba así a los demonios, y que Eleazar, antes de Vespasiano, hizo otro tanto. Langio, en su *Med. epist.*, sostiene que Júpiter Menecrates, que hizo tan estupendas curas en su tiempo, utilizaba ese arte, y que no era otra cosa que un mago. Diariamente se realizan muchas curaciones de este tipo; el Demonio es un médico experto, tal como le llama Godelman (lib. 1, cap. 18), y Dios permite a menudo que estas brujas y magos produzcan esos efectos curativos, tal como admiten Lavater (cap. 3, lib. 8; parte 3, cap. 1), Polidoro Virgilio (*De prodigiis*, lib. 1), Delrío y otros. Tales curaciones pueden realizarse, como mantiene inflexiblemente Paracelso (*De morb.*

ament., tomo 4), «porque no se les puede curar de otra manera que por conjuros, sellos, y medicina espiritual»[10]. Arnoldo[11] (lib. *De sigillis*) establece su realización, y así lo hacen Rolando y muchos otros.

Suponiendo que pueden efectuar tales curas, la cuestión principal es si, en un caso desesperado, sería legítimo implorar la ayuda o pedir el consejo de un mago. Para algunos hombres es una práctica común ir primero a un brujo y después a un médico; si uno no puede, el otro podrá: «si no pueden inclinar el Cielo en su favor, lo intentarán con el Infierno». «No importa, decía Paracelso[12], si es Dios o el Diablo, los ángeles o los espíritus impuros quienes curan, con tal de conseguir el alivio». Si un hombre cae en una zanja, prosigue, no importa que quien le ayude a salir sea un amigo o un enemigo, y si estoy hostigado por una enfermedad, ¿qué puede importar si me redime el mismo diablo, o cualquiera de sus ministros, con el permiso de Dios? Llama a los magos ministros de Dios y sus vicarios, aplicándoles profanamente aquello de «vosotros sois dioses», por lo que es increpado por T. Erastus (Parte 1, folio 45). Y en otra parte anima a sus pacientes a tener buena fe, «y una fuerte imaginación, porque así encontrarán sus efectos; dejad que los teólogos digan lo que quieran en contra»[13]. Él prueba y sostiene que muchas enfermedades no pueden curarse de otra manera; «si son causadas por hechicería deben curarse por hechicería»[14]. Constantino (lib. 4) aprueba tales remedios: Bartolo el Jurista, Peter Erodius (*Rerum judic.*, lib. 3, tít. 7), Salicetus, Godefridus, y otros de su clase lo admiten; «si es para algo que atañe a la salud, puede recurrirse a los magos, pero no en otra situación», y así será, por el bien de las partes o de ninguna manera. Pero estos hombres fueron refutados por Remigio, Bodin (*Daem.*, lib. 3, cap. 2), Godelman (lib. 1, cap. 8), Wier, Delrío (*Mag. disquis.*, lib. 6, cuest. 2, t. 3), y Erastus de Lamiis; todos nuestros teólogos[15], los sabios y los que escriben sobre casos de conciencia están en contra, y la propia Escritura lo prohibe absolutamente como un pecado mortal, (Levít caps. 18, 19, 20; Deut, 18 ss., y Rom 8,19) «No hay mal del que provenga un bien». Mejor sería, para esos pacientes tan alterados, soportar algo de desdicha en sus vidas antes que arriesgar la salud de sus almas para siempre, y como aconsejaba Delrío, «mejor morir que ser curado de esa manera»[16]. Algunos se encargan de expulsar a los demonios por medio de remedios naturales y exorcismos mágicos, que parecen aprobar a partir de la práctica de la Iglesia primitiva, como la citada más arriba de Josefo, o la de Eleazar, Ireneo, Tertuliano o Agustín. Eusebio hace mención de ello, y la propia magia ha sido públicamente profesada en algunas Universidades tan antiguas como Salamanca, en España, y Cracovia, en Polonia: pero condenada en el año 1318 por el canciller y la Universidad de París[17]. Los escritores papistas hoy en día conservan aún muchos de estos conjuros y formas de exorcismos en su Iglesia, y además de los que se usan en el bautismo, exorcizan en el nombre de Cristo, como ellos mantienen, los alimentos y todo lo que es poseído. Leed los exorcismos que prescriben Hieronimus Mengus (cap. 3) y Peter Tyreus (part. 3, cap. 58), y además esos métodos corrientes, como «fuego, ligeros sahumerios,

cortar el aire» con espadas (cap. 57), hierbas, aromas: de lo que trata Tostatus (Reg. 2, cap. 16, cuest. 43). Encontrarás muchas frívolas y vanas formas supersticiosas de exorcismos entre ellos, ni tolerables ni soportables.

Miembro II, Subsección I

Las curas lícitas, la primera de las cuales es Dios

Habiendo sido tan claramente demostrado, como lo ha sido, que todas las curas ilícitas deben ser rechazadas, queda por tratar sobre las que pueden ser admitidas, y éstas son generalmente las que Dios ha designado, por virtud de piedras, hierbas, plantas, metales, etc., y semejantes, que se preparan y aplican para nuestro uso, por arte e industria de los médicos[18], que son los dispensadores de tales tesoros para nuestro bien, y para ser «estimados a causa de su necesidad», como ministros intermediarios de Dios, y en ellos debemos buscar ayuda en nuestras debilidades. Sin embargo, como no debemos depender demasiado o totalmente de ellos, ya que «en Jove está nuestro origen», debemos comenzar primero con oraciones, y después utilizar la Medicina, nunca una cosa sin la otra, sino ambas en conjunto. Solamente rezar, rechazando los medios ordinarios, es hacer lo mismo que en el caso de Esopo, que cuando se atascó su carreta se acostó boca arriba y gritó con fuerza pidiendo socorro a Hércules; pero eso era de poca utilidad, como le dijo un amigo, «si no hacía un esfuerzo por sí mismo»; azotó a sus caballos al máximo y arrimó el hombro a la rueda. Dios trabaja con métodos, como cuando Cristo curó al ciego con barro y saliva.

Así como debemos rogar por la salud del cuerpo y el alma, así debemos utilizar nuestros máximos esfuerzos para preservarla y mantenerla. Algunos tipos de Demonios no pueden ser exorcizados más que con ayuno y oraciones, y ambas cosas se requieren necesariamente, nunca una sin la otra. Porque toda la Medicina que podemos utilizar, arte, excelente destreza, no tiene sentido sin la invocación a Dios, «no vale de nada prometer a Craterus montañas de oro para que nos cure»: es en vano buscar ayuda, correr, cabalgar, a menos que Dios nos bendiga.

> «(...) ningún ánimo recibe del hechizo de Venus[19]
> ni de ningún elaborado y dulce manjar siciliano,
> y ni casa ni finca, ni el agudo sonido del oro,
> pueden sustraer de las fiebres
> al amo que languidece»[20].
>
> Con casa, con tierra, con dinero y con oro,
> la fiebre del patrón no podrá controlarse.

Debemos utilizar la oración y la medicina juntas: y así sin ninguna duda nuestras oraciones serán útiles y nuestra Medicina surtirá efecto. Esto es lo que practicaba Ezequías (Reyes lib. 2, cap. 20), y Lucas el Evangelista; y lo disfrutaremos todos, no sólo el paciente, sino el propio médico. Hipócrates, un

pagano, pedía esto de un buen práctico, y lo mismo hacía Galeno (lib. *De Plat. et Hipp. dog.,* lib. 9, cap. 15), y en su tratado sobre el tiempo y las costumbres (*An mores sequantur temp. cor.,* cap. 11), es algo que quiere inculcar, así como muchos otros[21]. Hyperius en su primer libro *De sacr. script. lect.,* hablando de esa felicidad y buen éxito que todos los médicos desean, y que esperan tener con sus tratamientos, les dice que no puede esperarse tal cosa excepto si apelan a Dios con verdadera fe, y enseña a sus pacientes a hacer lo mismo[22]. El consejo Laterano (canon 22) decretó que debe hacerse esto; los Padres de la Iglesia han advertido también otro tanto, sea lo que sea lo que se emprenda (decía Gregorio)[23] «deja que Dios sea tu consejero, consulta con Él». «Que sane a aquellos que tienen el corazón roto, y que vende sus heridas» (Sal 147, 3). Por otra parte, como el profeta Jeremías (cap. 46, 11) denunciaba en Egipto, en vano usarás muchas medicinas, porque no tendrás salud. Es el mismo consejo que Comineus[24], ese historiador de la política, daba a todos los príncipes cristianos, en ocasión del infeliz derrocamiento de Carlos, duque de Borgoña, por cuya causa estaba él extremadamente melancólico y enfermo como para morirse, hasta tal punto que ni el médico, ni la persuasión, pudieron hacer nada bueno por él; percibiendo su absurdo error, advirtió a todos los grandes hombres que, en tales casos, «primero rogaran a Dios, con toda sumisión y penitencia, y que confesaran sus pecados, y que sólo entonces utilizaran la Medicina». Exactamente por la misma falta reprendía el profeta a Asa, rey de Judea, quien confiaba más en la medicina que en Dios, que por todos los medios debería enmendarse. Y es una precaución conveniente que debe ser observada por todo tipo de hombre. El profeta David era tan respetuoso de este precepto que en su mayor desdicha y desazón mental puso siempre esta regla en práctica: «Cuando esté abatido, pensaré en Dios (Sal 77, 3). Conforta el alma de tu sirviente, porque por ti yo elevo mi alma (Sal 86, 4). En el día de mi angustia te llamaré, porque tú me escuchas (versíc. 7). Sálvame, oh Dios, por tu nombre (Sal 54, 1)», y también en los salmos 82, 20, etc. Y es la práctica común de todos los hombres buenos: «Cuando su corazón estaba humillado por la desdicha, clamaron al Señor en su aflicción, y él los liberó de su angustia» (Sal 107, 13). Y ellos haciéndolo consiguieron un gran éxito, como confesaba David: «Tú has convertido mi duelo en júbilo» (Sal 30, 11), tú has aflojado mi cilicio y me has ceñido el gozo. Por ello advirtió a todos los demás que hicieran lo mismo: «Todos aquellos que confiáis en el Señor, sed fuertes, y él afirmará vuestro corazón» (Sal 31, 24)». Relata Suidas[25], hablando de Ezequías, que había un gran libro antiguo, escrito por mano del rey Salomón, que contenía medicinas para todo tipo de enfermedades, y que se mantenía expuesto siempre que entraban en el Templo: pero Ezequías, rey de Jerusalén, hizo que lo quitaran, porque hacía que la gente se sintiese segura, abandonando sus deberes de llamar y ponerse en manos de Dios por su confianza en aquellos remedios. Minutius[26], el rico cónsul de Roma, en un discurso a sus soldados, se mostraba muy ofendido con ellos, censurando su ignorancia porque, en su padecimiento, apelaban más a él que a Dios. Es un error general,

que se produce en el mundo entero, y la alocución de Minutius nos concierne a todos; confiamos más en la medicina y buscamos más a menudo a los médicos que al propio Dios. Tan errados están los que prescriben como los que lo solicitan, estimando sólo su provecho y confiando, muchas veces, más en sus recetas y medicinas que en quien las hizo. Desearía a todos los pacientes, por su propio interés, en medio de su melancolía, que recuerden aquello de Siracides: «El temor al Señor es gloria y alegría, y regocijo. El temor al Señor alegra el corazón, y produce gozo, alegría y larga vida» (Eccles 1, 11 y 12)[27]. Y todos aquellos cuando prescriben, en la medicina, deben comenzar «en nombre de Dios», como hacía Mesué[28], para imitar a Lelio de Fonte Eugubinus, que en todas sus consultas concluía siempre con una oración por el éxito de su tarea; y hay que recordar lo de Crato, uno de sus predecesores, «evita la avaricia, y no hagas nada sin invocar a Dios».

Si es lícito buscar la ayuda de los santos en esta enfermedad

Nadie duda de que debemos rogar a Dios; pero es lícito discutir si en estos casos debemos rogar a los santos, o si ellos pueden hacernos algún bien. Si pueden ser útiles en esta enfermedad sus imágenes, santuarios, sepulcros, reliquias, objetos consagrados, agua bendita, medallas, bendiciones, los amuletos divinos, exorcismos sagrados y el signo de la Cruz. Los papistas, por un lado, mantienen firmemente que hay muchos melancólicos, locos y endemoniados que se curan diariamente, sea en la Iglesia de san Antonio en Padua, o en san Vito, en Alemania, por Nuestra Señora de Loreto en Italia o Nuestra Señora de Sichem en los Países Bajos: ella cura a los cojos, lisiados, ciegos, todas las enfermedades del cuerpo y la mente, y gobierna al propio Demonio, decía Lipsio[29], y, «venían, de muy lejos, 25.000 en un día», «¿quién los conduce allí a todos?»[30], ¿quién los traía?; según las últimas nuevas, nuestros ojos y oídos están llenos de sus curaciones, ¿y quién podría relatarlas todas? Tienen un santo propio para cada dolencia particular; por ejemplo, para los venenos, la gota, las fiebres, Petronila; san Román para quienes están poseídos; Valentina para la epilepsia; san Vito para los locos, etc. Y así como Plinio el Viejo[31] recogía dioses para todas las enfermedades («se dedicó un santuario a la fiebre»), y Lilio Giraldi repetía muchas de las ceremonias, todas las afecciones de la mente eran, en tiempos pasados, atribuidas a los Dioses: «el Amor[32], y la Pena, la Virtud, Honor, Libertad, Contumacia, Impudicia», tenían sus Templos; y las Tempestades y Estaciones. «*Crepitus Ventris, dea Vacuna, dea Cloacina*»[33]; había una diosa de la pereza, una diosa de las pociones, de las letrinas, «*Prema, Premunda, Priapus*»[34], dioses obscenos y dioses para todos los oficios[35]. Varrón contaba más de treinta mil dioses; Luciano hacía de *Podagra*, la gota, una diosa, y le asignaba sus sacerdotes y ministros: y la melancolía no iba por detrás, ya que Agustín mencionaba (*La ciudad de Dios*, lib. 4, cap. 9) que había una antigua diosa Angerona[36], que tenía su capilla y sus fiestas, a quien (decía Macrobio)[37] le ofrecían sacrificios anuales, pues debía ser aplacada igual que el resto. No es algo nuevo, como puede verse, esto de los Papistas; y a mi juicio, el viejo y senil Lipsio (si hubiese querido) podría haber dedicado su pluma más adecuadamente, después de todos sus trabajos, a ésta nuestra diosa de la Melancolía que a su *Virgo Hallensis*[38], y ser su chambelán, y hubiera sido mejor para él.

Pero el pobre hombre pensaba que no hacía daño con lo que hacía, y estaba persuadido de que lo hacía bien, ya que tenía tantos patrones y honorables

precedentes del mismo tipo que justificaban en toda medida y muy vehementemente lo que él decía de su Dama y Señora y mucho más: leed, aunque supersticiosos, el opúsculo de Coster y Gretser (*De cruce. laur.*), y a Arcturus Fanteus (*De invoc. sanct. Bellarmine*), Delrío (*Dis. mag.*, tom. 3, lib. 6, cuest. 2, sec. 3), Gregorio de Tolosa (*Syntax*, tom. 2, lib. 8, cap. 24), Strozzi Cicogna (*Thyreus*, lib. 4, cap. 9), Jerónimo de Meng, y encontraréis infinitos ejemplos de curas hechas de este modo, por aguas benditas, reliquias, cruces, exorcismos, amuletos, imágenes, rosarios consagrados, etc. El jesuita Barradio proclamó atrevidamente que el semblante de Cristo y el de la Virgen María podían curar la melancolía si se les contemplaba constantemente. El padre Morales, español, en su libro *De pulch. Jes. et Mar.*, confirma lo mismo a partir de Carthusianus; y no se quién dice que era un antiguo proverbio, en aquellos días, que para aquellos que tenían trastornos de la mente, servía para lo mismo decir «veamos al hijo de María», como proclaman ahora en san Antonio de Padua o en san Hilario de Poitiers, en Francia. En un gabinete de esta iglesia puede verse hoy en día la cama de Hilario, a la que traían todos los locos del país, y después de algunas oraciones y otras ceremonias, les hacían yacer allí para dormir, y ellos entonces se recobraban[39]. En estos sitios es cosa corriente enviar a todos sus locos a la cuna de san Hilario. Y dicen lo mismo de san Tubery[40] en otro sitio. Giraldus Cambrensis (*Itin. Camb.*, cap. 1), cuenta extrañas historias del bastón de san Ciricius, que podía curar ésta y muchas otras enfermedades. Otros dicen otro tanto (como observa Hospiniano)[41] de los tres reyes de Colonia, que producía el mismo efecto un pergamino con sus nombres escritos, colgado del cuello del paciente con el signo de la Cruz. Lee a Lippomanus o la leyenda dorada de Jacobo de Voragine y encontrarás infinitas historias, o esos nuevos relatos de los jesuitas que ahora están en Japón y China, de Matteo Ricci, Acosta[42], Loyola, la vida de Javier, etc. Jasper Belga, un jesuita, curó a una mujer loca colgando alrededor de su cuello a san Juan Evangelista, y muchos así. El agua bendita ha hecho otro tanto en Japón, etc. Nada tan familiar en sus trabajos como ejemplos semejantes.

Pero nosotros, por otro lado, buscamos sólo a Dios. Decimos, con David, «Dios es nuestra esperanza y nuestra fuerza, nuestro auxilio en las tribulaciones, siempre presto a que le encontremos» (Salm 46. 1). Para el anterior catálogo de ejemplos no encontramos otra respuesta sino que son ficciones falsas o ilusiones diabólicas o milagros falsificados. No podemos negar, puesto que es costumbre, que en el día de San Antonio de Padua se traigan diversas personas locas o endemoniadas para que les curen: sin embargo, nosotros planteamos la duda de si esas personas estaban realmente tan afectadas o es que estaban preparadas por sus sacerdotes con ciertos ungüentos y licores para engañar al pueblo, como bien decía Hidelsheim[43]; lo mismo se practica en Bohemia, como nos da a entender Mattioli en su prefacio a los comentarios sobre Dioscórides. Pero no tenemos que ir tan lejos para encontrar ejemplos de ese tipo, pues tenemos precisamente un volumen publicado aquí sobre este asunto: *Una declaración sobre las egregias imposturas papistas para atraer*

los corazones de los religiosos, con el pretexto de eliminar los demonios, practicada por el padre Edmunds, alias Weston, un jesuita, y diversos sacerdotes romanos, sus malvados asociados[44], con numerosos nombres, confesiones, exámenes, etc., de los que se pretendía que estaban poseídos. Pero estos son trucos ordinarios sólo para conseguir admiración y dinero, meras imposturas. El antiguo Esculapio, el falso dios, realizó muchas curas famosas; su templo (como relata Estrabón)[45] estaba diariamente lleno de pacientes, y había gran cantidad de cuadros, inscripciones, medallones, donaciones, etc., que se exponían en sus iglesias, como en el día de nuestra Señora de Loreto en Italia. Era una antigua costumbre,

> «(...) el sagrado muro y la votiva tabla,
> atestiguan que ya suspendí mis mojadas vestiduras,
> en ofrenda al numen tiránico del mar».
>
> (Horacio, lib. 1, oda V)

Haciendo lo mismo, desde los primeros tiempos eran seducidos y engañados como lo son ahora. Es siempre el mismo demonio, llamado en tiempos pasados Apolo, Marte, Neptuno, Venus, Esculapio, etc., como observa Lactancio (*De orig. erroris,* lib. 2, cap. 17). El mismo Júpiter y esos malos ángeles son ahora reverenciados y adorados bajo el nombre de san Sebastián, Bárbara, etc. Cristóbal y Jorge se han situado en sus lugares. Nuestra Señora es la sucesora de Venus (tal como la utilizan en muchos oficios), el resto se surte de otros modos, como escribe el padre Lavater[46], y así son engañados. «Y Dios a menudo hacía la vista gorda frente a estas imposturas, porque abandonaban su palabra, y se entregaban al Demonio, como hacían aquellos que buscaban el agua bendita, las cruces, etc.» (Wier, lib. 4, cap. 3). Qué pueden estos hombres pedir más, para sí mismos, que lo de aquellos Dioses paganos, todos realizando las mismas curaciones con el mismo espíritu seductor. Pero leed más sobre los efectos de los Dioses paganos en Agustín (*La ciudad de Dios,* lib. 10, cap. 6), y sobre Esculapio especialmente en Cicogna (lib. 3, cap. 8); y si ponemos por caso que ellos pueden ayudar, ¿por qué deberíamos buscarlos más a ellos que al mismo Cristo, ya que él tan amablemente nos invita a él, «venid a mí todos los que lleváis una pesada carga, y yo os aliviaré» (Mat 11, 28), y sabremos que hay un Dios, «un mediador entre Dios y Jesucristo que se ofreció a sí mismo como rescate de todos los hombres» (Tim 1.ª, 2, 5). «Sabemos que tenemos un abogado con el Padre, Jesucristo» (Juan 1, 2, 1), que no hay «otro nombre bajo el cielo, por el que podamos ser salvados, sino el suyo», quien está siempre listo para escucharnos, y se sienta a la derecha de Dios, y de quien no sufriremos rechazo: todos somos uno para Él[47], se preocupa de nosotros como si fuéramos uno[48]. ¿Por qué tendríamos nosotros que buscar a otro en vez de a él?

El médico, el paciente y la medicina

De los diversos dones que Dios ha concedido al hombre, dice nuestro apóstol Pablo, la Medicina no es el menor, sino el más necesario, y el que especialmente conduce al bienestar de la humanidad. Próximo, pues, a Dios, en todas nuestras adversidades, «porque de lo más alto llega la curación» (Eccles 38, 2), debemos buscar y confiar en el médico[49], quien es la «Mano de Dios», decía Herófilo, y a quienes él ha concedido el conocimiento, por lo que debe ser glorificado por sus maravillosas obras. «Con tales hechos sana a los hombres, y quita sus penas» (Eccles 38, 6, 7). «Cuando tienes necesidad de él, no le dejes alejarse de ti. Puede llegar la hora en que sus esfuerzos obtengan un gran éxito» (versíc. 13). Por lo tanto no debemos dudar de que si buscamos un médico como es debido, nuestros padecimientos serán aliviados; es suficiente con uno tal como yo indico, y que merezca llamarse así; porque hay muchos charlatanes, matasanos, empíricos, casi en cada calle y en cada ciudad, que usurpan el nombre de médico y hacen que se hable con maldad de este noble y provechoso arte y que sea condenado a causa de estos artífices deshonestos e iletrados. Pero ese médico del que hablo es encomiable, sabio, habilidoso, honesto etc., y de su labor se ocupan ampliamente Wecker (*Antid.*, cap. 2, y *Syntax med.*), Crato, Julio Alexandrinus (*Lib. de med.*), Heurne (*Prax. med.*, lib. 3, cap. 1), etc. En cuanto a esta enfermedad en particular [la melancolía], según Paracelso, aquel que se encargue de curarla tendría que ser un mago, un químico, un filósofo o un astrólogo[50]; Thurnesserus, Severino el Deán y algunos otros de sus seguidores exigen otro tanto: muchos de ellos sólo podrían ser curados por magia. Paracelso es tan inflexible con esos remedios químicos, que en sus curaciones no admite casi otra medicina, escarneciendo así al mismo tiempo a Hipócrates, Galeno y a todos sus seguidores[51]: pero he censurado ya la magia y todos esos remedios; de la química hablaré más adelante[52]. Muchos famosos médicos apelaron a la astrología, tenían dudas sobre ella Ficino, Crato, Fernel, y fue rechazada por otros[53]. No voy a encargarme yo mismo de resolver la controversia; Johannes Hasfurtus, Thomas Boderius, y Magini en el prefacio de su medicina matemática (*Mathematica physiké*), determinarán por mí. Muchos médicos desacreditan el uso de la astrología en la medicina (decía él), no tiene utilidad, es «un arte desatinado que sólo siguen esos ignorantes que van en busca de la fama». Pero yo voy a refutar a unos médicos con otros: los que la defienden y la profesan, como Hipócrates, Galeno, Avicena, etc., que consideran carniceros a los que la ignoran, o Paracelso, que va más allá, y considera que hay médicos predestinados para la curación de un determinado hombre o determinada enfermedad; y también el

momento de la curación, si se inspecciona el esquema astral de cada genitura, se reúnen las hierbas, su administración y la observación astrológica; en lo cual Thurnesserus y algunos profesores iatro-matemáticos son, a mi juicio, excesivamente supersticiosos. «El eléboro puede ayudar, pero no siempre, y no administrado por cualquier médico, etc.», pero creo que estos hombres son demasiado terminantes y tan arrogantes como yo pensaba. Pero, ¿qué hago yo interviniendo en lo que está más allá de mi alcance? Un ciego no puede juzgar sobre los colores, ni yo aventurarme en estas cosas. Yo sólo pediría esto: honestidad en cada médico, que no fuera descuidado o codicioso, como una «arpía» que hace un ruego por su paciente, como un cirujano hambriento que (como anota Wecker)[54] a menudo administra y alarga el tratamiento mientras exista alguna esperanza de pago: «La sanguijuela colgará inmóvil hasta que haya chupado hasta llenarse».

Muchos de ellos, por conseguir una paga tratan médicamente a cualquiera que aparezca, aun cuando no exista ninguna causa para ello, y así lo que hacen, como denuncia Heurne[55], es despertar una enfermedad silente que a menudo se precipita; quienes con sólo un buen consejo, o una buena advertencia, podrían haber sido felizmente mejorados, o que, de otro modo, podrían haberse curado sólo por rectificación de aquellas seis cosas no naturales. Esto es combatir a la naturaleza y convertir en débil un cuerpo fuerte. Arnau de Vilanova, en sus *Aforismos* 8 y 11, observa que hay que precaverse contra ello, y lo prohibe expresamente. «Un médico inteligente no dará medicinas a menos que exista esa necesidad, y primero intentará la dieta médica, antes de proceder a la cura medicinal». En otra parte se burla con desprecio de esos hombres que piensan que ellos, con la medicina, pueden depurar de las imaginaciones fantásticas y del Demonio[56]. Otra precaución es que procedan sobre buenas bases cuando hay necesidad de la medicina, y no se confundan de enfermedad; pues a menudo se confunden por la similitud de los síntomas, decía Heurne, y yo mismo puedo dar ejemplo de muchas consultas en la que se habían prescrito medicinas opuestas. Muchas veces hacen su trabajo con demasiada indiferencia, sin prescribir para un correcto curso de la medicina[57], estimulando el humor en lugar de purgarlo, y haciendo a menudo más daño que bien. Montano (*Consil.*, 30) vitupera tales errores, «que purgan a medias, cansan la naturaleza y molestan el cuerpo sin propósito». Es un humor complicado de purgar, y como llama André du Laurens a esta enfermedad, el descrédito de los médicos, y Besardo, su flagelo; y por esta razón hay que respetarla aún más cuidadosamente. Aunque el paciente sea remiso, decía André du Laurens, desee ayuda y después la rechace, aunque descuide su propia salud, es deber de un buen médico no abandonarlo sin ayuda. Pero la mayoría de las veces los médicos pecan hacia el otro extremo, prescribiendo demasiadas medicinas, agotando los cuerpos de los enfermos con continuas pócimas, sin propósito. Aecio (*Tetrabib.*, 2, ser. 2, cap. 90) haría, de todos modos, que las dejaran de tanto en tanto «para dar algún respiro a la naturaleza», y Lelio de Fonte Eugubinus encuentra en sus consultas (y así lo testimonia) que la experiencia

demuestra a menudo «que después de un inútil tratamiento del médico, abandonados a sí mismos se habían recobrado»[58]. Esto es lo que Nicolás Piso y Donato Altomari continuamente recalcan: dar descanso a la naturaleza.

Subsección II

Acerca del paciente

Si todas las precauciones precedentes se han observado exactamente y tenemos un médico de la mente hábil y honesto, sin embargo, si su paciente no está a gusto y contento de que él le lleve, todos sus esfuerzos serán vanos. En beneficio de los pacientes es necesario observar y controlar muchas cosas. La primera, que no sea demasiado despreciablemente tacaño con su bolsa, o que piense que es mucho lo que gasta en sí mismo y para ahorrar ponga en peligro su salud. Los abderitas[59], cuando mandaron venir a Hipócrates le prometieron la recompensa que quisiera, «todo el oro que tuvieran, que si la ciudad fuera de oro, él lo tendría». Naamán el sirio, cuando fue a Elisha, en Israel, para que le curaran en su leprosería, llevó con él diez talentos de plata, seis mil piezas de oro y diez mudas de vestidos (Reyes 2s, 5.5). La segunda es que, sin timidez, no oculte su pesar si realmente turba su mente; dejadle revelarlo libremente: «La falsa vergüenza hace que los tontos oculten sus dolores incurables». De esta forma se procura a sí mismo mucho daño y se precipita hacia mayores molestias. Debe estar deseando que le curen, y desearlo seriamente. Desear su propia salud es parte de su curación (Séneca), y no diferirlo demasiado tiempo.

> «Aquel que por alimentar un mal lo provoca,
> demasiado tarde rechaza abandonar su juego»[60].

Y

> «Cuando la piel suda, intentar aplacarlo
> con eléboro es vano; encuentra tu enfermedad»[61].

Y esto significa muchas veces que, o por una ignorancia que no tiene en cuenta su propia aflicción y el peligro que entraña, por desprecio, supina negligencia, extenuación, desdicha y obstinación, se arruinan a sí mismos. Los ciudadanos, no sé ahora de qué ciudad, cuando llegó el rumor de que sus enemigos se aproximaban no pudieron soportar oírlo; y cuando comenzó el azote en muchos lugares, ellos realmente lo sabían, pero ordenaron silencio y lo acallaron, pero cuando vieron a sus enemigos marchando ya hacia sus puertas y preparados para sorprenderles, comenzaron a fortificar y resistir, pero ya era demasiado tarde. Cuando la enfermedad estalla y no puede ser ocultada por más tiempo, entonces lamentan su supina negligencia: no es de otra manera con estos hombres. Y a menudo por prejuicio y por aversión y disgusto por la medicina, prefieren morir o estar mucho peor que pedir nada de ella. «Bárbara

monstruosidad (así lo llama Melanchton)[62] y locura deplorable, desprecio de los preceptos de la salud y de los buenos remedios, y lanzar voluntariamente, sobre la propia cabeza, la muerte y muchas enfermedades». Aunque muchos están en el otro extremo, son demasiado pródigos, sospechosos y celosos de su salud, están demasiado prestos a tomar medicinas a la mínima ocasión, o a empeorar cualquier ligera pasión, imperfección, impedimento; si les duele un dedo, corren, galopan, envían a por un médico, como hacen muchas damas, que están enfermas sin ninguna causa, y ellas mismas, en cuanto el médico aparece, cuentan muchas quejas pero de lo que es cualquier pequeñez o descontento, aumentando lo que no es. Jerónimo Capivaccio[63] establece como un fallo común a todas las «personas melancólicas, el decir que sus síntomas son mayores de lo que son, para ayudarse a sí mismos». Y lo que señala Mercurial (*Cons*., 53), es que, «lo más complicado para sus médicos, es que pueden cambiar de médico más que el resto de los pacientes corrientes».

Una tercera cosa que debe pedirse a un paciente es confianza, que tenga buen ánimo y la firme esperanza de que su médico puede ayudarle. Damasceno el Árabe pide lo mismo al propio médico, que tenga confianza en que puede curarle, pues de otra manera su medicina no será eficaz, y que prometa además que verdaderamente le ayudará, y que en definitiva se lo haga creer. Galeottus[64] da esta razón porque la forma de salud está contenida en la mente del médico; y como sostiene Galeno, «la confianza y la esperanza hacen más bien que el médico»[65]; cura mejor aquél a quien se tiene más confianza. Axíoco se enfermó casi hasta la muerte, y a la sola vista de Sócrates recobró su primitiva salud; Paracelso lo atribuye a una única causa, la misma por la que Hipócrates fue tan afortunado en sus curaciones, y no porque tuviera una extraordinaria maestría: «porque la gente corriente tenía el más elevado concepto de su valía». Además de la confianza, debemos agregar perseverancia, obediencia y constancia, no cambiar de médico o disgustarse con él después de cada nadería; porque si hace eso (decía Juan Damasceno)[66] «o consulta con muchos, caerá en muchos errores; o utilizará muchas medicinas». Una advertencia principal de Séneca a su amigo Lucilio era que no debía cambiar de médico, ni las medicinas que éste prescribiese: «Nada estorba más a la salud; una herida con diversos emplastos no se curará nunca». Crato (*Cons*., 186) acusa a todas las personas melancólicas de esta falta: «Es propio de ellos, si las cosas no abandonan sus mentes, y no consiguen alivio, el buscar a otro y a otro» (como hacen corrientemente cuando tienen los ojos doloridos), «veinte, uno detrás de otro, y ellos insisten en prometer que los curarán a todos, probando miles de remedios; y por estos medios incrementan su enfermedad, haciendo que sea más difícil y peligroso el curarla»[67]. «Prueban muchos y no se benefician de ninguno» (decía Montano)[68]: y por esta causa (*Cons*., 24) exige a su paciente, antes de tomarlo en sus manos, «perseverancia y paciencia, porque en tan poco tiempo no pueden hacerse grandes cosas, y bajo esta condición practicará la medicina, pues de otra manera todo su esfuerzo y su consejo serán de muy poca utilidad». Y en su *Consejo* 31, a una matrona nota-

ble le dice «que si desea que le curen debe tener una gran paciencia y, además, una obediencia cargada de confianza y una especial perseverancia, y si lo aplaza o si desespera no tendrá posibilidad o esperanza de éxito». El *Consejo* 230, para un abad italiano, hace una de los mejores razonamientos sobre el porqué esta enfermedad es tan incurable: «porque los individuos son muy inquietos e impacientes, y hay que hacer, por lo tanto, que aquellos que buscan alivio[69], tomen las medicinas, no durante un mes o un año, sino que tienen que dedicarse ellos mismos a sus prescripciones todos los días de su vida». Por último, se requiere que el paciente no sea tan imprudente como para practicar en sí mismo sin aprobación ni consentimiento del médico, o que intente sacar conclusiones si lee una prescripción en un libro; de esta manera cometerían grandes errores y se harían ellos mismos mucho más daño que bien. Aquello que, en un caso, es positivo para un hombre, puede ser, al mismo tiempo, lo opuesto para otro. Un asno y una mula iban cargados, pasando un arroyuelo, el uno con sal, el otro con lana: el fardo de las mulas estaba por casualidad mojado, pero la sal estaba en polvo, siendo aquella carga entonces más ligera, sintiéndose los cargadores mucho más aliviados; se lo dijo al asno, quien pensando que también podría así acelerar, mojó su carga en el siguiente charco, y al hacerse su carga mucho más pesada, se cansó mucho más. Por lo tanto una cosa puede ser buena o mala según los diversos elementos y según las ocasiones[70]. «Muchas cosas (decía Penott)[71] que están escritas en nuestros libros pueden parecer al lector excelentes remedios, pero cuando hacen uso de ellos a menudo se decepcionan, y toman veneno por medicina». Recuerdo, entre las observaciones de Valleriola, una historia de un tal Juan Bautista el Napolitano, que habiendo encontrado por casualidad un panfleto en italiano escrito en honor al eléboro, quiso probar consigo mismo y tomó una dracma en lugar de un escrúpulo[72]: y si no hubiera sido mandado buscar, el pobre hombre se habría envenenado a sí mismo; de donde concluye, utilizando a Damasceno (*Aforismos*, 2 y 3), «que sin un conocimiento exquisito es muy peligroso penetrar en los libros: que es cosa muy desagradable creer en los escritores y confiar en ellos, como ese paciente experimentó al ponerse en peligro a sí mismo». Puedo relatar incluso otro ejemplo, de mi propia experiencia, acerca de un amigo mío que encontrando una fórmula en Brassavola, necesitaba tomar eléboro en substancia, y lo probó en su propia persona; y si no hubiera sido porque, por casualidad, le visitaron unos familiares, habría peligrado por su indiscreción; y así he observado a muchos. Estas son las precauciones ordinarias que creo que deben señalarse, y que quien las observe, como dice Montano[73], encontrará seguramente no sólo gran alivio sino la curación total.

SUBSECCIÓN III

Tocante a la medicina

Hay que considerar, en último término, a la propia medicina; «porque el Señor ha creado medicinas de la tierra, y Él, que es sabio, no las aborrece (Eccles 38.4 y vers. 8); de tales [productos] el boticario hace sus preparados, etc.». De estas medicinas hay diversos e infinitos tipos, plantas, metales, animales, etc., y ellos de varias naturalezas, algunas buenas para uno, dañosas para otro, algunas nocivas en sí mismas, corregidas por el arte, muchas saludables y buenas, simples, mixtas, etc., y por lo tanto aptas para ser manipuladas por médicos prudentes y habilidosos, y aplicables entonces al uso humano. Con este propósito han inventado un método y diversas reglas del arte para poner en orden esos remedios, según sus fines particulares. La medicina (como la define Hipócrates) es nada más que «adición y substracción»[74]; y como se requiere en todas las otras enfermedades, también en ésta de la melancolía debe ser precisa al máximo, siendo como es, (como reconoce Mercurial)[75], una afección tan común en estos nuestros tiempos, debe ser, necesariamente, bien comprendida. Yo he encontrado, en hombres diversos, diversas prescripciones y métodos, algunos asumiendo la cura de todas las enfermedades con una sola medicina aplicada de diversas formas, como aquella Panacea, *Aurum potabile*, tan controvertida en estos días, o la *herba solis*, etc. Paracelso reducía todas las enfermedades a cuatro cabeceras principales, a lo que se adherían, e imitaban, Severino, Ravelascus, Leo Suavio y otros. Éstas eran lepra, gota, hidropesía y epilepsia, a las que reducía el resto: a la lepra, las úlceras, pruritos, fúrfuras o escamas, postillas, etc. A la gota, la piedra, el cólico, dolores de muelas, dolor de cabeza, etc. A la hidropesía, las fiebres, ictericias, caquexias, etc. A la epilepsia pertenecen la parálisis, el vértigo, los calambres, convulsiones, íncubos o pesadillas, la apoplejía, etc. «Si se cura cualquiera de estos cuatro fundamentos, (decía Ravelascus), todos los inferiores se curan», y generalmente sirven los mismos remedios: pero esto es demasiado general, y algunos lo contradicen. Para esta enfermedad peculiar que es la melancolía, de la cual hablaré ahora, encuentro diversas curas, diversos métodos y prescripciones. Los que han intentado la curación práctica de la melancolía, decía Duretus en sus notas a Holler, establecen nueve propósitos o fines; Savonarola prescribía siete Cánones especiales. Eliano Montalto (cap. 26), Faventino en sus *Empiricos*, Hércules de Sajonia, etc., tenían sus diversos preceptos y reglas, todas tendientes a un único fin. Lo usual es lo que me propongo seguir, y es triple: dietética, farmacéutica y quirúrgica. Dieta o mantenimiento, farmacia y cirugía que prescriben Wecker, Crato, Guianerius, etc., y la mayoría; sobre las que voy a insistir y de las que voy a hablar, todo en su orden.

SEGUNDA SECCIÓN

Miembro I, Subsección I

Rectificación de la dieta en la sustancia

La dieta, Διατητική, *victus* o mantenimiento, comprende, según Fuchs[76] y otros, aquellas seis cosas no naturales que he especificado antes, que son causas especiales, y que si se les corrige, son parte principal de la curación o curan totalmente. Johannes Arculano[77] (cap.16, en *Rhazes,* 9), afirma que la rectificación de las seis es suficiente para curar. Guianerius (*Tract.,* 15, cap. 9) les llama «la cura principal»; y así Montano, Crato, Mercurial, Altomari, etc., dicen que es lo primero que hay que probar; Lemnio (*Instit.*, cap. 22), les llama los ejes de nuestra salud, y que no hay esperanza de recuperación sin ellos. Reinerus Solenander, en su séptima consulta sobre una joven dama española que estaba tan melancólica que aborrecía toda compañía, e incluso no podía sentarse a la mesa con sus amigos más cercanos, prescribía esta medicina por encima del resto, pues ningún bien podía hacerse sin ella. Areteo (lib. 1, cap. 7), un viejo médico, piensa que la dieta es suficiente por sí misma si la enfermedad no ha avanzado demasiado en el sujeto. Crato[78], en una consulta de un paciente noble, le dijo llanamente que si su Alteza era capaz de mantener una buena dieta, él le aseguraba su salud futura. Montano (*Cons*., 27), en el caso de un noble de Francia, advirtió a su Señoría que fuera más circunspecto en su dieta, pues si no todas sus otras medicinas serían de poca utilidad. El mismo precepto encuentro al pie de la letra, en Julio César Claudino (*Respon*., 34), Scholtz (cons. 183), y Alejandro de Tralles (cap. 16, lib. 1). Laelio de Fonte Eugubinus[79] se jactaba a menudo de que había hecho más curaciones de este modo, por rectificación de la dieta, que utilizando además otras medicinas. Por lo tanto puedo decir, en una palabra, a la mayoría de los melancólicos, lo que decía el zorro a la comadreja que no podía salir del granero: «cuando estés delgada podrás salir por la hendidura por la que entraste»; las seis cosas no naturales lo causaron, y ellas deben curarlo. De las cuales yo trato como propias del meridiano de la melancolía, pero además de lo que aquí se ha dicho, como dice Cicerón[80], quien ha escrito especialmente por el bien de sus amigos en Tarento y Sicilia, todo ello sirve en general para la mayoría de las enfermedades, y si se mantiene, servirá de ayuda de la misma manera.

De las seis cosas no naturales, la primera es la dieta, así llamada propiamente, que consiste en comida y bebida, en las que se debe considerar sustancia, cantidad, y calidad, y ésta, opuesta a la precedente. En cuanto a la sustancia, se recomiendan generalmente las que son «húmedas, de fácil digestión, y no proclives a engendrar aires, ni fritas ni asadas, sino térreas (decían Valescus, Altomari, Piso, etc.), sino calientes y húmedas, y de buena nutrición»[81]; Crato (*Cons*., 21, lib. 2), admite la carne asada, si se quitan las superficies que-

madas y tostadas[82], lo que llamamos dorado. Salviano (lib. 2, cap. 1) protesta contra las comidas frías y secas, aprobando las carnes jóvenes y tiernas, tales como las de cabrito, conejos, pollos, ternera, carnero, capones, gallinas, perdiz, faisán, codornices y todos los pájaros de montaña, que son tan familiares en algunas zonas de África y en Italia, y como relata Dubliulius, la alimentación común de rústicos y bufones en Palestina. Galeno hace una excepción con el carnero, pero sin duda se refiere a ese morueco que existe en Turquía y en Asia Menor, que tiene esos grandes y carnosos rabos, de cuarenta y ocho libras de peso, como atestigua Vertomannus (*Navig.*, lib. 2, cap. 5). El magro de la carne grasa es lo mejor, y todas las formas de caldos y menestras, con borraja, lechuga y todas esas hierbas saludables, son excelentemente buenas, especialmente con un gallo cocido, todos alimentos de cuchara. Los árabes ensalzan los sesos, pero Du Laurens[83] (cap. 8) los rechaza, y así hacen muchos otros; los huevos[84] se justifican como alimento nutritivo y saludable, la mantequilla y el aceite pueden pasar, pero con alguna limitación, así que Crato[85] los limita, y «para algunos hombres frugalmente, en las horas establecidas, o en salsa»; y de la misma forma aprueba el azúcar y la miel. Deben evitarse todas las salsas picantes y ácidas, y las especias, o por lo menos deben ser escasamente utilizadas[86]: y el azafrán puede tolerarse algunas veces en el caldo; pero estas cosas pueden usarse más libremente según que la temperatura del sujeto sea caliente o fría, o según se observe si producen o no molestias. El vino más ligero, claro y flojo, es el mejor, y no el espeso y fuerte; y lo mismo pasa con la cerveza: la más adecuada es la más suave. Se prefiere el pan de buen trigo, puro, bien limpio de salvado; Du Laurens (cap. 8) dice que puede obtenerse regado con agua de lluvia, cuando se logra.

Debe utilizarse, de todas maneras, agua pura, clara y ligera, de buen olor y sabor, como si fuera aire, a veces caliente, a veces fría, o alternando rápidamente, lo cual, si puede conseguirse, tanto aprueba Hipócrates. El agua de lluvia es la más pura, y como no cae en grandes cantidades no puede utilizarse más tarde, pues se pudre rápidamente. Próxima a ella está el agua de manantial que surge en el Este y corre en dirección Este, desde una fuente que corra rápida a través de terrenos de pedernal, greda o grava; y cuanto más corre un río, es, generalmente, más puro, aunque muchos manantiales aportan realmente, en sus fuentes, el mejor agua. Las aguas de países más calientes como Turquía, Persia, India, que están dentro de los Trópicos, son a menudo más puras que las nuestras del Norte, más sutiles, finas y ligeras, como observan nuestros mercaderes, conteniendo cuatro onzas en una libra, más agradables de beber, tan buenas como nuestra cerveza, y alguna como la del río Coaspes en Persia, preferida de los reyes de Persia, incluso antes que el propio vino.

> «Aquellos que se quitan la sed en la fuente de Clitor,
> detestan el vino y, abstemios, sólo aman el agua»[87].

No niego que muchos ríos son habitualmente fangosos, o blancos, espesos, como los de China, el Nilo en Egipto, el Tíber en Roma, pero después de asen-

tarse dos o tres días, sus aguas se depuran y aclaran, y son muy convenientes, útiles y buenas. Algunos hacen uso de pozos profundos, tan antiguos como los de la Tierra Santa, y lagos y cisternas cuando no hay mejor forma de aprovisionarse; o van a buscarla en carros o en góndolas como en Venecia, o a lomos de camellos, como en el Cairo, en Egipto; Radziwill observó ocho mil[88] camellos diariamente empleados en esa tarea; algunos la guardaban en pozos, como en las Indias Orientales, un cuadrilátero con escalones descendentes, y no está nada mal. Y no hay seguramente nadie tan hermoso como esa griega Calis, hermana de Nicéforo, emperador de Constantinopla, y casada con Dominitus Silvius, Duque de Venecia[89], que, entre sus increíbles caprichos, no utilizaba nunca agua vulgar; pero murió de una enfermedad tan repugnante (decía mi autor) que ningún agua podía limpiarla. Platón[90], cuando estaba de viaje, no se alojaba nunca en una ciudad que no estuviese gobernada por leyes o que no tuviese un rápido curso de agua corriendo por ella: «la carencia de una corrompe la salud, la de las otras la mente». Pero esto es más de lo que se necesita, demasiada rareza es inútil, y en tiempo de necesidad cualquier agua es buena. De todas maneras, lo mejor es el agua pura, que es mejor que el oro (como sostiene Píndaro), y es especial ornamento y algo muy «cómodo para la ciudad (según Vegecio)[91] cuando se incluyen dentro de sus muros frescas fuentes», como había en Corinto, casi en el medio de la ciudad, un agradable monte lleno de fuentes de agua fresca: «si la Naturaleza no las provee, hay que encontrarlas por medio del Arte». Es una maravilla leer sobre los estupendos acueductos existentes y lo muchísimo que se ha gastado en la vieja Roma, en Constantinopla, Cartago, Alejandría y otras ciudades tan populosas, para traer aguas buenas y saludables: hay que leer a Frontino[92], Lipsio (*De admir.*), Plinio[93] (lib. 3, cap. 11) y Estrabón en su *Geografía*. El acueducto de Claudio era el más importante, traído sobre arcos de quince millas, cada arco de ciento nueve pies de alto: tenían otros catorce acueductos, además de lagos y cisternas, setecientos según he visto; cada casa tiene sus cañerías y canales que les servían para el uso privado[94]. Peter Gillius[95], en su exacta descripción de Constantinopla, habla de una vieja cisterna que el bajó a ver, de trescientos treinta y seis pies de largo, ciento ochenta pies de ancho, construida en mármol, cubierta con un arco maestro y sostenida por trescientos treinta y seis pilares, separados por doce pies y en once filas, para contener agua dulce. Desde un principio se gastó muchísimo en canales y cisternas en el Nilo, hasta Alejandría, para admiración de estos tiempos, con sus cisternas tan curiosamente cementadas y compuestas que un observador hubiera pensado que estaban hechas todas de una sola piedra[96]: cuando se han colocado los cimientos y la cisterna hecha, sus hogares están ya a medio construir. El acueducto de Segovia, en España, es de los que más maravillan hoy en día, sobre tres filas de pilares, uno encima de otro, lleva agua dulce a cada casa[97]: pero casi cada ciudad está llena de tales acueductos. De entre el resto, hay que ensalzar eternamente a quien trae, a su propia costa[98], un nuevo curso de agua hacia el lado norte de Londres; y a Mr. Otho Nicholson, fundador de nuestras traídas de

aguas y del elegante conducto de Oxford. Tanto se ha atribuido siempre a este elemento y a su adecuado aprovisionamiento. Aunque Galeno ha hecho una excepción con aquellas aguas que corren por tuberías de plomo, a causa del plomo blanco que producía disentería y flujos; sin embargo, como bien respondía Alsarius Crucius de Génova, es contrario a la común experiencia[99]. Si eso fuera cierto, la mayoría de las actuales ciudades italianas y Montpellier en Francia, así como infinitas más, hubieran tropezado con este inconveniente, pero no hay tal cosa. Para las familias privadas y sobre la forma en que deberían aprovisionarse ellas mismas, pueden consultar en Pedro de Crescentiis (*De agricult.*, lib 1, cap. 4), Pamphilus Herilacus y los demás.

Entre los peces, aquellos que mejor se permiten son los que viven en aguas guijarrosas o arenosas, los lucios, percas, truchas, gobios, eperlanos, lenguado, etc. Hipólito Salviano hace una excepción con la carpa, pero yo diría, con Dubravius[100], que tiene una carne excelente si no proviene de estanques cenagosos[101], pues así no retienen un sabor desagradable. Erinatius Marinus es muy ensalzado por Oribasio, Aecio y la mayoría de nuestros recientes escritores.

Crato (*Cons.*, 21, lib. 2)[102], censura todas las formas de frutas por estar sujetas a la putrefacción, aunque las tolera algunas veces, después de las comidas o como segundo plato; guardan los vapores y tienen su utilidad. Las frutas dulces son las mejores, como las cerezas dulces, ciruelas, manzanas dulces; y las peras y camuesas, que Du Laurens alaba porque tienen una propiedad particular contra esta enfermedad, y que Platter magnifica, «son agradables y convenientes para todos», aunque deben ser corregidas por su flatulencia; las uvas maduras son buenas, y las pasas del Sol, así como los melones de Castilla son bien aceptables, pero escasamente utilizados. Se permiten los higos y las almendras blancas. Alejandro de Tralles desaconseja los higos, Salviani[103] las aceitunas y alcaparras, que a otros les gustan especialmente, así como los pistachos[104]. Montano y Mercurial a partir de Avenzoar, admiten los melocotones, las peras y manzanas asadas después de las comidas, sólo corregidas con azúcar y semilla de anís o semilla de hinojo, y así pueden ser tomadas con provecho, porque fortalecen el estómago y evitan los vapores. Lo mismo puede decirse de las conservas de cerezas o ciruelas, las mermeladas de ciruelas o membrillos, etc., pero no se debe beber después de ellas; se pueden tolerar las granadas, limones y naranjas siempre que no sean muy ácidos[105].

Crato no admitía más hierbas que la borraja, lengua de buey, endivia, hinojo, semilla de anís, melisa. Calenus y Arnoldus toleraban las lechugas, espinacas, remolachas, etc. El mismo Crato no permitía de ninguna manera que se comieran raíces. Algunos aprobaban las patatas, la chirivía, pero todas corregidas por el aire. Nada de ensaladas crudas; pero sí, como prescribe Du Laurens, en caldo; y así Crato indica muchos: o que se utilice borraja, lúpulo, melisa, como infusión en su bebida ordinaria. Avenzoar[106] alaba el zumo de granada si es dulce, y especialmente el agua de rosas, que dice que debería utilizarse en cada plato, lo que ponen en práctica en aquellos países cálidos, por

Damasco[107], donde (si es que podemos creer el relato de Vertomannus) se vendían en el mercado en un momento muchos pellejos de agua de rosas, tan enorme era la demanda.

Subsección II

Rectificación de la dieta en la cantidad

Sólo el hombre, decía Cardano[108], come y bebe sin apetito, y utiliza todo su placer sin necesidad, dependiendo de su viciosa mente, y de ahí provienen muchos inconvenientes para él. Porque no hay alimento de ninguna clase, aunque por otro lado sea saludable y bueno, que tomado fuera de su momento o utilizado inmoderadamente, más de lo que el estómago puede soportar, no engendre crudeza[109] y haga mucho daño. Por lo tanto, Crato[110] advierte a sus pacientes que no coman más que dos veces al día, y en sus comidas establecidas, que no coman de ninguna manera sin apetito, o con el estómago lleno, y que pongan siete horas de diferencia entre la comida y la cena. Una regla que sería muy buena para nuestra salud si la observáramos en nuestras Universidades. Pero la costumbre, esa tirana, se impone, y contrariamente a todo buen orden y reglas de la medicina, apenas respetamos cinco horas. Si después de aguardar siete horas alguien no tiene el estómago preparado, dejadle retrasar su comida, o, en su hora normal de alimentación, comer muy poco. Este mismo consejo dio Próspero Calano al cardenal Caecius cuando se ocupaba de esta enfermedad; y Platter[111] lo prescribía a un paciente suyo, para que lo observara estrictamente. Guianerius admite tres comidas al día, pero Montano (*Cons*., 23, «para el abad Italo») las restringe precisamente a dos, y decía que así como no debía comer demasiado, tampoco debía, de ninguna manera, comer rápido; porque como defendían Celso (lib. 1) y Jacchinus (en Rhazes, 15, 9), tanto la saciedad como la inanición, en sus dos extremos contrarios, hacen daño[112]. Y más aún, lo que se come debe ser bien masticado[113], y no tragado apresuradamente, porque esto causa crudeza y aire, y de ninguna manera se debe comer más de lo que se puede digerir bien. Comer y vivir es como el proverbio: «Algunos piensan (decía Trincavelli[114], *De curand. part. hum.*, lib. 11, cap. 29) que cuanto más comen más se nutren, sin saber que lo único que restablece al hombre es lo que está bien mezclado, y no lo que es devorado». Los hombres melancólicos tienen, generalmente, buen apetito pero mala digestión, y por esta causa deben asegurarse de levantarse con un apetito determinado, y sólo comer y beber para satisfacer el hambre y la sed, como tanto recomiendan Sócrates y Disarius, los médicos de Macrobio[115], y san Jerónimo, quien obliga a Rústico a hacer eso mismo[116]. El jesuita Lessius[117] indica, como cantidad apropiada, doce, trece o catorce onzas, o, en nuestras tierras del norte, dieciséis onzas, «como mucho (para todos, estudiantes, enclenques, y lo mismo para quienes llevan una vida sedentaria y ociosa), de carne, pan, etc., una proporción adecuada para todo un día, y otro tanto o algo menos para beber». Nada molesta tanto al cuerpo y la mente como el estar continuamente

harto, comer e ingurgitar más allá de toda medida, como hacen muchos; «por comer demasiado y por las fiestas continuas, asfixian a la naturaleza y se atascan a sí mismos; en cambio, si hubieran vivido rudamente, o como los esclavos de galeras atados al remo, hubieran prolongado felizmente muchos años agradables»[118].

Hay una gran variedad de platos que causan la destemplanza de la que hablábamos; «por lo cual» decía Avicena, «no hay nada peor que alimentarse con múltiples comidas, o con demasiada cantidad», como Sertorius cenando hasta el amanecer, y como hacen normalmente en Moscú y en Islandia, que prolongan la comida a lo largo de todo el día, o de toda la noche. Nuestras tierras del norte pecan especialmente en esto, y nosotros en esta Isla (como anota Polidoro)[119] somos muy generosos en la alimentación, pero para nuestro propio daño. «Hijo mío, odio este lujo pérsico. El exceso de alimento engendra enfermedad, y la glotonería provoca enfermedades coléricas, y muchos perecen por hartazgo, pero aquel que sigue una dieta propia prolonga su vida» (Eccles 37, 29, 30). Pensamos que es una gran gloria tener la mesa diariamente provista con variedad de alimentos, pero escucha al médico, que te tira de la oreja cuando te sientas a la mesa y te dice «que nada puede ser más nocivo para tu salud que tanta variedad y cantidad»[120]. La temperancia es una brida de oro, y aquel que puede utilizarla correctamente, es más parecido a un dios que a un hombre[121]: porque así como transformará a una bestia nuevamente en un hombre, hará de un hombre un dios. Para preservar el honor, la salud y, por lo tanto para evitar todas las hinchazones, agitaciones, obstrucciones, crudezas y enfermedades que provienen de una dieta abundante, lo mejor es alimentarse frugalmente, con uno o dos platos como máximo, para «tener un vientre bien ordenado», como decía Séneca[122], «elegir uno entre muchos, y alimentarse sólo con eso», como aconsejaba Crato a su paciente. El mismo consejo daba Próspero Calano al cardenal Caesius[123]: llevar una dieta moderada y simple; y aunque su mesa estuviese felizmente provista, por razón de su nivel y de sus huéspedes, que por su parte sólo tomara algún plato sabroso y se alimentara sólo con él. Lo mismo inculcaba Crato (*Cons*., 9, lib. 2), a un noble personaje afectado por esta aflicción [la melancolía], que su Alteza debería cenar o comer solo, sin toda su honorable concurrencia y cortesana compañía, con una amigo personal o alguien semejante, sólo un plato o dos, una copa de vino renano, etc. Y Montano (*Cons*., 24) aconsejaba a una noble matrona que disfrutara de un solo plato, y que no bebiera de ninguna manera entre comidas. De la misma manera (*Cons*., 229), permitía a su paciente sólo un plato, o no comer hasta que tuviera hambre, regla que Berengario observaba estrictamente, como escribía, en su vida, el obispo Hilberto de Cenoma:

> «Sólo bebe cuando está sediento,
> Sólo come cuando está hambriento»,

que todo hombre templado constantemente observa. Cuando unos amigos se encuentran, es una solemnidad frecuente, que todavía se mantiene, el ir a la

cervecería o a la taberna, pues de otra manera no serían sociables, y cuando se visitan mutuamente en sus casas, ambos deben comer y beber. No lo rechazo si se hace moderadamente, pero para algunos hombres nada puede ser más ofensivo; preferirían, y lo digo como san Ambrosio, que les vertieran agua en los zapatos[124].

Mucho beneficia, asimismo, el guardar un buen orden en nuestra dieta, «tomar cosas líquidas primero, caldos, pescado, y alimentos de los que se corrompen más rápido en el estómago; los alimentos de más dura digestión deben venir después». Crato haría la comida más ligera que la cena[125], lo que Cardano desaconseja (*Contradic.*, lib. 1, trat. 5, contr. 18), y por la autoridad de Galeno (*Art. curat.*, 7, cap. 6), y por cuatro razones, él haría la comida mayor. Yo he leído muchos tratados con este propósito, y no sé cómo les puede afectar a algunos enfermos, pero por mi parte creo que sirve en general para todos, y debo subscribir la costumbre de los romanos de hacer una cena frugal y una comida generosa. Todos sus preparativos e invitaciones eran habitualmente para la comida, sin ninguna mención a la cena. Puedo dar muchas razones, pero cuando todo esta dicho en pro y en contra, la regla de Cardano[126] es la mejor: mantenernos dentro de nuestras costumbres, aunque sean dañinas; y tampoco está mal seguir nuestra disposición y apetito en algunas cosas, ni tomar algunas veces un plato que es perjudicial si nos gusta especialmente. Alejandro Severo amaba las liebres y las manzanas por encima de todo otro alimento, como relata Lampridius en su vida; un Papa amaba el puerco, otro, los pavos, etc. ¿Qué daño puede haber en ello? Y concluyo: nuestra propia experiencia es el mejor médico; la dieta que es más propicia para uno es a menudo perniciosa para otro, tal es la variedad de gustos, humores y temperamentos; hay que dejar a cada hombre observarse y tener una ley para sí mismo. Tiberio, en Tácito[127], realmente se ríe de todo esto, de que después de los treinta años de edad se pidan consejos a los demás sobre asuntos de la dieta: yo digo lo mismo.

Quien guarde estas pocas reglas sobre la dieta, encontrará con seguridad gran alivio y un rápido remedio. Es una maravilla relatar la prodigiosa templanza de algunos eremitas, anacoretas y padres de la Iglesia; quien simplemente ha leído sobre sus vidas, escritas por Jerónimo, Atanasio, etc., verá lo abstemios que han sido esos paganos en este aspecto, aquellos Curios y Fabricios, aquellos viejos filósofos, como registran Plinio (lib. 11) y Jenofonte (*Recuerdos de Sócrates*, lib. 1), emperadores y reyes, como relata Nicéforo (*Eccles. hist.*, lib. 18, cap. 8), de Mauricio, Ludovico Pío, etc., y el ejemplo admirable de Ludovico Cornarus[128], un patricio de Venecia, al que no se puede menos que admirar. Esto habían hecho ellos voluntariamente y en salud; ¿qué harían las personas particulares atacadas por la enfermedad, y obligadas necesariamente a buscar la recuperación y a conservar la salud?[129]. Es cosa difícil observar una dieta estricta, «y quien vive bajo los médicos vive desdichadamente», como dice el dicho, «¿cuál de ellos mismos querría vivir si fuese privado de esas cosas?»; es mejor ser enterrado si a uno le apartan de sus deseos;

«un exceso de medicina es malo», la medicina es más molesta que la enfermedad, así se queja el poeta, así pensabas tú; así, quien se ama a sí mismo fácilmente superará esta pequeña miseria para evitar un gran daño; «del mal el menor», mejor hacer esto que hacer lo peor. Y, como sostiene Cicerón[130], «mejor ser un viejo templado que un joven lascivo». Moderarnos nosotros mismos es la única cosa agradable (como él advierte), ya que podemos tener «senectud en juventud y juventud en senectud». Para ser vigoroso en nuestra edad tardía hay que ser moderado en la juventud y discreto y templado en ambas.

MIEMBRO II, SUBSECCIÓN I

Rectificación de la retención y la evacuación

He explicado, al hablar de las causas, el daño que hace el estreñimiento en la adquisición de esta enfermedad. Si es tan malo, lo opuesto debe ser bueno, o por lo menos intermedio, como realmente es, y por eso es necesario para este tratamiento: Montalto (cap. 27) decía que es muy beneficioso. Altomari (cap. 7) «recomienda caminar por las mañanas por un campo suave, verde y agradable, pero de todas maneras, y como primera medida, se debe haber evacuado todos los excrementos normales, por arte o por naturaleza». Piso lo llamaba el beneficio, ayuda o placer del intestino, porque lo hace todo más fácil. Du Laurens (cap. 8) y Crato (*Cons*., 21, lib. 2), lo prescriben una vez al día por lo menos. Cuando la naturaleza es defectuosa, el arte debe suplirla por medio de electuarios lenitivos, como los supositorios, las ciruelas pasas, la trementina y los clísteres, como se verá. Próspero Calano (*Lib. de atra bile*), recomienda clísteres en la melancolía hipocondríaca, y su uso continuado en las ocasiones en que sirve. Peter Cnemiander[131], en una consulta de su *Pro hypocondriaco*, dice que prefiere mantener a sus pacientes continuamente sueltos, y para este fin establece allí muchas formas de pociones y clísteres. Mercurial (cons. 88), cuando este beneficio no viene por sí solo, prescribe en primer lugar clísteres, y lo mismo hace Montano (cons. 24, 31 y 229), que recomienda trementina para este propósito; y lo mismo, duplicado (cons. 230), para un abad italiano. Es muy bueno lavarse la cara y las manos a menudo, cambiarse las ropas, ponerse lienzo suave, ir vestido decente y agradablemente, porque lo contrario entorpece el espíritu de cualquier hombre, «la suciedad corrompe», las manchas y el aspecto desagradable, y desalienta a cualquiera que va así, voluntariamente o impulsado por la necesidad.

Los baños pueden ser tanto artificiales como naturales, ambos tienen sus usos especiales en esta enfermedad, y como suponía Alejandro de Tralles[132] (lib.1, cap. 16), se comportan como un remedio tan rápido como cualquier otra medicina de otra clase. Aecio considera que se debe utilizar diariamente (*Tetrab.*, 2, sec. 2, cap. 9). Galeno cuenta sobre las muchas y diversas curas de este tipo que había realizado sólo por el uso de los baños, y con las píldoras de Rufus, mojándolas, pues de otra manera están secas. Rhazes los convierte en un tratamiento principal, bañarse y luego untarse con aceite. Jason Pratis, Du Laurens (cap. 8) y Montano establecen sus formas peculiares de baños artificiales. Crato (*Cons*., 17, lib. 2), recomienda cocer malvas, manzanilla, violetas, borraja, y algunas veces agua limpia sola, como en el consejo siguiente: «Tenemos toda la autoridad para bañar frecuentemente con abundancia de agua dulce». Así hacen Fuchs (lib. 1, cap. 33), Frisimelica (en Trincavelli, 2,

cons. 42). Algunos prescriben cocer, además de hierbas, una cabeza de cordero y otras cosas. Fernel[133] (cons. 44) considera que deben utilizarse diez o doce días juntos; se debe entrar en ayunas y mantener un calor moderado, y después hacer fricciones por todo el cuerpo. Lelio Eugubinus (cons. 142) y Christopher Ayrerus, en una de sus consultas, mantienen que es suficiente un baño una o dos veces por semana, y que «el agua debe estar templada, no caliente, para evitar la sudoración». Felix Platter (*Observ.*, lib. 1) propone para un abogado melancólico: «daremos habitualmente lociones de cabeza unidas a estos baños, con un licor en que se hayan cocido las hierbas fundamentales». Du Laurens[134] habla de baños de leche, que he encontrado que muchos otros aprueban. Y siempre después del baño, untar el cuerpo con aceite de almendras amargas, de violetas, mantequilla nueva o fresca, grasa de capones, especialmente del espinazo, y además lociones para la cabeza, friegas húmedas, etc. Este tipo de baño fue muy frecuentado en los tiempos antiguos, baños muy variados, y siguen todavía en uso en los países del Este. Los romanos tenían sus baños públicos, muy suntuosos y asombrosos, como los de Antonino y Diocleciano. Plinio (lib. 36) decía que había un número infinito de ellos en Roma, y que eran extremadamente frecuentados; algunos se bañaban siete veces al día, como se decía que hacía el emperador Cómodo y lo corriente era dos veces al día, siendo después ungidos con costosos ungüentos, las mujeres ricas se bañaban en leche, algunas en la leche de quinientos asnos hembras de una vez; en nuestra isla se han encontrado muchas ruinas de estos baños, entre los restos y deshechos de las viejas ciudades romanas. Lipsio (*De mag. urb. Rom.*, lib. 3, cap. 8), Rosinus, Scot de Amberes y otros anticuarios cuentan extrañas historias sobre los baños. Gillius (*Topogr. Constant.*, lib. 4, cap. últ.) cuenta hasta ciento cincuenta y cinco baños públicos en Constantinopla[135], de agradable construcción, que son todavía frecuentados[136] en esa ciudad por turcos de todos los tipos, hombre y mujeres, y así por toda Grecia y todos esos países cálidos: parece que para limpiarse del abundante sudor al que están allí sometidos. En sus epístolas, Busbequius[137] abunda en la descripción de sus costumbres, de cómo van sus mujeres, cubiertas y con una criada detrás con una caja de ungüentos para friccionarlas. Las clases más ricas tienen baños privados en sus casas; los pobres van a los comunes, y son en general tan curiosos en sus comportamientos que no comen ni beben antes de haberse bañado, y algunos lo hacen antes y después de las comidas, «y no hacen aguas (y si es así, se lavan las manos) ni van al inodoro»[138]. León el Africano (lib. 3) hace mención de cien baños diferentes en Fez, en África, muy suntuosos, y algunos de ellos obtenían grandes ingresos. Buxtorf (*Synagog. jud.*, cap. 14) se refiere a muchas ceremonias de este tipo entre los judíos, que son muy supersticiosos con sus baños, especialmente las mujeres.

Algunos alaban los baños naturales, otros no los recomiendan; pero es en aspectos diversos. Marcus de Oddis[139], en *Hipp. affect.*, al ser consultado sobre los baños los condena por el calor del hígado, porque enseguida causan sequedad; y sin embargo, en otra ocasión posterior, en otra consulta sobre la misma

enfermedad[140], los aprueba porque limpian gracias al azufre, y dice que el agua puede beberse. Areteo (cap. 7) recomienda, por encima de otros, los baños de alumbre; y Mercurial (*Cons*., 88), recomienda, en la pasión hipocondríaca, los de Lucca: «Él haría quedar a su paciente durante quince días sin interrupción, bebiendo sus aguas, o haciendo que se la echen a cubos o pulverizándosela por la cabeza». Giovanni Battista Silvatico (con. 64), recomienda todos los baños de Italia, y beber sus aguas, tanto contengan hierro, alumbre o azufre, como hacía Hércules de Sajonia. Pero como ellos provocan el sudor y secan tanto, los deja solamente para la melancolía hipocondríaca, excepto la de la cabeza, y la otra. Trincavelli (*Cons*., 14, lib. 1) prefiere los baños porrectanos antes del descanso, por la mezcla de cobre, hierro, alumbre (*Cons*., 35, lib. 3, y cons. 36, «para un abogado melancólico»); y en la pasión hipocondríaca, los baños de Aquaria y (*Cons*., 36) beber sus aguas. Frisimelica, consultado entre los demás (en Trincavelli, cons. 42, lib. 2), prefiere las aguas de Apona[141] antes que cualquier baño artificial, y en todos los casos de esta enfermedad; y a uno que había estado durante nueve años afectado de pasiones hipocondríacas le recomendó volar hacia ellas como hacia una fuente sagrada[142]. Del mismo pensamiento es el propio Trincavelli, y aunque ambos consideran como causa de melancolía el tener un hígado caliente, les envían a las aguas de Santa Helena, que son mucho más calientes. Montano, en su «consejo 230», alaba mucho los baños calderinianos, y en el 237 y el 239 exhortaba a lo mismo, pero con esta precaución, «que el hígado sea untado exteriormente con algunos refrigerantes para que no se recaliente». Pero estos baños deben ser frecuentados con cautela por las personas melancólicas, y si lo hacen, deben hacerlo en aquellos que de por sí son muy fríos, como concluye Gabelius de todos los baños holandeses, y especialmente de los de «Baden, que son buenos para todas las enfermedades frías, malos para las coléricas, calientes y secas, y para todas las debilidades procedentes del cólera, y para las inflamaciones del bazo y del hígado». Como nuestros baños ingleses son calientes, hay que hacerles la misma censura: aunque el viejo Dr. Turner y el Dr. Jones han escrito abundantemente sobre ellos. Sobre los baños fríos he encontrado muy pocas o ninguna mención en los médicos, aunque algunos hablan contra ellos; sólo Cardano[143], que siguiendo a Agathimus, recomienda «bañarse en ríos frescos y en aguas frías, y aconsejar a todos aquellos que se proponen vivir largo tiempo que lo hagan, porque se acomoda a todas las edades y complexiones, y es lo más beneficioso para los temperamentos calientes». En otra parte hablaré más oportunamente de esto, como del sudor, la orina y la sangría por medio de sanguijuelas.

El sexo sin moderación, en exceso o en defecto, es una causa; moderadamente utilizado, para algunos grupos es sólo una ayuda, y es un remedio actual. Peter Forest le llama «el remedio más apropiado, que aplaca la ira y la razón, que de otra manera estaba descontrolada». Avicena (*Fen*., 3. 20) y Oribasio (*Med. collect.*, lib. 6, cap. 37) mantienen, siguiendo a Rufo y a otros, «que muchos locos, melancólicos y los que sufren de la enfermedad comicial,

habían sido curados sólo con esto». Montalto (*De melan.*, cap. 27) dice que con él se alejan las penas y todas las fantasías del cerebro, purgando el corazón y el cerebro de malos humos y vapores que les irritan, «y si se omite, como supone Valescus, pone la mente triste y el cuerpo torpe y pesado»[144]. Mercado y Rodrigo de Castro recogen muchos otros inconvenientes, en sus tratados sobre *De melancholia virginum et monialium*: «vírgenes y doncellas a menudo enloquecen por la retención de la semilla», aunque como agrega Platter, desvarían de solteras y languidecen con gran sinsabor, pero el matrimonio lo arregla todo. Marcelo Donato (*Med. hist.*, lib. 2, cap. 1), cuenta una historia que confirma esto, tomada de Alexander Benedictus, sobre una doncella que estaba loca «a causa de un retraso de la regla; y sucedió que ella, por mala fortuna, apareció en un burdel en el que yació con quince hombres en una sola noche, después de lo cual tuvo un abundante flujo menstrual, que se le había detenido muchos años antes: se marchó cuando llegó la mañana con la mente recuperada, pero no sin una gran vergüenza». Pero esto debe ser considerado con cautela, porque como objeta Arnau de Vilanova (lib. 1, breviar. 18, cap. «¿Qué beneficio produce el coito en la melancolía?»), ¿qué afinidad tienen ambas cosas?; «a menos que sea causa manifiesta la existencia de una superabundancia de semilla, o de la plenitud de sangre, o que el amor o un extraordinario deseo sexual la precedieran»; o que, como dice Luis Mercado, tengan mucho flato y se hayan acostumbrado de alguna forma a ello. Montalto (Cap. 27) no permitiría el uso moderado del sexo a quienes tienen gota, perlesía, epilepsia o melancolía, a menos que estuvieran muy robustos y repletos de sangre. Lodovicus Antonius (*Lib. med. miscel.*)[145] en su capítulo sobre el sexo, lo prohibe totalmente para todos los luchadores, cavadores, trabajadores, etc. Ficino[146] y Marsilius Cognatus[147] consideran que el sexo es uno de los cinco enemigos mortales del estudiante: «Consume el espíritu y debilita el cerebro». Aly Abbas el Árabe (*Theor.*, cap. 36) y Jason Pratis lo convierten en la fuente de la mayoría de las enfermedades, «y lo más pernicioso para aquellos que son fríos y secos», y señalan que un melancólico no debe practicarlo más que en algunos casos. Plutarco explica en su libro *De sanitate tuenda* que la temperancia de este tipo es uno de los tres principales signos y preservadores de la salud. «Levantarse con apetito, estar dispuesto a trabajar, y abstenerse de lo venéreo, trío salubérrimo»; son las tres cosas más saludables. Sabemos lo perniciosos que son sus opuestos para la humanidad, así como para todas las otras criaturas, a las que traen la muerte y muchas crueles enfermedades: «Los poco moderados viven menos y pocas veces llegan a la vejez». Aristóteles ofrece un ejemplo con los gorriones, que tienen una corta vida a causa de su lujuria, que es muy grande, como explica aún mejor Scioppius en su *Priapeiis*. Siendo ambos extremos malos, debe mantenerse un «medio» que no es fácil de determinar[148]. Algunas personas son más capaces de retenerse, como los que son calientes y húmedos, los flemáticos, como insinuaba Hipócrates, o algunos que son fuertes y robustos, y bien alimentados, como Hércules, Próculo[149], el emperador, el vigoroso Laurence[150] y «esa mujer de prostíbulo», la emperatriz

Mesalina, que por medio de filtros y algunos tipos de comidas lascivas, utilizaba todas las formas posibles para que se pusieran en situación[151], y jactarse de ello al final; y como decía alegremente aquella española, la Celestina[152], «heridos en el vientre de este modo, habréis vos visto muchos; pero muertos, pocos». Otros, impotentes, de constitución fría y seca, no pueden realizar tales ejercicios sin gran daño para sus propios cuerpos, siendo la mayoría melancólicos (pensad que son muy propensos a ello).

Rectificación del aire. Con una digresión sobre el aire

Como un halcón de largas alas que sale disparado del puño, se eleva hacia arriba, y para su propio placer realiza una gran curva en el aire remontando constantemente más y más alto hasta que llega hasta su máximo nivel, y al final, cuando el juego está en su máxima elevación, desciende violentamente y se arroja sobre la presa bruscamente: así haré yo, al llegar por fin a estos amplios campos del aire, en los cuales podré expandirme y expresarme libremente, vagabundeando un poco por placer, curioseando alrededor del mundo, elevándome a esos etéreos orbes y esferas celestiales para descender otra vez a mis primeros elementos. En este desarrollo consideraré, en primer lugar, si el relato del fraile de Oxford[153] es cierto en lo tocante a aquellas partes del Norte que están bajo el Polo (si me encuentro, de paso, con el Judío Errante, Elías Artifex o Luciano Icaromenipo, ellos serán mis guías), si es que hay tales tierras (Euripes, 4); y sobre la existencia de una gran roca de piedra imán que haría inclinar permanentemente en su dirección la aguja de la brújula, y cuál podría ser la verdadera causa de la variación de la brújula, sea una roca magnética[154] o la estrella Polar, como quiere Cardano; o alguna otra estrella de la Osa como dice Marsilio Ficino, o un meridiano magnético, como quiere Maurólico, o «situado en una vena de la tierra» como Agricola; o por la proximidad del siguiente continente, como quiere Cabeus; o por alguna otra causa, como defienden Escalígero, Hernán Cortés, los Conimbricenses y Peregrinus. ¿Por qué en las Azores la aguja mira directamente al norte, y no es así en otros casos? En el Mediterráneo y en Levante (como observan algunos), varía 7 grados, con el tiempo 12 y después 22. En los mares Bálticos, cerca de Rasceburg, en Finlandia, la aguja da vueltas si viene algún navío de esa dirección; aunque Mark Ridley[155] escribe otra cosa: que cuando la aguja está cerca del Polo es muy difícil desviarla a la fuerza de su dirección. Es adecuado preguntarse si puede extraerse de ello ciertas reglas, como «11 grados en Londres; en otros sitios 36», etc., y lo que es más prodigioso, la variación varía en el mismo lugar. Tomada ahora con precisión, es demasiado que se altere tanto, después de tan pocos años, a partir de lo que era. Hasta que podamos comprenderlo mejor, dejemos que nuestro Dr. Gilbert y Nicholas Cabeus[156] el jesuita satisfagan a quien pregunte, pues ambos han escrito grandes volúmenes sobre la materia. Si el mar es abierto y navegable por el Polo Ártico, y si el mejor camino es el de Bartison el Holandés, bajo el propio Polo, que por algunas razones pienso que es el mejor; o por el estrecho de Davies o Nova Zembla. Si es verdad el descubrimiento de Hudson[157] de un nuevo océano, con toda probabilidad a 50 grados de Buttons Bay, aunque Hubberdes Hope pien-

sa que a 60, y como más extremo, cerca de donde fue acogido Sir Thomas Roes, en North-west Fox, siendo allí siempre los flujos y reflujos de la marea de 15 pies en 12 horas, como nos informan nuestras nuevas cartas[158]; que California no es un cabo, sino una isla, y los vientos del oeste hacen a las mareas de Nepe iguales a las de la primavera, y que habría alguna probabilidad de pasar por los estrechos de Anian a China, por el promontorio de Tabin. Si fuera así, me daría cuenta rápidamente, de si la narración veneciana Marco Polo sobre esa gran ciudad de Quinsay y Cambalú es verdadera o falsa, si puede haber tales sitios, o si, como ha escrito el jesuita Matteo Ricci[159], que China y Catay son sólo una, y que el gran Khan de Tartaria y el rey de China son el mismo; Xuntaine y Quinsay y la ciudad de Cambalú son ese nuevo Pequín, o si existe ese gran muro de 400 leguas que separa china de Tartaria: si el Preste Juan[160] está en Asia o en África; Marco Polo el veneciano lo sitúa en Asia, pero la opinión más admitida es que es el emperador de Abisinia, que en la antigüedad era Etiopía y ahora Nubia, en África, bajo el Ecuador[161]. Si Guinea[162] es una isla o parte del continente, o si es verdad el descubrimiento de aquellos hambrientos españoles, la «Tierra Incógnita Austral» o Magallánica[163], o la de Mercurius Britannicus, la de Utopía o la de Lucinia[164]. Y como probablemente es así, seguramente se extiende desde el trópico de Capricornio al círculo Antártico, y estando como está en la «zona templada», se crearán, con el tiempo, en el futuro, algunos reinos florecientes, como sucedió con América bajo los españoles. Shouten y Le Meir han hecho mucho en el descubrimiento del estrecho de Magallanes, encontrando un paso más conveniente hacia el océano Pacífico, y me parece que alguno de nuestros modernos Argonautas podrá llevar adelante lo que queda por hacer. Si pasara por Madagascar podría ver el gran pájaro Roc[165], capaz de cargar con un hombre y su caballo, o con un elefante, como aquel fénix árabe descrito por Adricomius[166]; y podría ver los pelícanos de Egipto, o aquellos grifos escitas de Asia. Y después, en África, examinar las fuentes del Nilo, y si Heródoto[167], Séneca[168], Plinio (lib. 5, cap. 9), y Estrabón (lib. 5) ofrecen la verdadera causa de sus mareas anuales, y si el relato de Pigafetta[169] sobre él es correcto, o los que hizo sobre el Niger y el Senegal; y examinar a Cardano y las razones de Escalígero[170] y del resto. Averiguaría si es quizás por los vientos etesios[171], o por la disolución de la nieve en las montañas por debajo del Ecuador (como el Jordán fluye anualmente cuando la nieve del monte Líbano se derrite), o por esas enormes y perpetuas lluvias que caen y son tan corrientes para los habitantes del Trópico, cuando el Sol está vertical, y que causan esas amplias inundaciones del Senegal, Marañón, Orinoco y del resto de aquellos vastos ríos de la Zona Tórrida, por lo que, en general, todo el mundo tiene al mismo tiempo las mismas pasiones en épocas fijas. ¿Y no podrían, sin duda, a partir de ahora convertirse, con buen gobierno y buena política, en tierras tan populosas, tan bien labradas y tan fructíferas como el propio Egipto o Cochinchina? Yo observaría todos los movimientos del mar, y de qué causa proceden, si de la Luna (como se sostiene vulgarmente), o del movimiento de la Tierra (como Galileo

vehementemente prueba y demuestra firmemente en el cuarto diálogo de su *Sistema del mundo*), o de los vientos, como quieren otros[172]. ¿Por qué si apenas se percibe en el tranquilo océano del Sur, «en el Mar Pacífico», es de lo más violento en nuestros mares británicos, y tan vehemente, irregular y diverso en el Mediterráneo y en el Rojo? ¿Por qué pueden mantenerse las corrientes en el océano Atlántico, en algunos sitios desde el Norte, y en otros en dirección contraria, y por qué se tarda menos a la vuelta que a la ida? Y también por qué los mercaderes van de Moabar a Madagascar, en el océano Índico, en tres semanas, como explicaba Escalígero[173], pero tardan por lo menos tres meses en regresar, con el mismo o parecidos vientos: la corriente continua es desde el Este hacia el Oeste. Y podría saber si los montes Athos, Pelion, Olimpo, Ossa, Cáucaso, Atlas, son tan altos como relatan Plinio, Solino y Mela, por encima de las nubes y los meteoros, «donde no había ni aire ni ninguna brisa que pudieran respirar» (hasta el punto que los que ascendían morían a menudo súbitamente, pues el aire es muy sutil), 1.250 pasos de alto según la medida de Dicearchus, o 78 millas de alto en perpendicular, como decía Jacobo Mazonius (secs. 3 y 4) citando aquel pasaje de Aristóteles sobre el monte Cáucaso, y como sostiene Blancanus[174] el jesuita siguiendo las demostraciones de *Crepusculis* de Clavio y Nonius, o más bien de 32 estadios, según la opinión más admitida, o 4 millas, altura que no puede exceder en perpendicular ninguna montaña, y que es igual a las grandes profundidades del mar, que es lo que mantiene Escalígero, 1.580 pasos (*Exer.*, 38); y otros, 100 pasos. Y vería yo aquellas partes interiores de América, alguna gran ciudad como Managua, o Eldorado en aquel gran imperio de oro, donde, según alguien dice, los grandes caminos están tan transitados como los que hay entre Madrid y Valladolid, en España; o alguna de aquellas amazonas de las que se habla, o los patagones gigantes en Chica; o la montaña milagrosa Ybouyapab[175] en el norte del Brasil, «cuya cumbre forma una planicie muy agradable», o la de Pariacacca en Perú, igual de elevada. Y el pico de Tenerife, ¿qué altura tiene?[176], quizás 70 millas, o 52 como mantenía Patrizi, o 9, como demostraba Snellius en su *Erathostenes*. Y vería ese extraño lago Cirknickzerksey en Carniola, cuyas aguas brotan tan rápido del suelo que darían alcance a un veloz jinete, y que después eran absorbidas con la misma velocidad increíble[177]; con lo que Lazius y Warner hicieron un argumento sobre los Argonautas navegando bajo la tierra. Y esa vasta caverna u orificio llamado Esmellen[178] en Moscovia, el cual si casualmente caía algo dentro hacía un ruido tan estrepitoso que ningún trueno, explosivo o máquina de guerra podrían hacerlo igual; otra semejante es la cueva de Gilbert en Lapland, y hay muchas parecidas. Examinaría el Mar Caspio y vería dónde y cómo se descarga, después de haber recibido el Volga, el Ixares (Jaxares), el Oxus y otros grandes ríos: ¿en la boca del Oby o dónde? Y qué salida tendrán el lago mexicano, el de Titicaca en Perú o ese pozo en el valle de Terapeia del que hablaba Acosta (lib. 3, cap. 16), caliente en una tierra fría, con su fuente hirviendo en el medio, en veinte pies cuadrados, y que no tiene salida más que la de evaporarse. Y aquel Mar Muerto, en Palestina, o

el Trasimeno, en Perugia, en Italia; y el propio Mediterráneo, porque desde el océano hasta el estrecho de Gibraltar hay una corriente perpetua hacia Levante, y lo mismo en el Bósforo Tracio del Euxino o Mar Negro, además de esos grandes ríos como el Nilo, el Po, el Ródano, etc.: ¿cómo se consume ese agua?, ¿por el sol, o de alguna otra manera? Descubriría, con Trajano, las fuentes del Danubio, del Ganges, Oxus, vería las pirámides egipcias, el puente de Trajano, la Gruta de la Sibila, el estanque de Lúculo, el templo de Nidrose, etc. Y si pudiera, observaría qué sucede con las golondrinas, cigüeñas, grullas, cucos, ruiseñores, colirrojos, y muchos otros tipos de pájaros cantores, aves acuáticas, halcones, etc.; algunos sólo pueden verse en verano, algunos en invierno, algunos se observan en la nieve[179] y en ningún otro momento, cada uno tiene sus estaciones. En invierno no se encuentra un solo pájaro en Moscovia, pero en primavera en un instante se llenan de ellos los bosques y setos, decía Herbastein[180]. ¿Cómo sucede tal cosa? ¿Duermen en invierno, como el ratón alpino de Gesner, o permanecen escondidos (como afirma Olao)[181] «en el fondo de lagos y ríos, manteniendo la respiración». «A menudo encontrados así por pescadores en Polonia y Escandia, dos juntos, boca a boca, ala a ala, y cuando viene la primavera reviven nuevamente si se les lleva a un invernadero o al lado del fuego». ¿O siguen el Sol, como dice Pedro Mártir (léase *Babilonica*, lib. 2) de forma manifiesta, por su propio conocimiento, porque cuando fue embajador en Egipto vio golondrinas y muchos otros pájaros europeos en diciembre y enero, volando familiarmente y en gran abundancia por encima de Alejandría, «cuando, en esa estación, florecían las flores y los árboles estaban verdes». ¿O yacen escondidos en cuevas, rocas y huecos de árboles, como piensa la mayoría, en profundas minas de estaño o en riscos marinos, como proclama Mr. Carew?[182]. Yo concluyo por mi parte, siguiendo a todos ellos, como Münster[183] cuando se refiere a grullas y cigüeñas: de dónde vienen, a dónde van, por el momento no lo sabemos. Los vemos aquí, algunos en verano, otros en invierno: «su ir y venir es seguro en la noche. En las llanuras de Asia (decía él) las cigüeñas se encuentran en un día prefijado, y aquella que llega última es despedazada en trozos, y así se ponen en marcha». Cuántos sitios curiosos: istmos, estrechos, penínsulas, calas, puertos, promontorios, estrechos, lagos, baños, rocas, montañas, lugares y campos, donde las ciudades han sido arruinadas o arrasadas, y se han librado batallas; criaturas, monstruos marinos, rémoras, etc., minerales y vegetales. También los zoofitos son adecuados para ser considerados en tal expedición, y entre el resto de cosas, Herbastein[184] y su cordero Tártaro, el árbol «soporte-de-ganso», de las Órcadas, citado por Héctor Boecio[185], con quien Cardano (*De rerum varietat.*, lib. 7, cap. 36) está de acuerdo, la palmera maravillosa de Vertomannus[186], aquella mosca[187] de la isla Española que brilla como una antorcha en la noche, con cuya luz podía verse suficientemente como para escribir; y aquellas piedras esféricas de Cuba que la naturaleza ha hecho así; y aquellas otras con forma de pájaros, bestias, peces, coronas, espadas, sierras, calderos, etc., que se encuentran habitualmente en las minas de metales de Sajonia, alre-

dedor de Mansfield, y en Polonia, cerca de Nokow y Pallukye, como relatan Münster[188] y otros. Cada parte del mundo proporciona muchas raras criaturas y novedades: entre el resto, conozco algunas porque hay hombres como Leo Suavius, en su comentario sobre Paracelso (*De sanit. tuend.*), y las anotaciones de Gaguin en su descripción de Moscovia: «allí en Lucomoria, una provincia de Rusia, que yace completamente dormida, como muerta, desde el 27 de noviembre, durante todo el invierno, como ranas y golondrinas entumecidas por el frío, pero que hacia el 24 de abril, en la primavera, reviven nuevamente y siguen con sus asuntos». Y examinaría la demostración de Alessandro Piccolomini, que dice que la superficie de la tierra es mayor que la de los mares, o vería si es verdad la idea de Arquímedes, de que las superficies de todas las aguas son uniformes. Buscar la profundidad y ver la variedad de los monstruos marinos y los peces, sirenas, tritones, caballitos, etc., que aporta. O ver si es verdad aquello de que se burla Giordano Bruno: que si Dios no lo detuviese, el mar inundaría la tierra a causa de su situación más elevada, y que tontamente teme el jesuita Joseph Blancanus en su interpretación de los lugares matemáticos de Aristóteles, y que demuestra en un opúsculo, que, por muchas circunstancias, en el momento en que el mar consuma la tierra firme y que todo el globo de la Tierra se encuentre cubierto por las aguas («¿puedes hacer otra cosa que reír, amigo?»), lo que el mar quite de un sitio lo pondrá en otro; me parece que debiera más bien sospechar que el mar estaría en ese momento lleno de tierra, de árboles creciendo, de cadáveres, etc., y que un fuego devorador de todo pronto cubriría y secaría el vasto océano con arena y cenizas. Examinaría el asiento verdadero del Paraíso[189] terrestre, y dónde se encuentra Ophir, y de dónde trajo (en realidad) Salomón su oro: de Peruana, como suponen algunos o de aquella Aurea Chersonesus, como quieren Dominicus Niger, Arias Montano, Goropius y otros. Yo refutaría todas las mentiras de los Plinios, Solinos, Estrabones, Sir John Mandeville, Olao Magnos y Marco Polos; corregiría los errores de la navegación, reformaría las cartas cosmográficas y rectificaría las longitudes, si fuera posible; pero no con la brújula, como sueñan algunos, como Mark Ridley en su tratado de los cuerpos magnéticos (cap. 43), porque como resuelve completamente Cabeus (*Magnet. philos.*, lib. 3, cap. 4), por ahí no hay esperanza; así que buscaría algunos medios mejores para descubrirlo.

Buscaría un sitio conveniente para descender con Orfeo, Ulises, Hércules y Luciano Menipo[190], al purgatorio de San Patricio, a la cueva de Trophonius, al Hecla en Islandia, al Etna en Sicilia; para descender y ver qué se ha creado en las entrañas de la Tierra: ¿siguen creciendo allí las piedras y metales?, ¿cómo llegaron a desentrañarse los abetos de las cumbres de los montes, como en nuestros tremedales y pantanos a lo largo de toda Europa? ¿Cómo llegaron a desenterrar huesos de peces, conchas, maderos, trabajos en hierro, a muchas brazas bajo tierra, y anclas en montañas a distancias remotas de todos los mares? En el año 1460, en Berna, Suiza, a 50 brazas de profundidad fue desenterrado de una montaña un barco, del que obtuvieron mineral metálico y en el

cual había 48 cadáveres humanos, con otras mercancías. Que tales cosas se encuentran habitualmente en las cumbres de los montes lo insinúa Aristóteles en sus meteoros, Pomponio Mela en su primer libro (cap. «de Numidia»), y es bien sabido que se puede ver lo mismo en los Alpes, decía el jesuita Blancanus[191]; ¿se ha producido esto por los terremotos, por la inundación de Noé como suponen los cristianos, o hay una vicisitud del mar y la tierra, como mantenía en la antigüedad Anaxímenes, convirtiéndose las montañas de Tesalia en mares y los mares nuevamente en montanas? Parece que el mundo entero debe ser moldeado nuevamente, cuando parezca bien a los poderes que lo rigen, y dado la vuelta del revés, como hacemos con los montones de heno en la cosecha, lo de arriba, abajo, o lo de abajo, arriba; o, tal como hacemos girar a las manzanas en el fuego, mover el mundo sobre su centro; aquello que ahora está bajo los Polos, debería trasladarse a la Equinoccial, y en otro momento, aquello que está bajo la Zona Tórrida a los círculos Ártico y Antártico, y así serían recíprocamente calentados por el Sol. O, si los mundos fueran infinitos, y cada estrella fija un sol, con sus planetas rodeándolos (como concluyen Bruno y Campanella), formarían tres o cuatro mundos en uno; o más aún, de un solo y viejo mundo, hacer tres o cuatro nuevos, como les parezca mejor. Prosiguiendo, si la Tierra tiene 21.500 millas de circunferencia[192], y su diámetro es 7.000 millas desde aquí hasta nuestras antípodas, ¿qué estará comprendido en todo ese espacio? ¿Cuál es el centro de la Tierra? ¿Es sólo puro elemento, como decreta Aristóteles, habitado (como piensa Paracelso)[193] por criaturas cuyo Caos es la Tierra; o por hadas, como los bosques y aguas (según él) lo están con ninfas; o como el aire, con espíritus? Dice Plinio[194] que Dionisodoro, un matemático que después de muerto envió una carta al mundo superior desde el centro de la Tierra para comunicar a qué distancia estaba ese mismo centro de la superficie del mismo, a saber 42.000 estadios, podía muy bien haber satisfecho todas estas dudas. ¿O es el sitio del Infierno, como poéticamente describen Virgilio en su *Eneida*, Platón, Luciano, Dante y otros, y como muchos de nuestros teólogos piensan? Con toda seriedad, Antonio Rusca, de la Sociedad del Colegio Ambrosiano de Milán, en su gran volumen *De inferno* (lib. 1, cap. 47) establece firmemente sus principios: que es también un fuego material (cap. 5, lib. 2) como allí él argumenta. «Sea lo que sea lo que escriben los filósofos (decía Surius)[195], hay ciertas bocas del Infierno, y lugares designados para el castigo de las almas de los hombres, como Hecla en Islandia, donde los fantasmas de los hombres muertos se ven habitualmente y algunas veces hablan con los vivos: Dios tendría esos sitios visibles para que los mortales puedan estar correctamente informados de que hay tales castigos después de la muerte, y aprendan así a temer a Dios». Kranz (*Dan. hist.*, lib. 2, cap. 24) suscribe esa opinión de Surius, y lo mismo hace Colerus (*De immortal. animae*, cap. 12) siguiendo la autoridad de san Gregorio, Durand y el resto de sabios (que tanto infieren del Etna en Sicilia, de Lypara, Hyera y otras islas volcánicas sulfurosas), haciendo de Tierra de Fuego, y de los múltiples volcanes de América de los que hablaba Acosta (lib. 3, cap. 24), y del

temible monte Hecklebirge en Noruega, un argumento especial para probarlo: «en el que se escuchan continuamente penosos gritos y lamentos, que llenan de terror a quienes los oyen, y habitualmente se ven carrozas ardientes que traen las almas de los hombres a semejanza de cuervos, y a los demonios entrando y saliendo». Y otra prueba es ese lugar cerca de las Pirámides de Egipto, cerca del Cairo, que de la misma manera confirma esto, y la resurrección, mencionada por Kornmann[196] (*Mirac. morat.*, lib. 1, cap. 38), Camerario (*Oper. subcis.*, cap. 37), Bredenbach (*Pereg. ter. sanct.*) y algunos otros, «donde una vez al año los cuerpos muertos se levantan, hacia marzo, y caminan, y después de un momento vuelven a ocultarse otra vez; miles de personas vienen anualmente para verlos». Pero hay quienes rechazan estos testimonios y otros semejantes como fábulas, ilusiones del espíritu, y no reconocen esos conocidos sitios locales, sólo la laguna Estigia o el río Flegetonte, la corte de Plutón o el poético Infierno, en el que se vio el alma de Homero colgando de un árbol, etc., y a quienes embarcan en la barca de Caronte, o descienden a la profundidad en Hermione, en Grecia, que es el atajo más corto, y donde además no había que pagar billete, decía Gerbelius[197]. Pues bien, ¿es el Infierno o el Purgatorio, como quiere Bellarmine, o un Limbo de los padres, como pretenden Gallicus y Rusca (que han hecho mapas de él) o el cónclave de Ignacio?[198] Virgil, que fue en tiempos obispo de Salzburgo (como relata Aventino en el año 745), fue interrogado por Bonifacio, obispo de Mentz, porque estaba de acuerdo con la existencia de las Antípodas (lo que creaba dudas sobre por qué había muerto Cristo), pues así se eliminaba la sede del Infierno, o por lo menos la hacía tan pequeña que no tenía proporción con el Cielo; y contradecía la opinión de Agustín, Basil y Lactancio, que mantenían que la Tierra era redonda como una tabla de trinchar (lo que refutan ampliamente Acosta y la experiencia común), pero no como una pelota, y Jerusalén, donde murió Cristo, el centro de ella; o Delos, como fabulaban los legendarios griegos, porque cuando Júpiter dejó sueltas dos águilas para que volasen desde los extremos Este y Oeste del mundo, se encontraron en Delos. Pero nuestros más recientes teólogos han alejado los escrúpulos de Bonifacio: Francisco Ribera (*Apocalypsis*, cap. 14), sitúa al Infierno como un fuego material y localizado en el centro de la Tierra, de 200 millas italianas de diámetro, y lo define con estas palabras: «reúne la sangre de la Tierra (...) Durante mil seiscientos estadios», etc. Pero Lessius (lib. 13, *De moribus divinis*, cap. 24), concibe este infierno local como mucho menor, de una milla holandesa de diámetro, todo lleno de fuego y azufre: porque, como allí demuestra, ese espacio multiplicado cúbicamente, haría una esfera capaz de contener ochocientos mil millones de cuerpos condenados (teniendo cada cuerpo seis pies cuadrados), que sería más que suficiente; «*Cum certum sit, inquit, facta subductione, non futuros centies mille milliones damnandorum*». Pero si no hubiera fuego material (como argumentan Escoto, Thomas, Bonaventura, Soncinas, Voscius y otros), puede estar allí o en otra parte, como arguye Keckerman en su *System. theol.*, y seguro que tiene que estar en alguna parte, «aunque sus límites no están defi-

nitivamente establecidos». Terminaré la controversia con las palabras de Agustín: «mejor dudar de las cosas ocultas, que discutir por incertidumbres», como dónde está el corazón de Abraham o el fuego del Infierno: «si ya es difícil por las buenas, discutiendo nunca serán encontradas»[199]. Si fuera tierra sólida sería la fuente de los metales y aguas que por su temperatura innata convierte el aire en agua, que surge en múltiples hendiduras para humedecer las superficies de la Tierra, y que en una proporción de uno a diez (como mantiene Aristóteles) o más, estas fuentes vienen directamente del mar, por pasajes secretos[200], y así se vuelven a hacer otra vez frescas, corriendo por las entrañas de la Tierra[201], y son, según la materia de los minerales por los que pasan, gruesas, finas, calientes, frías; o, como sostienen Pedro Mártir (*Decadas*, Ocean., lib. 9) y otros, a partir de la abundancia del agua de lluvia, o por el calor y frío del ambiente, que altera el calor interior, y así, «en consecuencia», la generación de las aguas. O también podía estar lleno de viento, o de un fuego innato sulfuroso, como nos enseñan nuestros meteorólogos, que algunas veces, estallando, causan esos terribles terremotos, que son tan frecuentes en estos días en Japón y China, y que a menudo se tragan ciudades enteras. Consulta con Luciano Menipo, o pregunta a Tiresias si no quieres creer a los filósofos: él aclarará todas tus dudas cuando realice un segundo viaje.

Entre tanto, consideremos aquello que está bajo el cielo, y busquemos una causa verdadera, si es posible, de tales accidentes, meteoros, alteraciones, tal como suceden por encima del suelo. ¿De dónde procede esa variedad de modos y el carácter particular (como así es) de los diversos países? Algunos son sagaces, sutiles, ingeniosos; otros, torpes, tristes y pesados; algunos grandes, otros pequeños, como prueban ampliamente Cicerón en *De Fato*, Platón en el *Timeo*, Vegecio y Bodin (*Method.*, cap. 5); algunos suaves y otros ásperos, bábaros, corteses, negros, pardos, blancos; ¿es por el aire, por el suelo, por la influencia de las estrellas o por alguna otra causa secreta? ¿Por qué cría África tantas bestias ponzoñosas e Irlanda ninguna? ¿Y Atenas búhos y Creta ninguno? ¿Por qué no tenían ni Daulis ni Tebas golondrinas (como nos informa Pausanias) y sí el resto de Grecia, o Itaca no tiene liebres[202], Pontus burros, Escitia cerdos? ¿De dónde procede esta variedad de complexiones, colores, plantas, pájaros, bestias, metales[203], peculiares, casi, en cada lugar? ¿Por qué se crearon en los seis días, o en el Arca de Noé, tantos cientos de extraños pájaros y bestias propias sólo de América, como se pregunta Acosta (lib. 4, cap. 36)? ¿Y si es así, por qué no se dispersaron y se encuentran en otros países? Es una cosa (dice) que me tiene en suspenso desde hace años; ningún griego, latino o hebreo había oído nada de ellos antes, y eso que difieren de nuestros animales europeos como un huevo de una castaña; y lo que es más: ¿cómo nunca se había oído nada, en aquellas partes, sobre caballos, ovejas, etc., hasta que los españoles los llevaron? ¿Cómo puede suceder que en el mismo sitio, en una misma latitud, como si fueran vecinos, pueda haber tal diferencia de suelo, complexión, color, temple, aire, etc. Los españoles son blancos, y también los italianos, mientras que los habitantes por debajo del Cabo de Buena

Esperanza son negros[204], y sin embargo ambos están a la misma distancia del Ecuador; más aún, aquellos que moran en la misma línea de paralelo que estos negros, alrededor de los estrechos de Magallanes, son de color blanco, y sin embargo algunos del país del Preste Juan, en Etiopía, son pardos; los del paralelo de Ceilán y Malabar son nuevamente negros: Manamotapa en África y la isla de Santo Tomás son extremadamente calientes, y los habitantes de ambos, bajo esa línea, negros como carbón, mientras que en Perú son totalmente opuestos en color, siendo el clima muy templado, o incluso frío, y sin embargo ambos sitios son igual de elevados. Moscú, con 55 grados de latitud, es extremadamente frío, como generalmente son los países norteños, teniendo grandes hielos perpetuos a lo largo de todo el invierno; y a los 52 grados de latitud, algunas veces hay hielo duro y nieve todo el verano, como en Buttons Bay, etc., o por rachas; y sin embargo Inglaterra, que está cerca de la misma latitud, e Irlanda, son muy húmedos, cálidos y más templados en invierno que España, Italia o Francia. ¿Es el mar el que causa esta diferencia, y el aire que viene de él? ¿Por qué, entonces, es Ister tan frío, estando cerca del Euxino, de Pontus, Bithinia y toda la Tracia, a las que llama Magini «regiones frías»[205], y sin embargo su latitud es sólo de 42, lo que debería hacer que fueran calientes? Quivira[206] o Nueva Albión, en América, bordeando el mar, era tan fría en julio que nuestros ingleses[207] apenas podían soportarlo. En Norembega, a 45 grados de latitud, todo el mar es hielo duro, estando a una latitud más al sur que la nuestra. Nueva Inglaterra y la isla de Cambriall Colchos, que describe en su *Golden Fleece* aquel noble caballero Mr. Vaughan u Orpheus Junior, está en la misma latitud que la pequeña Bretaña en Francia, y sin embargo sus inviernos no comienzan hasta enero, su primavera hasta mayo, investigación que considera que merecería ser realizada por un astrólogo; ¿sucede esto por los vientos del Este o por la mezcla de hielo y nieve disuelta en el Círculo Ártico?; ¿o porque siendo el aire grueso, se calienta mucho antes por los rayos del Sol, y una vez caliente, guarda el calor como un horno y se protege así del frío? Nuestros climas engendran piojos, Hungría e Irlanda «tienen mal nombre» en este aspecto; llevadlos a las Azores y, por una extraña virtud del aire, se consumen inmediatamente, y así casi todas nuestras sabandijas europeas, decía Ortelio. Egipto está regado por el Nilo, no muy lejos del mar, y sin embargo allí llueve muy poco o nada; Rodas, una isla de la misma naturaleza, no produce ni una nube, y sin embargo nuestras islas están siempre goteando e inclinadas a la lluvia. El océano Atlántico está continuamente sujeto a tormentas, pero en el «del Sur o Mar Pacífico», casi no hay ninguna. ¿Son las estrellas del Trópico, «puertas abiertas»[208] de las Dodecotemorias[209] o constelaciones, las casas de la Luna, algunos aspectos de los planetas, algunos vientos, o el aire soluble, o el aire espeso, lo que causa éstas y también las diferencias de calor y frío? Bodin cuenta de un embajador portugués, que al ir de Lisboa[210] a Danzig[211], en Spruce, encontró más calor allí que en ninguna época en su tierra. Don García de Silva, delegado de Felipe III, rey de España, en 1619, residiendo en Ispahan, Persia, en una carta a la Marquesa de Bedmar

hace mención del gran frío que hacía allí, en Ispahan, cuya latitud es de 31 grados, frío mucho mayor que el que nunca había sentido en España, o en cualquier parte de Europa. La zona tórrida era considerada por nuestros predecesores como inhabitable, pero nuestros viajeros la encuentran muy templada, bañada con frecuentes lluvias y humedecedores chubascos, con brisa y refrescantes ráfagas en algunas partes, como describe Acosta[212], de lo más placentero y fértil. Arica, en Chile, es, según dicen, uno de los sitios más placenteros en los que haya brillado el sol, «el Olimpo en la tierra», un paraíso en la tierra; y de la misma manera hay quienes ensalzan por encima de todo a México, en Nueva España, o Perú, Brasil, etc. Pero en algunos sitios se encuentran, de nuevo y constantemente en la misma latitud, lo duro, lo seco, arena, esterilidad, un verdadero desierto. Muchas veces encontramos una gran diversidad de aire en el mismo país[213], a causa del sitio de los mares, colinas o valles, la necesidad de agua, la naturaleza del suelo y semejantes; como en España, en que Aragón es «áspera y seca», dura y difícilmente habitable; Extremadura es seca, arenosa, estéril en su mayor parte, extremadamente caliente a causa de sus planicies, y Andalucía es otro paraíso, y Valencia tiene una aire muy placentero y está continuamente verde; así sucede con Granada, por un lado fértiles planicies, por el otro, nieve permanente que se ve a lo largo de todo el verano en las cumbres. ¿Y quién no sabe que las casas en los Alpes están tres cuartas partes del año cubiertas de nieve? Y que Tenerife es muy fría en las alturas y muy caliente abajo. El monte Átlas en Africa, el Líbano en Palestina, como tantos otros, «pasan del calor ardiente a la umbría y la nieve», decía Tácito[214], y Radziwill (*Epist.*, 2, fol. 29) admite que es verdad que allí hace mucho más calor que en cualquier parte de Italia, pero que hay muchas elevaciones cerca de la Región Media, y por lo tanto fríos, «por la ligera refracción de los rayos del sol», como responde Nicolás Serra (*Comm.* en cap. 3, *Josua quaest.*, 5, y *Abulensis quaest.*, 37). En el calor del verano, en el Palacio Real del Escorial el aire es muy templado a causa de una ráfaga fría que viene de las cercanas montañas nevadas de la sierra de Guadarrama, mientras que en Toledo hace mucho calor, y así en otras tierras. Las razones de estas alteraciones son normales, a causa (como he dicho) de su cercanía a la Región Media. Pero esta diversidad de aire, en lugares de sitio igual, elevados y distantes del Polo, puede difícilmente comprenderse, así como la diversidad de plantas, pájaros, bestias, que son tan familiares para nosotros, con indios por todas partes: el Sol está igualmente distante, las mismas estrellas verticales, las mismas irradiaciones de los planetas, con influjos astrales semejantes, la misma cercanía de los mares, las mismas superficies, el mismo suelo o no muy diferente. Bajo el propio Ecuador, entre las sendas que cruzan las sierras de los Andes hay, como Herrera, Laet y Acosta[215] sostienen, tal variedad de climas, que ninguna filosofía es capaz todavía de encontrar su verdadera causa. Cuando considero, decía Acosta[216], dentro del Trópico de Capricornio, lo templado que puede ser un sitio cercano a La Plata, y sin embargo cerca de Potosí ser extremadamente frío, teniendo la misma altitud, y siendo ambos igual-

mente montañososo; y extremadamente caliente en Brasil, etc. «En cuanto a esta cuestión (decía Acosta), me río con ganas de la filosofía meteorológica de Aristóteles», porque cuando el Sol se aproxima, hay grandes tempestades, tormentas, truenos y relámpagos, gran abundancia de lluvia, nieve; y el tiempo es peor cuando el Sol está vertical, con ríos que se desbordan, las mañanas calmas y calientes, el mediodía frío y húmedo: todo es opuesto a lo nuestro. ¿Cómo sucede todo esto? Escalígero (*Poetices*, lib. 3, cap. 16) disertaba sobre esta cuestión. ¿Cómo sucede, o por qué motivo se produce esta «temeraria disposición astral», esa temeraria situación de las estrellas, o es, como pensaba Epicuro, fortuita o accidental? ¿Por qué son algunas tan grandes y otras pequeñas; por qué están situadas en el cielo de forma tan confusa y desigual, y colocadas sin ningún orden? En todas las otras cosas la Naturaleza es equilibrada, proporcionada y constante, hay «dimensiones justas y sabia ordenación de las partes»; como en la fábrica del hombre, sus ojos, orejas, nariz, cara y miembros se corresponden. «¿Por qué no sucede lo mismo con el cielo, la más querida de sus obras?». ¿Por qué son los cielos tan irregulares, «ni iguales en la masa ni en el espacio»?, ¿de dónde proviene la diferencia? «Diversos genios locales (concluye) han hecho los lugares», haciendo diversidad de tierras, suelos, modos, costumbres, caracteres y constituciones entre nosotros, «cuanto añadía (a las cosas terrestres) por caridad, se lo quitaba a los cielos en su perjuicio», y así por estos medios, «el río y el monte son distintos y no se parecen», y podemos distinguir los lugares por las formas. Pero esta razón es débil y muy insuficiente. Desde los tiempos de Ptolomeo las estrellas fijas han variado 26 grados contados desde el principio de Aries, y si la Tierra es inmóvil, como sus influjos astrales varían, así las tierras deben variar y de ahí se seguirán diversas alteraciones. Pero esto no lo percibimos, como cuando estuvo Cicerón con nosotros y dijo: «en Bretaña, el cielo se cubre y pronto se nubla», etc., y así seguimos. Por lo que Bodin (*Theat. nat.*, lib. 2) y algunos otros consideran que estas alteraciones y efectos proceden directamente de aquellos genios, espíritus, ángeles, que regulan y dominan diversos lugares; causan tormentas, truenos, relámpagos, terremotos, ruinas, tempestades, grandes vientos, inundaciones, etc. Los filósofos de Coimbra atribuirán esta diversidad a la influencia del empíreo cielo: porque algunos dicen que la excentricidad del Sol supone aproximarse a la Tierra, y entonces en tiempos de Ptolomeo la virtud de los vegetales se deterioraba y los hombres crecían menos[217], etc. Hay quien observa nuevos movimientos de los cielos, nuevas estrellas, «estrellas errantes», cometas, nubes, llámensen como se quiera, como los planetas Mediceo, Borbon, Austriaco últimamente detectados, los que no declinan, pero vienen y van, salen hacia arriba y descienden, se ocultan y se muestran entre las estrellas fijas, entre los planetas, por encima y por debajo de la Luna, en tiempos establecidos, ahora más cerca, ahora más lejos, juntos o en partes; así como el que toca el sacabuche altera, tirando hacia arriba o hacia abajo, sus tonos y tonadas, hacen ellos sus estaciones y puestos, para nosotros sin discernimiento; y de esos movimientos proceden (como ellos imaginan), diversas

alteraciones. Clavio hace otro tipo de conjeturas, pero no son más que conjeturas. Cerca de Damasco, en Coeli Syria, hay un Paraíso[218] a causa de la abundancia de aguas, «la razón es obvia», y también los estériles desiertos de Arabia, con rocas, ondulantes mares de arenas y secas montañas, «por lo cual, faltas de agua», decía Adricomius, «*montes habens asperos, saxosos, preacipites, horroris et mortis speciem prae se ferentes*»; inhabitable por lo tanto para hombres, pájaros, bestias, vacío de todo tipo de verdes árboles, plantas y frutas, una vasta y horrible rocosa tosquedad, que ningún arte podría abonar, como es evidente. Bohemia es fría porque se encuentra toda en el Norte. ¿Pero por qué tiene que hacer tanto calor en Egipto o por qué nunca llueve? ¿Por qué tienen que soplar continua y constantemente, durante tanto tiempo, esos vientos etesios[219] y del Noreste, en algunos sitios, en determinados tiempos, permanentemente en una dirección, y sólo en los días caniculares? Aquí, sequía perpetua, allí cayendo aguaceros; aquí brumosas nieblas, allí un aire agradable; aquí, terribles truenos[220] y relámpagos en determinadas estaciones, aquí mares congelados todo el año, allí, en la misma latitud, libres, y en el resto no se encuentra ni una ni otra cosa. Algunas veces (como en el Perú)[221] hace calor a un lado de las montañas, y en el otro frío, aquí nieve, allí viento, con infinitas cosas por el estilo. Fromundus, en sus *Meteoros*, disculpa o remedia esto por el movimiento del Sol, pero cuando hay una diversidad tal como la que se observa en las zonas vecinas, o en sitios muy cercanos, ¿cómo puede mantenerse esa posición?

¿Quién puede dar razón de esta diversidad de Meteoros?; pueden llover piedras[222], ranas, ratones, etc. Y ratas, que llaman «*lemmer*» en Noruega, a las que los habitantes observan (como escribe Münster)[223] descender y caer abiertamente con algunas lluvias feculentas y, como plaga de langosta, consumir todo lo verde. León el Africano habla otro tanto de las langostas, cerca de Fez, en Berbería; súbitamente cayeron infinitos enjambres encima de los campos. Lo mismo sucedió en Arles, en Francia, en 1553, por el mismo mal, y toda su hierba y frutos fueron devorados, «con gran maravilla y consternación de los habitantes (como relataba Valleriola, *Obser. med.*, lib. 1, obs. 1), por el súbito oscurecimiento del cielo»; concluyó que no podía ser por causas naturales, no podían imaginar de dónde provenían si no era del cielo. ¿Surgen estas criaturas tales como el grano, la madera, las piedras, los gusanos, la lana, la sangre, etc., en la Región Media por los rayos del sol, como arguye Baracellus[224] el Físico, caen con las lluvias o son engendrados? Cornelio Gemma[225] es de esa opinión: están allí concebidos por influencias celestiales; otros suponen que vienen inmediatamente de Dios, o que son prodigios surgidos por arte e ilusiones de los espíritus, que son príncipes del aire; esto es lo que suscribe Bodin (*Theat. nat.*, lib. 2). En fin, sobre los meteoros en general, diré que las razones de Aristóteles son refutadas por Bernardino Telesio, sus principios refutados por Paracelso, que aportó otras causas (sal, azufre, mercurio) en las que sus discípulos son tan expertos que pueden alterar los elementos y separarlos a placer, y conseguir movimientos perpetuos, no como Cardano, Taisnier y

Peregrino por alguna virtud magnética, sino por mezcla de los elementos; imitar al trueno, como Salmoneus, la nieve, el granizo, los mares menguando y creciendo, dar la vida a criaturas (como dicen) sin generación. ¿Y por qué no? Peter Nonius Salaciensis y Kepler se encargaron de demostrar que ningún meteoro, ni nubes, nieblas, vapores[226], se elevan más allá de 50 u 80 millas y que todo el resto era el aire más puro, o un elemento de fuego, lo que manifiestamente refutan por refracciones Cardano[227], Tycho[228], y Jean Pena[229], y por muchos otros argumentos, señalando que no hay en absoluto tal elemento de fuego. Si, como prueba Tycho, la Luna está a una distancia de nosotros de 50 y 60 semidiámetros de la Tierra; y si como quiere Peter Nonius, el aire es muy delgado o escaso, ¿que proporción hay entre los otros tres elementos y ése?, ¿para qué sirve? ¿Está lleno de espíritus que lo habitan, como sostienen los paracelsianos y los platónicos?, ¿es el más alto, el más noble, está lleno de pájaros[230] o es un mero vacío sin propósito? Hay gran controversia entre Tycho Brahe y Christoph Rothmann, el matemático del landsgrave de Hassia, en sus *Epístolas astronómicas*, sobre si es la misma materia, diáfana y clara, la del aire y la de los cielos, o son dos esencias distintas. Christoph Rothmann, Jean Pena, Giordano Bruno y muchos otros matemáticos recientes, sostienen que es la misma y una sola materia en todas partes, salvo que la más elevada es siempre la más pura y más sutil. Así sucede, según la experiencia, en la cumbre de algunos montes de América[231]; si un hombre asciende, se desmaya inmediatamente porque necesita de aire más espeso para refrigerar el corazón. Acosta (lib. 3, cap. 9) llama a esta montaña del Perú, Periacaca, que, decía, hace a los hombres que la suben arrojar y vomitar, así como otros pierden los dedos de las manos y los pies en los Andes y en los desiertos de Chile, de 500 millas en conjunto, por lo extremo del frío. Tycho considera que hay dos materias distintas en el cielo y en el aire; pero, a decir verdad, con alguna pequeña modificación, tienen una y la misma opinión sobre la esencia y materia de los cielos, que no es dura e impenetrable como mantienen los peripatéticos, sino transparente, una quintaesencia, «pero que es penetrable y suave como lo es el propio aire, y los planetas se mueven en ella como los pájaros en el aire y los peces en el mar». Esto lo comprueban por el movimiento de los cometas, que, por otra parte (aunque Claremontius en su *Antitycho* se opone inflexiblemente), no son generados, como enseñaba Aristóteles, en la región aérea, de una exhalación caliente y seca, y así consumida; sino, como sostenían desde antiguo Anaxágoras y Demócrito, de una materia celestial. Y como Tycho[232], Helisaeus Roeslin[233], Thadeus Hagecius, Pena, Rothmann y Fracastoro, demostraron, por el progreso, paralajes, refracciones, y movimientos de los Planetas, que interfieren y cortan unos las órbitas de los otros, primero por alto, después por abajo, cómo Marte se mueve entre los demás, que algunas veces, como confirma por sí mismo Kepler[234], y Tycho con sus exactas observaciones, llega más cerca de la Tierra que el Sol, y después rápidamente se eleva hacia la órbita de Júpiter. Y hay más razones importantes, considerando lo que está lejos, por encima de la Luna[235]. Entre tanto, se ha rechazado el ele-

mento de fuego, los primeros motores de agua, ficticios, los cielos por encima del firmamento a los que me refería antes, que defienden Delrío, Ludovico Imola, Patrizi y muchos de los Padres. Esos monstruosos orbes de excéntricas «y los que vagan en epiciclos excéntricos». Que, sin embargo, Ptolomeo, Alhazén, Vitellio, Peurbach, Magini, Clavio, y muchos de sus asociados firmemente sostienen que son órbitas reales, excéntricas, concéntricas, círculos iguales, etc., que son absurdas y ridículas. Hay quien está tan loco como para pensar que debe de haber tantos círculos como ruedas subordinadas de un reloj, todo impenetrable y duro; así lo imaginan, y suman y restan a placer. Giovanni Antonio Magini[236] habla de once cielos, subdivididos en sus órbitas y círculos, todo demasiado pequeño como para servir para las apariciones particulares. Fracastoro (*Homocentr.*, 72), Tycho Brahe, Nicholas Ramerus y Helisaeus Roeslin, tienen hipótesis peculiares sobre sus propias invenciones, y no son más que invenciones, como la mayoría de ellos reconocen, y como las que admitimos para el Ecuador, los Trópicos, los Coluros[237], y los círculos Ártico y Antártico; por el bien de las doctrinas (aunque Ranerus piensa que son todas innecesarias) las elaboran sólo por razones de método y orden. Tycho había imaginado no se cuántas subdivisiones de epiciclos en epiciclos, etc., para calcular y expresar los movimientos de la Luna. Pero cuando todo está hecho como una suposición y no de otra manera, no es (como él mantiene) rígido, impenetrable, sutil, transparente, etc., o creador de música, como mantenía Pitágoras en la Antigüedad, y Robert Constantine después, sino siempre quieto, líquido, abierto, etc.

Si el cielo es penetrable, como explican esos hombres, y sin obstáculos, no habría ningún inconveniente en que se produjera el progreso aéreo de hacer alas y volar, como el turco Busbequius hizo creer a sus conciudadanos de Constantinopla, lo que algunos nuevos ingenios aficionados a las novedades, pienso, conseguirán más tarde o más temprano. Y si tal cosa no pudiera ser, todavía se podría, con un anteojo de Galileo, o con las alas de Icaromenipo, como en Luciano, regir las esferas y los cielos, y ver lo que sucede entre ellos. Puede haber, como piensan algunos, generación y corrupción causadas por los cometas etéreos, como el de Casiopea en 1572, el de Cygno en 1600, o el de Sagitario en 1604, y muchos otros semejantes, que de ninguna manera admitía Julio César La Galla, el filósofo italiano, en su controversia con Galileo sobre física (*De phaenomenis in orbe Lunae*, cap. 9); o quizás fueron creados desde el inicio y sólo se manifiestan en tiempos establecidos; y, como sostiene Helisaeus Roeslin[238], tienen polos, ejes, círculos propios y movimientos regulares. Blancanus[239] sostiene que no desaparecen totalmente, que van y vienen por impulsos, formando siempre sus colas del Sol; algunos de ellos proyectan los rayos del Sol como si fueran un cristal ardiendo. Aunque no es siempre así, porque algunas veces los cometas obtienen sus colas de Venus, como observa Tycho. Y como indica Helisaeus Roeslin[240] que sucede con algunos otros, como la Luna, que tienen pequeñas estrellas alrededor de ellos «para estupor de los astrónomos, y muchas otras maravillas del cielo». Todo lo que

prueba, junto con las estrellas Medicea, Austriaca y Borbónica, que el cielo de los planetas es indistinto, puro y abierto, en el cual los planetas se mueven según leyes fijas y dentro de ciertos límites. Y examinándolo bien, «¿tienen los cielos color?». ¿Son las estrellas tan grandes y están a tanta distancia como dicen los astrónomos, y hay tantas en número[241], 1.026 ó 1.725, como dice J. Bayerus; o como indican algunos rabinos, 29.000 miríadas, o como descubrió Galileo con sus lentes, infinitas, como la Vía Láctea, una confusa luminaria de pequeñas estrellas? ¿Como muchos clavos en una puerta, o todas en línea como las 12.000 islas Maldivas, en el océano Índico? ¿Puede la menos visible de las estrellas de la octava esfera ser 18 veces más grande que la Tierra? ¿Y estar, como calcula Tycho, a 1.400 semidiámetros de ella? ¿Habrá partes más gruesas del Orbe, como explica Aristóteles, o muchos mundos habitables, como dice Demócrito? ¿Tienen luz por sí propias, o del Sol, o dan luz alrededor como discurría Patrizi? «¿Son equidistantes del centro de la Tierra?». ¿Está la luz en su esencia?; y, ¿la luz será una sustancia o un accidente? ¿Son ellas calientes por sí mismas o causan calentamiento por accidente? ¿Existe la precesión[242] del Equinoccio, como sostiene Copérnico, o el movimiento de la octava Esfera? «¿Filosofaban correctamente Roger Bacon y John Dee en sus *Aphorism. de multiplicatione specierum*?» ¿Hay realmente esas imágenes ascendentes con cada grado del zodíaco en el Este, como imagina Pedro de Alliaco? «¿Hay agua por encima del cielo?». Como sostienen Patrizi y los sabios, ¿hay un cielo de agua cristalina[243], que debe ser ciertamente comprendido como el de la Región Media?[244]. Porque si el agua de la inundación de Noé venía de allí, debe haber estado cayendo encima de nosotros más de cien años, como han calculado algunos[245]. Además «¿estaría animada la Tierra?», como algunos tan confiadamente creen (Orfeo, Hermes, Averroes), para quienes de ella se derivan todas las almas de los hombres, bestias, demonios, plantas, peces, etc., y adonde nuevamente retornan, después de algunas revoluciones, como discuten, tan ampliamente, Platón en el *Timeo* y Plotino en sus *Enéadas* (ver Calcidio y Beni, comentadores de Platón), como toda materia filosófica sobre la sustancia primigenia. Kepler, Patrizi y algunos otros actuales han revitalizado en parte esta opinión. Y que cada estrella del cielo tiene un alma, ángel, o inteligencia que la animan o mueven, etc. O, para omitir todas las pequeñas controversias como materias de menor importancia y examinar la paradoja principal del movimiento de la Tierra, tan en cuestión ahora: Aristarco de Samos y Pitágoras lo sostenían desde antiguo; Demócrito y muchos otros de sus discípulos, Didacus Astúnica, Antonio Foscarinus, un carmelita, y algunos otros comentaristas consideran que Job también lo insinúa (cap. 9, vers. 6): «que sacude a la Tierra y la coloca fuera de su lugar», etc., y que esta parte de la Escritura[246] hace más por el movimiento de la Tierra que todo lo que los demás prueban contra él. A quien Pineda refuta y la mayoría contradice. Como quiera que sea, la idea se ha revitalizado desde Copérnico, no como una verdad, sino como una suposición, como confiesa él mismo en el *Prefacio* dedicado al Papa Nicolás, y que ahora sostienen con gran serie-

dad Calcagninus[247], Telesio, Kepler, Rothmann, Gilbert, Digges, Galileo, Campanella, y especialmente Lansberg[248], «de acuerdo con la naturaleza, la verdad y la razón», y Origanus y algunos otros de sus seguidores. Porque si la Tierra es el centro del mundo y se mantiene quieta, y los cielos se mueven, como parece ser la opinión más admitida, a lo que llaman «la desordenada disposición de los cielos», opinión firmemente mantenido por Tycho, Ptolomeo y sus seguidores. «¿Por qué este furor?». ¿Qué furia es ésta?, decía el Dr. Gilbert[249], con una fuerza suficiente, como señala Cabeus, capaz de conducir los cielos con tan increíble celeridad, en 24 horas, cuando cada punto del firmamento, y en el Ecuador, necesitaría moverse (como calcula Clavio) 176.660 en la doscientascuarentaiseisava parte de una hora; y una flecha lanzada por un arco debería dar la vuelta siete veces alrededor de la Tierra mientras un hombre dice un *Ave María*, si mantiene el mismo espacio o da la vuelta completa a la Tierra 1.884 veces en una hora, lo que está más allá de la comprensión humana. «Más veloz que un dardo o una flecha rápida como el viento». Un hombre no podría recorrer tanto terreno haciendo 40 millas al día, en 2.904 años, como el firmamento hace en 24 horas, o tanto terreno en 203 años, como recorre el dicho firmamento en un minuto, «lo que parece increíble». Y la estrella Polar[250], que para nuestra consideración apenas se mueve de su lugar, tiene un circuito más grande que el del Sol, cuyo diámetro es mucho mayor que el diámetro del cielo del Sol y a 20.000 semidiámetros de la Tierra de nosotros, con el resto de las estrellas fijas, como prueba Tycho. Para evitar, por lo tanto, estas imposibilidades, atribuyen un triple movimiento a la Tierra, con el Sol inmóvil en el centro del mundo entero, la Tierra centro de la Luna, sola, por encima Venus y Mercurio y por debajo Saturno, Júpiter y Marte (o, como quieren Origanus[251] y otros, un simple movimiento de la Tierra, colocada quieta en el centro del mundo, lo cual es más probable), un único movimiento del firmamento, que se mueve en 30 ó 26 miles de años, y lo mismo los Planetas. Saturno en 30 años resuelve su único y propio movimiento, Júpiter en 12, Marte en 3, etc., y así solventa todas sus apariciones mejor que de ninguna otra manera. Se calculan todos los movimientos, sea en largo o en ancho, directo, estacionario, retrógado, ascendente o descendente, sin epiciclos, intrincadas excéntricas, etc., «sólo por un único movimiento de la Tierra», decía Lansberg, con mucha más certeza que por las *Tablas alfonsinas*, o por cualquiera de esas otras que se basan en las otras suposiciones. Y es verdad, dicen, de acuerdo a los principios ópticos, que las apariciones visibles de los planetas debieran responder realmente a sus magnitudes y órbitas, y aproximarse a las observaciones matemáticas y cálculos precedentes; no hay repugnancia por los axiomas físicos porque no hay penetración de las órbitas: pero entonces, entre la esfera de Saturno y la del firmamento hay un espacio o distancia increíble[252] (a 7.000.000 de semidiámetros de la Tierra, según calcula Tycho), vacío de estrellas. Y además, aumentan mucho el tamaño de las estrellas, agrandando el circuito, para evitar las objeciones ordinarias de los paralajes y retrogradaciones de las estrellas fijas, la alteración de la elevación de los polos en varios sitios

o latitudes de las ciudades de aquí en la Tierra (porque, dicen, si el ojo de un hombre estuviera en el firmamento, él no podría discernir el gran movimiento anual de la Tierra, que aparecería como un punto indivisible, fijo en un sitio, y del mismo tamaño), lo que es muy opuesto a la razón, a la filosofía natural, y todo tan enormemente absurdo y desproporcionado (así lo consideran algunos) como prodigioso, como aquello del veloz movimiento de los cielos. Pero asumiendo esto, aceptando su principio del movimiento de la Tierra tenemos que, si la Tierra se mueve, es un planeta, y brilla para los de la Luna y para los otros habitantes planetarios como la Luna y ellos lo hacen hacia nosotros que estamos sobre la Tierra: pero si brilla como Galileo, Kepler[253] y otros prueban, entonces, en consecuencia, el resto de los planetas está habitado, igual que la Luna, lo que él concede en su disertación, como *La gaceta sideral* de Galileo[254], «que había habitantes de Júpiter y Saturno, etc.»; y los múltiples planetas tenían sus diversas Lunas alrededor, como la Tierra tiene la suya, y como Galileo había evidenciado ya con sus anteojos, cuatro alrededor de Júpiter[255], dos alrededor de Saturno (aunque Sitius el Florentino, Fortunius Licetus y Julio César La Galla ponen reparos a esto), y aún Kepler, el emperador de las matemáticas, lo confirma por propia experiencia, pues el vio lo mismo con la misma ayuda, y más alrededor de Marte y Venus; y el resto espera a que se les encuentre, incluso, por ventura, alrededor de las estrellas fijas, lo que Bruno y Brutius ya han afirmado. Entonces (digo yo), la Tierra y esos son todos planetas, igual de habitados, que se mueven alrededor del Sol, el centro común del mundo, y podrían existir esos dos niños verdes de quienes hablaba Nubrigensis[256] en su tiempo, que cayeron del cielo, que vienen desde entonces; y aquella famosa piedra que cayó del cielo en tiempos de Aristóteles (tercer año de la 84.ª Olimpiada) en Capua Fluenta, registrado por Laercio y otros, o el «*Ancile*» o escudo que cayó en tiempos de Numa y fue registrado por Festus. Podemos, de la misma forma, introducir, con Campanella y Bruno, lo que Pitágoras, Aristarco de Samos, Heráclito, Epicuro, Meliso, Demócrito y Leucipo mantenían en sus tiempos: que hay «infinitos mundos» e infinitas Tierras, o sistemas, en un éter infinito, que Eusebio[257] reunía a partir de sus principios, porque hay infinitas estrellas y planetas como éste nuestro, y hay quienes se mantienen firmes para sostenerlo y defenderlo públicamente: «busco innumerables mundos errando por la eternidad» (Nicholas Hill en *Londinensis philos.*, Epicuro). Si el firmamento fuera de una grandeza tan incomparable como quieren los Gigantes de Copérnico, «infinito, o casi infinito», tan vasto y lleno de innumerables estrellas como si fuera infinito en extensión, unas por encima de las otras, algunas más altas, algunas más bajas, algunas más cerca, algunas lejanas, otras remotamente lejanas, y otras muy vastas y grandes; de manera que si la esfera completa de Saturno, y todo lo incluido en ella, «el agregado total (como argumenta Fromundus de Lovaina en su opúsculo *De immobilitate terrae*), se trasladara y colocara entre las estrellas, no veríamos más que algo similar a un punto: tan vasta es la distancia entre la Tierra y las estrellas fijas». Si en relación nuestro mundo es pequeño,

¿por qué no podemos suponer una pluralidad de mundos y que aquellas infinitas estrellas visibles en el firmamento sean otros tantos soles con centros fijos propios?; y que tuvieran, de la misma manera, sus planetas subordinados, como el Sol tiene sus danzantes continuamente a su alrededor, como han sostenido el Cardenal Cusano, Johan Mattaus Wakher, Bruno y otros han sostenido, y algunos todavía sostienen, «hombres alimentados en las enseñanzas de Aristóteles, y acostumbrados a mínimas especulaciones». Aunque parezcan cercanos a nosotros, están infinitamente distantes, y así, en consecuencia, hay infinitos mundos habitables. ¿Qué es lo que molesta? ¿Por qué no puede producir una causa infinita (como es Dios), infinitos efectos, como discute Nicholas Hill en *Democrit. philos.*? Kepler (lo confieso) no admitiría de ninguna manera los infinitos mundos de Bruno, o que las estrellas fijas pudieran ser otros tanto soles, con sus planetas en círculo, pero el dicho Kepler[258], en sus perspectivas, entre bromas y veras parece estar de acuerdo en parte y en parte contradecirlo (lo de la *Geografía lunar*, y *Sueño* y la *Conversación con el mensajero sideral*)[259]; concede que los planetas sí pueden estar habitados, pero lo duda de las estrellas. Y lo mismo hace Tycho en sus *Epístolas astronómicas*: fuera de la consideración de su vastedad y grandeza, sale con algunos discursos similares; que él nunca creería que esos grandes y vastos cuerpos que percibimos estén hechos para el único uso de iluminar la Tierra, un punto insensible con respecto al todo. Pero ¿quién habitará en esos vastos cuerpos, tierras, mundos, «si es que están habitados»? ¿«Criaturas racionales», como reclama Kepler?[260]. ¿Tienen almas que puedan ser salvadas? ¿O habitan una parte mejor del mundo que la que habitamos nosotros? ¿Somos nosotros o ellos Señores del mundo? ¿Y cómo están hechas todas las cosas para el hombre? «Es un nudo difícil de desatar... ya que aún no hemos explorado lo suficiente», es difícil de determinar; lo único que prueba es que estamos «en el primer lugar del mundo», en el mejor lugar, en el mejor mundo, el más cercano al corazón del Sol. Tomasso Campanella[261], un monje calabrés, en su segundo libro *De sensu rerum* (cap. 4), suscribe lo que dice Kepler, que supone con certeza que están habitados, pero que no puede decir con qué tipo de criaturas, y se esfuerza para comprobarlo por todos los medios, y dice que hay infinitos mundos. Hizo una *Apología* de Galileo, y dedicó este opúsculo suyo al Cardenal Cayetano. Hay quienes hablan libremente, murmuran e intentan persuadir al mundo (como también hace Marinus Mercennus)[262] de que nuestros modernos teólogos son demasiado severos y rígidos contra los matemáticos; ignorantes y quisquillosos, no admiten sus demostraciones verdaderas y sus certeras observaciones, tiranizan al arte, la ciencia y toda la filosofía, suprimiendo sus trabajos (decía Pomponazzi), prohibiéndoles escribir, decir la verdad, todo para mantener sus supersticiones en su propio beneficio. Como sucede con las partes de las Escrituras que están en contra, si ellos se explicaran en forma más vulgar y así se les pudiera comprender más correctamente, serían favorablemente interpretados, no estarían en absoluto en contra. Y como señala Otho Casman (*Astrol.*, cap. 1, part. 1), muchos grandes teólogos, además de Porfirio, Proclo,

Simplicio y otros filósofos paganos «famosos por su edad y sabiduría, argumentan que el Génesis de Moisés está escrito en sentido popular, viendo que está muy alejado del verdadero conocimiento filosófico». Porque Moisés sólo menciona dos planetas, el Sol y la Luna, no habla de los cuatro elementos, etc. Leed más de él en Grossius[263] y Junius.

Pero para avanzar en estos y otros intentos semejantes, insolentes y atrevidos, en paradojas prodigiosas e inferencias, y para que alguna vez se les admita, se necesita un seguimiento; lo que Rothmann, Kepler, Gilbert, Digges, Origanus, Galileo y otros mantienen sobre el movimiento de la Tierra, que es un planeta y brilla como lo hace la Luna, que contiene en ella «ambos, el mar y la tierra como hace la Luna», porque eso es lo que observan con sus anteojos; la mancha en la cara de la Luna y las partes más brillantes son tierra, y el mar lo oscuro, lo que enseñaban en un principio Tales, Plutarco y Pitágoras; y disciernen de forma manifiesta colinas y valles y algo así como concavidades, si suscribimos y creemos las observaciones de Galileo. Pero para evitar esas paradojas del movimiento de la Tierra (que la Iglesia de Roma ha condenado últimamente como herética[264], como aparece en los escritos de Blancanus y Fromundos), nuestros recientes matemáticos han movido todas las piedras que pueden ser removidas, y para resolver todas las apariencias y objeciones han inventado nuevas hipótesis y fabricado nuevos sistemas del mundo a partir de sus propias cabezas de Dédalo. Fracastoro piensa que la Tierra se mantiene quieta, como antes, y para evitar esas suposiciones sobre excéntricas y epiciclos, ha acunado 72 homocéntricas para resolver todas las apariciones. Nicholas Ramerus concibe a la Tierra como centro del mundo, pero móvil, y las ocho esferas inmóviles, los cinco planetas superiores se mueven alrededor del Sol, el Sol y la Luna alrededor de la Tierra. De esos orbes, Tycho Brahe pone la Tierra como centro inmóvil y las estrellas móviles; según Ramerus, el resto de los planetas sin orbes vagan en el aire, mantienen tiempo y distancia, tienen verdadero movimiento, de acuerdo con la virtud que Dios les ha concedido. Helisaeo Roeslin[265] censuraba a ambos, como Copérnico (cuya hipótesis *Sobre el movimiento de la Tierra* ha reivindicado recientemente Philip Lansberg, y la ha demostrado con sólidos argumentos en un preciso volumen, que ha ilustrado con una esfera Jansonius Caesius). Otro, llamado Jacobo Lansberg, ha defendido desde 1633[266] su aserto contra todas las trivialidades y calumnias de Fromundus y su *Anti-Aristarchus*, y de Baptista Morinus y Petrus Bartholinus, Fromundus, en 1634, escribió nuevamente contra él, y J. Rosseus de Aberdine, tocando tambores y trompetas, mientras Roeslin (digo) lo censura todo, y al propio Ptolomeo, por insuficiente: una ofensa contra la filosofía natural, otra contra los principios ópticos, una tercera contra las matemáticas; por no hablar sobre las observaciones astronómicas: uno pone un gran espacio entremedias del orbe de Saturno y la octava esfera, otro demasiado estrecho. En su propia «hipótesis» hace a la Tierra como antes, el centro universal del Sol y los cinco planetas superiores, adscribe el movimiento diurno a la octava esfera, las excéntricas y epiciclos a los siete planetas, lo que ha sido refutado al comienzo, y así:

«Cuando los tontos evitan un error
corren hacia el opuesto»,

como un hojalatero que cierra un agujero y hace dos, lo corrige y lo hace él mismo peor; reforma algo y lo estropea todo. En el interín, el mundo es «manteado» entre todos ellos, lanzan la Tierra arriba y abajo como una pelota, la hacen estar quieta o marchar a su gusto: unos dicen que el Sol está inmóvil, otro que se mueve; viene un tercero y lo toma todo al rebote, y si hacía falta una nueva paradoja, encuentra ciertas manchas y nubes en el Sol[267], con la ayuda de lentes que multiplican (decía Kepler) y hacen la visión de una escena mil veces más grande «en plano», y lo hace acercarse al ojo del espectador 32 veces. Puede verse la demostración de este anteojo en Tarde[268], por medio del cual se observa que el Sol debe girar alrededor de su propio centro, o ellos alrededor del Sol. Fabritius pone sólo tres, los tres en el Sol. Y Apelles, quince y los que no están en el Sol, flotando como las islas Cyanean en el mar Euxino; el francés Tarde[269] ha observado treinta y tres, y esos sin manchas ni nubes, como suponía Galileo (*Epist. ad Velserum*), con los planetas concéntricos al Sol y no lejos de él, con movimientos regulares. Christopher Scheiner[270], un jesuita suizo-alemán, divide las «*Ursina Rosa*» en «manchas» y «llamaradas» que estarían fijadas a la superficie solar. Y para resolver su movimiento regular y periódico en veintisiete o veintiocho días, sostienen además la rotación del Sol sobre su centro; y tienen tanta confianza que han hecho esquemas y tablas de sus movimientos. El Holandés[271], en su *Controversia con Apelles*, lo censura todo; y así, todos disienten entre sí, antiguos y modernos, irreconciliables en sus opiniones: como Aristarco e Hiparco, y Ptolomeo, Albategnius, Alfraganus, y también Tycho, Ramerus, Roeslin, Fracastoro, Copérnico y sus partidarios, Clavio y Maginus con sus seguidores, todos varían y determinan estas órbitas y cuerpos celestiales; y así, mientras estos hombres disputan sobre el Sol y la Luna, como los filósofos en Luciano, es de temer que el Sol y la Luna se les oculten y estén mucho más ofendidos con ellos que entre sí[272], y que envíen otro mensaje a Júpiter, por medio de algún novel Icaromenipo, para que termine con todas esas curiosas controversias y les destierre de este mundo.

Pero, ¿por qué tendrían que estar enfadados el Sol y la Luna, o hacer excepciones con los matemáticos y los filósofos? Una compañía de teologastros ofrece lo mismo al propio Dios, pues no están conformes con ver el Sol y la Luna, medir su situación y máxima distancia con un anteojo, calcular sus movimientos o visitar la Luna en una ficción poética, o un sueño, como ha dicho uno[273]: «me aventuraré ahora con una valiente proeza y algo memorable, nunca antes intentado en nuestro tiempo. Explicaré estas gestiones nocturnas en el reino de la Luna, un lugar al que todavía no ha llegado nadie, salvo en sueños», nadie excepto él y Menipo; o, como Petrus Cuneus[274]: «Actuaré de buena fe. Sabe que ninguna de las cosas que voy a escribir son verdaderas, voy a hablar de lo que nunca sucedió, ni sucederá nunca, y es producto del inge-

nio[275], y mantener mi mano»; no en el gesto, pero con gran seriedad, estos Cíclopes trascenderán a las esferas, el cielo, las estrellas en el Cielo Empíreo, se remontarán aún más alto y verán incluso lo que hace el propio Dios. Los talmudistas judíos se encargan de determinar cómo gasta Dios todo su tiempo: algunas veces jugando con Leviatán, otras veces inspeccionando el mundo, etc., como el Júpiter de Luciano, que pasaba gran parte del año pintando alas de mariposa y viendo quién ofrece sacrificios, diciendo las horas a las que debe llover y cuánta nieve debe de caer en tal sitio, de qué manera debe mantenerse el viento en Grecia y de qué manera en África. En el Corán Turco, Mahoma es elevado al cielo sobre un Pegaso enviado a propósito para él, mientras yace en el lecho con su mujer, y después de alguna conversación con Dios es enviado nuevamente a la tierra. Los paganos le pintaban y desfiguraban de mil maneras; nuestros heréticos, cismáticos y algunos sabios no van por detrás: algunos lo pintan como un viejo, y hacen mapas del cielo, ponen el número de ángeles, dicen sus diversos nombres[276] y oficios; algunos niegan a Dios y su providencia, se apropian de su oficio, juntan y separan en el cielo[277], liberan, excusan, perdonan, y son sus comisarios; algunos ponen en cuestión su deidad, su poder y atributos, su misericordia, justicia, providencia; sabrán como Cecilio[278] el porqué lo bueno y lo malo son castigados juntamente, por qué las guerras, fuegos y plagas todo lo infestan igual. ¿Por qué prosperan los hombres malvados y los buenos son pobres, están en prisión, enfermos e indispuestos con facilidad? ¿Por qué permite Dios que se haga tanto daño y mal, si tiene la capacidad de ayudar? ¿Por qué no ayuda a la bondad y resiste al mal, y no reforma nuestras voluntades? Si él no es el autor del pecado y permite que se cometan tales enormidades, ¿es indigno de su conocimiento, sabiduría, gobierno, misericordia y providencia?, ¿por qué deja que hagan todas las cosas la fortuna y el azar? Hay quienes se preguntan asombrados por su omnipotencia, «si es capaz de crear más dioses semejantes a él. Si es capaz de crear un dios a partir de un escarabajo pelotero», etc. «¿A dónde, oh sacerdotes, os precipitáis tan rápido?». Algunos presumen de tener familiaridad con Dios por que tienen visiones y revelaciones, y de que están en consejo privado con él; ellos dirán cuántos y quiénes se salvarán, cuándo el mundo llegará a su fin, qué año, qué mes y cualquier otra cosa que Dios haya reservado para sí mismo y para sus ángeles. Algunos, incluso, grandes curiosos, querrán saber más que todo esto, y se preguntarán con Epicuro: ¿qué hacía Dios antes de que se creara el mundo? ¿Estaba ocioso? ¿Dónde estaba? ¿De qué hizo el mundo? ¿Por qué lo hizo entonces y no antes? ¿Si lo hizo nuevo, o para tener un final, cómo es que es invariable, infinito?, etc. Algunos disputarán, pondrán reparos y objeciones, como hacía Juliano desde antiguo, a quien refuta Cirilo, y como Simón el Mago aparenta hacer en aquel diálogo entre él y Pedro[279], y como Ammonius el filósofo en aquella disputa dialogal con Zacarías el Cristiano. Si Dios es infinitamente y sólo bueno, ¿por qué debería alterar o destruir el mundo? ¿Si él confunde lo que es bueno, cómo puede él mismo continuar siendo bueno? ¿Si él se siente abatido a causa de la maldad, cómo estará libre

de la maldad que les hace malos?, y muchas más preguntas de este tipo, absurdas y de mentes enfermizas, intrincadas, espumarajos del ingenio humano y excrementos de la curiosidad, que, como nuestro Salvador decía a sus inquisitivos discípulos, no están preparados para conocer. ¿Pero quién lo está? Me he alejado ahora mucho, estoy fuera de vista, casi aturdido, vagando alrededor del tema. Podría haberme alejado aún más: pero soy una criatura, incapaz de sumergirme en esas profundidades, o de sondear esas honduras; incapaz de comprender, y mucho menos de discutir. Dejo la contemplación de estas cosas a ingenios más poderosos, que tienen una mayor habilidad y más feliz «tiempo libre» para vadear tales misterios filosóficos. E incluso en el caso de que fuese tan capaz como voluntarioso, de todas maneras, ¿qué puede hacer un hombre? Concluiré como Escalígero[280]: «Somos de todas maneras, hombres, en realidad fracciones de hombres; con la ayuda de todos es posible conseguir algo, aunque tampoco mucho: a partir de una única persona, absolutamente nada». Además (como afirmaba Nacianceno), «Dios desea que algunas cosas queden sin explicar»; y Séneca decía (cap. 35, sobre los cometas): «¿Cómo no maravillarnos ante esos extraños espectáculos del mundo, para los que no existen leyes seguras, ni pueden todavía comprenderse? Hay muchas razas que están familiarizadas con la faz del cielo. El tiempo se acelerará cuando lo que ahora está oculto, por la diligencia de largos años, se manifieste a la luz del día; una edad no es suficiente, el futuro, etc.». Cuando Dios reconozca su tiempo, revelará estos misterios a los mortales, y mostrará, por fin, por lo menos a algunos, aquello que ocultó durante tanto tiempo. Porque yo soy de su manera de pensar[281]: creo que Colón no encontró América por casualidad, sino porque Dios lo dirigió en ese momento para descubrirla: era contingente para él, pero necesario para Dios; Él revela y oculta a quien y cuando quiere. Y como quien se refirió a las Historas y Crónicas de los primeros tiempos[282], «Dios en su providencia, para controlar nuestras presuntuosas investigaciones, envuelve todas las cosas en la incertidumbre, nos bloquea la lejana antigüedad, y limita nuestra búsqueda dentro del ámbito de algunos pocos años». Se han perdido muchas cosas buenas que utilizaron nuestros predecesores, como Panciroli podría informaros mejor; muchas cosas nuevas se inventan diariamente para bien del público; así reinos, hombres y conocimientos menguan y crecen, se ocultan y se revelan, y cuando se tiene todo hecho, como concluye el predicador, «no hay nada nuevo bajo el Sol». Pero mi melancolía busca halagos, mi juego se ha torcido, y yo debo ser humilde y seguir con prontitud.

Jason Pratis, en su libro *De morbis capitis*, y en su capítulo sobre la melancolía, toma estas palabras de Galeno: «Déjales venir a mí para que sepan cuánto deben comer y beber, y además de eso, les enseñaré qué templanza de aire ambiente deben elegir, qué viento, qué países deben elegir y cuáles evitar». En estas líneas suyas vemos que, entre todo lo mucho que es necesario para curar la melancolía, y entre otras cosas, se requiere necesariamente la rectificación del aire. Esto se puede hacer tanto reformando el aire natural como el artificial. Está en nuestras manos elegir o evitar el aire natural, que es gene-

ral para los países y provincias; particular para las ciudades, pueblos, villas o casas privadas. He demostrado al principio el daño que pueden hacer los extremos de calor o frío para esta enfermedad: es necesario que el «medio» sea bueno, con el aire templado, sereno, tranquilo, libre de pantanos, ciénagas, nieblas y de todas las formas de putrefacción y de nocivos olores contagiosos e inmundos. Todos los geógrafos reconocen que los egipcios[283] eran alegres: una nación orgullosa y alegre, lo que no puedo atribuir a otra razón que a la serenidad de su aire. Héctor Boecio[284] y Cardano[285] registran que los que viven en las Órcadas son de complexión agradable, longevos, muy saludables, libres de todo tipo de debilidades de cuerpo y mente, a causa de un penetrante aire purificador que proviene del mar. Los boecios de Grecia eran torpes y pesados, «gruesos boecios», a causa del aire brumoso en el que vivían:

> «Nacidos y criados en el pesado aire boecio»[286].

En el Ática era más penetrante, placentero y refinado. El aire no es el que cambia tanto las costumbres, modos, ingenios (como han probado ampliamente Aristóteles, en *Política*, lib. 6, cap. 4., Vegecio, Platón, y Bodin en *Method. hist.*, cap. 5), sino las constituciones de los cuerpos y el propio temperamento. En todas las provincias lo hemos visto confirmado por la experiencia: tal como el aire es, así son los habitantes, torpes, pesados, ingeniosos, sutiles, puros, limpios, payasos, enfermizos o sanos. En Perigord, en Francia, el aire es sutil, saludable, raramente hay alguna plaga o enfermedad contagiosa, aunque el terreno es escarpado y estéril: la gente es sana, ligera y vigorosa; pero en algunas partes de Quienne, llenas de páramos y marismas, la gente es torpe, pesada, y está sujeta a muchas dolencias. Hay quien no ve una gran diferencia entre Surrey, Sussex y el pantano de Romney, las campiñas de Lincolnshire y los Fens[287]. Por lo tanto, aquel que ama su salud, si sus posibilidades lo permiten, debe cambiar a menudo de lugares y elegir aquellos que son saludables, placenteros y convenientes: no hay nada mejor para esta enfermedad que el cambio de aire, y, en general para la salud, vagar arriba y abajo, como los tártaros zamolhenses, que viven en hordas y aprovechan oportunidades de tiempo, lugares y estaciones. Los reyes de Persia tenían sus casas de verano e invierno: en invierno en Sardis, en verano en Susa; ahora en Persépolis, después en Pasargada. Ciro vivía siete frescos meses en Babilonia, tres en Susa, dos en Ecbatana, según decía Jenofonte[288], y tenía de esta manera una primavera perpetua. El gran Turco reside algunas veces en Constantinopla, algunas veces en Adrianópolis, etc. Los reyes de España tienen su Escorial para el calor del verano, Madrid[289] como un asiento saludable, Valladolid como sitio agradable, y variedad de retiros, como tienen todos los príncipes y grandes hombres, y todos progresan en este sentido. El romano Lúculo tenía casa en Roma, en Baia y otras más. Cuando Cneo Pompeyo, Marco Cicerón (decía Plutarco)[290] y muchos nobles fueron a visitarlo en verano, durante la cena Pompeyo bromeó con él, diciendo que era una villa elegante y agradable, llena de ventanales,

galerías, y todos los servicios apropiados para una casa de verano; pero a su juicio muy inapropiada para el invierno. Y Lúculo respondió que el señor de la casa tenía el ingenio de las grullas, y que cambiaba su país con la estación; que él tenía otras casas amuebladas y construidas con ese propósito, todas tan cómodas como esa. Y de la misma forma Cicerón tenía su Tusculana, Plinio su villa Lauretana, y cada caballero de cualquier estilo tiene, en nuestros tiempos, lo mismo. El obispo de Exeter[291] tenía, en otros tiempos, siete casas diferentes, todas amuebladas. En Italia, aunque permanecen en las ciudades en invierno, que es más el estilo de los caballeros, salen fuera todo el verano, a sus casas de campo, para recrearse. Nuestra nobleza inglesa vive en su mayoría en el campo y, excepto algunos pocos castillos, construyendo habitualmente en planicies (decía Jovius)[292] o cerca de bosques, «una corona de verdes árboles»; se puede conocer que hay una villa por un el montecillo de árboles que hay en o alrededor de ella, para evitar esos fuertes vientos de los que la Isla está infectada, y las ráfagas del frío invierno. Algunos no recomiendan las casas con foso, por insalubres, y Camden decía de Ewelme[293] que por eso era poco frecuentado, «a causa de los vapores de la cercana agua estancada», y lo mismo sucede con todos los sitios que están cerca de lagos o ríos. Pero yo soy de la opinión de que estos inconvenientes pueden mitigarse, o fácilmente corregirse por medio de buenos fuegos, como alguien informa que se hace en Venecia[294], que los olores nocivos y la niebla de los marjales pueden mejorarse suficientemente por las innumerables humaredas. Y aún más, Thomas Philol. Ravennas[295], un gran médico, sostiene que los venecianos son generalmente más longevos que los de cualquier otra ciudad de Europa, y que muchos de ellos viven 120 años. Pero no es simplemente el agua lo que hace tanto daño, sino el cieno y los olores nocivos que acompañan los sitios inundados, lo que sucede sólo en algunas pocas estaciones después de una crecida, y que está suficientemente recompensado con los dulces olores y aspectos del verano: «la primavera coloreará los campos con incontables matices», y con muchos otros productos de placer y beneficio; e incluso puede ser corregido por el sitio, si está algo remoto del agua, como Lindly, Ortonon-the-Hill[296], Drayton[297], o, un poco más elevado, pero más cerca, como Caucut[298], como Amington[299], Polesworth[300], Weddington[301] (para insistir en los sitios que mejor conozco, sobre el río Anker en Warwickshire, Swarston[302], y Drakesly[303] sobre el Trent). Y si son poco apropiadas en invierno y en algunas otras ocasiones, tienen su buen uso en verano. Si los medios son muy escasos y no admiten tales variaciones, y hay que definirse de una vez por todas y hacer una sola casa que sirva para todas las estaciones, no conozco a nadie que haya dado mejores reglas en este sentido que nuestros escritores domésticos. Catón[304] y Columela prescriben una buena casa cerca de un río navegable, buenos caminos, situada cerca de alguna ciudad y en un buen suelo, pero esto es más por comodidad que por salud.

El mejor suelo produce comúnmente el peor aire, una seca planicie arenosa es más adecuada para construir encima, y la que es un poco montuosa en

lugar de llana, llena de colinas, como la región de Cotswold, es la más cómoda para la cetrería, la caza, leña, aguas y todas las formas de disfrute. El Perigord francés es árido, pero a causa de su excelente aire y de los placeres que proporciona es muy habitado por la nobleza; como Nuremberg en Alemania, y Toledo en España. Nuestro paisano Tusser nos dirá otro tanto, que la campiña es para el beneficio, el monte para el placer y la salud, la una corrientemente de arcilla profunda, por lo tanto insalubre en invierno y sometida a los malos caminos, el otro de arena seca. El aprovisionamiento puede hacerse en cualquier parte, y nuestras ciudades son en general mayores en los montes que en las campiñas, más frecuentadas y populosas, y los caballeros disfrutan más de habitar en tales lugares. Sutton Coldfield, en Warwickshire (donde fui una vez profesor de primaria), puede ser testimonio suficiente, pues está situado, como señala Camden, en una zona estéril y mala, pero con un aire excelente, y está lleno de todas las formas de disfrute. Wadley[305], en Barkshire, está situado en un valle, aunque no con un suelo tan fértil como ofrecen algunos valles, pero es un sitio muy cómodo, saludable, con un aire delicioso, un asiento rico y placentero. Así Segrave, en Leicestershire (cuya ciudad estoy ahora obligado a recordar)[306], está situado en una campiña, en el límite de las llanuras, y es más estéril que las villas de alrededor, y más, ningún lugar semejante produce un aire mejor. Y quien construyó una casa muy agradable, Wollerton[307], en Nottinghamshire, es muy digno de alabanza, (aunque la zona de alrededor sea arenosa u estéril), por haber elegido tal lugar. Constantino (Lib. 2, cap. *De agricult.*) ensalzaba por encima de todo los sitios montañosos, con colinas o escarpados, al borde del mar, y los que miraban hacia el Norte, sobre un gran río, como Farmack[308], en Derbyshire, en el Trent, rodeada de colinas y abierta sólo al Norte, como el monte Edgemond en Cornualles, que tanto admira Mr. Carew[309] por su excelente situación. Y así es el asiento general de Bohemia, con el viento del Norte que clarifica, «aunque [Constantino] desaprueba totalmente situarse cerca de lagos o marismas, en cuevas, lugares oscuros, o hacia el Sur o el Oeste»; esos vientos son insalubres, putrefactos y hacen que los hombres sean pasto de las enfermedades. Según él, el edificio más saludable es el situado en «lugares altos y con excelente perspectiva», como el de Cuddesdon[310] en Oxfordshire (lugar que debo, por honor, mencionar), que está reciente y primorosamente construida en un sitio de buen aire, buena perspectiva, buen suelo, tanto para el beneficio como para el disfrute, lo que no se encuentra fácilmente en unión. Pedro de Crescentiis, en su *De agricultura* (lib. 1, cap. 5), escribe en abundancia sobre este asunto; cómo debe situarse una casa en un sitio saludable, en una buena costa, con buen aire, viento, etc. Varrón (*De rerum rusticarum*, lib. 1, cap. 12) prohibe la cercanía de lagos y ríos, de marismas y terrenos abonados, pues producen un aire malo y grandes enfermedades difíciles de curar: «si no es posible mejorar el lugar, es preferible (advierte) vender la casa y la tierra antes que perder la salud». Quien no respeta estas indicaciones cuando elige un lugar o al construir su casa, está loco, decía Catón[311], y según Columela, «y está habitando cerca del propio

Infierno»: en conclusión, recomendaba el centro de una colina, sobre una pendiente. Battista della Porta (*Villae*, lib. 1, cap. 22) censura a Varrón, Catón, Columela y a todos los antiguos rústicos que aprobaban muchas cosas, desaprobaban algunas, y no querían, de ninguna manera, que los frentes de las casas estuvieran hacia el Sur, lo que puede ser bueno en Italia y los climas cálidos, no lo sé, pero que en nuestros países del Norte estoy seguro de que es lo mejor. El francés Carolus Stephanus (*Praedio rustic.*, lib. 1, cap. 4) lo suscribe, aprobando especialmente la vertiente de una colina hacia el Sur o el Sur-Este, con árboles hacia el Norte, y de manera que esté bien provista de aguas, una condición que no debe omitirse en ningún sitio, como inculcaba Herbastein (lib. 1). El médico Julio César Claudinus (*Consult.,* 24), en una consulta de un noble de Polonia, melancólico, le advirtió que habitara en una casa orientada hacia el Este, y que tuviera, de todas maneras, un aire claro y suave. Lo que Montano (*Consil.,* 229) aconsejaba a su paciente, el conde de Monfort, era que habitara en una casa agradable y con buen aire. Si esto es así, no se debe alterar el sitio natural de nuestra ciudad, pueblo, villa, aunque puede ser mejorado por medios artificiales. En las ciudades muy cálidas, por lo tanto, hacen las calles de las ciudades muy estrechas, a todo lo largo de España, África, Italia, Grecia, y muchas ciudades de Francia, especialmente en el Languedoc y en Provenza, en todas las zonas del sur: Montpellier, la morada y Universidad de los médicos, está construida así, con casas altas y calles estrechas que hagan desviar los abrasadores rayos del sol, lo que Tácito recomienda (*Annal.,* lib. 15), como lo más adecuado para la salud, «porque la altura de los edificios y la estrechez de las calles alejan los rayos del Sol». Algunas ciudades utilizan las galerías o claustros arqueados hacia las calles, como Damasco, Bolonia, Padua, Berna en Suiza, Westchester entre nosotros, tanto para evitar las tempestades como para evitar el calor ardiente del sol. En los países muy cálidos construyen, para tener más aire, en montes elevados o al borde del mar, como Baia, Nápoles, etc. En nuestras costas norteñas nos oponemos a ello, recomendamos construir calles amplias, rectas, anchas, abiertas, que son más adecuadas y concuerdan con nuestro clima. Nosotros construimos en los bajos para buscar el calor. El sitio de Mitilene, en la isla de Lesbos, en el mar Egeo, que tanto desaconsejaba Vitrubio, está magníficamente construido, con agradables casas que están, sin embargo, imprudentemente situadas porque se extienden a lo largo del Sur, y cuando sopla el viento sur toda la gente se enferma; sería un sitio excelente en nuestros climas norteños.

He disertado ya suficientemente sobre la situación artificial de las casas: si el asiento de la morada no puede alterarse, hay sin embargo mucho para elegir en los aposentos o habitaciones, con oportunas aperturas o cierres de ventanas, excluyendo aires y vientos extraños y saliendo al extranjero en los tiempos convenientes. Crato[312], recomendaba a un alemán los sitios al Este y al Sur (desaconsejando el aire frío y los vientos del Norte en este caso de tiempo lluvioso y días de niebla), libre de putrefacción, ciénagas, marismas y colinas de estiércol. Si el aire es malo, no abrir ventanas ni salir fuera. Montano no que-

ría de ninguna manera que su paciente se moviera si el viento era fuerte o tempestuoso, como suele ser entre nosotros durante gran parte de marzo; o en los días nublados, encapotados, oscuros, como los de noviembre, al que llamamos comúnmente el mes negro. Cuando está tormentoso hay que dejar al viento hacer lo que quiera (*Consil.*, 27 y 30), y no se debe «abrir una ventana batiente en mal tiempo», o en una estación borrascosa (*Consil.*, 299), y prohibe especialmente abrir ventanas con un viento del Sur. El mejor sitio para las ventanas de una habitación es, a mi juicio, hacia el Norte, Este y Sur, y el peor es hacia el Oeste. Levinus Lemnio (*De occult. nat. mir.*, lib. 3, cap. 3) atribuye tanto al aire y a la rectificación del viento y a las ventanas, que sostiene que eso sólo es suficiente para hacer que un hombre enferme o se mantenga sano, para alterar el cuerpo y la mente. «Un aire claro alegra los espíritus, y vivifica la mente; un aire espeso, oscuro, brumoso, tempestuoso, encoge y trastorna»[313]. Hay que prestar gran atención, por lo tanto, al tiempo que hace cuando paseamos, a cómo colocamos nuestras ventanas, luces y casas, a cómo dejamos entrar o excluimos el aire ambiental. Para evitar el calor excesivo, los egipcios hacen sus ventanas en lo más alto de la casa, como chimeneas, con dos tubos que intercambian el aire. En España hacen corrientemente dos grandes ventanas opuestas sin cristal, cerrando siempre las que dan hacia el Sol. Y en Turquía y en Italia (con excepción de Venecia, que se jacta de sus palacios majestuosamente acristalados) utilizan ventanas empapeladas con el mismo propósito; y yacen bajo el cielo, en lo alto de sus casas de tejado plano, durmiendo así bajo el dosel del cielo. En algunas partes de Italia[314] tienen molinos de viento para extraer aire refrescante de cuevas que excavan, y lo distribuyen por todas las habitaciones de sus palacios para refrescarlas, como en Costoza, la casa de Caesario Trento, un caballero de Vicenza y en otras partes. Se han inventado muchas maneras excelentes de corregir la naturaleza por medio del arte. Si ninguno de estos caminos ayuda, la mejor manera es hacer aire artificial, el cual, de todos modos, es beneficioso y bueno, e incluso puede calentarse y humedecerse y ser sazonado con dulces perfumes, lo que puede ser muy agradable y placentero[315]: tener siempre en las ventanas rosas, violetas y suaves flores olorosas, y ramilletes en las manos. Du Laurens recomienda nenúfares y un jarrón de agua templada para que se evapore en la habitación, lo que hará un perfume aún más delicioso si se agregan flores de naranja, píldoras de limón, romero, claveles, laureles, agua de rosas, vinagre de rosas, benjuí, láudano, el estoraque y algunas plantas del tipo de los bálsamos, que producen un perfume agradable y muy aceptable. Bessardus Bisantinus[316] prefiere el humo de los juníperos para las personas melancólicas, muy solicitado entre nosotros en Oxford, para dulcificar nuestras habitaciones. Guianerius[317] prescribe que el aire sea humedecido con agua u hierbas suaves cocidas en ella, vino y hojas de sauce, etc., y rociar el suelo y los sitios con agua de rosas y vinagre de rosas, que mucho aprueba Avicena. Entre los colores[318], es bueno considerar el verde, rojo, amarillo y blanco, y de todas maneras tener siempre luz suficiente, proveniente de las ventanas durante el día y de velas de cera

durante la noche, y habitaciones limpias, buenos fuegos en invierno, alegres compañías; porque aunque las personas melancólicas aman estar en la oscuridad y solos, sin embargo la oscuridad incrementa mucho ese humor.

Aunque nuestro aire habitual sea bueno por naturaleza o arte, no está mal, sin embargo, como he dicho, variarlo; no hay mejor medicina para un melancólico que el cambio de aire y la variedad de lugares, viajar al extranjero y observar diferentes costumbres. León el Africano[319] habla de muchos de sus compatriotas que se habían curado así, sin ninguna otra medicina: entre los «negros, hay un aire tan excelente que si alguno de ellos se enferma en otra parte, y lo llevan allí, se recupera instantáneamente, de lo que dice fue a menudo testigo ocular». Lipsio[320], Zwinger y algún otro agregan otro tanto de los viajes corrientes. Ningún hombre, decía Lipsio en una *Epístola* a Philippus Lanoius, un noble amigo suyo que se preparaba para hacer un viaje, «puede ser un tronco o piedra tal, que no le afecten las placenteras meditaciones sobre países, ciudades, pueblos, ríos». Séneca[321], el filósofo, se quedó infinitamente prendado con la visita a la casa de Escipión el Africano, cerca de Linternum, inspeccionando aquellos viejos edificios, cisternas, baños, tumbas, etc. Y cuánto disfrutó Cicerón[322] con la vista de Atenas, al contemplar aquellos antiguos y agradables edificios, recordando a sus dignos habitantes. Paulus Emilius, renombrado capitán de Roma, después de haber conquistado Perseus, último reino de Macedonia, y habiendo hecho un alto en sus tediosas guerras, aunque había estado mucho tiempo ausente de Roma, y mucho la deseaba, hacia el comienzo del otoño (como lo describe Livy)[323] hizo una placentera peregrinación por toda Grecia, acompañado por su hijo Escipión y por Atheneus el hermano del rey Eumenes, dejando a cargo de su armada a Sulpitius Gallus. En Tesalia fue a Delfos, luego a Megara, Aulide, Atenas, Argos, Lacedemonia, Megalópolis, etc. Recibió una gran satisfacción, un sumo deleite con este su viaje. Como quien no había intentado antes algo semejante, y aunque su viaje fue «por placer, más que por motivos de gobierno» (como bien observó alguien)[324], correr, echando ojeadas, conocer hermosos panoramas y costumbres, perder tiempo, tanto el suyo como el público (como sucede con muchos cortesanos, que gastan sus mejores días, junto con sus medios, maneras, honestidad, religión), sin embargo, de todas maneras, es provechoso. Porque el peregrinar es algo que encanta nuestros sentidos con tal indescriptible y placentera variedad que hay quien considera que quien no ha viajado nunca es un infeliz[325], una especie de prisionero, y lamenta el caso de los que, desde la cuna hasta la vejez, han contemplado siempre lo mismo. De tal modo que Rhazes (*Cont*. lib. 1, trat. 2) no sólo lo recomienda sino que prescribe los viajes y su variedad de objetos a los hombres melancólicos, «y yacer en diversas posadas, e ir con compañías diversas» (Montalto, cap. 26), y muchos modernos tienen el mismo pensamiento. Celso advierte, por lo tanto, que lo que mantiene la salud es tener diversidad de visitas, ocupaciones, estar siempre ocupado, «vivir algunas veces en la ciudad, otras veces en el campo; en un momento estudiar o trabajar para mantenerse interesado, y después nue-

vamente hacer cetrería o cazar, nadar, correr, cabalgar o hacer ejercicio». Un buen panorama puede aliviar la melancolía, como sostiene Gomesius (lib. 2, cap. 7, de Sale). Los ciudadanos de Barcelona[326], decía, que de otra manera se sentirían encerrados, melancólicos y sin poder moverse apenas, están mucho más contentos gracias al agradable panorama de su ciudad que se abre hacia el mar, que, como la vieja Atenas, y Egina, Salamina, y muchas otras agradables islas, tenían toda la variedad de deliciosos objetos; lo mismo sucede con los napolitanos y con los habitantes de Génova, que ven pasar delante de sus ventanas barcos, chalupas y pasajeros, y así sucede con todas las ciudades situadas en una ladera de una colina, como Pera en Constantinopla, en la que casi cada casa tiene una perspectiva abierta al mar, como una parte de Londres sobre el Támesis; o que tienen una perspectiva abierta sobre la ciudad entera, como sucede en Granada, en España, y en Fez, en África, con el río corriendo entre dos colinas inclinadas, haciendo con su escalonamiento que cada casa, lo mismo que observa, puede ser observada por el resto. Cada ciudad está llena de tales deliciosas perspectivas, tanto en la tierra como en el mar, como Hermon y Rama[327] en Palestina, Colalto en Italia, la cumbre del Taigeto o del Acrocorinto, o aquel viejo y decadente castillo de Corinto desde el que se puede contemplar con una sola mirada, el Peloponeso, Grecia y los mares Jónico y Egeo. En Egipto, la cumbre cuadrada de la gran pirámide, de trescientas yardas de alto, así como el palacio del Sultán en el gran Cairo, como la región es llana, tienen una perspectiva maravillosa y agradable tanto sobre el Nilo como sobre la gran ciudad, de cinco millas italianas de largo y dos de ancho, a orillas del río. Y desde el monte Sión, en Jerusalén, se ve la Tierra Prometida por todos lados: hay infinitos sitios elevados. Entre nosotros las vistas con mayor reputación son la torre Glassenbury, el castillo Bever, Rodway Grange y Walsby[328] en Lincolnshire, donde últimamente he recibido una verdadera atención gracias a la munificencia de la Honorable, mi noble Señora y Patrona, la señora Frances, condesa Dowager de Exeter. Y entre todas las demás hay dos que no puedo omitir en honor a la vecindad: Oldbury en los confines de Warwickshire, donde a menudo he examinado el ambiente con gran deleite, y al pie de cuya colina nací yo[329]; y Hanbury en Staffordshire, contiguo al cual se encuentra Falde, una placentera villa y un antiguo patrimonio perteneciente a nuestra familia, ahora en posesión de mi hermano mayor William Burton, Esquire.

El escocés Barclay[330] recomienda la torre de Greenwich como una de las mejores perspectivas de Europa, ver Londres por un lado, con el Támesis, los barcos, y agradables praderas por el otro lado. Hay algunos que dicen otro tanto y más del campanario de San Marcos en Venecia. Sin embargo está a una gran distancia. A algunos les afectan especialmente los objetos que están cerca, ver pasajeros ir y venir en alguna gran carretera, o los barcos en un río, u observar una feria, una plaza de mercado, o, desde una agradable ventana sobre alguna agitada calle principal, contemplar una afluencia continua, una promiscua muchedumbre, yendo y viniendo, o una multitud de espectadores

en el teatro, una mascarada o algo semejante a una exhibición. Pero me voy por las ramas. El resumen es éste: que la variedad de acciones, objetos, aires, lugares, son excelentes para esta dolencia y para todas las otras, buenas para el hombre, buenas para las bestias. El emperador Constantino[331] (lib. 18, cap. 13, según Leontio) «sostiene que es la única cura para las ovejas deterioradas, y para cualquier forma de ganado enfermo». El gran doctor Laelius de Fonte Eugubinus, como final de muchas de sus consultas (como establecía cualquiera fuera el resultado de su medicina), en el caso de la melancolía aprobaba especialmente todo esto, por encima de otros remedios cualesquiera, como puede verse en sus consultas (*Consult.*, 69, 229, etc.): «Hay muchas otras cosas que ayudan, pero el cambio de aire es lo que forja la cura y hace el mayor bien».

Rectificación de los ejercicios del cuerpo y la mente

Ante los grandes inconvenientes que provienen, por un lado, del ejercicio inmoderado e intempestivo, y por otro de la excesiva soledad y ociosidad, hay que oponer como un antídoto un moderado y apropiado uso del ejercicio en ambos, cuerpo y mente, como la circunstancia más material que conduce en gran medida a la curación y la preservación general de nuestra salud. Los propios cielos están continuamente girando en redondo, el Sol sale y se pone, la Luna crece y decrece, las estrellas y los planetas mantienen sus movimientos constantes, el aire está continuamente agitado por los vientos, las aguas menguan y crecen sin duda para su conservación, para enseñarnos que debemos estar siempre en acción. Por esa causa Hierome prescribe al monje Rusticus que se mantenga siempre ocupado en unos u otros asuntos, «que el demonio no lo encontrase ocioso». Séneca mantenía a los hombres haciendo algo, aunque fuese sin ningún propósito. Jenofonte[332] aconsejaba que la gente jugara, preferiblemente, a juegos de mesa, a los dados, o que hiciera el bufón (aunque podría tener una ocupación mucho mejor) antes que no hacer nada. Los antiguos egipcios[333] y muchas naciones florecientes han impuesto desde entonces el trabajo y el ejercicio a todo tipo de hombres, para prevenir esos penosos males que vienen a causa del ocio, «porque así como el forraje, el látigo y la carga pertenecen al asno, la comida, la corrección y el trabajo al sirviente» (Eccles 33, 23). Los turcos obligan a los hombres de cualquier clase, de cualquier nivel, a tener algún oficio, sin que se excuse ni siquiera al gran señor. «En nuestra memoria (decía Sabellicus), Mahomet el turco, el conquistador de Grecia, al mismo tiempo que escuchaba a los embajadores y a otros príncipes, tallaba o cincelaba cucharas en madera, o hacía alguna construcción sobre la mesa». Este Sultán[334] actual hace ranuras para los arcos. Los judíos son más severos en su control del tiempo; todos los sitios están bien gobernados, pueblos, familias, y toda persona discreta tendrá su propia ley. Pero entre nosotros el distintivo de la nobleza es el ocio: no tener obligaciones, no trabajar, pues eso sería un descrédito para su nacimiento, ser un mero espectador, un zángano, «nacido sólo para consumir los frutos de la tierra» y no para tener un empleo que le ocupe ni en la Iglesia ni en la cosa pública (salvo algunos pocos gobernantes), «sino que están criados para comer», para gastar sus días en la cetrería, la caza, etc., y tales deportes y recreaciones (que valora nuestro casuístico)[335] son casi el único ejercicio y la actividad más habitual de nuestra nobleza, en lo cual son muy poco moderados. Y sucede que tanto en la ciudad como en el campo hay muchas afecciones del cuerpo y la mente, y esta cruel enfermedad, la melancolía, afecta y domina ahora a nuestros grandes, con

mucha frecuencia, a lo largo de casi toda Europa. No saben cómo ocupar su tiempo (excepto los deportes, que son todo su negocio), qué hacer o, de otra manera, en qué emplearse. Como nuestros modernos franceses, que han preferido perder una libra de sangre en un solo combate, que una gota de sudor en un trabajo honesto. Casi todos los hombres tienen algo en que ocuparse, alguna vocación, algún oficio, pero ellos lo hacen todo por medio de ministros y de sirvientes, «se consideran nacidos para la comodidad, cuando es en realidad para la propia en detrimento de la de los demás». Se puede valorar libremente a tal tipo de hombres, están dedicados a los tiempos pasados, ese es todo su estudio; toda su inventiva tiende sólo a esto, a alejar el tiempo, como si algunos de ellos no hubieran nacido para otro fin. Por lo tanto, para corregir y evitar estos errores e inconvenientes, nuestros teólogos, médicos y políticos trabajan mucho y dan consejos seriamente. Y para esta enfermedad en particular «no puede haber mejor cura que la ocupación permanente, como mantiene Rhazes, tener algún empleo u otro que ponga su mente a trabajar y distraiga sus meditaciones»[336]. No se puede ser rico fácilmente sin trabajo ni industria, ni aprender sin estudiar, como tampoco se puede preservar la salud sin ejercicio corporal. Con respecto al cuerpo, Guianerius permite un ejercicio suave, «habitualmente después de las friegas usuales» que debe realizarse todas las mañanas. Montalto (cap. 26) y Jason Pratis utilizan casi las mismas palabras, recomendado encarecidamente que el ejercicio sea moderado; «así utilizado, Crato decía que era una admirable ayuda, y un gran medio para preservar nuestra salud, añadiendo fuerza a todo el cuerpo, incrementando el calor natural, por medio de lo cual la nutrición está bien cocida en el estómago, hígado y venas, dejando pocas o ninguna cosas crudas, y así se distribuye felizmente por todo el cuerpo». Además, expele excrementos por el sudor y otros vapores insensibles; de tal modo que Galeno[337] prefiere el ejercicio antes que toda otra medicina, la corrección de la dieta, o cualquier regimiento de cualquier tipo que sea; es la medicina natural. Fulgencio, siguiendo a Gordon (*De conserv. vit. hom.*, lib. 1, cap. 7), establece el ejercicio como «un acicate para una naturaleza embotada y somnolienta, un consuelo para el cuerpo, una cura para las dolencias, la muerte de las enfermedades, la destrucción de todos los males y vicios». El momento más adecuado para el ejercicio es un poco antes de la cena, o en cualquier momento cuando el cuerpo esté desocupado. Montano (*Consil.*, 31) lo prescribe todas las mañanas a su paciente, y como añade Calano[338], «después que ha hecho sus necesidades ordinarias, friccionado su cuerpo, lavado sus manos y cara, peinado su cabeza y hecho gárgaras». Galeno nos dice (*De sanitate tuenda*, libs. 2 y 3) el tipo de ejercicio que debe utilizarse y en qué medida, «hasta que el cuerpo esté listo para sudar»; y estimulado, rojizo, dicen algunos, no sudando, no se vaya a secar mucho el cuerpo; otros mandan los saludables oficios de cavar largamente en el jardín, coger el arado, y cosas similares. Algunos prescriben trabajos y ejercicios frecuentes y violentos, como serrar todos los días, durante mucho tiempo (*Epid.*, 6, Hipócrates los confunde), pero esto es en algunos casos y para algunos hom-

bres peculiares; está prohibido para la mayoría[339], y de ninguna manera se debe ir más allá de un primer sudor, por ser peligroso el exceso[340].

De estos trabajos, ejercicios y recreaciones, que también se incluyen, hay algunos que pertenecen propiamente al cuerpo, otros a la mente, algunos que son más fáciles, otros más duros, algunos que se realizan con deleite, otros sin ninguno, algunos de puertas adentro, algunos naturales, otros que son artificiales. Entre los ejercicios corporales, Galeno recomienda, jugar a la pelota, sea con la mano o con una raqueta, en campos de tenis, o de cualquier otra manera; ejercita cada parte del cuerpo y hace mucho bien, pues no hace que se sude demasiado. Había una gran demanda entre los griegos, romanos, bárbaros, como han mencionado Homero, Heródoto y Plinio. Algunos escribieron que fue Aganella, una bella doncella de Corcyra, quien lo inventó, porque obsequió con la primera pelota que se hizo nunca a Nausicaa, la hija del rey Alcinoo, y le enseñó cómo utilizarla.

Los deportes que más corrientemente se practican en el extranjero son la cetrería y la caza; los gratos afanes de la caza les llama alguien[341], porque recrean el cuerpo y la mente, y otro[342]: «es el mejor ejercicio[343], y sólo por él muchos se han liberado de toda cruel enfermedad». Hegesipo (lib. 1, cap. 37) nos cuenta sobre Herod, quien había sido aliviado de una penosa melancolía por estos medios. Platón (*Leyes*, 7) lo alaba grandemente, y lo divide en tres partes, «de tierra, agua y aire». Jenofonte, en *Cyropaedia*, lo honra con un gran nombre, «el regalo de los dioses», un deporte principesco; que siempre han practicado, decía Langius (*Epist.*, 59, lib. 2), tanto para la salud como por placer, y en el presente, es casi el único y ordinario deporte de nuestros nobles de Europa, y lo mismo sucede en cualquier en todo el mundo a nuestro alrededor. Bohemus (*De mor. gent.*, lib. 3, cap. 12) dice que «es todo su estudio, su ejercicio, su ocupación habitual, de lo único que hablan; y realmente algunos lo idolatran en exceso, no pueden hacer otra cosa, no hablan de nada más». Paulo Jovio (*Descr. Brit.*) hizo en cierto modo una valoración de nuestra «nobleza inglesa por ello, por vivir tanto en el campo, y hacer un uso tan frecuente de ello, como si no tuvieran otros medios para probarse a sí mismos que son caballeros que la cetrería y la caza».

La cetrería se aproxima a la caza, la una se desarrolla en el aire al igual que la otra en la tierra, un deporte tan apreciado como el otro, y preferido por algunos. No fue conocido entre los romanos, fue inventado hace mil doscientos años y mencionado por primera vez por Firmicus (lib. 5, cap. 8)[344]. Los emperadores griegos comenzaron con él y ahora no hay nada más frecuente: no hay nadie que, en la temporada, no tenga un halcón en el puño. Es un gran arte, y muchos libros hay escritos sobre él[345]. Es una maravilla escuchar lo que se relata sobre lo que hacen los oficiales turcos en esta tarea, cuántos miles de hombres se ocupan en esto, cuántos halcones de todas clases, cuántos ingresos gastados sólo en este deporte, cuánto tiempo se consume sólo en Adrianópolis cada año con este propósito[346]. Los reyes persas practican la cetrería de las mariposas utilizando gorriones enseñados para tal uso, y estorninos, y tienen

halcones menores para menores juegos, y mayores para el resto, así que ellos pueden practicar su deporte en todas las estaciones[347]. Los emperadores moscovitas pedían águilas para que volaran a la caza de ciervas, zorros, etc, y una de ellas fue enviada como presente a la reina Isabel[348]; algunos domestican cuervos, halconcillos, urracas, etc., y se sirven de ellos para sus entretenimientos.

La caza de aves es más complicada, pero por eso mismo mucho más placentera para algunos, tanto sea con fusiles, liga, redes, claros, armadijos, cuerdas, cebos, trampas, silbos, llamadas, engaños, perros de muestra, patos de muestra, etc., o de cualquier otra forma. Algunos disfrutan mucho cogiendo alondras con redes y pequeños pájaros con redes con grano, chorlitos, perdices, garzas, agachadizas, etc. Enrique III, rey de Castilla (como de él cuenta el jesuita Mariana, lib. 3, cap. 7), era muy afecto «a coger codornices», y muchos caballeros obtenían un verdadero placer saliendo por la mañana y al atardecer, con sus silbatos de codorniz, y hacían cualquier esfuerzo para satisfacer este tipo de disfrute. Los italianos[349] tenían jardines adecuados a tal uso, con redes, cepos, arbustos, claros, sin reparar ni en costo ni en esfuerzo, y están muy apegados a este deporte. El gran astrónomo Tycho Brahe, en la corografía de su isla de Hveen y castillo de Uraniborg, explica cómo son sus redes y una manera de coger pequeños pájaros que sirven como ornamento y recreo, actividad en la que él mismo se ocupaba algunas veces.

La pesca es un tipo de caza en el agua que se puede realizar con redes, pozales, cebos, cañas o de cualquier otra manera, y todo ello proporciona tanto placer a algunos hombres como los perros o los halcones «cuando sacan su pescado a la orilla», decía Nicolaus Henselius (*Silesiographiae*, cap. 3) hablando del extraordinario placer que obtienen sus compatriotas en la pesca y en hacer estanques. James Dubravius, el moravo, en su libro *De pisc.*, contaba cómo, viajando por el camino real, en Silesia, encontró a un noble «con botas hasta la ingle», esforzándose, tirando de las redes y trabajando tanto como cualquier pescador por allí, y cuando alguien le objetaba la bajeza de su ocupación, se excusaba «porque si otros hombres pueden cazar liebres, ¿por qué no podía él cazar carpas?»[350]. Muchos caballeros entre nosotros, de la misma suerte, vadearían el Armeholes en determinadas ocasiones, y lo harían voluntariamente, por satisfacer su propio gusto, mientras que un hombre pobre difícilmente se alquilaría para hacerlo ni por una buena paga. Plutarco, en su libro *Sobre la astucia de los animales*, habla contra toda clase de pesca «como un empleo sucio, ruín, mezquino, que no tiene en sí ni ingenio ni perspicacia, ni merece el trabajo». Pero quienes tienen en cuenta la variedad de cebos para todas las estaciones y los bonitos dispositivos que han inventado nuestros pescadores de caña: líneas peculiares, moscas falsas, diversos artificios, etc., dirán que merece igual alabanza y que requiere tanto estudio y perspicacia como el resto, y que se puede preferir antes que muchas de las otras actividades. Porque la cetrería y la caza son muy laboriosas, exigen cabalgar mucho y tienen variados peligros; en cambio la pesca es tranquila y callada. Y si el pes-

cador de caña no atrapa ningún pez, obtiene, de todas formas, un saludable paseo a lo largo del arroyo, con una placentera sombra, con las suaves corrientes plateadas; obtiene buen aire y dulces aromas de las bonitas flores frescas de la pradera, oye la armoniosa melodía de los pájaros, observa los cisnes, garzas, patos, gallardetas, fojas, etc., y muchas otras aves con sus camadas, y lo aprecia más que el ruido de los sabuesos o el estallido de las trompetas y todo el deporte que pueda hacer.

Hay múltiples deportes y diversiones; se practican muchos, como las anillas, los bolos, el tiro, que Askam recomienda en una cantidad razonable, y que en tiempos antiguos se imponía por estatuto, como ejercicio defensivo y como un honor para nuestra tierra, como bien pueden testimoniar nuestras victorias en Francia. Y tenemos barcas, troncos, tejos, lanzas, tiro; el juego de pelota irlandés y la lucha, correr, vallas, paradas, natación, excavaciones, esgrima con florete, fútbol, balón, equitación en picaderos y muchas más actividades por el estilo, que son las diversiones comunes de quienes viven en el campo. Los entretenimientos de las gentes más importantes, como cabalgar en estupendos caballos, correr los anillos, las justas y torneos, las carreras de caballos, la caza del ganso salvaje, son todos buenos en sí mismos, aunque muchos caballeros por hacer deporte han galopado mucho más allá de lo que permitían sus fortunas.

Pero el más agradable de todos los pasatiempos al aire libre es el de Areteo[351]: hacer una marcha trivial, un agradable paseo aquí y allá con algunos buenos compañeros, para visitar amigos, ver ciudades, castillos, pueblos,

> «ver los placenteros campos, las fuentes cristalinas,
> y respirar el suave aire de las montañas»[352].

Es, sin duda, un esparcimiento delicioso caminar entre huertos, jardines, emparrados, montes y enramadas; rusticidad artificial, espesuras verdes, bóvedas, bosquecillos, prados, riachuelos, fuentes y sitios tan agradables como el bosque de Dafne en Antioquía, con arroyos, fuentes, estanques para peces; entre la madera y el agua, en una agradable vega, al lado de un río, con «las siempre cambiantes canciones de los pajarillos, los colores brillantes, y los arbustos del prado»; retozar en algún agradable prado o parque, y subir algunas veces una colina escarpada, o sentarse en un lugar a la sombra. Escoto[353] alaba enormemente el jardín del Príncipe, en Ferrara (llamado vulgarmente La Montaña), con sus bosquecillos, montes, estanques, y con su deliciosa perspectiva que mucho le impresionó; ni un paraíso persa, ni un delicioso parque podría ofecer un panorama más delicioso. San Bernardo, en la descripción de su monasterio, se manifiesta completamente cautivado por esos placeres. «Un hombre enfermo, decía, se sienta en una verde ribera, y cuando la canícula reseca las llanuras y seca los ríos, yace en un sombrío emparrado, y alimenta sus ojos con una variedad de objetos, hierbas, árboles que confortan su desdicha, y percibe deliciosos aromas y llena sus oídos con la suave y variada armonía de los

pájaros: buen Dios, decía, qué placentera compañía has creado para el hombre». Quienes hayan podido acceder a la repentina visión de un palacio como el de El Escorial, en España, o el que los moros construyeron en Granada, o Fontainebleau en Francia, o los jardines turcos en su Serrallo, donde se encuentran encerrados todo tipo de pájaros y bestias para el disfrute: lobos, osos, linces, tigres, leones, elefantes, o sobre las riberas del Bósforo tracio[354]; el Belvedere de los Papas en Roma, tan placentero como los Jardines Colgantes de Babilonia[355], o aquel delicioso jardín de los reyes indios en Eliano[356]; o aquellos famosos jardines de Lord Chantelou en Francia; quien haya contemplado todo esto no puede elegir, pues no ha podido pasarlo nunca mal, sino que, por el contrario, ha disfrutado mucho durante una buena temporada; y también sucede con tantos los jardines de nuestros nobles. En una tarde agradable tomar un barco y, con música, remar sobre las aguas, algo que mucho aplaude Plutarco, y que maravilla a Eliano, cuando se realiza en el río Pineus, por aquellos campos de Tesalia, rodeado de verdes ensenadas en las que los pájaros cantan tan dulcemente que los pasajeros, encantados como estaban por su música celestial, olvidaban inmediatamente todo trabajo, cuidado y pena, o ver los palacios dorados de Venecia paseando en una góndola a través del Gran Canal, son cosas que necesariamente estimulan y producen contento a cualquier espíritu denso y melancólico. O contemplar las habitaciones interiores de un agradable y suntuoso edificio, como el de los reyes de Persia, tan renombrado por Diodoro y Quinto Curcio, en el cual casi todo era oro batido, sillas, banquetas, tronos, tabernáculos y pilares de oro, plataneros y viñas de oro, uvas de piedras preciosas y todos los otros ornamentos de oro puro,

> «las gemas refulgentes, y los jaspes amarillos
> hacen resaltar el mobiliario,
> y las colchas de púrpura de Tiro»[357],

con gratos aromas y perfumes, vinos generosos, opíparos alimentos, además de los jóvenes más garbosos, las vírgenes más hermosas, las bellezas más extraordinarias que el mundo puede proporcionar, y todos adornados con los vestidos más costosos y curiosos, «para maravilla de los espectadores», con música exquisita, como en la casa de Trimalción[358], en la cual, en cada habitación, sueñan siempre, día y noche, agradables voces entre lujos incomparables y todas las delicias y placeres de cualquier tipo que se puedan idear u obtener para complacer los sentidos: «coronar a los comensales con las delicias de la ebriedad», etc. Telémaco es presentado, en la obra de Homero, como alguien casi arrebatado con la visión del rico palacio y los valiosos muebles de Menelao, cuando contempló

> «el resplandor del oro y el relumbrante cobre,
> claro ámbar, plata pura y fino marfil:
> encumbrado palacio de Júpiter donde habitaban los dioses,
> era sin igual y ninguno lo superaba»[359].

La contemplación de ciudades agradablemente construidas, calles, teatros, templos, obeliscos, revitaliza el alma del hombre. El templo de Jerusalén estaba tan bellamente construido, de mármol blanco con muchas pirámides cubiertas de oro, era tan glorioso y brillaba tanto desde lejos, que los espectadores no podían soportar su vista. El interior estaba cuidadosamente decorado con cedro, oro, joyas, etc., como se decía del palacio de Cleopatra, en Egipto, con

> «la carpintería oculta por sólido oro»[360],

y quienes lo contemplaban se maravillaban. Era tan placentero como ver algún decorado o espectáculo pasar, como en las coronaciones, bodas, u otras solemnidades semejantes; como encontrarse a un embajador o a un príncipe, o ir a recepciones, contemplar máscaras, espectáculos, fuegos artificiales. O contemplar a dos reyes luchando en combate singular, como Porus y Alejandro, Canuto y Edmond Ironside, Scanderberg[361] y Ferat Bassa el turco, cuando no sólo el honor, sino la vida, está en juego, como decía el poeta de Héctor[362],

> «el combate no era por el toro,
> ni por el buey, premios usuales de la competencia,
> la apuesta era, nada menos, que por la poderosa vida
> de Héctor».

No creo que cualquier época pudiera ofrecer (decía Froissart), algo semejante a la contemplación de una batalla como la de Crescy, Agencourt o Poitiers. O ver revivido uno de los triunfos de César en la vieja Roma, o algo semejante. O estar presente en una entrevista entre Enrique VIII y Francisco I[363], tan reconocidos a lo largo de Europa, «cuando, con el máximo esplendor (decía Hubertus Velleius), y tanto despliegue triunfante, ambos reyes y sus mujeres se encontraron»; ninguna época ha visto algo semejante. Son tan infinitamente placenteras estas exhibiciones que a menudo, para verlas, vienen cientos de miles que dan cualquier dinero por un sitio, y se recuerdan muchos años después con singular deleite. Bodin, cuando era embajador en Inglaterra, decía que le impresionaba mucho cuando veía a los nobles ir con sus ropajes al Parlamento, «contemplaba el espectáculo con el mayor placer». Pomponius Columna, decía Jovio en su vida (ver *Frenchmen*, 13), con muchos italianos, luchó una vez en una armada total, y le pareció la visión más placentera que nunca había visto en su vida. ¿Quién no se hubiera conmovido ante tal espectáculo? O aquel combate singular entre Breaute[364] el francés y Anthony Schets, un alemán, ante los muros de Sylvaducis en Brabante, año 1600. Eran ventidós caballos de un lado, otros tantos en el otro, quienes como Livies Horacios, Torquatos y Corvinos luchaban por su propia gloria y el honor de su país a la vista y mirada de toda la ciudad y el ejército. Cuando Julio César guerreaba alrededor de las orillas del Rin, vino un príncipe bárbaro a verlo y al ejército romano, y cuando había contemplado a César un buen rato dijo: «veo ahora a

los dioses, de quienes antes había oído hablar»[365]. Era el día más feliz de su vida: esa sola contemplación era capaz, por sí misma, de alejar la melancolía; si no para siempre, sí podía apartarla por un tiempo. Radziwill estaba cautivado por el palacio Bassas en el Cairo, y entre otros muchos objetos que producía el lugar estaba la espectacularidad de cortar las orillas del Nilo por Imbram Bassa cuando estaba crecido; y además de doscientas o trescientas galeras reunidas en el agua, vio dos millones de hombres en tierra, con turbantes tan blancos como la nieve; era una magnífica visión. La sola lectura de las fiestas, triunfos, entrevistas, bodas, justas y torneos, combates y monomaquias, es de lo más grato y placentero. Franciscus Modius ha hecho una gran colección de tales solemnidades en dos grandes tomos que quien quiera puede examinar. La sola inspección de estas curiosas iconografías de templos y palacios, como la de la iglesia Laterana por Alberto Durero, la del templo de Jerusalén por Flavio Josefo[366], Adricomius y Villalpando, la de El Escorial por Quadus, la de Diana de Efeso por Plinio, el palacio dorado de Nerón, en Roma, el de Justiniano, en Constantinopla, y aquel peruano del Inca, en Cuzco[367], que parecía construido por los demonios y no por los hombres; San Marcos en Venecia, por Ignacio, y tantos otros: «antiguas obras» (decía el intérprete de Pausanias)[368]. La extraordinaria pericia de aquellos antiguos griegos para hacer teatros, obeliscos, templos, estatuas, con oro, plata, marfil, imágenes en mármol, le impresionan a uno casi tanto leyéndolo como viéndolo.

El campo tiene sus diversiones, la ciudad sus variadas gimnasias y ejercicios, juegos de mayo, fiestas, verbenas y alegres reuniones para el propio solaz; lo mismo sucede en el campo, en que la propia vida es, para algunos, deleite suficiente, basta con disfrutar de tales placeres, como hacían aquellos viejos patriarcas. Al emperador Diocleciano le conmovía tanto que abandonó su cetro y se convirtió en jardinero. Constantino escribió veinte libros sobre agricultura. Lisandro, cuando venían los embajadores a verle, no se jactaba de otra cosa que de su huerto: «está plantado bajo mis órdenes». Y qué decir de Cincinnatus, Catón, Cicerón y muchos más, que tanto han disfrutado con ello, podando, plantando, inoculando, e injertando, para mostrar múltiples y diversas variedades de peras, manzanas, ciruelos, melocotones, etc.

> «Algunas veces con trampas, con líneas y cuerdas,
> Atrapar pájaros y bestias salvajes, rodear
> el bosquecillo con perros, y disparar cuando
> están fuera de la maleza.
> (...) y buscar los nidos de las aves»,

dice Virgilio (*Geórgicas*, 1). Y Jucundus, en su prefacio a las obras de Catón, Varrón, Columela, etc., confiesa que estaba absolutamente encantado con los estudios sobre agricultura y que de ellos obtenía un extraordinario placer. Si la teórica o especulación puede impresionar tanto, ¿qué no harían el lugar y el propio ejercicio, el aspecto práctico? La misma confesión encontré en Herbastein, Porta, Camerario y muchos otros que han escrito sobre esa mate-

ria. Y si mi testimonio valiera para algo, diría otro tanto de mí mismo, pues soy un «verdadero Saturnino». Nadie ha disfrutado más que yo con las fuentes, bosques, arboledas, jardines, paseos, estanques de peces, ríos, etc. Pero

> «Tántalo atrapa las aguas que corren,
> con sus ávidos labios».
> Y así, ahora, «puedo desearlo, pero no disfrutarlo».

Cada palacio, casi cada ciudad, tiene sus paseos peculiares, claustros, terrazas, arboledas, teatros, exhibiciones al aire libre, juegos, etc., y diversos entretenimientos, y según el país, algunos están inclinados a la gimnasia, para vivificar las mentes y ejercitar los cuerpos. Los griegos[369] tenían sus Juegos Olímpicos, y los Píticos, Ítsmicos y Nemeos, en honor a Neptuno, Júpiter, Apolo; y Atenas los suyos, y Corinto los suyos. Algunos por honor, por guirnaldas y coronas; por la belleza[370], la danza, las carreras, saltos, como nuestros juegos de plata. Los romanos[371] tenían sus fiestas, como los atenienses y lacedemonios tenían sus banquetes públicos, en Prytaneo, Panateneas, Tesmoforias, Pheiditia, juegos, naumaquias, lugares para batallas marinas, teatros[372], anfiteatros capaces de contener setenta mil hombres, donde había diversas y deliciosas representaciones que divertían a las gentes. Gladiadores[373], combates de hombres entre sí, contra bestias salvajes, y bestias salvajes unas contra otras, como nuestras luchas con toros y con osos (de las que disfrutan ampliamente muchos de nuestros compatriotas y ciudadanos que tan a menudo las practican), bailarines sobre las cuerdas, juglares, luchadores, comedias y tragedias, exhibiciones públicas a cargo de los emperadores y ciudades, y eso con increíble costo y magnificencia. En los Países Bajos (como relata Meteran)[374] tenían, antes de las guerras, solemnes fiestas, juegos, competiciones, salvas de artillería, colegios de versificadores, retóricos, poetas; y hasta hoy se mantienen en Amsterdam esas curiosidades, como aparece en la descripción de Isaac Pontano (*Rerum Amstelod.*, lib.2, cap. 25). De la misma manera, todavía en Friburgo, en Alemania, como manifiesta el relato de Neander[375], tienen Juegos solemnes cada siete años, que Bocerus, uno de sus propios poetas, ha descrito elegantemente:

> «Qué diré de sus maravillosos juegos,
> que rivalizan con los de la vieja Roma
> en sus días victoriosos».

En Italia tenían solemnes declamaciones de ciertos jóvenes caballeros selectos de Florencia (como aquellos recitadores de la vieja Roma), y teatros públicos en la mayoría de sus ciudades para actores de teatro y otros, para ejercitarse y recrearse. Casi todas las estaciones y todos los sitios tenían sus diversos pasatiempos, algunos en verano y algunos en invierno, unos fuera, otros dentro; algunos para el cuerpo, otros para la mente, y personas diversas disfrutan de entretenimientos y ejercicios diversos. A Domiciano el emperador le encanta-

ba atrapar moscas; Augusto jugaba con nueces entre los niños; Alejandro Severo sentía placer jugando con cachorros y jóvenes cerdos; Adriano estaba tan completamente enamorado de perros y caballos, que les hacía monumentos y sepulcros y los enterraba en tumbas. Cuando hacía mal tiempo, o cuando no podían desarrollar otros deportes más convenientes a causa del tiempo, y como nosotros tenemos la pelea de gallos para llenar el ocio (aunque algunos están demasiado seriamente absorbidos por ello y gastan mucho tiempo, costos y cargas, y se preocupan demasiado), Severo[376] utilizaba perdices y codornices, como todavía hacen muchos franceses, y enjaulaba pájaros, con lo que obtenía gran placer porque en cualquier momento tenía ratos de ocio que aliviaban sus preocupaciones públicas y sus negocios. Había domesticado faisanes (decía Lampridius), patos, perdices, pavos reales, y unas veinte mil tórtolas y palomas. Busbequius, el orador del emperador, cuando se quedaba en Constantinopla y no podía moverse mucho por el extranjero, guardaba para su entretenimiento y ocupándose él mismo de alimentarlos casi todo tipo de extraños pájaros y bestias; esto era algo que aunque no ejercitaba su cuerpo, refrescaba su mente. Conrad Gesner, de Zurich, en Suiza, guardaba también, de la misma manera, para su propio placer, una gran compañía de bestias salvajes, y (como decía), disfrutaba mucho viéndolas comer. Las damas turcas, que son prisioneras perpetuas pues permanecen encerradas según la costumbre del lugar, tienen pocas cosas para pasar el tiempo, aparte del cuidado de la casa o de jugar con sus niños, sólo juguetear con los gatos que tienen como mascotas, de la misma manera que nuestras doncellas y damas utilizan monos y pequeños perros. Los entretenimientos corrientes que tenemos en invierno, y que en los momentos más solitarios ocupa nuestras mentes, son las cartas, tablas reales o chaquete y dados, el tablero, el ajedrez, el juego de los filósofos, corros, volantines, billares, música, máscaras, cantos, danzas, juegos de Navidad, retozos, chanzas, acertijos, persecuciones, proposiciones, preguntas y órdenes, alegres cuentos de caballeros errantes, de reinas, amantes, señores, señoras, gigantes, enanos, ladrones, tramposos, brujas, hadas, duendes, frailes, etc., como los que contaba la vieja en *Psyche*, de Apuleyo, o las novelas de Boccaccio y el resto, que a algunos les encanta escuchar y a otros contar; todos quedan muy complacidos con ellas. Amaranto, el filósofo, encontró un día a Hermocles con sus compañeros Diofanto y Filolao muy ocupados hablando sobre las doctrinas de Epicuro y Demócrito, muy preocupados sobre quién era más probable que estuviese más cerca de la verdad. Para sacarlos de tan áspera controversia y refrescar sus espíritus, les contó una agradable historia de Estratocles, la boda del médico, y habló de todos los participantes, la compañía, el regocijo, la música, etc., porque todo era nuevo para él; y estuvieron todos tan encantados con su relato que Filolao deseó una bendición para su corazón y muchas buenas bodas, que tuviera muchas reuniones tan alegres «para que se complaciera él con su contemplación, y los demás con la narración». En general, las novedades son bienvenidas por nuestros oídos, «la plebe lo bebe con oídos ávidos, voraces, codiciosos» (como observa Plinio)[377],

vamos detrás de los rumores para oírlos y escucharlos. La mayoría somos demasiado inquisitivos y muy deseosos de escuchar las novedades, lo que ya observa César de los antiguos galos en sus *Comentarios a la Guerra de las Galias*[378], que estaban siempre preguntando a cada mensajero o pasajero lo que habían oído o visto y qué novedades había por ahí fuera:

«...lo que hace el mundo entero,
los indios, los tracios; el secreto de la madrastra
y su joven hijastro, y el último escándalo»[379],

como ocurre habitualmente entre nosotros en las panaderías y barberías. Cuando el gran Gonzalo estaba confinado por el rey Fernando, por algún disgusto, en la ciudad de Loja, en Andalucía, el único consuelo que tenía (decía Jovio)[380] para aliviar sus melancólicos pensamientos, era enterarse de las novedades y escuchar a esos ocurrentes comunes que le traían noticias con cartas, o de alguna otra manera, de los sitios más remotos de Europa. Hay hombres para los que todo el disfrute consiste en tener tabaco, beber durante todo el día en una taberna o cervecería, charlar, cantar, bromear, reír con fuerza y hablar de patrañas encima de una jarra, etc. O, cuando se encuentran tres o cuatro compañeros, contar viejas historias al lado del fuego, o al sol, como hacían los viejos campesinos, recordando nuevamente y con placer antiguos asuntos, tales como accidentes sucedidos en sus años jóvenes. Para otros el mejor pasatiempo es jugar, nada tan placentero para ellos.

«Uno se complace con el sexo,
otro se arruina con el juego...».

Hay quienes, con gusto, hacen una excepción con las cartas, el chaquete y los dados, y esas mezclas de juguetonas partidas, pero Gataker bien los rechaza. Pues aunque son en sí mismas honestas diversiones, deben, sin embargo, ser rechazadas porque a menudo se abusa de ellas, así que deberían estar prohibidas como cosas muy perniciosas, «una cosa loca y condenable», le llamaba Lemnio[381]. «Porque la mayor parte de este tipo de diversiones no es arte, ingenio o habilidad, sino sutileza, artimaña y fraude; azar y fortuna se lo llevan todo». Es dinero que vuela.

«En una corta y rápida hora
Cambia de dueño...».

La mayoría no se esfuerza en pasar el tiempo en diversiones honestas sino en buscar el sucio lucro y la ambición del dinero. Como observa Daneus, «la avaricia y el amor a las ganancias les transforma horriblemente». Es la fuente del fraude y la villanía. «Algo tan corriente hoy en día, en toda Europa, y de lo que tanto se abusa, que muchos hombres acaban destrozados completamente por su causa»[382], sus riquezas gastadas, patrimonios consumidos, ellos y su posteridad mendigando; además de blasfemar, luchar, beber, perder el tiempo,

y todas las inconveniencias que son sus circunstancias ordinarias. «Porque una vez se han aficionado a tales compañías y al hábito del juego, difícilmente se les puede arrancar de él, pero si un tropiezo les hace dudar, al estar con chulos, una vez dentro no pueden fácilmente dejarlo»: están locos por el juego. Y en conclusión (como publicó Carlos VII, ese buen rey de Francia, en un edicto contra los jugadores): lo que fue una vez su medio de vida, con lo que podía mantener a su mujer, sus niños, familia, está ahora gastado y desaparecido, y le han sucedido la pena y la mendicidad. Por lo tanto, hay que tener cuidado con abusar de las cosas buenas, porque lo que fue inventado en un principio para reanimar los espíritus fatigados de los hombres y estimular la mente, para entretener el tiempo con la compañía, de otra manera tedioso en las solitarias y largas noches de invierno, y apartarlo de asuntos peores, un ejercicio honesto, puede ser, por el contrario, corrompido y desviado.

El juego del ajedrez es un ejercicio de la mente bueno e ingenioso, e incluso para algunas personas atacadas por la melancolía, como sostiene Rhazes, que al ser indolentes y tener pensamientos extravagantes e impertinentes o estar alteradas por las preocupaciones, es lo mejor para distraer sus mentes y cambiar esas meditaciones. Fue inventado (según dicen) por el general de un ejército hambriento[383], para evitar que los soldados se amotinaran. Pero si [la melancolía] se originó por el estudio excesivo, en esos casos el ajedrez puede hacer más daño que beneficio: es un juego demasiado dificultoso para los cerebros de algunos hombres, demasiado cargado de ansiedad, en todo caso tan malo como el estudio, y además es un juego irritante que produce ira, siendo muy ofensivo para quien pierde el mate. Guillermo el Conquistador[384], en sus años de juventud, jugando al ajedrez con el príncipe de Francia (el Delfinado no estaba anexado, en esos días, a la Corona), al perder un mate, le golpeó con la tabla de ajedrez cerca de la coronilla, lo que fue motivo, después, de una gran enemistad entre ellos. Por tales razones es creíble que Patrizi, en su *De reg. instit.* (lib. 3, título 12), prohiba a su príncipe jugar al ajedrez: le permite la cetrería y la caza, cabalgar, etc., y el ajedrez a otros, pero de ninguna manera a él. En Moscú, donde viven en invernaderos y casas que están calientes a lo largo de todo el invierno, y apenas o nunca salen fuera, es muy necesario, y por lo tanto en esos sitios (decía Herbastein)[385] es muy utilizado. En Fez, en África, donde lo que obliga a mantenerse dentro de casa es el calor, es muy alabado; y (como relata León el Africano)[386] igual de utilizado. Es un juego adecuado para caballeros ociosos, para los soldados en la guarnición y para cortesanos que no tienen nada en que ocuparse, más que en asuntos amorosos; pero no es tan conveniente para personas como los estudiantes. Lo mismo puedo decir sobre el «juego filosófico» de Claudius Bruxerius, la «Metromaquia» del Dr. Fulke, y su «Uranomaquia», así como del resto de todas esas intrincadas ficciones astrológicas y geométricas, y especialmente las que se basan en las matemáticas; y del resto de esos curiosos juegos.

Danzar, cantar, hacer mascaradas, mimo, obras de teatro, aunque han sido duramente censurados por algunos severos Catones, si se utilizan con oportu-

nidad y sobriamente pueden aprobarse con toda justicia. «Es mejor cavar que danzar», decía Agustín, ¿pero qué es lo que hay de agradable en ello? «Ninguna persona seria baila». Pero ¿qué tipo de danza? Sé que esas diversiones tienen muchos oponentes, hay volúmenes enteros escritos en contra, pero todo lo que dicen (si se considera debidamente) es sólo un índice de la ignorancia; y hay quienes lo dicen porque son ahora insensibles y contrarios, están ya pasados y ponen reparos a todas las diversiones juveniles de los demás, y, como en la comedia, piensan de ellos que han nacido viejos. Algunos, con absurdo celo, a menudo objetan con argumentos triviales, y a causa de algún abuso eliminan el buen uso, como si debieran prohibir el vino porque hace a los hombres borrachos; pero a mi juicio, son demasiado estrictos: «hay un tiempo para todas las cosas, un tiempo para plañir, un tiempo para bailar (*Eccles.*, 3, 4). Un tiempo para abrazar, y un tiempo para separarse (vers. 5), nada mejor entonces que un hombre se regocije con sus propias obras (vers. 22)». Por mi parte, suscribiré la declaración del rey, que fue siempre de este pensamiento, que aquellos juegos de mayo, verbenas y fiestas de la cerveza, si no coincidían con momentos inoportunos, debían ser con justicia permitidos. Dejadlos gozar libremente, cantar y bailar, tener sus representaciones de marionetas, caballitos, violines celtas, gaitas, etc., jugar a la pelota y los deportes y diversiones que prefieran. En Franconia, una provincia de Alemania (decía Aubanus Bohemus)[387], los campesinos viejos, después de la oración de la tarde, se iban a la taberna, y los más jóvenes escogían bailar. Y para decir la verdad con Juan de Salisbury, mejor hacer esto que algo peor, ya que sin duda, de otra forma (tal es la corrupción de la naturaleza humana) muchos de ellos lo harían. Por esta causa, representaciones, máscaras, bufones, gladiadores, volatineros, juglares, etc., y toda esa cuadrilla, está admitida y se les tolera: es mejor que estén ocupados con esos juegos, sería mucho más pernicioso que estuviesen ociosos[388]. Lo mismo que dice Tácito[389] de los astrólogos de Roma podemos decir de ellos: son, la mayoría, un grupo corrompido, siempre criticando, aunque algunos de ellos sí son útiles (y por eso yo divido a los violinistas en chapuceros y músicos), y por eso se les mantiene. «No se ha hecho un mal del que provenga un bien»: pero éste es un mal accidental y en cierto sentido adecuado para evitar un gran trastorno, por lo que debe ser tolerado con toda justicia. Sir Thomas Moro decía de su república de *Utopía* que, allí, «al no haber nadie ocioso, no hay nadie con exceso de trabajo, fatigado como un caballo; una vida así es la de los artesanos y sirvientes, más infeliz que la del esclavo», pero no sucede así con los habitantes de su Utopía, «que tienen la mitad del día destinada al trabajo y la otra mitad a diversiones honestas, en cualquier tipo de ocupación que les parezca adecuada»[390]. Si sus duros patrones permitieran a los sirvientes domésticos medio día por semana para sus alegres reuniones, o algunas fiestas en el año, como aquellas saturnales romanas, pienso que trabajarían más duro todo el resto del tiempo, y ambas partes estarían más contentas; eso no quiere decir (diréis vosotros), que algunos de ellos no hicieran nada más que holgazanear a lo largo de toda la semana.

Lo que me propongo es aliviar a quienes tienen el ánimo frágil, la mente perturbada, personas sobrecargadas a las que, por un lado, hay que reanimar, pero que son demasiado perezosas, por otro lado, como para mantenerse ocupados. Y a este propósito, así como ningún trabajo ni empleo servirán para lo primero, cualquier diversión honesta conducirá a lo segundo; aunque debemos ser en ello moderados y frugales, como en el uso de la comida y la bebida, y no consumir toda la vida en juegos, representaciones y pasatiempos, como hacen muchos caballeros, sino que debemos reanimar nuestros cuerpos y recrear nuestras almas con entretenimientos honestos. De las cuales hay diversas clases, específicas según las distintas ocupaciones, edades, sexos y condiciones, apropiadas para las diversas estaciones y para las diferentes naturalezas, adecuadas para toda la variedad de humores que se dan entre ellos, que si uno no quiere, el otro sí. Unas son de verano, otras de invierno, unas suaves, otras más violentas, algunas sólo para la mente, otras para el cuerpo y la mente (para algunos es ambas cosas, trabajo y diversión placentera, el dirigir trabajadores de todos los tipos, de la agricultura, la ganadería, los caballos, etc.; construir, delinear, proyectar, hacer modelos, sumar cuentas, etc.); algunas en el exterior, otras en el interior, nuevas y antiguas, etc.; todo lo propio de cada estación y a lo que los hombres estén inclinados. Se dice de Felipe II el Bueno, el buen duque de Borgoña (lo dicen Luis Vives, en sus cartas, y Pontus Heuter en su *Historia rerum burgund.,* lib. 4), que el dicho duque, en la boda de Eleonora, hermana del rey de Portugal, en Brujas, Flandes (que fue solemnizada en pleno invierno), a causa del tiempo insoportable no podía ni dedicarse a la cetrería ni a la caza, y como estaba ya cansado de cartas, dados, etc., y todas esas diversiones domésticas, o de ver bailar a las damas, se iba al anochecer, con algunos de sus cortesanos, disfrazado, a caminar por toda la ciudad. Con tanta fortuna que paseando una noche, ya tarde, encontró a un sujeto del lugar completamente borracho, roncando en un banco; hizo que sus seguidores lo llevaran a su palacio, y allí, despojándole de sus viejas ropas, lo ataviaron a la manera cortesana; cuando despertó estaban todos conchabados para tratarlo de Su Excelencia, persuadiéndolo de que era un gran duque. El pobre hombre, asombrado de cómo habría llegado allí, fue servido en esta situación a lo largo de todo el día, y después de la cena les vio bailar, escuchó música y disfrutó del resto de aquellos placeres cortesanos; ya entrada la noche, cuando estaba bien bebido y de nuevo profundamente dormido, le pusieron sus viejas ropas y lo condujeron al lugar en que primero lo habían encontrado. La diversión ahora, más que la del día anterior, estaba en ver lo que sucedía cuando volviera en sí, que toda la broma estaba en ver cómo reaccionaba[391]. En conclusión, después de admirarse un poco, el pobre hombre contó a sus amigos que había tenido una visión, lo creyó así siempre, sin que hubiera manera de persuadirle de otra cosa, y así se acabó la broma. Antíoco Epifanio se disfrazaba a menudo, se escapaba de su corte y se iba a las tiendas de los mercaderes, orfebres y otros comerciantes, se sentaba y charlaba con ellos, y algunas veces cabalgaba o caminaba solo, y abordaba a cualquier calderero, payaso, sirviente, cargador o

quienquiera que fuese que se encontrara primero. Algunas veces daba dinero inesperadamente a un pobre sujeto para ver qué cara ponía, o, a propósito, perdía su bolsa mientras andaba para observar quién la encontraba y además cómo le afectaba, y con tales cosas quedaba él encantado. Los grandes hombres ponen en práctica a menudo tales trucos para alegrarse a sí mismos y a otros; son gestos todos inocentes y tienen sus buenos usos.

Pero entre los ejercicios o diversiones de la mente de puertas adentro, no hay nada tan general, tan apto para aplicarse a todo tipo de hombres, tan adecuado y propio para expulsar la ociosidad y la melancolía, como el estudio. «El estudio place a la vejez, informa a la juventud, ornamenta la prosperidad, nos deleita en el hogar y es solaz y refugio frente a la adversidad»; puedes encontrar el resto en Cicerón (*Pro archia poeta*). No hay nada que pueda llenar más de contento que leer, pasear y ver mapas, cuadros, estatuas, joyas, mármoles, que algunos tanto alaban, como los antiguos hechos por Fidias, tan exquisitos y bellos para contemplar, como pensaba Crisóstomo[392], «si una persona cualquiera está enferma, con la mente preocupada, o no puede dormir por la aflicción, ¿sólo por ponerse delante de una imagen de Fidias olvidará toda preocupación, o cualquier otra cosa puede, en un momento, conmoverle?». Hay personas muy atraídas por Miguel Ángel, por Rafael de Urbino o por las piezas de Francesco Francias y por muchos de esos pintores italianos y holandeses que fueron excelentes en su tiempo. Y estiman como una de las contemplaciones más placenteras ver esas puras arquitecturas, dispositivos, blasones, escudos de armas, leer esos libros, reunir viejas monedas de diversos tipos en una galería agradable; creaciones artificiales, lentes ópticas, viejas reliquias, antigüedades romanas, variedad de colores. Un buen cuadro es una imagen de la realidad y un poema mudo, y aunque (como decía Vives)[393] las chucherías artificiales gustan sólo por un tiempo, sin embargo, ¿quién en algún momento no se siente atraído por ellas? Cuando Aquiles estaba atormentado y triste por la pérdida de su querido amigo Patroclo, Tetis, su madre, le trajo el más elaborado y curioso escudo hecho por Vulcano, en el cual estaban grabados el Sol, la Luna, las estrellas, los planetas, el mar, la tierra, hombres luchando, corriendo, cabalgando, mujeres regañando, colinas, valles, pueblos, castillos, arroyos, ríos, árboles, etc., con muchos bonitos panoramas y perspectivas; con cuya visión se sintió infinitamente deleitado y muy aliviado en su dolor.

> «Inmóvil, el héroe se inflama ante el espectáculo,
> Y siente con furia divina su pecho brillar;
> Vuelve el regalo divino y alimenta su mente
> Con todo lo que ha diseñado el divino artista»[394].

¿Quién no se sentiría impresionado en un caso semejante, o viendo los bien amueblados claustros y galerías de los cardenales romanos, tan ricamente adornados por modernos cuadros, viejas estatuas y antigüedades? ¿A quién no le impresionaría sólo ver esos cuadros y leer las descripciones, como bien señalaba Boissard?[395] Lo que él mismo, y Bozius, Pomponius Laetus,

Marlianus, Escoto, Cavelerius, Ligorio, etc., han realizado finalmente tan bien. O contemplar, en los gabinetes de algunos príncipes, como el de los grandes duques de Florencia, el de Felix Platter en Basilea, o en las casas de los nobles, tal variedad de vestimentas y caras, y tantas, tan raras y tan exquisitas piezas, de hombres, pájaros, bestias, etc., o ver esos excelentes panoramas, obras holandesas y curiosas tallas de Sadlier de Praga, Alberto Durero, Goltzius, Vrintes, etc., y bellas perspectivas, cuadros indios hechos de plumas, trabajos chinos, marcos, títeres milagrosos, autómatas, juguetes exóticos, etc., etc. ¿Quién de los que se sienten en estos momentos superados por el ocio, o, por otro lado, involucrados en un laberinto de cuidados mundiales, preocupaciones y descontentos, no sentirá un gran descanso mental leyendo alguna historia incitante, verdadera o inventada? Y así, como a través de un cristal, poder observar lo que han hecho nuestros antecesores, los comienzos, ruinas, caídas, períodos de comunidades, acciones personales de los hombres, etc. Por eso Plutarco[396] les llamaba «segundo plato y postre», porque se leían normalmente en las fiestas de los nobles. ¿A quién no le afecta seriamente un discurso apasionado, bien redactado, un poema elegante, o algún agradable y fascinante discurso, como aquél de Heliodoro[397], «que mezcló el deleite que fluía apacible, con la alegría». Juliano el Apóstata se impresionó tanto con una oración de Libanio el Sofista, que, como confesó, no pudo quedarse tranquilo hasta que la terminó de leer. «Leí una gran parte de tu discurso antes de comer, pero después lo terminé completamente. ¡Oh, qué argumentos! ¡Qué composición!». Podría decir lo mismo de este o aquel agradable opúsculo, que atrajera su atención. Para la mayoría de los hombres, estudiar es un placer extraordinario. Se ofrece todo un mundo de libros, de todas las materias, artes y ciencias, para el dulce contento y capacidad del lector. De aritmética, geometría, perspectiva, óptica, astronomía, arquitectura, escultura, pintura, de las cuales se han escrito últimamente tantos y tan elaborados tratados. De la mecánica y sus misterios, de materias militares, navegación, equitación, esgrima, natación, jardinería, plantación, grandes tomos de agricultura, cocina, falconería, caza, pesca, caza de aves, etc., con exquisitas ilustraciones de todos los deportes, juegos, ¿y de qué no? Se han producido grandes tomos de música, metafísica, filosofía natural y moral, filología, de política, heráldica, genealogía, cronología, etc.; o tantos estudios sobre la Antigüedad[398]. Y «¿qué hay más sutil que las conclusiones aritméticas?[399], ¿qué más agradable que las armonías musicales?, ¿qué más divino que lo astronómico?, ¿qué más cierto que la desmostración geométrica?». ¿Qué puede haber tan cierto, qué puede haber tan agradable? Aquél que vea, sólo, la Torre Geométrica de Garezenda, en Bolonia, Italia o la aguja y reloj de Estrasburgo, admirará los efectos del arte; o quien vea la máquina de Arquímedes, que podía mover la propia tierra, si hubiera habido un sitio donde asegurar el instrumento: la cóclea (el tornillo de agua) de Arquímedes, y los extraños dispositivos para controlar las aguas, los instrumentos musicales, y los ecos trisilábicos repetidos, una vez, otra vez y otra vez, con miríadas de otras cosas. Muchos tomos enormes se han escrito

sobre la Ley, la Medicina y la Divinidad, por beneficio, placer, práctica o especulación, en verso o prosa, etc.; sólo sus nombres son sujeto de volúmenes completos, hay miles de autores de todo tipo, muchas grandes librerías llenas, bien provistas, como si fuesen muchos platos de alimentos servidos para distintos paladares, y sería muy zoquete quien no se sintiera impresionado por alguno de ellos. Hay quienes disfrutan infinitamente con el estudio de las muchas lenguas en que están escritos esos libros, hebreo, griego, sirio, caldeo, árabe, etc. Pienso que placerá a cualquier hombre examinar un mapa geográfico, «gracias a la increíble variedad y belleza del asunto, lo que estimulará para dar nuevos pasos en el conocimiento»[400]; contemplar las delineaciones corográficas y topográficas, todas las remotas provincias, pueblos, ciudades del mundo, y sin ir nunca más allá de los límites de este estudio, medir con la regla y el compás su extensión, distancia y examinar su asiento. Como escribe Platina, Carlos el Grande tenía tres bonitas mesas de plata, en una de cuyas superficies había un gran mapa de Constantinopla, en la segunda de Roma, hábilmente grabado, y en la tercera, una exquisita descripción del mundo entero, y obtenía gran placer de ellos. Qué mayor placer puede haber, realmente, que ver esos elaborados mapas de Ortelio, Mercator[401], Hondius, etc. O examinar esos libros de ciudades, proporcionados por Braun y Hogenberg. O leer esas exquisitas descripciones de Magini, Münster, Herrera, Laet, Merula, Botero, Leander Albertus, Camden, León el Africano, Adricomius, Nicolás Gerbelius, etc. Y aquellas famosas expediciones de Cristóbal Colón, Américo Vespucio, Marco Polo el veneciano, Lodovico Vertomannus, Aloysius Cadamustus, etc. O leer los exactos diarios de portugueses, holandeses, de Bartison, Oliver de Nort, etc. Los *Viajes* de Hackluyt, las *Décadas* de Pedro Mártir, las *Relaciones* de Benzoni, Lerius, Linschotens, los *Viajes* (*Hodaeporicos*) de Jodocus de Meggen, Brocard el Monje, Bredenbach, Joannes Dublinius, Sandas, etc., a Jerusalén, Egipto y otros remotos lugares del mundo, esos placenteros *Itinerarios* de Paul Hentzner, Jodocus Sincerus, Dux Polonus [Radziwill], etc., y leer las observaciones de Belon y los reconocimientos de Petrus Gillius. Y esas zonas de América trazadas y curiosamente grabadas por los hermanos De Bry. Ver unos Herbarios con buenos grabados de las hierbas, árboles, flores, plantas, con todos los vegetales representados en sus propios colores vitales, como el de Mattioli tomado de Dioscórides, Daléchamps, Lobel, Bauhin, y ese último herbario voluminoso y colosal de Wesler de Nuremberg en el que casi cada planta está representada en su tamaño natural. Y ver pájaros, bestias, y peces del mar, arañas, mosquitos, serpientes, moscas, etc., todas las criaturas representadas con el mismo arte, y expresadas con veracidad en vivos colores, con una descripción exacta de sus naturalezas, virtudes, cualidades, etc., como han realizado con precisión Eliano, Gesner, Ulisse Aldrovandi, Belon, Rondelet, Ippolito Salviani, etc. «Conocer los secretos de los cielos y de la naturaleza, y el orden del Universo, es la mayor felicidad y placer que cualquier mortal puede pensar o esperar obtener»[402]. ¿Qué estudios más placenteros puede haber que los de matemáticas, en

sus partes teórica o práctica? Tanto como inspeccionar las tierras, hacer mapas, modelos, cuadrantes, etc., con lo que mucho me he deleitado yo mismo siempre. Tal es la excelencia de estos estudios (decía Plutarco)[403] que todos esos ornamentos y pompas infantiles de la riqueza no merecen ser comparadas con ellos; «creedme (decía uno)[404]: sería dulce perder la vida con el estudio de las matemáticas». Puedo incluso vivir y morir con tales meditaciones, y obtener más placer, verdadera alegría mental en ello, que lo que tú puedas tener con toda tu riqueza y deporte, por más rico que seas. Y como Cardano[405] bien me secunda: «es más grande honor y gloria comprender estas verdades, que ser joven o gobernar provincias». El mismo placer hay en todos los otros estudios para quienes son adictos a ellos, la misma dulzura[406] (sostiene uno) que tenía la copa con que Circe embrujó a un estudiante; y eso hace que no se puedan dejar, de lo que son testigo muchas horas laboriosas, días y noches gastadas en los voluminosos tratados que se escriben; el mismo placer. A Julio Escalígero[407] le impresionaba tanto la poesía, que estalló en una patética queja diciendo que antes preferiría ser autor de doce versos como los de Lucano o de una de las odas de Horacio[408], que emperador de Alemania. Nicolás Gerbelius[409], ese buen anciano, estaba tan encantado con unos pocos autores griegos vueltos a la luz, con la esperanza y el deseo de disfrutar del resto, que exclamó entusiamado: ¡seremos más ricos que todos los príncipes árabes o indios!, en tal estima les tenía por su incomparable mérito y valor. Séneca prefería Zenón y Crisipo, dos puntales estoicos (estaba muy enamorado de sus trabajos), por delante de cualquier príncipe o general de un ejército, y el matemático Oroncio admiraba tanto a Arquímedes que le llamaba un Dios menor, más que un hombre, y bien podía hacerlo, por lo que yo veo, si se respeta la fama y valía. Píndaro, de Tebas, es tan conocido por sus poemas como sus conciudadanos Epaminondas, Pelópidas, Hércules o Baco por sus hechos de guerra, «y si consideras la fama, no recuerdes menos a Aristóteles que a Alejandro» (como anota Cardano): Aristóteles es más conocido que Alejandro, porque tenemos una mera relación de los actos de Alejandro, pero Aristóteles está todo en sus obras. Pero yo no me apoyo en esto, pues a lo que me dirijo es que el gran placer, el dulce contento está en el estudio. El rey Jaime[410] (1605) vino de visita a nuestra universidad de Oxford, y, entre otros edificios, fue a contemplar la famosa Biblioteca, renovada por Sir Thomas Bodely a imitación de Alejandro, y en su despedida pronunció un noble discurso: si no fuera rey, sería universitario, «y si tuviera que ser un prisionero, si pudiera realizar mi anhelo, desearía no tener otra prisión que esta biblioteca y estar encadenado a tantos buenos autores y maestros ya muertos». Tan agradable es el placer del estudio, que cuando más se aprende (como el que tiene hidropesía, cuanto más bebe, más sediento está) más se codicia el aprender, y el último día es el discípulo del primero; aunque al principio el aprendizaje es duro, «las raíces son amargas, pero los frutos son dulces», y según Isócrates, en definitiva placentero, y cuanto más se vive más enamorado se está de las musas. Heins, el tenedor de la biblioteca de Leiden, en Holanda, estaba recluido en

ella a lo largo de todo el año, y cualquiera que hubiera provocado aversión a tu pensamiento, le causaba a él un gran disfrute. «En cuanto llego a la Biblioteca (decía él), echo el cerrojo a la puerta, expulsando así lujuria, ambición, avaricia y todos los vicios cuya nodriza es la pereza, la madre de la ignorancia, y constituyen la mismísima melancolía, y como si estuviese en el regazo de la eternidad, entre tantas almas divinas, encuentro mi sitio con un espíritu tan elevado y dulce contento, que me compadezco de todos nuestros grandes y nuestros ricos, que no conocen esta felicidad»[411]. En el entre tanto, no ignoro (no obstante esto que he dicho) la forma bárbara y baja, en la mayoría de los casos, en que nuestra ruda nobleza estima las bibliotecas y los libros, cómo descuida y desprecia tan gran tesoro, tan inestimable beneficio, como el gallo de Esopo hizo con la joya que encontró en el estiércol; y siempre con error, ignorancia y necesidad de educación. Y es una maravilla, además, observar cuánto tiran vanamente en gastos innecesarios (decía Erasmo)[412], cuánto en halcones, sabuesos, pleitos, edificios vanos, glotonería, bebida, deportes, juegos, pasatiempos, etc. Si un hombre bien dotado para las musas recurre a alguno de ellos solicitando una beca, o mantener o ampliar una determinada construcción, un colegio, una clase, una biblioteca o cualquier cosa útil para el avance del conocimiento, los encuentra tan reacios, tan adversos, que preferirá contemplar lo ya existente, erigido con gran costo y cuidado, completamente arruinado, demolido o empleado de cualquier manera, porque los citados nobles no hacen más que lamentarse y refunfuñar por las dotes y rentas concedidas. Por lo tanto, es en vano, como bien señalaba Erasmo, solicitar o pedir nada a tales hombres, que son semejantes a los malditos ricos para este propósito. Por mi parte, compadezco a estos hombres, dejémosles ir tal como son, en el catálogo de Ignoramus. Por otro lado, los que somos hombres de letras estamos muy ligados a esos munificos Ptolomeos, liberales Mecenas, heroicos patrones, espíritus divinos: «Quienes me han proporcionado este sosiego serán siempre, a mis ojos, dioses»[413], los que nos han proporcionado unas bibliotecas bien provistas, tanto en las academias públicas de la mayoría de las ciudades, como en nuestras universidades privadas. Recordaré, entre otros, a Sir Thomas Bodley[414], a Otho Nicholson[415], y al reverendo John Williams, Lord arzobispo de Lincoln (además de otros actos píos), quien además de la biblioteca del *College* de St. John en Cambridge y de la de Westminster, está ahora comprometido también con una biblioteca en Lincoln (un noble precedente a imitar por todas las corporaciones de villas y ciudades). «¿Cómo podría elogiar suficientemente vuestra memoria, hombres ilustrísimos?». Pero, regreso otra vez a mi tarea.

A cualquiera que se sienta invadido por la soledad, o arrastrado por una agradable melancolía y por vanas fantasías, y que por carencia de empleo no sepa cómo utilizar su tiempo, o que se sienta crucificado por las preocupaciones terrenas, no puedo prescribirle mejor remedio que el estudio, que se organice él mismo para aprender un arte o una ciencia. Siempre con la condición de que su enfermedad no proceda del excesivo estudio, porque en tal caso sería

agregar combustible al fuego y nada puede ser más pernicioso; hacedle ver que no debe forzar excesivamente su juicio y convertirse en un «esqueleto»; o que no haga como esos enamorados que no leen más que dramas, ociosos poemas, chanzas, *Amadís de Gaula*, el *Caballero del Sol*, *Los siete adalides, Palmerín de Oliva, Huon de Burdeos*, etc., lo que muchas veces hace que terminen tan locos como Don Quijote. El estudio sólo puede prescribirse a quienes son, de alguna manera, perezosos, tienen problemas mentales, o soportan, temerariamente, vanos pensamientos e imaginaciones, para distraer sus reflexiones (aunque una variedad de estudios, o algún asunto serio no haría ningún daño al primero), para encauzar sus continuas meditaciones en otra dirección. En este caso, nada mejor que el estudio: «siempre aprender algo de memoria», decía Piso, y transcribir, traducir, etc. Hyperius (*De quotid. script. lec.,* lib. 1, fol. 77) consideraba que leer las escrituras era útil por sí mismo: «la mente se ha constituido por medio de todas las preocupaciones terrenales, y adquiere mucho sosiego y tranquilidad»[416]. Pues como bien decía Agustín[417], «el conocimiento de la ciencia es más dulce que la miel, más suave que el pan, más alegre que el vino»; es el mejor «Nepenthes»[418], un verdadero cordial, suavemente alterativo, un real consuelo. Pues nada, como bien agrega Crisóstomo[419], «como esas ramas y hojas de los árboles, entretejidas para que el ganado se ponga debajo durante el calor del día, en verano, y que tanto les refresca con su aceptable sombra, así es la lectura de la Escritura, que recrea y conforta al alma angustiada por la pena y la aflicción». Pablo ordenaba: «reza continuamente»; y Séneca decía que como la carne es al cuerpo, así es la lectura para el alma. «Estar desocupado y sin libros es otro infierno, es estar enterrado en vida»; Cardano[420] llama a las Bibliotecas la medicina del alma; «los autores divinos fortifican la mente, hacen al hombre valiente y constante, y (como añade Hyperius), las deliberaciones pías no permiten que la mente se torture con absurdas reflexiones». Rhazes prescribe para las personas melancólicas continuas deliberaciones, discursos perpetuos sobre alguna historia, cuento, poema, novedades, etc., que alimenta la mente como la comida y la bebida hacen con el cuerpo y produce el mismo placer. Y por eso el dicho Rhazes hace, no sin razón, que alguno hable seriamente o dispute con él, y algunas veces «pone reparos y riñe (siempre que no produzca una perturbación violenta), porque tal altercado es como atizar un fuego muerto para que arda de nuevo», estimula el espíritu embotado «y la mente ya no sufrirá sumergida en esas profundas reflexiones con las que están normalmente preocupados los melancólicos». Fernando y Alfonso[421], reyes de Aragón y Sicilia, se curaron gracias a la lectura de la historia, uno de Curtius, el otro de Livy, cuando era imposible utilizar ninguna prescripción médica. Camerario[422] cuenta otro tanto de Lorenzo de Médicis. Los filósofos paganos están tan llenos de beneficiosos preceptos de este tipo, que, como alguno piensa, sólo ellos son capaces de asentar una mente angustiada. «Hay palabras y conjuros por los que se puede mitigar un dolor[423], etc. ¡Oh, Epicteto, Plutarco y Séneca!, ¿cómo debería utilizar esas armas (decía Lipsio) para enfrentar cada desdicha del alma, y a la

propia muerte y para liberarse de la debilidad y estimular el ánimo?». Cuando leo a Séneca «pienso que estoy más allá de toda fortuna humana, en la cumbre de una colina por encima de la muerte»[424]. Plutarco decía otro tanto de Homero, porque sus padres, como al Niceratus de Jenofonte, le habían hecho aprender a recitar de memoria la *Ilíada* y la *Odisea* de Homero, tanto para hacer de él un hombre bueno y honesto como para evitar la pereza. Si puede obtenerse este bienestar de la filosofía, ¿qué no podríamos obtener de la divinidad? ¿Qué nos aportan las meditaciones divinas de Agustín, Cipriano, Gregorio, Bernardo?

> «Uno hermoso, otro repulsivo; uno eficaz, otro no.
> Que Crisipo y Crantor digan qué es
> lo más completo y lo mejor»

Y más aún, ¿qué sucede con la propia Escritura? Es como una botica en la que se encuentran todos los remedios para todas las dolencias de la mente, purgantes, cordiales, alterativos, confortativos, lenitivos, etc. «Toda enfermedad del alma, decía Agustín[425], tiene en la Escritura una medicina especial, y sólo se requiere que el hombre enfermo tome la poción que Dios ha mezclado». Gregorio[426] le llama «un cristal en el que podemos ver todas nuestras dolencias, «un discurso brillante» (Salm. 118, 140)». Y Orígenes[427], un hechizo. Y por esto Jerónimo prescribe al monje Rusticus «leer continuamente las Escrituras, y meditar sobre lo que había leído: porque como la masticación es al alimento, así es la meditación sobre lo que leemos». Por estas razones yo desearía que quien está melancólico utilice ambos tipos de autores, humanos y divinos, voluntariamente, para imponerse alguna tarea a sí mismo, para desviar sus pensamientos melancólicos. Que estudie el arte de la memoria, como lo han revelado Cosma Rosselli, Pietro da Ravenna y Schenkel, o que practique la braquigrafía (taquigrafía), etc., lo que exigirá mucho esfuerzo de atención; o que demuestre una proposición de los últimos cinco libros de Euclides, que extraiga una raíz cuadrada o que estudie álgebra. Como sostiene Clavio[428], «de todas las disciplinas humanas no hay ninguna tan excelente y placentera, tan abstrusa y recóndita, tan fascinante, tan milagrosa, tan arrebatadora, tan agradable además, y llena de deleite». Con estos medios, puede definirse un león por sus garras, como dice el proverbio, o el tamaño de Hércules sólo por su pulgar o las verdaderas dimensiones del gran Coloso[429], el Templo de Salomón o el Anfiteatro de Domiciano, a partir de una pequeña parte. Por medio de este arte puede verse la variación de las veintitrés letras, que puede ser tan infinitamente variada que las palabras complejas deducidas a partir de ellas no cabrían dentro del círculo del firmamento; diez palabras pueden variarse en cuarenta mil trescientas veinte formas distintas. Por este arte puede saberse cuántos hombres pueden estar de pie, uno al lado del otro, en la superficie completa de la tierra, algunos dicen que 148.456.800.000.000, asignándoles a cada uno un paso cuadrado[430]; y cuántos hombres, suponiendo que todo el mundo fuera tan habitable como Francia, tan fértil y tan longevo, podrían

nacer en sesenta mil años; y así se puede demostrar, con Arquímedes[431], cuántas arenillas contendría la masa completa del mundo si todo fuera arena, sabiendo sólo en principio cuánto contiene un pequeño cubo, tan pequeño como una semilla de mostaza, e infinitos como tales. Pero en toda la naturaleza no hay nada tan estupendo como examinar y calcular los movimientos de los planetas, sus magnitudes, apogeos, perigeos, excentricidades, a qué distancia están de la Tierra, su tamaño, espesor, círculo del firmamento, cada estrella, con sus diámetros y circunferencia, área aparente, superficies, con esa curiosa ayuda de telescopios, astrolabios, sextantes, cuadrantes, como los de Tycho Brahe en su mecánica, óptica (óptica divina), aritmética, geometría, y otras artes e instrumentos semejantes. No hay nada más intrincado y placentero que estudiar y poner en práctica los trabajos de Herón de Alejandría, como *De spiritalibus, De machinis bellicis, De machina se movente*, los de Jordanus Nemorarius en *De ponderibus* (prop. 13), el muy agradable opúsculo de Machometes Bragdedinus, *De superficierum divisionibus*, o los conos de Apolonio y los preceptos y trabajos de este tipo, *De centro gravitatis*, con otros muchos teoremas geométricos y problemas. Y los raros instrumentos e invenciones mecánicas de Jacobo Besson y, con el mismo propósito, de Cardano, y tantos experimentos sugeridos desde hace mucho tiempo por Roger Bacon en su opúsculo *De secretis artis et naturae*[432], tales como hacer una carroza que se moviese sin animales, botes sumergibles, concebir el arte de caminar en el agua, volar en el aire, realizar diversas cabrias y poleas con las que un hombre podría tirar como mil, levantar y mover grandes pesos, molinos que se movían por sí solos, la paloma de Arquitas, la cabeza de cobre de Alberto[433], y otros trabajos taumatúrgicos. Y, especialmente, realizar extraños milagros con lentes, de los cuales escribieron desde antiguo Proclo y Bacon; cristales ardientes, cristales multiplicadores de manera que un hombre parecía un ejército, lentes ópticas para ver lo lejano, representar cuerpos sólidos mediante lentes cilíndricas y cóncavas, caminar en el aire, «y ver realmente (decía Bacon) oro y plata y cualquier cosa que se quisiera», con lentes que perfeccionaron más tarde Giambattista della Porta y Galileo, y mucho más que prometen que puede hacerse en este aspecto Magini y Midorgius. Algunos hablan de otoacústica, intentar oír como los demás ven; Marcellus Vrencken, un holandés, en su epístola a Burgravius, hace mención de un amigo que estaba ocupado en un instrumento por el que se podía ver lo que estaba más allá del horizonte. Pero pienso que son nuestros alquimistas y rosacruces quienes aportan más curiosidades y están repletos de experimentos: pueden hacer oro, separar y alterar metales, extraer aceites, sales, posos, y hacer trabajos más extraños que Geber, Llull, Bacon o cualquiera de los antiguos. Croll ha hecho, bajo su maestro Paracelso, fulminato de oro u oro volátil, que puede imitar al trueno y al relámpago, y estallar más fuerte que cualquier pólvora; Cornelius Drible ha conseguido el movimiento perpetuo, las luces inextinguibles, la tela incombustible, con muchos otras proezas semejantes: ved su libro *De natura elementorum*; además de granizo, viento, nieve, truenos, relámpagos, etc.,

todos esos extraños fuegos artificiales, endiablados petardos y todas las maquinaciones de tipo guerrero que se derivan, de las cuales informan Tartalea y otros. Ernestus Burgravius, un discípulo de Paracelso, ha publicado un tratado en el que especifica una lámpara que se puede hacer con sangre humana, «lámpara de la vida e índice de la muerte», así la llama, que preparada químicamente durante cuarenta días y guardada después en un vaso mostrará todos los accidentes de la vida: «si la lámpara arde brillante, el hombre está alegre y sano de mente y cuerpo; si nebulosa y mortecina, el hombre está afligido; y así varía con su propio estado, por su propia sangre», y lo que es más maravilloso, muere con el individuo, «con el hombre perece y se desvanece», la lámpara y el hombre se extinguen juntos cuando se va la sangre. El mismo autor tiene otro opúsculo sobre *Mumia* (tan vano y prodigioso como el primero), por el cual curará todas las enfermedades, y las transferirá del hombre a la bestia extrayendo sangre de uno y aplicándola al otro, o incluso a las plantas, y un «Alexipharmacum» mediante el cual el antiguo Roger Bacon, en su opúsculo *De retardanda senectute*, rejuvenecía a un hombre que vivía trescientos o cuatrocientos años. Además de la panaceas, los amuletos marciales, ungüentos bélicos, bálsamos, extractos extraños, elixires, y otras curas de tipo mágico-magnético. Ahora bien, por más placentero que pueda ser especular sobre estas cosas, leer y examinar estos experimentos, o, si un hombre está dotado matemáticamente, calcular o estudiar los logaritmos neperianos, o las tablas de senos y tangentes[434] artificiales, no hace mucho establecidos por el viejo colegial, buen amigo y antiguo condiscípulo de Christ-Church, en Oxford, Mr. Edmund Gunter[435], que lo realizó sólo por adición y sustracción, lo que después las *Tablas* de Regiomontano hicieron por multiplicación y división, o las elaboradas conclusiones de su sector, cuadrante y escuadra[436]. Dejad a quien está melancólico calcular los triángulos esféricos, buscar la cuadratura del círculo o hacer un horóscopo; que alguien le ponga a prueba de algún modo, pues yo creo, como Garceus[437]: «démosles mucho más a los ingenios petulantes», que debemos alguna vez permitirlo; o dejémosles hacer una efemérides, leer *Los trabajos del calculador* de Suisset, *De emendatione temporum* de Escalígero, y algo de su adversario Petabius hasta que los entienda, y que estudie al sutil Escoto y la metafísica de Suárez, o la Escuela de la Divinidad, Occam, Tomás, Entisberus, Durand, etc. Si todos estos no le impresionan y sus medios son grandes, para emplear su bolsa y llenar su cabeza puede ir a buscar la piedra filosofal; puede aplicar su mente, digamos, a la heráldica o las antigüedades, idear inscripciones, emblemas; hacer epitalamios, epitafios, elegías, epigramas, palíndromos, anagramas, cronogramas, acrósticos con los nombres de sus amigos. O escribir un comentario sobre Marciano Capella, Tertuliano de Pallio, la geografía nubia, o sobre Elia Lelia Crispis, como han ensayado muchos sujetos ociosos; y en lugar de no hacer nada, variar un verso de mil maneras como Puteano, torturando así sus sentidos, o como Rainnerus de Luneberg, dos mil ciento cincuenta veces en su *Proteus poeticus*, o lo que Escalígero, Chrysolitus, Cleppisius y otros han hecho de forma parecida. Si

tales actividades voluntarias de placer y deleite, o la complejidad de estos estudios, no han conseguido distraerles de sus ociosos pensamientos y apartar sus imaginaciones, hay que obligarles, decía Cristóbal de Vega, «deben estudiar» (lib 3, cap. 14). Poniéndoles alguna multa, si no lo hacen, forzándoles por vía del deber, pérdida de crédito o deshonra, como en el caso de nuestros ejercicios universitarios públicos. Ya que quien juega por nada no necesita prestar atención a su juego; no permitir más la ocupación voluntaria que tanto afecta a un estudiante, excepto que esté muy decidido y obtenga un extraordinario deleite con el estudio, sobre el que sea muy versado. Su tarea debe ser de tal naturaleza, que, quiera o no, deba necesariamente someterse a ella, y que no puede evitar sin gran pérdida, multa, vergüenza u obstáculo.

En lugar de laboriosos estudios, para las mujeres hay entretenidas labores, bordados, hilados, encajes de bolillos y muchos bonitos modelos de su propia manufactura para adornar sus casas; cojines, tapices, sillas, escabeles –porque ella no come el pan de la pereza (Prov 31. 27), sino que busca su lana y su lino–, confecciones, conservas, destilaciones, etc., que muestran a sus visitas,

> «lo que enseña a sus huéspedes, con toda su riqueza,
> hasta aquí mis doncellas, pero esto lo hice yo misma»[438].

Junto a esto, tienen para mantenerse ocupadas quehaceres domésticos, y bonitos jardines llenos de flores exóticas, multicolores, de variada diversidad, de dulces aromas y plantas de todo tipo que desean vivamente tener, cuidadosas en preservarlas y guardarlas, orgullosas de poseerlas y de las que a menudo se jactan. Omito voluntariamente sus alegres reuniones y frecuentes visitas, invitaciones mutuas en agradables villas, que están tan en uso, cuchicheando entre ellas ante la mínima cosa: las viejas amigas tienen sus asuntos. Una excelente invención para mantenerles alejadas de la pereza, que es, por naturaleza, melancolía, y terminar con todas sus complicaciones, es decir muchos padrenuestros, avemarías y credos, si no se toma como una superstición profana. En una palabra, cuerpo y alma deben ejercitarse; no uno, sino ambos, y eso de una forma equilibrada: de otra manera puede causar grandes inconvenientes. Si el cuerpo está excesivamente cansado, cansa a la mente. La mente tiraniza al cuerpo, como en los estudiantes, en quienes muchas veces ambos luchan; quien (como observa Plutarco)[439] no tiene cuidado del cuerpo «sino que obliga a aquello que es mortal a hacer tanto como a lo que es inmortal, a aquel que es terreno, como a quien es etéreo. Pero como el buey cansado dijo al camello (ambos servidores de un mismo amo) que se negaba a llevar una parte de su carga, antes de mucho tiempo se vería obligado a llevar ambos fardos, y para colmo despellejarse la piel (lo que sucedió con el tiempo, al morir el buey): el cuerpo puede decir al alma que no le dará respiro o remisión, pero si poco después les coge a ambos un escalofrío, vértigo o consunción, hay que omitir todo estudio, y ambos están obligados a estar enfermos juntos». Quien cuida su propio buen estado y salud debe dejarles que tiren del mismo yugo, ambos iguales, «de manera que puedan disfrutar de su deseada salud»[440].

Miembro V, Subsección I

Rectificación del despertar y de los sueños terribles

Hay que evitar por todos los medios los despertares dolorosos, y el sueño, que tanto ayuda, debe procurarse por medios similares: «por naturaleza o por arte, por medicinas internas o externas, y hay que prolongarlo más de lo ordinario, si es posible, por ser una ayuda especial»[441]. Humedece y engorda el cuerpo, mezcla y ayuda a la digestión, como vemos en los lirones y en esos ratones alpinos que duermen todo el invierno, de los que habla Gesner, y así se les encuentra, durmiendo bajo la nieve en lo profundo del invierno, gordos como manteca. Expulsa las preocupaciones, pacifica la mente, refresca las piernas fatigadas después del largo trabajo,

> «Sueño, descanso de las cosas, dieta placentera,
> Paz del alma, que las preocupaciones crucifican,
> Refresca y suaviza los cuerpos fatigados»[442].

Paracelso dice que es lo más importante de la medicina[443], «por encima de todos los secretos de las piedras preciosas y los metales». El momento más adecuado es «dos o tres horas después de la cena, cuando el alimento está ya asentado en el fondo del estómago, y es bueno acostarse primero sobre el lado derecho, porque en ese sitio el hígado descansa debajo del estómago, sin molestar de ninguna manera, sino calentándolo como un fuego a una tetera, así está puesto para él. Después del primer sueño no hay mal en acostarse del lado izquierdo, el alimento puede así descender mejor»[444]. Y algunas veces también sobre el vientre, pero nunca sobre la espalda. Siete u ocho horas es un tiempo adecuado para que descanse un melancólico, como piensa Crato; pero es en muchos sentidos pernicioso lo que hacen algunos, quedarse en la cama y no dormir, todo un día o medio día, y permitirse agradables fantasías y vanas imaginaciones. Para procurar un sueño dulce y humectante lo mejor es alejar las ocasiones (si es posible) que lo estorban y utilizar entonces esos remedios internos o externos que lo provocan. Es hoy bien sabido (decía Boissard en su opúsculo *De magia*, cap. 4) que muchos no pueden dormir por las hechiceras y los embrujos, que son muy corrientes en algunos sitios y les llaman «dar a alguien mala noche». Pero las causas más corrientes son el calor y la sequedad, que deben eliminarse lo primero: un cerebro caliente y seco nunca duerme bien[445], sufre, teme, se preocupa, tiene expectaciones, ansiedades, grandes asuntos, y todas las perturbaciones violentas de la mente deben ser de alguna manera limitadas antes de que podamos esperar un buen reposo. El que duerme durante el día, o en suspenso, con temor, con algún tipo de inquietud en la mente, o el que se va a la cama con el estómago lleno, no pueden esperar

nunca tener un descanso tranquilo durante la noche, «en realidad no puede haber un sueño productivo», como decía el poeta[446]; las posadas y los lugares incómodos no son para dormir: uno llama al palafrenero, otro al cantinero, uno grita y da voces, otro canta, grita o vocea,

> «mientras marinero y pasajero cantan las alabanzas
> de los ausentes amores, yacen entre los vapores del alcohol»[447].

¿Quién que no esté acostumbrado a tales ruidos puede dormir con ellos? Quien intente descansar debe irse a la cama con la mente segura y serena, en un sitio silencioso: «por la noche todo el mundo debe estar sedado para descansar», y si esto no sucede, o no se consigue, hay que buscar medios que son requisitos. Acostarse en sábanas limpias y suaves, escuchar música suave al irse a la cama o en la cama, como recomienda Ficino (lib. 1, cap. 24), o como dice Jubertus (*Med. pract.*, lib 3, cap. 10), «leer algún autor agradable hasta dormirse, tener un vasija de agua goteando al lado de la cama» o yacer cerca del placentero murmullo «del suave sonido del agua»[448], alguna compuerta, arcos, caídas de agua, como el puente de Londres, o algún ruido continuo que pueda entorpecer los sentidos; así sucede con algunos, que un ruido suave les produce sueño, así como, observa Bernardino Telesio (en su libro *De somno*), el silencio, una habitación oscura y el propio deseo de dormir es para otros lo más beneficioso. Piso recomienda friegas, Andrew Borde una buena dosis de alguna bebida fuerte antes de irse a la cama, y yo digo que una nuez moscada y cerveza, o una dosis de moscatel con una tostada y nuez moscada, o un «*posset*»[449] de lo mismo, que muchos utilizan por la mañana pero que yo pienso que para quienes tienen cerebros secos es mucho más apropiado por la noche. Algunos prescriben un sorbo de vinagre al irse a la cama; una cucharada decían Aecio (*Tetrabiblos,* lib. 2, ser. 2, cap. 10, y lib. 6, cap. 10) y Pablo de Egina (lib. 3, cap. 14.); y Piso, «un poco después de la alimentación, porque atenúa la melancolía y produce el deseo de dormir»; Donato Altomari y Mercurial lo aprueban si la enfermedad proviene del bazo[450]. Salustio Salviano (lib. 2, cap. 1, *De re medica*), Hércules de Sajonia (en *Pan.*) y Eliano Montalto (*De morbis capitis,* cap. 28, «de Melancholia»), están conjuntamente en contra de ello. Luis Mercado (*De inter. morb. cur.*, lib. 1, cap. 17) en algunos casos lo permite. Rhazes[451] parece considerarlo, y Simeón, aunque lo recomienda (quizás en salsa), también lo cuestiona. Hablaré más adelante sobre baños, fomentos, aceites, pociones, simples o compuestos, tomados de forma interna[452]. Si en medio de la noche permanecen despiertos, como es usual, dando vueltas y sin dormir, Ranzovius[453], si se está en tiempo cálido, les hace levantarse y caminar tres o cuatro vueltas (hasta que se enfríen) alrededor del dormitorio, y después de volver a la cama.

Contra los sueños terribles y penosos, las pesadillas y otras molestias que perturban a los melancólicos, el mejor remedio es tomar una cena ligera, con alimentos que sean de fácil digestión, nada de carnes de liebre, venado o vacu-

no, no acostarse sobre la espalda, no meditar o pensar a lo largo del día sobre ninguna materia tremenda, ni, especialmente, hablar de ellas antes de irse a la cama. Porque, como se dice en Luciano, después de una charla de ese tipo «parece que sueño con Hécate», no puedo pensar en otra cosa que en duendes: Y como señala Cicerón, «en su mayoría, nuestras charlas del día hacen que nuestra fantasía trabaje sobre ellas durante el sueño»[454], lo que escribe Ennio de Homero:

> «Como ladra el perro que sueña
> con las huellas de la liebre».

Como el perro sueña con la liebre, así le sucede al hombre con los últimos asuntos en que pensó.

> «Los sueños, que hacen revolotear fantasmas
> en nuestras mentes, no nos los envían los dioses,
> ni proceden de ninguna voluntad celestial:
> los hacemos nosotros mismos».

Por esta razón, cuando Ptolomeo[455], rey de Egipto, puso a los setenta intérpretes en fila y preguntó al decimonoveno qué podría hacerle dormir tranquilo durante la noche, éste le dijo: «Lo mejor es tener meditaciones divinas y celestiales, y el realizar acciones honestas durante el día». Luis Vives se preguntaba cómo podrían los estudiosos dormir tranquilamente «y no estar aterrados durante la noche, ni caminar en la oscuridad, después de plantearse a lo largo de todo el día unas preguntas tan monstruosas y pensar en materias tan terribles»[456]. Hubieran necesitado, como el resto, ofrecer sacrificios al dios Morfeo, a quien Filóstrato[457] pintó con un manto en blanco y negro, con un cuerno y una caja de marfil llena de sueños, de los mismos colores, que significaban bueno y malo. Si queréis saber cómo interpretar los sueños, leed a Artemidoro, Sambucus y Cardano, y los remedios para dormir os los referiré en un lugar más apropiado[458].

Rectificación de las perturbaciones de la mente. Por uno mismo, resistiendo al máximo, confesando su aflicción a un amigo, etc.

Quien tenga la esperanza de curar la enfermedad en sí mismo o en algún otro, debe primero corregir las pasiones y perturbaciones de la mente: en eso consiste la cura principal. Una mente tranquila es esa *voluptas* o máximo bien del que hablaba Epicuro, «si el ánimo está tranquilo, no hay dolor y huelgan los cuidados»; no sufrir ni necesitar cuidados y tener un alma tranquila es el único placer del mundo: esta es la verdadera opinión de Séneca, y no eso de comer y beber, que es lo que el injurioso Aristóteles maliciosamente le atribuye y por lo cual hay siempre un equívoco, «ten mala fama y te castigarán», difamado sin razón y atacado para toda la posteridad. «Deben evitarse especialmente, por lo tanto, el temor y la pena, y hay que calmar la mente con alegría, constancia, buena esperanza; deben eliminarse los terrores vanos y los malos asuntos, así como todas las personas cuya compañía no sea placentera. Gualter Bruel, Fernel (cons. 43), Mercurial (cons. 6), Piso, Jacchinus (cap. 15 en Rhazes, 9), Capivaccio, Hildesheim, etc., todos ellos resaltan esto como objetivo especial de la cura: que sus mentes «estén sosegadamente apaciguadas, apartadas de vanas fantasías, si es posible, de terrores, preocupaciones, meditaciones persistentes, reflexiones y cualquier cosa que sea que pueda molestar o alterar el alma», porque de otra forma no hay nada bueno que hacer. «Los males del cuerpo[459], como confirma Platón, proceden del alma: y si la mente no está primero satisfecha, el cuerpo no podrá curarse nunca». Alcibíades desvariaba (decía Máximo de Tiro) y estaba enfermo, sus furiosos deseos le arrastraban desde el Liceo al rogatorio, de allí al mar y después a Sicilia, de allí a Lacedemonia, de allí a Persia, de allí a Samos, y nuevamente a Atenas; Critias tiranizaba toda la ciudad; Sardanápalo estaba enfermo de amor. Estos hombres estaban todos afectados por la enfermedad y no hubieran podido curarse hasta que sus mentes cumpliesen otros requisitos. Por eso Crato, en ese consejo tan citado que dio a un noble que era su paciente, después de haberle informado suficientemente sobre la dieta, el aire, el ejercicio, el sexo, el sueño, concluye con esto como cuestión previa esencial: «para que el resto se arregle, hay que corregir todas aquellas cosas que afectan a la mente», las cuales se bastan por sí solas para engendrar la melancolía, pues ellas son la fuente, el tema, los ejes alrededor de los cuales gira y los que se deben necesariamente corregir. «Porque la ira aumenta el humor colérico, calienta la sangre y los espíritus vitales; la pena, por el otro lado, refrigera el

cuerpo y extingue el calor natural, trastorna el apetito, estorba la mezcla, deseca la temperatura y pervierte el entendimiento»; el miedo descompone los espíritus, contamina el corazón, debilita el alma: y por estas causas todas las pasiones y emociones deben ser eliminadas rigurosamente y con el máximo de nuestro poder. Eliano Montalto les atribuye tanto «que mantiene que la sola rectificación de ellas es suficiente para curar la melancolía de la mayoría de los pacientes»[460]. Muchos están completamente curados cuando ven, oyen o disfrutan lo que desean, o se sienten mentalmente seguros y satisfechos; Galeno, el maestro común a todos médicos, a cuya fuente van a buscar agua, se jactaba (*De sanitate tuenda*, lib. 1) de que había curado diversos casos de esta enfermedad sólo corrigiendo correctamente sus mentes.

Tú, lector, dirás: «Bien, de ahí se puede inferir que eso es algo realmente excelente siempre que se pueda hacer, pero ¿cómo se efectuará, por quién, con qué arte, de qué manera?». «Ése es el trabajo, ésa es la tarea». Todos los hombres están sujetos a las pasiones, es una debilidad natural, el adversario más poderoso, y a la melancolía por encima de todas ellas, por la destemplanza de sus humores innatos, la abundancia de cólera adusta, la debilidad de las partes, los sucesos externos. ¿Y cómo evitarlo? Los hombres más sabios, los más grandes filósofos de excelente ingenio, razón, juicio, inteligencias divinas, no pueden controlarse en este sentido; incluso los más sanos de cuerpo y alma, estoicos, héroes, dioses homéricos, todos son pasionales y algunas veces se ven furiosamente arrastrados por ellas: ¿cómo pueden resistir quienes están ya locos, enfermos del cuerpo, enfermos de la mente? «No es posible cambiarlo, dirás. Se pueden dar buenos consejos y normas, ¿pero cómo podrán ser puestas en práctica?». No puedo negar que nuestras pasiones son violentas y nos tiranizan, pero sin embargo debe haber medios para frenarlas, y aunque son tercas deberían poder ser domesticadas, poder ser restringidas, si él mismo, o sus amigos, utilizaran sus honestos esfuerzos o hicieran uso de las ayudas ordinarias tal como se prescriben corrientemente.

Por *él mismo*, digo, por el paciente mismo, el primer y más importante remedio que debe tenerse, porque si él se opone, si es terco, irascible, da vía libre a sus pasiones, o no busca que le ayuden ni se deja guiar por sus amigos, ¿cómo es posible que se le pueda curar? Pero si, al menos, él lo desea, es gentil, tratable y quiere su propio bien, no hay duda de que podrá ser liberado de gran parte de sus males, por lo menos encontrará alivio, si no cura. Él mismo tiene que hacer el máximo esfuerzo para resistir, soportar los comienzos. «Resistir los primeros avances, no dejar una vía de agua, ni la más pequeña» (Eccles 25, 27). Si abren una pequeña fisura, a la larga se hará una gran brecha. Sea lo que sea lo que corra por su mente, vanos conceptos, agradables o desagradables, que tanto le afectan o le alteran, «por todos los medios posibles debe resistirlos, expulsar esas vanas, falsas, frívolas imaginaciones, conceptos absurdos, falsos miedos y penas de los cuales, decía Piso, procede principalmente esta enfermedad y en ellos encuentra su primera oportunidad o comienzo, haciendo alguna cosa que sea contraria a ellos, pensando en algo distinto,

persuadiéndose por la razón, o, de alguna manera, alterándolos bruscamente». Aunque hasta el momento se haya lanzado en plena carrera precipitándose detrás de sus pasiones, entregándose a sus apetitos, deberá detenerse bruscamente, frenarse él mismo; y como aconsejaba Lemnio[461], «batallar en contra con todo su poder, hasta el máximo de su esfuerzo y no alimentar esas tiernas fantasías que se deslizan furtivamente en su mente, al principio muy placenteras y amables, pero al fin amargas como la bilis, y tan obstinadas que por ninguna razón, arte o consejo se las puede sacudir de encima». Aunque haya ido muy lejos y se haya habituado a esas fantásticas imaginaciones, sin embargo, advierten Cicerón[462] y Plutarco, dejadle oponerse, fortificarse o prepararse en contra de ellas, con premeditación, con la razón o como hacemos muchas veces, buscando un recodo, e inclinarse hacia otro camino.

> «Mientras tanto, expulsa de tu mente
> esos pálidos temores, tristes preocupaciones
> y penas que te agobian,
> ira vengativa, dolor y descontento,
> y permite que toda tu alma se llene de alegría»[463].

> «Hay que echar fuera la ira de quien está grave,
> para lograr su curación»[464].

Si fuera la holganza lo que causara esta dolencia, o si el individuo se percibiera a sí mismo como inclinado a la soledad, a pasear solo, y su mente disfrutara con fantasías sentimentales, procura, por todos los medios, que las evite; esta pseudodeliciosa melancolía es un íntimo enemigo, se muestra como un amigo pero es un demonio secreto, un dulce veneno, y será al final su anulación. Haced que se aparte de ella y busque buenas compañías. Si hace como el insecto que revolotea alrededor de una vela, cuanto más tiempo y más profundamente se queme su cuerpo será peor: si ha topado con un objeto dañino, con una compañía enfermiza, haced que se aparte de eso ahora mismo. Si se debe a su propia falta por una dieta mala, mal aire, necesidad de ejercicio, etc., haced que empiece ya a reformarse a sí mismo. «Sería un remedio perfecto contra toda corrupción, si, como hizo Roger Bacon[465], pudiésemos moderarnos a nosotros mismos en las seis cosas no naturales. Si hubiera cualquier desgracia, abuso, pérdida temporal, calumnia, muerte de amigos, prisión, destierro, no os preocupéis, no tengáis miedo, no os encolericéis, no debéis sufrir por ello, sino soportarlo con todo coraje (Gordon, *De conser. vit.*, lib 1, cap. 15)». Con más firmeza, podrás con las dificultades. Sea la enfermedad, un mal suceso o cualquier adversidad lo que la ha causado, hay que oponer un coraje invencible[466], «fortifícate a ti mismo por la palabra de Dios, o dicho de otro modo, convence a lo malo con lo bueno», pon la prosperidad contra la adversidad, de la misma forma en que refrescamos nuestros ojos viendo alguna agradable vega, una fuente, un cuadro o algo semejante: recrea tu mente con alguna cosa contraria, y distrae tus pensamientos con alguna meditación más placentera.

«Sí, muy bien, dirás, pero se puede nuevamente concluir que es muy fácil aconsejar a los demás; cualquiera, como se suele decir, se siente capaz de domesticar una musaraña menos aquél que la tiene; si te sucediese un desdicha semejante a la nuestra, lo verías de otra manera, no es tan fácil cumplirlo. Sabemos que todo eso es verdad, somos cautivos conducidos por la pasión y el deseo, debemos moderarnos a nosotros mismos, pero somos arrastrados furiosamente, no podemos hacer uso de tales normas, estamos sobrepasados, enfermos, perturbados y habituados a estos derroteros, no podemos ofrecer resistencia; por mucho que le expliques al enfermo que no sufra, al melancólico que no tenga miedo, que no se sienta triste, está en su sangre, en sus sesos, en su temperamento completo, y no puede eliminarse». Pero sí puede elegir dar vía libre o no a su posibilidad de llegar demasiado lejos por ese camino, pues de alguna manera puede corregirse. Un filósofo fue mordido por un perro rabioso, y en la naturaleza de esa enfermedad está aborrecer todas las aguas y cosas líquidas, y pensar constantemente que ven la figura de un perro ante ellos. Por todas estas razones fue a los baños con mucha desconfianza, y aunque vio en ellos (pensaba él) la figura de un perro en el agua, consiguió, con la razón, sobreponerse a esta fantasía; ¿qué podía hacer un perro en unos baños?: era mera imaginación. Piensas que has oído y visto demonios, fantasmas, etc., y no es así, es tu alterada fantasía, así que pon orden en tu imaginación, estás bien. Piensas que tienes una gran nariz, que estás enfermo, todo el mundo te observa, se ríe de ti hasta mofarse; persuádete a ti mismo de que la cuestión no es esa: es sólo miedo y vana sospecha. Estás descontento, estás triste y abatido, pero ¿por qué?, ¿sobre qué base? Considéralo si estás celoso, temeroso, receloso: ¿por qué causa? Examínalo cuidadosamente: no encontrarás nada de nada, o sólo algo que merezca considerarse desdeñable, algo de lo que seguramente te mofarías y a lo que tú mismo quitarías importancia una vez pasado. Gobiérnate a ti mismo con la razón, consuélate a ti mismo, créate buenas costumbres, independízate de esas ideas sentimentales, vanos miedos, poderosas fantasías, inquietos pensamientos. Tú puedes hacerlo (como decía Plutarco), podemos moldearnos como queramos. Así como el que necesita un zapato con alza debe corregir la inclinación de su mal utilizándola en el lado contrario, podemos superar las pasiones si queremos. Como decía Séneca[467], sea lo que sea lo que la voluntad desee, ella debe regir, no esas crueles dolencias, que deben ser domesticadas con disciplina; no harás cualquier cosa, sino que aplicarás toda tu voluntad a aquello que debes hacer o refrenar, etc. Porque si te flagelasen como si fueras un torpe jamelgo, lo intentarías evitar, el miedo al látigo te obligaría a hacer o no hacer. Haz entonces voluntariamente lo que podrías hacer o harías bajo coacción: si quieres, debes reprimirte y controlar tus inclinaciones. «Como en una ciudad (decía Melanchthon)[468] se obliga por la fuerza a los pertinaces bribones que son rebeldes y que no se someten a juicio político, así debemos hacer con nuestros afectos. Si el corazón no aparta esas emociones nocivas y la fantasía esas tiernas imaginaciones, tenemos otra forma de gobierno para forzar y refrenar nuestros miembros externos para que

nuestras pasiones no les gobiernen». Si el deseo no obedece haz que le venza la facultad rectora, haz que resista y que le obligue a hacer otra cosa. En la fiebre, el deseo busca beber, y nos frotaríamos los ojos irritados, que pican, pero la razón dice que no, y, por lo tanto, la facultad rectora no lo hará. Nuestra fantasía puede imponernos mil temores, sospechas, quimeras, pero tenemos la razón para resistir, a menos que dejemos que nuestro deseo la sobrepase. «La imaginación fuerza a los espíritus, que, por una admirable asociación de la naturaleza, fuerzan a los nervios a obedecer, y ellos a nuestros diversos miembros». Cedemos mucho ante nuestras pasiones. Y como en el caso del enfermo de fiebre, que todo le sabe mal y le es desagradable, el problema no está en el alimento, decía Plutarco, sino en nuestro gusto: así muchas cosas nos son desagradables, no por sí mismas sino a partir de nuestro juicio alterado; los celos, la sospecha y cosas semejantes, son agravios que extraemos de nuestras propias cabezas.

Si nuestro juicio está tan alterado, nuestra razón tan anulada, y la voluntad tan alocada que somos incapaces de buscar nuestro propio bien, o de controlarnos, como suele suceder en esta enfermedad, la mejor manera de aliviarse es compartir nuestra desdicha con algun amigo, y no hundirla en nuestro propio pecho («la gangrena prospera y florece por encubrimiento»)[469] convirtiéndonos nosotros mismos en causa de temor y aflicción, lo que sería más doloroso aún, otro infierno; porque la aflicción estrangula el alma[470], pero cuando podemos compartirla con algún amigo discreto, fiable, querido, desaparece instantáneamente[471] por su feliz consuelo, su cordura, persuasión, consejo, sus buenas maneras, que de ninguna manera podríamos aplicarnos a nosotros mismos. El consejo de un amigo es un hechizo como el vino de mandrágora, mitiga nuestras preocupaciones; y como un toro[472] atado a una higuera se amansa bruscamente (lo que algunos, decía Plutarco[473], consideran que es por las buenas palabras), así se reblandece con las suaves conversaciones un corazón salvaje y endurecido. «Toda adversidad encuentra alivio quejándose (como sostiene Isidoro)[474], y es un desahogo contarlo,

> «Un buen consejo es propio del amigo»[475].

Las charlas entre amigos siempre confortan, como el fuego en invierno, la sombra en verano, «como dormir en la hierba», o comer y beber para alguien que tiene hambre o sed. El colirio de Demócrito no es una cura tan eficaz para los ojos como esto lo es para el corazón; las buenas palabras son alentadoras y poderosas por sí mismas, pero mucho más si provienen de amigos, como tantos mantienen, sosteniéndose así mutuamente unos a otros, como la hiedra en un muro, como ha ilustrado bien Camerario[476] en un *Emblema*. «Con frecuencia, simplemente una narración alivia el ánimo»; la simple narración muchas veces tranquiliza una mente angustiada y en medio de los sucesos más extremos, tan diversos, muchos lo han remediado desahogándose frente a un amigo de confianza[477]. Él ve lo que no podemos ver por pasión o descontento,

tranquiliza nuestras mentes, alivia nuestro dolor, mitiga nuestra ira; ¡qué placer, cuánta seguridad! decía Crisóstomo. «Nada tan asequible y que tanto reanime el alma del hombre»[478]. Cicerón, según recuerdo, se queja, en una epístola a su querido Ático, de que le falta su amigo: «Vivo aquí (decía), en una gran ciudad, donde tengo una multitud de conocidos pero no un hombre que me acompañe en todo, con quien me atreva a murmurar familiarmente o a bromear libremente. Por lo cual te espero, te deseo, envío a por ti, porque hay muchas cosas que me alteran y molestan que podría rápidamente descargar, si estuvieses aquí presente, en una conversación mientras caminamos». Quizás podrían decir ambos lo mismo ese viejo de la comedia de Terencio:

> «Hoy no tengo un amigo a quien
> pueda exponer mis ocultos secretos» (Terencio).

Y muchos problemas pueden sufrir ambos en tal situación. Ambos, o cualquier afectado por esta enfermedad; procurad por todos los medios que tenga algún amigo fiable («siempre hay un Pílades para consolar a un Orestes»)[479] como Pílades, a quien libre y seguramente pueda él abrirse. Porque como en toda otra ocasión, así es en ésta: «si un hombre asciende al cielo», como dice Cicerón[480], «ve su belleza», las estrellas errantes y fijas, etc., pero no le producirá ningún placer a menos que tenga alguien a quien comunicar lo que ha visto. Es lo mejor del mundo, como aconseja Séneca[481], «buscar un amigo de confianza en quien podamos libre y sinceramente verter nuestros secretos; nada hay que deleite y alivie tanto la mente como cuando tenemos un regazo dispuesto a acogernos, al cual pueden trasmitirse nuestros secretos, de cuya conciencia estamos seguros como si fuera la nuestra propia, cuya conversación puede aliviar nuestro desamparo, consejo que remedia, alegría que elimina nuestro duelo, y cuya sola visión es bien recibida por nosotros». Ese era el consejo que el político Comineus[482] daba a todos los príncipes (y a quienes tenían la mente angustiada), en relación con una ocasión en que Carlos, duque de Borgoña, estaba muy confuso: «primero, rogar a Dios y abrirse a él, y después a algún amigo especial, a quien queramos mucho, para contarle todas nuestras aflicciones; nada tan efectivo para fortalecer, reanimar y sanar el alma herida de un hombre desdichado».

SUBSECCIÓN II

La ayuda de los amigos por medio del consejo, el consuelo, los buenos y malos modos, los recursos ingeniosos, la alteración del curso de la vida, la eliminación de objetos, etc.

Cuando el propio paciente no es capaz de resistir o sobrellevar estas pasiones que devoran el corazón, sus amigos o el médico deben estar preparados para aportar lo que sea necesario. «El atender bien una enfermedad cualquiera depende de la bondad y sabiduría (como Cicerón[483] prescribe en estos casos), y del cuidado para corregir correctamente una situación inesperada». Deben unirse todos; «no es suficiente, decía Hipócrates[484], con que el médico realice su trabajo, el paciente y sus amigos deben hacer el suyo». Primero deben estar especialmente en guardia para que ninguna persona melancólica y alterada (cualquiera sea su tipo de melancolía) se quede sola u ociosa, sino que, como prescriben los médicos, actúen el medicamento «y la custodia», no dejarles solos consigo mismos sino con alguna compañía, al menos en los momentos en que se agravan e incrementan sus enfermedades; «no es apropiado para estas personas enfermas estar solas o entre extraños, o entre quienes no les aman o les ignoran», como indicaba Rodrigo de Fonseca (tomo 1, consul. 35). Si cuidamos a una persona desconsolada (decía Séneca)[485] que abusa de su soledad, lo mismo debemos hacer con un melancólico: ponerlo en algún asunto, ejercicio o diversión que pueda distraer sus pensamientos y le mantenga de algún modo constantemente atento; pues su fantasía es tan inquieta, operativa y rápida, que si no está en acción permanente, siempre ocupado, obrará en su propia contra, se pondrá melancólico y rápidamente le arrebatará algún temor, celos, disgusto, sospecha, alguna vana fantasía o alguna otra cosa. Si la debilidad es tal que no puede discernir lo que es inconveniente de lo correcto o satisfactorio, les corresponde a ellos, por consejo, consuelo o persuasión, con buenos o malos modos, apartar su mente por medio de algún invento artificial o alguna persuasión en contra; eliminar todos los objetos, causas, compañías, ocasiones, y todo lo que pueda molestarle; hay que complacerle, agradarle, distraerle y, si es posible, darle seguridad y satisfacción cambiando el curso de su vida. Si el melancólico oculta sus aflicciones, ellos no lo sabrán: «deben controlar por sus miradas, gestos, movimientos, fantasías, qué es lo que le afecta»[486], y entonces aplicarle remedios: muchos se curan instantáneamente cuando sus mentes se satisfacen. Alejandro de Tralles menciona a una mujer «que a causa de que su marido estaba ausente durante largos períodos, viajando, se encontraba excesivamente irritable y melancóli-

ca, pero cuando oyó que su marido estaba de regreso, la primera vez que lo vio, más allá de toda expectativa se liberó de todo temor, sin ayuda ni ninguna otra medicina, y volvió a su primitiva salud». Trincavelli *(Consil.*, 12, lib. 1) contaba una historia semejante de un veneciano que estaba muy alterado por la melancolía «y a punto de morir de dolor: cuando escuchó que habían llevado a su mujer a la cama porque iba a tener un hijo, se recobró instantáneamente». Como concluye Alejandro, «si nuestras fantasías no están arraigadas, pueden curarse por este arte, especialmente si se originan en una causa semejante». No hay mejor manera de conseguir un resultado satisfactorio que eliminar el objeto, causa u ocasión, por el arte o por los medios posibles que podamos encontrar. Si sufre, si tiene miedo, sospechas, ansiedad o está de alguna forma molesto, dadle seguridad, liberadlo de su desgracia, dadle satisfacción y la cura está terminada, alterad el rumbo de su vida y no necesita otra medicina. Si la reunión es triste o le afecta alguna otra cosa, «considera (decía Trajano)[487] la forma de hacerlo y todas las circunstancias, y sin dilación provoca una alteración brusca», eliminando las ocasiones, evitando las materias penosas, la audición o visión de «apariciones monstruosas y prodigiosas», tales como demonios, espíritus, fantasmas, historias trágicas, que causan una fuerte impresión en quienes tienen temores, que reviven muchas veces, rememorando en sus mentes tales quimeras y terribles ficciones. «No las menciones más que en conversaciones privadas, o en una representación muda con esta finalidad: tales cosas (decía Galateo) son agresivas para sus imaginaciones»[488]. Y para quienes están en pleno sufrimiento, «Séneca[489] prohibe toda compañía triste, porque, lo mismo que un lamento, una compañía plañidera es un enemigo de la tranquilidad. Si hay una reunión así en la que el paciente se encuentra a disgusto, se le debe retirar de allí: deben intentarse primero palabras amables y modos suaves, nada de utilizar un leguaje áspero o palabras desagradables, y nada de expulsar, como hacen algunos, una locura con otra; quien hace eso está más loco que el mismo paciente»[490]: todas las cosas deben arreglarse tranquilamente, si las cosas van hacia abajo, no se les debe desalentar, sino elevar, como aconsejaba Crato: «debe hacerse tranquila y gentilmente», y no debemos hacer ninguna cosa en contra de su mente, sino actuar sobre ella poquito a poco. Como un caballo que comienza a andar al son de un tambor o una trompeta y no soporta el disparo de una pieza de artillería debe ser manejado con arte, y hay que animarlo, no sólo para que note que puede soportarlo sino para que incluso sea mucho más animoso al escucharlo, y tener más coraje que antes y disfrutar mucho más. No puede reformarse abruptamente, sino con habilidad e insinuación, haciéndolo por medio de unas compañías, aspectos, objetos que en principio no pueda rechazar. Muchos no pueden, al comienzo, soportar la vista de la herida reciente de un enfermo, y sin embargo se convierten después en buenos cirujanos, en serios empíricos. Un caballo se sobresalta por un poste podrido que ve a lo lejos, y cuando se acerca pasa tranquilamente a su lado. Hay muchos aspectos en la manera de ser de ese tipo de personas, que nunca son tan opuestas a la compañía como parece,

por más vergonzosos, solitarios y timoratos que sean; como, en definitiva, aquellas matronas romanas, que nada deseaban más que ver, en una demostración pública, una compañía entera de gladiadores exhalar el último aliento.

Si, por otro lado, no se han acostumbrado a tolerar las cosas desagradables y molestas, la mejor manera de actuar es, en general, evitárselas. Montano (cons. 229) aconsejaba al conde de Monfort, cortesano melancólico y paciente suyo, que dejara la corte a causa de los continuos descontentos, reveses, vejámenes, abusos y «preocupaciones, sospechas, emulaciones, ambiciones, iras, celos, que tal sitio provocaba, y que seguramente era la causa, en un principio, de que estuviese tan melancólico»:

> «Toda gran casa está llena de sirvientes insolentes».

En tales sitios suele haber una compañía de bufones y presuntuosos compadres, habitualmente parloteando sin hacer nada, conocedores del lugar, capaces de convertir a cualquier hombre que esté en tranquila y suave disposición (como muy a menudo están) «a la estupidez, a la locura»: una vez que ellos le animan se convierte en un verdadero idiota o un completo loco. Una cosa demasiado practicada en las sociedades al uso, que no tienen mejor entretenimiento que divertirse abusando de algún tonto o aprovechándose de las debilidades de alguno. En esos casos el mejor remedio es, como si fuera una plaga, «rápido, lejos, tarde» (porque no puede haber más desgracia, especialmente si se es aprensivo, que una reunión semejante): hay que hacer que se marche rápidamente, suficientemente lejos, y que no se apresure en volver. Si fuera tan estúpido que no lo comprendiera, sus amigos deben poner un poco de orden y con discreción suplementar lo que a él le falta, como en todos los otros casos deben hacer. Si ven a un determinado melancólico solitario, que rechaza la compañía y se complace con meditaciones privadas y vanas, aunque disfrute con ello se debe por todos los medios, buscar la forma de distraerle, exhortarle y decirle el inconveniente y peligro que puede venir de esa actitud. Si ven a un hombre ocioso, que, por otra parte, sólo gracias a que posee medios puede moverse sin dirección en la vida, deben advertirle seriamente que se está tendiendo un lazo en el que se va a enredar él solo, y que su deseo de estar sin ocupación será su ruina. Si ha soportado una gran pérdida, sufrido un rechazo, una desgracia, etc., si es posible hay que socorrerlo. Si desea ser necesario, dadle satisfacción; si tiene angustia, miedo, sospechas, dadle seguridad, y si es conveniente, dad contento a su corazón; porque nadie puede curar el cuerpo hasta que la mente está satisfecha. Sócrates, como aparece en Platón, no prescribía ninguna medicina para el dolor de cabeza de Cármides «hasta que no hubiera aliviado su penosa mente; cuerpo y alma deben curarse a la vez, como la cabeza y los ojos»:

> «No se cura el ojo sin toda la cabeza,
> ni la cabeza sin todo el cuerpo,
> ni todo el cuerpo sin el alma».

Si no podemos esperar o confiar en ello, por lo menos demos el alivio del consuelo, términos alegres, promesas amables y buenas palabras; hay que persuadirle y aconsejarle. «Muchos, decía Galeno[491] se han curado sólo con buenos consejos y persuasión». «El peso en el corazón del hombre le produce abatimiento, pero una buena palabra le alegra (Prov 12. 25), y hay quien habla palabras como el pinchazo de una espada, pero la lengua de un hombre sabio es salud (Prov 12. 18)». Y una charla amable es la verdadera cura de un alma herida, como arguye Plutarco[492] siguiendo a Esquilo y Eurípides: «Si se administra sabiamente, alivia el sufrimiento y el dolor, como hacen diversos remedios con otras enfermedades». Es un valioso hechizo, un encanto. «Refrigerio de las almas ardientes», el verdadero Nepenthes de Homero, en el cual no había ninguna planta india ni falsa medicina, que Epidamna, la mujer de Thoni, enviara a Helena como señal, como dicen Macrobio (*Saturnales*, 7), Goropius (*Hermat*., lib. 9), Gregorio Nacianceno y otros; nada hay como la oportunidad del discurso: porque el cuenco de Helena, el ungüento de Medea, el cinturón de Venus, la copa de Circe no pueden hechizar tanto, cambiar o alterar tanto como lo hace la palabra. Una carta, enviada o recibida, puede hacer otro tanto; «me alivio mucho, escribía Cicerón[493] a Pomponio Ático, cuando leo tus cartas», y como Juliano el Apóstata señaló una vez a Máximo el filósofo, si Alejandro dormía con las obras de Homero, «yo hacía lo mismo con sus epístolas, como si fueran drogas que curan, y continuamente las leo una y otra vez como si fueran nuevas y frescas; escribe, por lo tanto, frecuentemente», o si no ven tú mismo; «como un amigo, vendrás al amigo». Seguramente un hombre sabio y de buen verbo puede hacer lo que quiera; sólo un buen orador, como sostiene Cicerón[494], puede alterar las emociones con el poder de su elocuencia, «consolar a quien está afligido, levantar a quien está deprimido, expulsar y mitigar el miedo, la lujuria, la ira», etc. ¡Y qué poderoso es el encanto de un amigo discreto y querido! «Él controla tus furiosas pasiones con sus palabras»: ¿qué no podría hacer? Como decía Chremes[495] a Menedemus, «No temas, no lo ocultes, ¡oh!, amigo, dime qué es lo que te atormenta y seguramente podré ayudarte consolándote y aconsejándote, o en el problema mismo». Arnau de Vilanova (*Breviar.*, lib. 1, cap. 18) habla de un usurero de su tiempo, que después de una pérdida hubo que curarle de mucha melancolía y descontento. Ya que la imaginación, el miedo, el sufrimiento, provocan tales pasiones, tales ideas, sólo la rectificación por la esperanza, el consejo, etc. son capaces realmente de ayudar: y es increíble cuánto pueden hacer, como ilustra Trincavelli[496] con uno de sus pacientes. El filósofo Porfirio (en la vida de Plotino, escrita por él) relata que estaba muy disgustado, con una insufrible angustia mental, y estaba a punto de acabar con su propia vida; pero encontró por casualidad a su maestro Plotino, quien, percibiendo por sus miradas distraídas que no todo iba bien, le exhortó a confesar su pena; y una vez que lo hubo oído, utilizó tan confortadoras palabras que le rescató de las fauces del Erebo, pacificó su mente inquieta hasta el punto de que se reconcilió fácilmente consigo mismo, y al pensarlo después se sintió tan avergonzado

que nunca más abrigó tan detestable intención. Por lo tanto, por todos los medios hay que utilizar agradables promesas, buenas palabras, gentil persuasión, no siendo muy riguroso al principio, «no ofenderles ni burlarse, no descuidarles ni desdeñarles, sino más bien», como pedía Lemnio, «compadecerles y, por todos los medios razonables, buscar cómo reducirles». Pero si no puede obtenerse tal satisfacción, no habrá lugar para apacibles marchas, promesas, palabras de consuelo o buenos consejos. Entonces, como establece Cristóbal de Vega (*De mel.*, lib. 3, cap. 14), hay que manejarlos más rudamente; amenazar y reprender, decía Altomari[497], algunas veces amedrentar, o, como quería Salviani, azotarles y fustigarles como se hace con un caballo asustadizo que se atemoriza sin causa, o como advertía Rhazes, «en un momento hablar de forma suave y lisonjera, en otro momento amenazar y reprender», según se considere la causa.

Cuando ninguno de estos remedios precedentes les beneficia, no será inapropiado, como tanto recomiendan Savonarola y Eliano Montalto, «un clavo con otro se quita», «quitar una pasión con otra, o por medio de una pasión contraria», como hacen con la nariz que sangra, sacando sangre del brazo, expulsar un temor con otro, una pena con otra. Cristóbal de Vega[498] lo considera una medicina racional, y Lemnio lo aprueba ampliamente, «utilizar una cuña firme para un nudo firme», quitar una enfermedad con otra, extraer un diente, herirle, o castrarle, como decía Platter[499], como se hacía de antiguo con los pacientes epilépticos, porque altera mucho el temperamento, y el dolor de lo uno puede mitigar el sufrimiento de lo otro, «y yo conozco a uno que fue curado de una cuartana aguda gracias al ataque brusco de sus enemigos». Si podemos creer a Plinio[500], a quien Escalígero llama el padre de las mentiras, Quinto Fabio Máximo, conocido cónsul de Roma, en una batalla sostenida contra el rey de los Allobroges, en el río Isaurus, se liberó así de una cuartana aguda. En sus controversias, Valesio mantiene que es un excelente remedio, y que si es utilizado en esta enfermedad con discreción, es mejor que cualquier medicina.

Algunas veces no está mal mentirles, urdiendo extrañas noticias, un artificio ingenioso o alguna invención. «Si odian a quienes les descuidan o ridiculizan, decía Alejandro de Tralles, escucharán a quienes les sosiegan. Si dicen que se han tragado sapos o una serpiente, admitidlo de todas maneras y decidles que les podéis curar con facilidad»: es algo habitual. El médico Filodoto curó a un rey melancólico, que pensaba que su cabeza estaba fuera de su sitio, poniéndole un gorro de plomo: el peso hizo que la percibiera y le liberó de su ingenua fantasía. Una mujer, según el dicho Alejandro, creía que se había tragado una serpiente; él le dio un vomitivo y puso una serpiente en el recipiente, como pensaba la mujer, y a la vista de ella se corrigió. La más agradable chochera que jamás leí, decía André Du Laurens[501], fue sobre un caballero de Siena, Italia, que tenía miedo de orinar porque podía inundar toda la ciudad; los médicos hicieron tocar las campanas y le dijeron que toda la ciudad estaba ardiendo, después de lo cual hizo aguas y se curó inmediatamente. Otro suponía que su nariz era tan grande que la golpearía contra el muro si se

moviera; su médico tomó un gran trozo de carne, y, escondiéndole en la mano, le pellizcó la nariz y le hizo creer que la carne era un trozo que le había cortado de ella. Forest (*Observat.*, lib 1) tenía un paciente melancólico que pensaba que estaba muerto; entonces «puso al costado de su cama, a un sujeto en una caja como si fuera un hombre muerto, y le hizo levantarse un poco y comer; el melancólico preguntó al impostor que desde cuándo los muertos tomaban alimentos, y el sujeto le dijo que sí lo hacían; después de lo cual comió él también y se curó»[502]. Lemnio (*De 4 complex.*, lib 2, cap. 6) tiene muchos de estos ejemplos, y Giovanni Pontano (*De sab.*, lib. 4, cap. 2) lo mismo; pero entre los demás he encontrado uno memorable, registrado en las *Crónicas francesas*[503], sobre un abogado de París antes mencionado, que creía realmente que estaba muerto. He leído multitud de ejemplos sobre melancólicos curados por tales artificiosas invenciones.

Subsección III

La música como remedio

Muchos y variados son los medios que filósofos y médicos han prescrito para alegrar un corazón desconsolado, para distraer esas preocupaciones y meditaciones fijas y absortas que tanto molestan en esta enfermedad; pero a mi juicio nada tan presente, nada tan poderoso, nada tan apropiado como una copa de una bebida fuerte, alegría, música y agradable compañía. «Vino y música regocijan el corazón» (Eccles 40, 20). Rhazes (cont. 9, trat. 15), Altomari (cap. 7), Eliano Montalto (cap. 26), Ficino, Benedictus Victorio Faventino, son casi inmoderados en su recomendación; la medicina más poderosa, le llama Joacchinus[504]. Y Jason Pratis[505], «la cosa más admirable y merecedora de consideración, que puede apaciguar la mente y calmar las tempestuosas emociones». La música es la mayor medicina de la mente, un poderoso golpe contra la melancolía para elevar y reavivar un alma lánguida, «afectando no sólo los oídos, sino a las propias arterias, los espíritus vitales y animales, eleva la mente y la agudiza» (Lemnio, *Instit.*, cap. 44). Tiene su efecto sobre las almas más embotadas, severas y dolientes, «expulsa la pena con alegría, y si hay algunas nubes, polvo o escoria de las preocupaciones todavía latentes en nuestros pensamientos, los barre poderosamente» (Juan de Salisbury, *Polit.*, lib. 1, cap. 6). Y lo que es más, realizará todo esto en un instante. «Anima el semblante, expulsa la austeridad, introduce la hilaridad (Giraldus Cambrensis, *Topog. Hiber.*, cap. 12), desarrolla nuestros modales, mitiga la ira»; Ateneo (*Dipnosophist.*, lib. 14, cap. 10) le llama infinito tesoro para quienes están dotados para ella. «Las dulces melodías reparan los corazones tristes», dice Eoban Hess. Se consideran muchas otras propiedades (Casiodoro, epíst. 4) de nuestra divina música, no solamente la de expulsar los más grandes sufrimientos, porque «realmente atenúa miedos y furias, aplaca la crueldad, disminuye el desánimo, y en quienes están desvelados provoca un descanso tranquilo, y aleja la melancolía y el odio», sea instrumental, vocal, de cuerdas o viento. Cura todo tedio y pesadez del alma. Los trabajadores que cantan mientras trabajan[506] pueden decir otro tanto, y lo mismo los soldados cuando van a la lucha, que temen menos a la muerte cuando escuchan el sonido de la trompeta, tambor o pífano o cualquier animador musical. La música aleja, como nos informa Censorinus[507], todo miedo a la muerte. La canción de la nodriza «tranquiliza al niño», y muchas veces el sonido brusco de una trompeta, las campanillas sonando, el silbido de un carretero, un chico cantando algún aire de romanza, muy temprano, por la calle, estimula, anima y divierte a un paciente inquieto que no puede dormir por la noche. En una palabra, es una cosa tan poderosa que cautiva el alma, una reina de los sentidos, que por

medio de un suave placer (lo cual es una feliz cura) y tonadas materiales pacifica nuestra alma inmaterial, «la controla sin palabras, ejerciendo en ella su dominio», y la conduce más allá de sí misma, y la ayuda, eleva y expande. Escalígero (*Exercit.*, 302) ofrece una razón de estos efectos: «porque los espíritus próximos al corazón toman dentro del cuerpo ese aire tembloroso y danzante, y así se mueven juntos y circulan»; o, por otro lado, la mente, como algunos suponen, compuesta armónicamente, se estimula al son de la música. Pero no es sólo el hombre el que se afecta de esta manera, sino casi todas las criaturas. Es bien conocida la historia de Hércules Gallus, Orfeo y Amphion, almas felices les llama Ovidio, que pueden «mover peñas con el sonido del laúd», hacer que los troncos y las piedras, y las fieras y otros animales danzaran con sus gaitas: el perro y la liebre, el lobo y el cordero, «la ruidosa corneja, el graznido del cuervo y el águila de Júpiter», como describe Filóstrato en sus *Imágenes*, todos embobados alrededor de Orfeo, y los árboles arrancados de sus raíces que vienen a escucharle[508],

> «y el pino que trae a su amigo el roble».

Arión hacía que los peces le siguieran[509], pues, como enseña la experiencia, son muy sensibles a la música. Todos los pájaros cantores se complacen mucho con ella, especialmente los ruiseñores si hemos de creer a Celio Calcagninus, y entre los demás animales, las abejas, que aunque se alejen volando, cuando escuchan cualquier sonido tintineante vuelven atrás. «Los venados, ciervos, caballos, perros, osos, se complacen extremadamente con la música» (Escalígero, *Exerc.*, 302). Y los elefantes, añade Agrippa (lib. 2, cap. 24), pues dicen que en Lydia hay una serie de islas flotantes en medio de un lago (si es que uno prefiere creerlo así), que bailan al son de la música.

Pero abandonemos tanto discurso laudatorio en honor de la divina música: me limitaré a mi propio tema. Además del magnífico poder que tiene para expulsar cualquier otra enfermedad, es un remedio soberano contra la desesperanza y la melancolía, que alejará al mismo demonio. Canus, un violinista de Rodas, según Filóstrato[510], cuando Apolonio le preguntó, curioso, qué podía hacer con su flauta, le dijo que «podía alegrar a un hombre melancólico, y a quien estuviera alegre, alegrarlo aún más, y al amante hacerlo más enamorado, y al hombre religioso más devoto». Según Ismenias el tebano, se decía que Quirón[511] el centauro había curado ésta y muchas otras enfermedades sólo con música: como ahora hacen, decía Bodin[512], con los locos perturbados por el baile de san Vito. El músico Timoteo[513] impulsaba a Alejandro a saltar arriba y abajo y a dejar su cena (como el cuento del fraile y el niño), a quien Agustín (*La ciudad de Dios*, lib 17, cap. 14) tanto encomiaba por tal consejo. Quién no ha oído cómo la armonía de David alejó del rey Saúl los espíritus malignos (1. Sam 16.16 y 23). Y Elisha, cuando le molestaban mucho algunos reyes inoportunos, llamaba a un músico y, «cuando tocaba, la mano del Señor se posaba sobre él (2. Reyes 3.15)». Censorinus (*De natali.*, cap. 12) cuenta cómo el

médico Asclepio ayudó a muchos frenéticos por estos medios, «a las mentes de los frenéticos, perturbadas por la enfermedad». Jason Pratis (cap. «De mania») tenía muchos ejemplos de cómo Clinias y Empédocles curaban con la música a algún melancólico desesperado y a algunos locos. Porque tiene tan excelentes virtudes que Homero[514] introducía a Phemius tocando y a las Musas cantando en el banquete de los Dioses. Aristóteles (*Política*, lib. 8, cap. 5) y Platón (*Leyes,* 2) la aprobaban absolutamente, y lo mismo hacían todos los políticos. Los griegos y romanos tenían una música muy bella y la habían convertido en una de las ciencias liberales, aunque sea ahora mercenaria. Todas las comunidades civiles la reconocen. Cneus Manlius (según relata Livio[515], *Historia de Roma desde su fundación,* 567) fue el primero en traer a Roma, desde Asia, mozas cantantes, músicos, bufones y todo tipo de música para sus fiestas. Príncipes, emperadores y personas de toda calidad les mantienen en sus cortes: no hay alegría sin música. Sir Thomas Moro en su comunidad perfecta de *Utopía*, coloca la música como un apéndice de cada comida, y en todo momento y para todos los tipos. Epicteto llama pesebre a una mesa sin música, porque «tener músicos en un banquete es un rubí engarzado en oro»; y en el *Eclesiastés* (32, 5, 6): «como el sello de una esmeralda bien guarnecida con oro, así es la melodía de la música en un banquete agradable». Luis XI, cuando invitó a Eduardo IV a ir a París, le dijo que como parte principal de su diversión escucharía suaves voces de niños, tonadas jónicas y lidias, música exquisita, que podría tener un ***, y al cardenal de Borbón como su confesor, lo que utilizó como argumento más fuerte: como hombre sensual que realmente era. Luciano, en su libro *De saltatione* no se avergüenza de confesar que le encanta cantar, bailar, la música, la compañía de las mujeres y todos esos tipos de placeres, «y si tú (nos dice) no haces más que escucharles tocar y cantar, sé que estarás tan complacido con ello que danzarás para tí mismo, y sin duda te conquistará». Y Escalígero confiesa con simpatía (*Exercit.,* 274): «Me conmueve la música más allá de toda medida, contemplo muy gustosamente los bailes y me llama la atención y fascina poderosamente la gracia y el donaire de una bonita mujer, y me siento muy complacido estando, ocioso, entre ellas». ¿Y qué joven no lo estaría? Por eso es admisible y contribuye al máximo, especialmente para un melancólico. Siempre y cuando su enfermedad no proceda originalmente de allí, que no sea un enamorado iluminado, un perezoso fantástico que trisque todo el día con sus fantasías y no piense en otra cosa sino en hacer gigas, sonetos o madrigales en alabanza de su señora. En tales casos la música es muy perniciosa, como una espuela para un caballo indómito, que le hará salir corriendo ciegamente hasta perder el aliento. Porque los encantos de la música, como sostiene Menandro, volverán locas a esos melancólicos, y el sonido de esas gigas y chirimías no se les irá de los oídos ni en una semana. Por esta razón Platón[516] prohibe la música y el vino a todos los jóvenes, porque la mayoría están enamorados y no hay que alimentar el fuego con otro fuego. Muchos hombres se ponen melancólicos al escuchar música, pero les causa una agradable melancolía, y por lo tanto, para

quienes están descontentos, con pesar, miedo, dolor o están abatidos, es el mayor remedio presente; quita las preocupaciones, cambia sus mentes pesarosas y alivia al instante. Por otro lado, decía Plutarco[517], la música vuelve a algunos hombres tan locos como tigres. Como la trompeta de Astolfo, en Ariosto, o el cetro de oro de Mercurio, en Homero, que hace a algunos despertar y a otros dormir; tiene efectos diversos: y bien profetizaba Teofrasto que las enfermedades tanto se pueden adquirir como mitigar con la música.

Subsección IV

La compañía alegre y jovial y los objetos agradables, como remedios

La compañía alegre y jovial no puede separarse de la música, pues se necesitan ambas en concurrencia, sin duda, en este asunto. La jovialidad (decía Vives)[518] «purga la sangre, reafirma la salud, produce un color fresco, agradable y bonito», prolonga la vida, estimula la inteligencia, rejuvenece el cuerpo, lo vivifica y prepara para emplearlo de cualquier manera. Cuanto más alegre el corazón, más larga la vida. «Un corazón alegre es la vida de la carne (Prov 14, 30). El gozo prolonga sus días (Eccles 30, 32)», y es uno de los tres doctores salernitanos: el Dr. Alegría, el Dr. Dieta y el Dr. Tranquilidad, que son los que curan todas las enfermedades: «Una mente alegre, reposo y alimentación moderada». Bernardino Gómez Miedes[519] (prefacio al libro 3 de *De sal. gen.*) valora mucho la honesta alegría, por la cual (decía) «curamos muchas pasiones de la mente en nosotros mismos y en nuestros amigos»: y que Galateo[520] señala como una causa por la que amamos las alegres compañías: y bien lo merecen, ya que, como sostiene Magninus[521], una alegre compañía es mejor que cualquier música, y como dice el dicho, es un carro para quien está fatigado en el camino. Agradable charla, chanzas, ideas ingeniosas, alegres narraciones, dulces palabras, como argumentan Petronio, Plinio[522], Spondanus[523], Caelius[524] y muchos buenos autores, son ese exclusivo Nepente de Homero, el cuenco de Helena, el cinturón de Venus, que se sabe desde antiguo que expulsan el sufrimiento y la preocupación, y causan alegría y regocijan el corazón si se comprenden correctamente o se aplican oportunamente. En una palabra,

> «amor, placer, sexo, gozo,
> chanzas, juegos, palabras agradables, afabilidad»,

son los verdaderos Nepentes. Por estas razones nuestros médicos generalmente lo prescriben como motor principal, para batir los muros de la melancolía, un antídoto maestro y una cura suficiente por sí misma. «Hay que buscar la alegría a estos hombres por todos los medios (decía Mesue)[525], cosas tales como las que se escuchan, se ven, se saborean o huelen, o se perciben de alguna manera, y permitirles tener todas las tentaciones y agradables esperanzas, la contemplación de magníficas bellezas, vestimentas, ornamentos, deliciosos pasajes que distraigan sus mentes del miedo y de la pena y de las cosas en las que están fijos y absortos. Dejadles cazar, hacer deporte, jugar, las chanzas y las alegres compañías, como prescribe Rhazes, que evitarán que la mente esté molesta; una copa de buena bebida aquí y allá, escuchar música, y tener las

compañías que les resultan especialmente deliciosas. Agradables historias o pasatiempos, beber, cantar, bailar y todo aquello que pueda procurar alegría»[526]. Y de ninguna manera, decía Guianerius, permitáis que sufran la soledad. Benedicto Victorio Faventino, en su *Empírica*, se refiere a un remedio especial contra la melancolía: «escuchar y ver cantar, danzar, máscaras, pantomimas, conversar con alegres compañeros y encantadoras doncellas». «Por la belleza de una mujer se alegra el semblante» (Eccles 36, 22). La belleza por sí sola es un remedio soberano contra la angustia, el sufrimiento y todos los ataques de melancolía; es un hechizo, como Peter de la Seine[527] y muchos otros escritores afirman; un simple banquete por sí solo dio lugar al descontento de Menelao, de repente aliviado por la hermosa cara de Helena; y Cicerón (*Tusculanas*, 3) cita a Epicuro como principal patrón de este principio. Para expulsar el sufrimiento y procurar el placer, los medios más poderosos son los dulces aromas, la buena dieta, el tacto, el gusto, abrazar, cantar, bailar, los deportes, juegos y, por encima de todo, las bellezas exquisitas, pues produce placer tanto a los ojos como a la mente, y procura alegría y buen ánimo» encontrarse o ver pasar una hermosa doncella o estar en su compañía. Lo descubrió por propia experiencia, e hizo buen uso de ello en su propio provecho, si es que Plutarco no miente, porque recoge los nombres de algunas muy elegantes (Leoncia, Boedina, Hedieis, Nicedia), a las que se veía frecuentemente en el jardín de Epicuro y eran muy conocidas en su casa. Y no sólo probó el remedio consigo mismo, pues si damos crédito a Ateneo[528], también se lo aplicaba a los demás: cuando le traían un paciente triste y enfermo para que lo curara, «lo acostaba en una cama baja, le coronaba con una guirnalda de flores de dulce aroma, en un gabinete perfumado, delicadamente adornado, y después de una dosis o dos de buena bebida, que él administraba, traía una hermosa y joven ramera, que supiera tocar el laúd, cantar y danzar», etc. Cicerón (*Tusculanas*, 3) se mofa de Epicuro porque esta es una medicina profana (y bien se lo merecía), y sin embargo Favorino, en Stobeo[529], lo aprueba totalmente; y la mayoría de nuestros médicos más independientes están de acuerdo, especialmente en algunos casos, con las reuniones de este tipo, y todos ellos intentarán que una persona melancólica, triste y descontenta, haga uso frecuente de los deportes honestos, las compañías y las distracciones, y les incitarán a lo venéreo, como quiere Fonseca[530], a la visión y el tacto de las más hermosas mujeres, y les conducirán hacia tales parejas quieran ellos o no. No debe ser sólo un oyente o un espectador, sino ser algunas veces él mismo un actor. Hacer el tonto de tanto en tanto no es un error, hay un tiempo para todas las cosas. El grave Sócrates se alegraba en ocasiones con el canto y la danza, y también tomaba su licor, a menos que Teodoreto falseara la historia; y lo mismo hacía el viejo Catón, y Cicerón[531] declaraba hacerlo también, y muchos más. Jenofonte ponía a Sócrates como principal actor en su *Banquete*, y nadie más feliz que él, que algunas veces «cabalgaba en un caballito de juguete, con una larga caña, con sus hijos» (aunque Alcibíades[532] se burlaba de él por ello), y bien que lo hacía, porque de tanto en tanto (decía Plutarco), el más virtuoso,

honesto y serio de los hombres, disfruta de las fiestas, las chanzas y pasatiempos igual que nosotros echamos salsa a nuestras comidas. Así hacían Escipión y Laelius,

> «el valeroso Escipión y el gentil Laelius,
> apartados de la escena y del populacho,
> estaban acostumbrados a divertirse ellos solos,
> sus túnicas a un lado,
> mientras el cocinero preparaba la cena»[533].

Maquiavelo, en el libro 8 de sus *Istorie fiorentine*, ofrece esta característica de Cosme de Médicis, el hombre más sabio e importante de su tiempo en Italia: que podía, «de tanto en tanto realizar las más solemnes tonterías con su carruaje, y era tan dado a bufones, comediantes y juegos infantiles para sentirse feliz, que quien considerara por un lado su gravedad y por el otro su insensatez y ligereza, diría seguramente que había dos personas distintas en él». A mí me parece que hacía muy bien, aunque el Salisburiense[534] era de la opinión de que los magistrados, senadores y hombres importantes no debían descender a los pasatiempos ligeros, pues el Estado podría parecer una frivolidad: como Temístocles, deberían mantener siempre una rigurosa y constante administración. Me encomiendo a Cosme de Médicis y a Castruccius Castrucanus, el mejor capitán que nunca haya conocido Italia, otro Alejandro si Maquiavelo no nos engaña con su vida: «cuando un amigo le reprende por danzar más allá de su dignidad» (probablemente en un baile privado), él responde que aquél que es inteligente durante el día puede tontear un poco durante la noche. Paulo Jovio relata otro tanto del papa León X, que era un hombre serio, discreto y calmo, y sin embargo algunas veces muy libre y demasiado abierto en sus diversiones. Y no es tan inadecuado[535] o mal visto para la seriedad de tal hombre si se observa, en tales circunstancias, el decoro de tiempo y lugar. «Mezcla un poco de alegría con los negocios»; y lo que dijo sir John Harrington[536] en un epigrama dedicado a su mujer, yo quisiera que todo hombre se lo dijera a sí mismo, o a su amigo,

> Moll, cierta vez, con ocasión de una agradable reunión,
> te pedí que mi pareja en el baile fueras,
> lo cual rechazaste diciendo que tu edad
> de matrona requería seriedad de maneras y de atuendo.
> Bien, Moll, si necesitas ser como una matrona,
> ten por seguro que como a una matrona te querré.
> Sin embargo, para que mi amor por ti nunca decaiga,
> en la iglesia, la casa y la cama observa esta lección:
> siéntate en la iglesia tan solemne como un santo,
> que ni un gesto, palabra o pensamiento distraigan tu devoción.
> Ponte el velo sobre la cabeza, abre tu alma
> a Aquél que las almas heridas puede sanar.
> Sé en mi casa tan laboriosa como una abeja,

dispón tu aguijón contra cualquiera menos contra mí,
zumbando por todos los rincones almacenando la miel,
que nada se desperdicie ni se malgaste el dinero.
Y cuando veas que mi corazón se incline al regocijo,
calienta tu lengua, ingenio, y sangre con vino y buen humor:
no pierdas entonces de los dulces juegos la ocasión,
sé por el contrario inmoderada como un mono juguetón.

Los antiguos griegos[537], tenían su «*lubentiam Deam*», su Diosa del Placer, y los lacedemonios, instruidos por Licurgo, sacrificaban al Dios de la risa, especialmente después de sus guerras y en tiempos de paz, lo que se hacía en Tesalia, por lo que dice Apuleyo[538], que hizo un instrumento de su propia risa: «Porque la risa y la alegría sazonaban sus trabajos y modesta vida». «La risa es el placer eterno de los dioses y los hombres»[539]. Los príncipes tienen bufones, actores y todos esos maestros de la jarana en sus cortes. Los romanos tenían en cada comida (porque no solían hacer cenas solemnes) música, gladiadores, bufones, etc., como relata Suetonio[540] de Tiberio, Dion de Cómodo, y lo mismo hacían los griegos. Además de la música, en el *Banquete* de Jenofonte, traían a «*Philippus ridendi artifax*», Felipe, un bufón, para entretenerse. En el decimoprimer libro de su historia, Paulo Jovio hace sobre nuestras costumbres inglesas una bonita digresión que, sin embargo, algunos pueden malinterpretar, pero yo por mi parte la interpretaré de la mejor manera. «La nación en pleno, mucho más que el resto de los mortales, es dada a los banquetes y las fiestas, pues las prolongan durante muchas horas, con delicada alegría, música exquisita y bufones polifacéticos, y después bailan y cortejan a sus señoras hasta bien entrada la noche». Rafael Maffei Volaterra ofrece el mismo testimonio acerca de esta isla, ensalzando nuestra jovial manera de entretenernos y nuestro buen humor, y creo que dice bien, no hay daño en ello por más que se utilicen esas modestas diversiones. Ctesias habla de un rey persa[541] que tenía ciento cincuenta doncellas que atendían su mesa, tocaban, cantaban y bailaban por turnos; y Lilius Giraldus[542] se refería a un príncipe egipcio que guardaba nueve vírgenes que le esperaban, todas de gran belleza y dulce voz, lo que posteriormente dio ocasión a que los griegos comenzaran con la ficción de las nueve musas. Los reyes de Etiopía, en África, y la mayoría de los príncipes asiáticos, lo han hecho y lo hacen: esos sufíes, mongoles, turcos, etc., se solazan después de la comida con sus reinas y concubinas, disfrutando de gran placer (decía un autor)[543] viéndolas y escuchándolas cantar y bailar. Esos y otros muchos medios de regocijar los corazones de los hombres se han practicado siempre en todos los tiempos, a sabiendas de que no hay cosa mejor para preservar la vida del hombre. Qué puedo decir entonces, sino que cada melancólico,

«tenga fiestas a menudo, y amigos para no estar triste,
pues sus chanzas y alegrías pueden hacerle feliz».

Debe disfrutar de diversiones honestas y castas, demostraciones escénicas, representaciones, juegos;

«dejad danzar juntos a grupos de chicos y chicas».

Y lo que concluye Marsilio Ficino en una epístola a Bernard Canisianus y a algunos otros de sus amigos, se lo deseo en este libro a todos los buenos estudiantes: «vivid alegremente, oh mis amigos, libres de preocupaciones, perplejidad, angustia, sufrimiento mental, vivid alegremente, el cielo os ha creado para el gozo. Una y otra vez os pido que seáis felices; si cualquier cosa altera vuestros corazones o angustia vuestras almas, ignoradla y condenadla, dejadla pasar[544]. Y esto os lo prescribo yo, no sólo como sacerdote, sino como médico, porque sin esta alegría que es la vida y quintaesencia de la medicina, las medicinas y cualquier cosa que se utilice y aplique para prolongar la vida del hombre son algo torpe, muerto y sin fuerza»[545]. «Sed alegres mientras el destino lo permita» (Séneca). Y yo os digo, sed alegres.

«No nos robes el juego,
La juventud es corta y vuela»[546].

Era el consejo del profeta Tiresias a Menipo[547], que viajó por todo el mundo, incluso al fondo del infierno, para buscar contento, y su último adiós a Menipo fue que fuera feliz. «Desprecia el mundo (decía) y considera que todo lo que hay en él es vanidad y futilidad, sólo esto codicias a lo largo de toda la vida; no seas curioso ni demasiado solícito en nada, mantén un estado sereno y satisfecho que te permita disfrutar y por sobre todas las cosas ser feliz».

«Si, como piensa Numerus, sin amor ni diversión,
no merece la pena vivir, vive para el amor y la diversión».

Nada mejor (para concluir con Salomón, Eccles 3, 22) «que el que un hombre pueda disfrutar con sus asuntos». Es el mismo consejo que todo médico daría, en este caso a sus propios pacientes, como Capivaccio al suyo: «evita el excesivo estudio y las perturbaciones de la mente, y en todo a lo que a ti concierne, vive con el corazón tranquilo»; y Próspero Calano, en el caso del melancólico cardenal Cesio, que «entre sus serios estudios y negocios, disfrutara con chanzas y dichos ingeniosos, representaciones y pasatiempos y cualquier otra cosa que pudiese distraer su mente»[548]. Nada mejor que el gozo y la alegre compañía para esta enfermedad. «Comienza con tristeza (decía Montano), y debe ser expulsada con hilaridad»[549].

Pero ved el daño: muchos hombres sabiendo que una alegre compañía es la única medicina contra la melancolía, comenzarán a descuidar sus negocios y, en el otro extremo, pasarán todo el día entre buenos camaradas en una taberna o cervecería, y no conocerán otra manera de consumir el tiempo que bebiendo; gusanos de la malta, hombres peces o serpientes de agua, como muchas ranas en un charco[550]. Su único ejercicio es comer y beber, sacrificar a Volupia, Rumina, Edulica, Potina, Mellona: es toda su religión. Brindan por el cuello de Filoxeno, por las tres noches de Júpiter y porque el Sol se mantenga

quieto como en tiempos de Josué, para satisfacer su lujuria, que deben «hacer de griegos bebiendo día y noche». Ingenios florecientes y hombres de buena situación, valiosos y de buenos modales y, se prostituyen completamente con tal de estar en compañía de cualquier bribón, por tener tabaco y bebida, por dar risotadas y cantar canciones en viles lugares.

> «Llega a ocurrir que a alguno se le encuentra mezclado
> con asesinos de todo tipo, marineros, furiosos y fugitivos»[551].

Lo que Thomas Erastus recriminaba a Paracelso, estar bebiendo todo el día con carreteros y cantineros, en un burdel, es algo muy frecuente entre nosotros y en hombres de la mejor reputación: como decía Timocreón de Rodas, «siempre bebiendo y devorando». Ahogan su inteligencia, empapan sus cerebros en cerveza, consumen sus fortunas, pierden su tiempo, debilitan sus temperamentos, contraen sucias enfermedades, reúmas, hidropesías, calenturas, temblor, tienen las yugulares hinchadas, los granujientos rostros rojos, los ojos inflamados, etc.; calientan sus hígados, alteran sus complexiones, estragan sus estómagos, destruyen sus cuerpos, porque la bebida ahoga más que el mar y todos los ríos que se vuelcan en él (meras esponjas y toneles), confunde sus almas, suprime la razón, van de Escila a Caribdis, y utilizan lo que podría ser una ayuda para su propia destrucción.

> «¿Qué más da que muera por la espada o la enfermedad,
> si estoy muerto?»[552].

Cuando el príncipe Negro fue a restablecer al exiliado rey de Castilla en su reino, hubo una terrible batalla entre los ingleses y los españoles: al final los españoles huyeron y los ingleses les siguieron hasta el borde del río, «en el que algunos se ahogaron ellos mismos para evitar a sus enemigos, y el resto fueron asesinados»[553]. Decidme ahora cuál es la diferencia entre ahogarse y ser asesinado. Así de buena es la melancolía: como las bestias y vagabundos borrachos. La compañía es el único consuelo y el único remedio para todo tipo de descontento, pero puede ser su gran desgracia y causa de perdición. Como Hermione lamenta en la obra de Eurípides, «malas mujeres me hicieron mal»; mala compañía la ha estropeado, de ello pueden justamente quejarse, las malas compañías han sido su ruina. Porque, «como un mal hombre que desea que otro sea malo como él», dentro de un grupo, un borracho, un ladrón, un chulo, por su voluntad conseguirá que todo el resto sea tan malo como él mismo.

> «Aunque jures que temes los vapores nocturnos»[554],

seas de la complexión que seas, inclinación, amor u odio, bueno o malo, si te aproximas a ellos debes hacer como ellos; o sea, aunque sea en perjuicio de tu salud, debes beber el veneno del vino. Y así, como las cigarras, mientras cantan sobre sus borracheras todo el verano se mueren de hambre en invierno; y por una pequeña y vana alegría encontrarán al final un penoso arreglo de cuentas.

TERCERA SECCIÓN

Una digresión consolatoria, conteniendo los remedios para todas las formas de disgustos

Como en la sección precedente he hecho mención de los buenos consejos, los discursos confortadores, la persuasión, y lo necesarios que son para la cura de una mente alterada o descontenta, y el remedio tan instantáneo que constituyen, muchas veces la única y suficiente cura para ellos, he pensado que era adecuado en esta sección siguiente hacer una pequeña digresión (si es que hay alguna digresión en esta materia) para recolectar y espigar unos pocos remedios y confortadores discursos de nuestros mejores oradores, filósofos, teólogos y Padres de la Iglesia, que tienen este mismo propósito. Confieso que hay muchos que han escrito copiosamente sobre esta materia: Platón, Séneca, Plutarco, Jenofonte, Epicteto, Teofrasto, Jenócrates, Crantor, Luciano, Boecio; y algunos posteriores: Sadoletus, Cardano, Budé, Estella, Petrarca, Erasmo, además de Agustín, Cipriano, Bernardo, etc. Y lo hacen tan bien que, como dijo Jerónimo en un caso similar, si nuestros estériles ingenios están secos, deben ser regados copiosamente por esos manantiales. Y yo, aunque sólo sea, los compilaré; y como estos opúsculos no son ni tan obvios ni tan comunes, compendiaré e insertaré brevemente algunos de sus divinos preceptos, reduciendo sus voluminosos y vastos tratados a mi pequeña escala, porque de otra manera sería imposible traer tan grandes embarcaciones a una ensenada tan pequeña. Y aunque (como decía Cardano de su libro *De consolatione*) «sé de antemano que este opúsculo mío será condenado y rechazado por muchos; por aquellos que son afortunados, felices y están en situación floreciente, porque no tienen necesidad de tales discursos consoladores, y por aquellos que son desgraciados e infelices, porque piensan que son insuficientes para aliviar sus mentes afligidas y para confortar su desgracia»[555], sin embargo seguiré adelante, porque esto necesariamente hará algún bien a aquellos que son felices, para traerlos a la moderación y para hacerles reflexionar y conocerse a sí mismos, viendo la inconstancia de la felicidad humana y la desgracia de otros, y a quienes estén afligidos, sólo con que quisieran atender y considerar esto, no puede dejar de proporcionarles algún contento y consuelo. «Si bien es verdad que no hay medicina que cure todas las enfermedades, y algunas afecciones de la mente son completamente incurables, no deben sin embargo despreciarse estas ayudas del arte, medicina y filosofía». Arriano y Plotino se afirman en la posición contraria, que estos preceptos pueden hacer poca cosa: ni el mismo Boecio consuela en algunos casos, y pueden rechazar sus discursos como si fueran pan hecho con piedras.

> «El necio consuelo de una mente insana».

«Las palabras no añaden coraje (como decía una vez Catilina[556] a sus soldados), el discurso de un capitán no hace que un cobarde se convierta en un hombre valiente». Y como decía sentidamente Job[557] a sus amigos: «no sois más que unos torpes consoladores». No tiene sentido utilizar un conjunto de frases hechas y obsoletos refranes; como escribía Plinio Segundo[558], muy entristecido y abatido por la partida de su querido amigo el senador romano Cornelio Rufo, a su compañero Tiro en situación semejante: «confórtame, pero apórtame nuevos argumentos que sean sólidos, que ni los escritos ni los discursos de los filósofos puedan enseñarme; todos ellos son, con mucho, demasiado débiles para hacerme soportar una aflicción tan pesada», que digan algo que no haya leído u oído antes, y, si no, quédate callado. La mayoría de los hombres rechazarán los consuelos triviales, los discursos corrientes y las persuasiones conocidas, que tendrían poca fuerza para su beneficio; ¿qué puede decir un hombre que no haya sido dicho?, ¿a qué fin conducen esos discursos «paraéticos»? Se puede mover antes el monte Cáucaso que alterar algunos sentimientos de los hombres. Aunque pienso que seguramente pueden hacer, de todas maneras, algún bien, confortar y aliviar un poco, aunque sea repetirme debo decirlo, y con esta esperanza me aventuraré. «Este no es mi discurso»[559], sino el de Séneca, Plutarco, Epicteto, Agustín, Bernardo, Cristo y sus Apóstoles. Si no hago nada, como dijo Montaigne[560] en una situación semejante, no me equivocaré en nada; no es mi doctrina sino mi estudio, y espero que no haré equivocar a nadie si digo lo que pienso, y que no mereceré censura por compartir mi pensamiento. Si no es por tu alivio, será por el mío propio, como Cicerón, Cardano y Boecio escribieron sus *De consolatione*, tanto para ayudarse a sí mismos como a otros. Sea como sea, lo intentaré.

Los disgustos y pesadumbres son tanto generales como particulares; generales son las guerras, las plagas, las carestías, hambrunas, fuegos, inundaciones, climas extemporáneos, enfermedades epidémicas que afectan a reinos enteros, o territorios y ciudades; o particulares, de personas privadas, como preocupaciones, frustraciones, pérdidas, muerte de amigos, pobreza, necesidad, enfermedad, duelo, daños, abusos, etc.[561] En general todo es descontento, «puesto que los hombres son abatidos por los golpes de la fortuna»[562]. Nadie está libre de ello, cada cual soporta su propio sufrimiento. Incluso en medio de nuestra alegría y jolgorio hay algunos contratiempos, alguna queja, como dice Apuleyo[563], toda nuestra vida es un «*glucopicron*», una pasión dulce y amarga, miel y bilis mezcladas juntos, todos somos desgraciados y estamos descontentos, ¿quién puede negarlo? Si habitualmente todo es una calamidad, una necesidad inevitable, todos estamos angustiados; entonces, como infiere Cardano, «¿quién eres tú que esperas ser libre? ¿Por qué no ibas tú a sufrir, siendo un simple mortal y no el gobernador del mundo?»[564]. «Nadie puede rechazar el soportar la carga que todos debemos llevar». «Si es común a todos, ¿por qué un hombre tendría que estar más perturbado que otro?»[565]. Si sólo tú estás afligido, es verdaderamente mucho más molesto y menos soportable, pero cuando la calamidad es común, se conforta uno mismo con esto, se tienen más

compañeros, no es sólo tu caso, y entonces, ¿por qué tienes que ser tú tan impaciente? «Pero ¡ay!, cuando somos más desgraciados que otros, ¿qué podemos hacer? Además de nuestras desgracias privadas vivimos en perpetuo temor y en peligro frente a los enemigos comunes, tenemos el azote de Bellona y quejas lastimosas en vez de epitalamios; en vez de música agradable, ese ruido temible de ordenanzas, tambores y trompetas guerreras continuamente sonando en nuestros oídos; en lugar de antorchas nupciales, tenemos quema de pueblos y ciudades; en lugar de triunfos, lamentaciones; en lugar de alegría, lágrimas[566]. Así es y así fue, y así será siempre. Aquél que rechaza ver y oír y sufrir todo esto no está preparado para vivir en este mundo y no conoce la condición común a todos los hombres, para quienes, mientras viven, se anexan, en una trayectoria recíproca, alegrías y penas que se suceden unas a otras». Es inevitable, no puede eludirse, ¿por qué entonces te angustia tanto? Como opina Cicerón[567] según un viejo poeta, lo que es necesario no puede ser penoso. Si lo es, confórtate a ti mismo con esto: «quieras tú o no, debe soportarse»[568]; hacer virtud de necesidad, y conformarte tú mismo para sufrirlo, «si es largo, es ligero, si penoso, no puede durar»[569]. Se marchará, y si no, el tiempo lo irá atenuando, la costumbre lo aliviará, el olvido es una medicina común para todas las pérdidas, perjuicios, penas y cualquier otro detrimento, «y una vez que han pasado, de la infelicidad proviene una utilidad: que hace el resto de nuestra vida más dulce». «La privación y necesidad de una cosa la hace, muchas veces, más placentera y deliciosa que antes»[570]. No debemos pensar que ni el más feliz de nosotros se escapará de aquí sin ninguna desgracia,

> «la verdad es que ningún placer es completo,
> la pena se empareja con la alegría;
> lo amargo se mezcla con lo dulce»[571].

El cielo y la tierra son muy diferentes: «los cuerpos celestes son arrastrados libremente en sus órbitas sin impedimento o interrupción, y continúan su curso durante innumerables edades y hacen sus conversiones. Pero los hombres son empujados por muchas dificultades y tienen diversos impedimentos, oposiciones, continuos reveses que interrumpen su esfuerzos y deseos, y ningún mortal está libre de esta ley de la naturaleza»[572]. No podemos esperar, por lo tanto, que todas las cosas respondan a nuestras propias expectaciones, tener una continuidad de buenos resultados y venturas, «Fortuna nunca es perpetuamente favorable». Y como decía el cónsul romano Minucio Félix al insultante Coriolano, borracho de buena fortuna, no busques ese éxito que has obtenido hasta ahora: «no ha sucedido nunca a ningún hombre desde el comienzo del mundo, ni le sucederá, que obtenga todo según su deseo, o que la fortuna no le haya sido nunca opuesta o adversa»[573]; al final sucedió lo que le había predicho. Y lo mismo ocurrió a otros, incluso al feliz Augusto. Aunque Júpiter fuera su administrador, Plutón su tesorero, Neptuno su almirante, no le podrían poner a salvo de eso. Ése fue el destino de Alcibíades, Narsetes, el gran Gonzalo y los hombres más famosos, por lo cual concluye Jovio[574] que «es casi

fatal para los grandes príncipes que, por sus propias faltas, o, por otro lado, por estar rodeados por la envidia y la malicia, pierdan sus distinciones y mueran con oprobio». Es así, siempre ha sido así y siempre lo será, «nadie hay completamente feliz»,

> no hay perfección tan absoluta,
> que no la contamine alguna impureza.

Todo lo que hay bajo la Luna está sujeto a corrupción y alteración, y a lo largo de toda tu vida sobre la tierra no hallarás nada que no lo esté. «No encontrarás aquí días pacíficos y alegres, tiempos tranquilos, sino más bien nubes, tormentas, calumnias, tal es nuestro destino»[575]. Y somos como esos planetas errantes, que en sus distintas órbitas tienen sus diversos movimientos, a veces directos, otras estacionarios, retrógrados, en apogeo, perigeo, oriental, occidental, cercanos al Sol, salvajes, libres, y que, como quieren nuestros astrólogos, tienen sus fortalezas y debilidades a causa de las irradiaciones buenas y malas que confieren a cada uno un lugar en los cielos, en sus relaciones, casas, casos, detrimentos, etc. Así nosotros nos elevamos y caemos en este mundo, menguante y creciente, dentro y fuera, elevado y abatido, llevando una vida penosa, sujeta a múltiples accidentes y contingencias de la fortuna, a variadas pasiones, enfermedades y debilidades tanto nuestras como de los otros.

Sí, pero tú piensas que eres más desgraciado que el resto, que otros hombres son más felices que tú, sus desdichas son sólo como picaduras de pulga para ellos, sólo tú eres infeliz, nadie está tan mal como tú. Y sin embargo, como decía Sócrates, «si todos los hombres del mundo viniesen y juntasen sus aflicciones, del cuerpo, mente, fortuna, llagas, úlceras, locuras, epilepsias, fiebres, y todas esas calamidades comunes a la mendicidad, necesidad, servidumbre, prisión, y las pusieran en un montón para ser divididas en partes iguales, ¿participarías en el reparto y aceptarías tu porción, o preferirías seguir con las que tienes ahora? Sin duda querrías ser como ahora eres». Si algún Júpiter para darnos contento a todos dijese:

> «bien, sea entonces: tú, maese soldado,
> serás un mercader, tú, señor abogado,
> un caballero del campo. Tú pasa a este lado,
> tú a este otro. ¿Querrías que así fuese?
> Las cosas están bien como están»[576].

«Todo hombre conoce sus propios defectos y miserias, pero no las de otros; y está en la naturaleza de todos los hombres quejarse de sus propias desgracias»[577]; no examinan ni consideran a los demás, no consultan con otros; recuentan sus desdichas, pero no sus buenas dotes, fortunas, beneficios; rumian sobre su adversidad pero no piensan ni una sola vez en su prosperidad, ni en lo que tienen, sino en lo que desean, miran continuamente a los que van delante, pero no al infinito número que viene detrás. «Muchos hombres pensarían que están en el cielo, que son un príncipe mimado, si tuvieran la mínima parte de

esa fortuna de la que tú tanto te quejas, que detestas y consideras el estado más vil y desgraciado»[578]. Cuántos miles desean eso que tú tienes, cuántas miríadas de pobres esclavos, cautivos, o de esos que trabajan día y noche en pozos de carbón y minas de estaño con arduo afán para mantener una pobre subsistencia, o esos que trabajan con el cuerpo y la mente, quienes viven en extrema angustia y dolor, todo eso de lo que tú estás libre. Serías el más feliz si fueras capaz de estar satisfecho y tuvieras conciencia de tu felicidad. «Valoramos las cosas que nos faltan, no aquéllas de las que disfrutamos». Conocemos el valor de una cosa por cómo se desea más que por cómo se disfruta; si más adelante tuvieses necesidad de eso de lo que ahora te hastía, eso que aborreces y de lo que estás aburrido y cansado, cuando haya pasado dirás que eras el más feliz, y después de una pequeña pérdida desearás con todo tu corazón tener nuevamente el mismo contento, poder llevar la misma vida, darías un mundo por esa vida: simplemente el recuerdo de ella es ya placentero. Quédate, pues, callado, descansa satisfecho[579], confórtate con las desgracias de otros hombres y, como en Esopo decía el topo a la zorra, que se quejaba porque deseaba tener un rabo como el resto de sus compañeros: tú te quejas por una nadería, pero yo estoy ciego, así que cállate, que te digo yo que estés satisfecha. Se sabe que las liebres[580] iban a ahogarse de común acuerdo porque se sentían desgraciadas, pero cuando vieron a un grupo de sapos más angustiados que ellas, comenzaron a recuperar el valor y nuevamente se consolaron. Comparte tu condición con otros. Debes estar contento y descansar satisfecho, porque estás bien con respecto a otros, debes estar agradecido por lo que tienes, porque Dios haya hecho tanto por ti, porque no te haya hecho un monstruo, una bestia, una criatura inferior, como podría haber hecho, sino un hombre, un cristiano, ese hombre; considéralo correctamente, tú estás perfectamente bien como estás. Ningún hombre puede tener lo que quiere, debe elegir si quiere desear aquello que no tiene: si tu suerte esta bajando, hazlo lo mejor que puedas[581]. «Si todos tuviéramos que dormir todo el tiempo (como se dice que hizo Endimión), ¿quién sería entonces más feliz que su compañero?»[582]. Pero nuestra vida es todo menos corta, un verdadero sueño, y mientras miramos alrededor tenemos la eternidad a nuestro alcance[583]: «nuestra vida es un peregrinaje en la tierra que los hombres sabios pasan con gran presteza»[584]. Si te sientes desdichado, triste, necesitado, afligido, con dolor o enfermedad, piensa en aquello de nuestro Apóstol: «Dios castiga a quienes ama: los que sembraron con lágrimas, cosecharán con alegría (Salm 126, 5). Así como el horno prueba la vasija del ceramista, así la tentación pone a prueba los pensamientos de los hombres (Eccles 25, 5)». Es por tu bien: si no hubieses sido tan castigado hubieses sido totalmente destruido «como el oro en el fuego», así es puesto a prueba el hombre mediante la adversidad. «La tribulación nos hace ricos». Y como Camerario sugirió excelentemente en su *Emblema* del trillador y el grano:

> «como el trillo separa la paja del grano,
> las contrariedades nos separan de la paja del mundo».

Es exactamente lo mismo que comenta Crisóstomo (homilía 2.ª en Mateo 3): «El grano no se separa más que trillando, ni el hombre de los impedimentos del mundo sino por las tribulaciones». Es lo que Cipriano repetía (sermón 4.º sobre la inmortalidad). Esto es lo que Jerónimo[585] y todos los Padres enseñaban: «así somos catequizados para la eternidad». Es eso lo que insinuaba el proverbio: «lo doloroso es instructivo». Es esto lo que todo el mundo hace resonar en nuestros oídos. «Sólo Dios tuvo un hijo sin pecado, pero ninguno sin flagelo»: Dios, decía Agustín[586], tuvo un hijo sin pecado, pero no le libró del castigo. «Un marino experto es puesto a prueba por una tempestad; un corredor, en una carrera; un capitán, en una batalla; un hombre valiente, en la adversidad; un cristiano, por la tentación y la miseria (san Basilio, *Homil*., 8)». Somos enviados a este mundo como tantos soldados, para combatir en él, con la carne y con el demonio; nuestra vida es una contienda, ¿y quién no lo sabe? «No hay un camino fácil de la tierra a las estrellas»[587]. «Y por eso por ventura este mundo de aquí es tan dificultoso para nosotros», pero, como señala Gregorio, «no debemos deleitarnos tanto con el camino que olvidemos hacia donde vamos».

> «Id bravos hombres, hasta donde conduce
> la excelsa vía de las grandes pruebas.
> ¿Para qué volverles la espalda, inertes?
> Superando lo terrenal ganaréis las estrellas»[588].

Proseguid entonces alegremente hacia el cielo. Si el camino es dificultoso y pasas desdichas con muchos sufrimientos, por otro lado tienes muchos entretenimientos placenteros, objetos, dulces aromas, deliciosos sabores, música, alimentos, hierbas, flores, etc., para recrear tus sentidos. O ponte en el caso de que estás ahora fuera del mundo, desalentado, despreciado; pues entonces, como se le dijo a Agar en el desierto, consuélate a ti mismo pensando que «Dios te ve, Él sabe de ti»[589]: hay un Dios por encima que puede vindicar tu causa, que puede socorrerte. Y Séneca[590] cree con seguridad que Dios está encantado de contemplarte: «Los dioses están satisfechos cuando ven a los grandes hombres luchando contra la adversidad», como cuando nosotros vemos luchar a los hombres entre sí, o un hombre luchar con una bestia; pero eso son naderías en comparación. «Contempla (decía él) un espectáculo digno de Dios: un buen hombre contento con su situación». Un tirano es el mejor sacrificio a Júpiter, como mantenían los antiguos, y lo que más le agrada es ver «una mente satisfecha». Por tu parte, entonces, descansa satisfecho, «confíale todas tus preocupaciones, pon tu carga en él, cuenta con él, confía en él y él te alimentará, cuidará de ti, te dará los deseos de tu corazón»[591]; decid con David: «Dios es nuestra esperanza y fuerza en las tribulaciones que vendrán (Salm 46, 1), porque quienes confían en el Señor serán como el monte Sión, que no se moverá, como las montañas alrededor de Jerusalén, así está el Señor alrededor de su gente, de aquí en adelante y para siempre (Salm 125.1, 2)».

MIEMBRO II, SUBSECCIÓN I

Deformidades del cuerpo, enfermedad, inferioridad de nacimiento y sinsabores peculiares

Los disgustos y aflicciones pueden ser tanto del cuerpo como de la mente o la fortuna, y cuando hieren el alma del hombre producen la melancolía y grandes trastornos; con el antídoto del buen consejo y de la persuasión pueden aliviarse o expulsarse. Las deformidades e imperfecciones de nuestros cuerpos, como cojeras, jorobas, sorderas, cegueras, sean innatas o adquiridas, torturan a muchos hombres, pero debería confortarles saber que esas imperfecciones del cuerpo no mancillan ni un ápice el alma ni dificultan sus operaciones, sino que, al revés, las facilitan e incrementan mucho. Se puede tener una cojera del cuerpo, estar en la apariencia deformado, pero esto no afecta al resto: se puede ser, de todas maneras, un hombre bueno, inteligente, recto y honesto. «Pocas veces, decía Plutarco, honestidad y belleza van juntas», y, a menudo, bajo un abrigo raído se encuentra un excelente entendimiento. El famoso predicador italiano Cornelio Musso, cuando se subió por primera vez a un púlpito, en Venecia, fue muy rechazado por su aspecto, pues era un individuo pequeño, encorvado, pobre, abatido, así que estuvieron todos a punto de abandonar la iglesia; pero en cuanto escucharon su voz sintieron admiración, y muy feliz se sintió el senador que pudo disfrutar de su compañía o invitarle antes que nadie a su casa. Un individuo que parece tonto puede tener más ingenio, sabiduría y honestidad que quien se pavonea y es admirado por la opinión general, «el buen vino sale de un recipiente viejo». ¿Cuántos príncipes, reyes, emperadores, filósofos u oradores puedo citar que se encontraban en un caso semejante? Aníbal tenía un solo ojo, y Appio Claudio y Timoleón, Muley Hassán el rey de Túnez, Juan el rey de Bohemia y Tiresias el profeta, eran ciegos. «La noche tiene sus placeres», y por la pérdida de uno de los sentidos, se les recompensa con el resto; tienen excelente memoria, y otras cosas buenas, música y muchos entretenimientos. Y como bien discurría Cicerón en sus cuestiones *Tusculanas*[592], disfrutan de mucha felicidad y gran sabiduría: Homero era ciego, y sin embargo, ¿quién, teniendo incluso ambos ojos, hizo descripciones más exactas, vivaces y mejores que él? Demócrito era ciego, y no obstante, como escribió Laercio, vio mucho más que todo el resto de los griegos; como concluye Platón[593], «cuando nuestros ojos corporales están mal, generalmente los ojos del alma ven mejor». Algunos filósofos y teólogos se han castrado y se han quitado ellos mismos los ojos para poder tener mejores contemplaciones. Angelo Poliziano tenía siempre en su nariz un sarpullido, y su compañía era desagradable, pero sin embargo no había nadie tan elocuente y agradable en sus trabajos. Esopo era encorvado, Sócrates estaba casi ciego y

era zanquilargo e hirsuto; Demócrito estaba arrugado, Séneca era enjuto y áspero, feo de contemplar, y sin embargo me han demostrado que son los ingenios más florecientes y los espíritus más divinos. Horacio era un pequeño individuo de ojos turbios y despreciable, pero ¿quién hubo más sentencioso y sabio? Marsilio Ficino y Jacobo Faber Stapulensis eran una pareja de enanos, Melanchthon era un hombre agraciado, pero pequeño y fuerte, y los tres estaban muy bien proporcionados. Ignacio de Loyola, el fundador de los jesuitas, a causa de una herida en la pierna que recibió en el sitio de Pamplona, ciudad principal de Navarra, España, se quedó inútil para la guerra y poco útil para la Corte por el accidente, así que se volvió a sus rosarios y de esta manera consiguió más honor que el que nunca hubiera conseguido con el uso de sus miembros o la corrección de su persona: «una herida no hiere el alma»[594]. El emperador Galba estaba encorvado de espaldas, Epicteto lisiado; Alejandro era pequeño de estatura, César Augusto[595] de la misma planta: Agesilao tenía una figura vil y Bocchoris era el príncipe más deforme que nunca había tenido Egipto, pero como recoge Diodoro Sículo[596], sobrepasaba en mucho a sus predecesores en sabiduría y conocimiento. En el año 1306 de nuestro Señor, Ladislao I Cubitalis[597], pigmeo rey de Polonia, reinaba y conducía a la victoria en más batallas que ninguno de sus predecesores de largas zancas. La estatura no es obstáculo para la virtud, y a menudo los cuerpos grandes y vastos y los rasgos hermosos se corresponden con espíritus embotados, torpes y lerdos. ¿Qué hay en ellos?

> «¿Qué puede salvar a un peso ocioso,
> unido a una mente estúpidamente brutal?»[598].

¿Qué pasaba con Osus y Efialles (hijos de Neptuno en la obra de Homero), que tenían nueve acres de largo?

> «Cuando el gigante Orión atraviesa a pie
> Los anchurosos estanques de Nereo,
> Su hombro destaca sobre las ondas»[599].

¿Qué hay en Maximino, Áyax, Calígula o en el resto de esos grandes zanzummins o de los gigantescos anakims, que son unos pesados, bastos y bárbaros patanes?

> «... si las grandes Parcas
> te dan grandes miembros,
> ¿qué te queda para la mente?».

«Sus cuerpos, decía Levino Lemnio, son una carga para ellos, y sus espíritus no son ni tan animosos ni tan elevados y alegres como los de los demás»: un pequeño diamante es más valioso que una montaña de roca. Lo que hizo concluir positivamente a Alexander Aphrodisiensis que «lo más pequeño es lo más sabio, porque el alma está, en un cuerpo así, más concentrada». Dejemos a Bo-

din, en su *Method. hist.* (cap. 5), argumentar el resto: cuanto más pequeños son los cuerpos, como en Asia y Grecia, mejores son, en general, los ingenios. En cuanto a la estatura corporal que algunos tanto admiran, y la buena presencia, es verdad que son dignas de alabanza; la gente grande es decorosa y alta, lo concedo, «esos que esconden la cabeza en las nubes»; pero los hombres pequeños son hermosos.

> «Tan agradable como pequeño es Cotta.
> el ingenio le dota de la fuerza que Natura le negó».

La enfermedad, las dolencias, los trastornos múltiples pero sin causa, «pueden producirse por el bien de las almas: es parte de su destino»[600]; la carne se rebela contra el espíritu, lo que hiere a la una puede ayudar al otro. La enfermedad es la madre de la modestia, hace ver a nuestra mente nuestra mortalidad, y cuando estamos en el ápice de una carrera dentro de la mundana pompa y el jolgorio, nos tira de la oreja y nos hace conocernos a nosotros mismos. Plinio[601] la llama la suma de la filosofía: «ojalá pudiésemos realizar en salud lo que prometemos durante la enfermedad», «cuanto más enfermos estamos, mejores somos», porque los enfermos (como Segundo[602] objeta a Rufo) no son nunca «lascivos, codiciosos o ambiciosos: no envidian a nadie, no admiran a nadie, no adulan a nadie, no menosprecian a nadie y no se ocupan de mentiras y cuentos». Y si no fuera por esa sutil rememoración, los hombres no se moderarían y serían peores que tigres, lobos y leones, pues, ¿quién les mantendría en el temor? «Ni los príncipes, maestros, padres, magistrados, jueces, amigos, enemigos, o las buenas o malas maneras pueden contenernos, pero una pequeña enfermedad (como observa Crisóstomo) nos corregirá y enmendará». Y por lo tanto, con gran discreción, Giovanni Pontano[603] hizo grabar en su tumba, en Nápoles, esta corta frase: «el trabajo, el dolor, la pena, la enfermedad, la necesidad y calamidad, el servicio a orgullosos amos, aguantar los yugos de la superstición y enterrar a los amigos más queridos, son los condimentos de nuestra vida». Si tu enfermedad es continua y dolorosa, seguramente no durará mucho, «y una aflicción leve, que no dura más que un momento, nos producirá un incalculable y eterno peso de la gloria» (2.ª cor., 4, 17), sopórtala, pues, con paciencia. Las mujeres tienen que soportar un gran dolor durante el parto y sin embargo no lo evitan, y las que son estériles desearían tener ese dolor. «Tened coraje: hay que demostrar tanto valor en esa cama como en un ejército o en una batalla marítima: serás vencedor o vencido», y por fin serás libre[604]. Mientras tanto, hay que permitir al enfermo seguir su camino, pues su mente no está de ninguna manera incapacitada. Bilibaldo Pirckeymer, senador de Carlos V, regía toda Alemania estando la mayor parte de los días en la cama por su enfermedad de la gota. Cuanto más violenta sea tu tortura menos durará: y aunque en el momento sea severa y horrible, confórtate tú mismo como hacían los mártires, con honor e inmortalidad. El famoso filósofo Epicuro[605], cuando tenía un dolor atroz de piedra y cólico, más de lo que un hombre puede soportar, se solazaba con la idea de la inmortali-

dad, «la alegría de su alma ante sus curiosas invenciones repelía el dolor de sus tormentos corporales».

La inferioridad en el nacimiento es, para algunos hombres, un gran desdoro, especialmente si son ricos, tienen un cargo y están ascendiendo en alguna cosa pública; entonces (como observa Boecio)[606], si no pueden responder de su nacimiento ni ante sí mismos ni ante sus compañeros, se sienten disminuidos y avergonzados. Algunos desprecian a su propio padre y madre, niegan a sus hermanos y hermanas y al resto de parientes y amigos, y no pueden soportar que se les acerquen cuando están en plena ostentación, considerando una deshonra para su grandeza el tener unos orígenes tan míseros. Simón, según cuenta Luciano, habiendo conseguido en un determinado momento algunas riquezas, cambió su nombre de Simón a Simónides, porque había muchos mendigos con el primer nombre, y prendió fuego a la casa donde había nacido para que nadie pudiera señalarla. Otros compran títulos, escudos de armas, y por todos los medios se entroncan en antiguas familias falsificando genealogías, usurpando blasones, todo con tal de no parecer de bajo origen. La razón es que esta dignidad del nacimiento es muy admirada por una sociedad de superficiales y se le atribuye tanto honor que, como entre los alemanes, franceses y venecianos, la nobleza desprecia al pueblo y no soporta que les iguale; los rebajan y les obligan, como si fueran burros, a llevar las cargas. En nuestras conversaciones ordinarias, el nombre más oprobioso y grosero que podemos lanzar sobre un hombre, o decírselo para comenzar una riña, es llamarle vil bribón, mísero maleante y cosas semejantes: Pero a mi juicio esto no debería molestar mucho a nadie, porque entre todas las vanidades y presunciones jactarse de nobleza es la mayor; porque, ¿de qué alardean tanto y por qué manifiestan tanta superioridad como si fueran semi-dioses?, ¿por el nacimiento?,

> «¿tanto te apoyas en tu nacimiento?».

Es una nimiedad, un mero destello, una ceremonia, un juego, una cosa de nada. Considerad el comienzo, el estado presente, el progreso, el fin de la nobleza, y decidme después qué es. «Opresión, fraude, engaño, usura, bellaquería, obscenidad, crimen y tiranía, eso es lo que se encuentra en los comienzos de muchas antiguas familias[607]. Uno ha sido una sanguijuela, un parricida, ha matado a muchas almas humildes en medio de injustas disputas y sediciones, dejando a muchos huérfanos y viudas pobres, y por eso ha llegado a ser un Lord o un conde, y sus descendientes serán caballeros para siempre jamás. Otro ha sido un alcahuete, la celestina de algunos grandes hombres, un parásito, un esclavo que se ha prostituído él mismo y ha prostituido a su mujer y a su hija» a algún príncipe lascivo, y por esta razón es enaltecido. Tiberio honraba de preferencia a muchos de los hombres de su tiempo, justamente porque eran chulos famosos y bebedores pertinaces; y muchos entraron en ese registro del pergamino (como alguien le llamó una vez)[608] por adulación o fraude. Busca en tus propios ancestros y apenas encontrarás en esa multitud (como observa Eneas Silvio) a alguien que no tenga un vil comienzo. Como el plebeyo que aparece

en Maquiavelo[609], que demostró a sus compañeros, en un discurso ceremonial, que su ascenso no se había producido por fraude, fuerza, engaño, villanía u otros medios indirectos. «Son nobles, generalmente, quienes son ricos, pero la virtud y riqueza pocas veces se asientan en un mismo hombre: ¿quién no se da cuenta, entonces, del bajo comienzo de la nobleza? El despojo enriquece al uno, la usura al otro, la traición a un tercero, la hechicería a un cuarto, la adulación a un quinto, la mentira, el robo, el mantener un falso testimonio a un sexto, el adulterio al séptimo, etc.». Uno se entontece haciendo feliz a su señor, el otro mece al pequeño señor o le propina un pequeño regaño, el tercero se casa con una buena pieza, etc. Pero, ¿placerá a tu buena señoría, a tu señor, quién fue el primer fundador de tu familia? El poeta responde:

«Fui pastor, no podría decir otra cosa»[610].

¿Quién es el mejor caballero, tu antepasado o tú? Si es él, ya hemos trazado su trayectoria. Si eres tú, ¿de qué alardeas tanto?, ¿sólo de que eres su descendiente? Puede que seas su heredero, su reputado hijo, y sin embargo el padre de su padre puede haber sido un fraile o un sirviente; pero no podemos discutir tal cosa en estos tiempos, las mujeres casadas son todas honestas, tu eres el hijo de los hijos de los hijos, engendrados y nacidos «dentro de los cuatro mares»[611]. Su tata-tata-tatarabuelo era un rico ciudadano, y antes, con toda probabilidad, un usurero, un abogado, y antes un... un cortesano, y antes un... un caballero de provincias, y antes acababa de abandonar las ovejas, y así etc., etc. Y tú eres el heredero de todas esas virtudes, fortunas y títulos; entonces, pues, ¿cuál es tu nobleza? Como decía Jerónimo, «antiguo poder, inveteradas riquezas»; ¿es esa antigua riqueza tu poder? Ésta parece ser la definición de nobleza. El padre visita a menudo al demonio para hacer de su hijo un caballero, ¿y en este momento, qué es? «Comienza (decía Agrippa) con una fuerte impiedad, con tiranía, opresión, etc.», y así se mantiene: empieza así la prosperidad (no importa cuánto) y así continúa y se incrementa. Los caballeros romanos eran llamados así, caballeros, siempre que pudieran gastar un tanto al año. En el reino de Nápoles y en Francia[612], quien compra determinadas tierras compra con ellas el honor, el título y la baronía, y entre nosotros quienes pueden gastar ciertas cantidades son los que se consideran que deben ser llamados para sustentar cargos, ser caballeros o cualquier cosa semejante; como alguien observa, nuestros nobles son valorados por sus medios[613]. ¿Y qué es ahora objeto de honores? ¿Qué mantiene a nuestra nobleza si no es la riqueza?

«Sin medios la nobleza no vale nada»[614],

nada tan despreciable y bajo[615]. El abogado Nevisano[616] decía que discutir sobre cuna sin riqueza es (salvando a Su Reverencia) como discutir sobre el origen de un estercolero. Por lo tanto, es sólo la riqueza la que da títulos, el dinero lo que los mantiene, lo que les da «el ser», así que cualquier hombre podría tener lo mismo. ¿Y cuál es su ocupación habitual?: «sentarse a comer,

beber, acostarse a dormir y levantarse para divertirse»[617]. ¿Dónde está entonces su valor y su suficiencia? En unos pocos escudos de armas, águilas, leones, serpientes, osos, tigres, perros, cruces, barras, fajas, etc., y algo como cetros que suelen colocar en sus galerías, porches y ventanas, en cuencos, fuentes y carruajes, en las tumbas, iglesias y en las mangas de los vestidos de los hombres. «Si puede disfrutar de la cetrería, cazar, cabalgar, jugar a las cartas y a los dados, fanfarronear, beber, jurar», tomar tabaco con gracia, cantar, bailar, utilizar ropas a la moda, cortejar y agradar a las señoras, hablar con gran pompa, insultar[618], burlarse, farolear, despreciar a otros y utilizar una ligera mímica como complemento simiesco, es un caballero completo y bien cualificado; éstas son la mayoría de sus ocupaciones, éstas sus grandes recomendaciones. La nobleza, ese pergamino nobiliario, es, entonces, como Agrippa la define, «un santuario de bellaquería y picardía, un manto para cubrir la iniquidad y los vicios execrables, de orgullo, fraude, desprecio, jactancia, opresión, disimulo, lujuria, glotonería, malicia, fornicación, adulterio, ignorancia e impiedad». Y concluye que un noble es, por lo tanto y con toda probabilidad, un «ateo, un opresor, un epicúreo, un simple[619], un aturdido, un idiota iletrado, un superficial, una luciérnaga, un tonto orgulloso, un consumado burro, un esclavo de su lujuria y de su vientre». Y como observaba Salviano con respecto a sus compatriotas de Aquitania, Francia, «el primero en las posiciones más elevadas, será el primero en los vicios», y lo mismo opinaba de la camarilla del rey, a pesar de que como escritor recibió distinciones: «la mayor parte de los nobles de Berry son libertinos, los de Turena ladrones, los de Narbona codiciosos, los de Guyena falsificadores, los de Provenza ateos, los de Reims supersticiosos, los de Lyon traidores, los de Normandía orgullosos, los de Picardía insolentes, etc.». Podemos pues concluir, en líneas generales, que cuanto más elevados son los hombres, más viciosos son. En fin, como añade Eneas Silvio[620], «la mayoría son unos miserables, individuos embrutecidos y sucios; son como las paredes de sus casas, bellos por fuera, puercos por dentro». ¿De qué puedes vanagloriarte ahora? «¿Por qué te quedas boquiabierto o de qué te maravillas? ¿Les admiras por su garboso atavío, por sus caballos, perros, buenas casas, señoríos, huertos, jardines, paseos? ¿Por qué? Cualquier tonto puede poseer todo eso igual que él, y quien lo considera un hombre mejor, un noble por tener todo eso, es que él mismo es un tonto». Ahora ve y jáctate de tu nobleza. Es esto mismo lo que hace que los turcos[621] de hoy en día menosprecien a la nobleza y todos esos títulos infladamente ampulosos que tanto han elevado sus enseñas, excepto a aquellos que los han obtenido hace mucho, o que los mantienen por alguna cualidad preeminente o por una valía especial. Y por esta causa la comunidad de Ragusa[622], los suizos y las confederaciones de provincias, en todas sus aristocracias o monarquías democráticas (si así pueden llamarse) excluyen todos esos grados de honores hereditarios, y no admiten a ninguno para sus cargos, sino sólo a quienes son sabios, como aquellos atenienses areopagitas, inteligentes, discretos y bien educados. Los chinos[623] mantienen las mismas costumbres, no hay entre ellos nobles de nacimiento, y a

partir de sus filósofos y doctores eligen sus magistrados, y a sus políticos los toman de entre los que tienen nobleza moral, «la nobleza es de oficio y no de nacimiento»; como antiguamente en Israel, su oficio era defender y gobernar su país en la guerra y en la paz, no dedicarse a la cetrería, a la caza, a comer y beber y a vivir sólo para los pasatiempos como hacen demasiados de ellos. Sus magistrados, mandarines, eruditos, licenciados y los que se han hecho a sí mismos por su valía, ésos son los únicos nobles que consideran adecuados para gobernar un estado. ¿Y por qué alguien que vale por sí mismo tiene que avergonzarse de su nacimiento?, ¿por qué no va a ser él más respetado, ya que deja una noble descendencia, que el que tiene ancestros nobles?, ¿y por qué no más respetado aún? Porque la mayoría adoramos al Sol naciente, y sin embargo cuánto mejor es decir: «yo he hecho brillar la bondad de mis ancestros», y vanagloriarse más de las virtudes que del nacimiento. Cathesbeius, sultán de Egipto y Siria, era por su condición un esclavo, pero por su valía, coraje y humanidad no iba a la zaga de ningún rey, y por esta causa (como escribe Jovio)[624] fue elegido emperador de los mamelucos. El español Pizarro, hombre pobre, fue nombrado marqués de Anatillo por Carlos V; el turco Bassas, lo mismo. Pertinax, Julius Verus Philippus, Maximino, Marco Aurelio Probus, etc., se convirtieron de soldados comunes en emperadores. Catón, Cincinnatus, etc., fueron cónsules. Pío Segundo, Sixto Quinto, Juan Segundo, Nicolás Quinto, etc., fueron papas. Sócrates, Virgilio, Horacio, «nacidos de padres libertos». Los reyes de Dinamarca[625] fijan su genealogía, según dicen algunos, a partir de un tal Ulfo que era hijo de un oso. Muchos hombres valiosos provienen de una casa pobre[626]. Hércules, Rómulo, Alejandro (por confesión de Olympia), Temístocles, Yugurta, el rey Arturo, Guillermo el Conquistador, Homero, Demóstenes, Pedro Lombardo, Peter Comestor, Bartolo y Adriano I, el cuarto papa, eran bastardos; y casi en todos los reinos las familias más antiguas comienzan con príncipes bastardos, y sus más valiosos capitanes, sus mejores ingenios, sus más grandes estudiosos, los espíritus más esforzados de todos nuestros anales han sido de origen bajo. En *De subtilitate*, Cardano[627] da una razón de por qué son más capaces que otros en cuerpo y mente, y, en consecuencia, más afortunados. Castruccio Castrucano, un pobre chico encontrado en el campo, expuesto a la miseria, se convirtió en príncipe de Lucca y Siena, en Italia, y en un soldado muy completo y un valioso capitán. Maquiavelo lo comparaba con Escipión o Alejandro. «Y es algo magnífico (decía él)[628] y para tomar en consideración que todos aquellos, o la mayor parte de quienes han hecho las más valientes proezas aquí en la tierra y han sobrepasado a todos los nobles de su tiempo, han nacido en algún lugar abyecto y oscuro o de padres abyectos y oscuros». Escalígero[629] es responsable de una memorable observación: «no debe pasarse por alto que los hombres más grandes vienen de padres desconocidos y madres inmorales. Puedo citar un largo catálogo de ellos», todo reino, toda provincia nos proporcionará innumerables ejemplos. ¿Por qué entonces se puede objetar a nadie su bajo nacimiento?, ¿quién piensa mal de Cicerón por ser un Arpinas, que era un advenedizo?, ¿o de Agatho-

cles el rey de Sicilia, por ser hijo de un alfarero? Ificrates y Mario habían nacido en hogares humildes. ¿Qué hombre inteligente piensa mejor de una persona porque tenga un origen noble? Como se dice en la obra de Maquiavelo[630], «todos hemos nacido de un mismo padre», del hijo de Adán, concebido y nacido en pecado. «Somos por naturaleza todos como uno, todos iguales, si se nos ve desnudos; podemos utilizar nosotros sus ropas, ellos las nuestras, ¿y cuál es la diferencia?». A decir verdad, como dijo Bale[631] de Paulus Schalichius, «estimo más tu valía, sabiduría y honestidad que tu nobleza, te honro más porque eres un escritor, un doctor en teología, que por ser conde de Hunnes, barón de Zkradine o tener los títulos de tales y tales provincias». «Eres más afortunado y más grande (escribía Jovio[632] a Cosme de Médicis, entonces duque de Florencia) por tus virtudes que por tu encantadora mujer y felices niños, tus amigos y fortuna, o por el Gran Ducado de Toscana». Y yo le apoyo, ¿quién realmente no lo haría? Abdolominus[633] era un jardinero, pero sin embargo por sus virtudes fue hecho rey de Siria por Alejandro. Cuánto mejor es haber nacido de humilde parentela, sobresalir en valía y ser noble moralmente, lo cual es preferido a la nobleza natural por los teólogos, filósofos y políticos[634]; cuánto mejor es ser sabio, honesto, discreto, bien cualificado, ser adecuado para cualquier tipo de ocupación en el país y en la comunidad, en la guerra y en la paz, que ser «degenerados Neoptólemos»[635], como son muchos bravos nobles, sólo listos porque son ricos, pues de otra manera serían idiotas, analfabetos e ineptos para cualquier forma de servicio. Udalrico[636], conde de Cilia, recriminaba a Johan Huniades por la inferioridad de su nacimiento, pero éste último replicaba: «contigo, tu ducado de Cilia está consumido por los disturbios, el mío de Bistria comienza conmigo su honor y reputación». Has tenido muy nobles ancestros, ¿que es eso para ti? «No puedes llamarles tuyos» si tú mismo eres un atolondrado[637]: «¿quién, dime, Ponticus, valora más el largo de la genealogía?». Y termino: ¿tienes un cuerpo sano y un alma buena, una buena crianza, eres virtuoso, honesto, culto, competente, religioso y tienes una buena condición?, entonces eres un verdadero noble; aunque hubieras nacido de Tersites[638], con tal de que tú lo quieras serás como Aquiles, «que no había nacido, sino que había sido hecho noble, supereminente», y «ni la espada, ni el fuego, ni el agua, ni la enfermedad, ni la violencia externa, ni el propio demonio podría quitarte tus buenas cualidades». No te avergüences entonces de tu nacimiento, eres un caballero en el mundo entero y así serás honrado, mientras que el otro, desnudado de sus bellas ropas, desposeído de su riqueza[639], es un bobalicón (como Polínices comprobaba en su destierro, que la nobleza no era estimada) como una moneda de cobre en otro país, que nadie la quiere, y así será rechazado. Una vez más: aunque seas un bárbaro nacido en Tontonteac, un villano, un esclavo, un negro de Saldania o un rudo virginiano en Dasamonquepeuc, y él un *Monsieur* francés, un *Don* español o un *Signore* italiano, no me importa de dónde desciende, de qué familia, de qué orden, barón, conde, príncipe; si tú estás bien cualificado y él no, sino que es un degenerado Neoptólemo, te lo digo en una palabra, tú eres un hombre y él una bestia.

No permitas que nadie, sea *hijo de la tierra* o advenedizo, insulte a un sujeto como el que he descrito, ni que se ofenda a ningún valioso caballero. No he hablado para desmerecer a quienes son meritorios, realmente virtuosos y nobles: yo respeto y honro a la verdadera nobleza y aristocracia, yo mismo he nacido de padres honorables en una antigua familia, pero yo soy un hermano pequeño y no me concierne: si hubiera sido un gran heredero, ricamente dotado, por muy inteligente que fuese no me habrían valorado por ello en absoluto sino sólo por el dinero, que como toda otra humana felicidad, honores, etc., tendría su final, pues es frágil e inconstante. Como dijo Stuck[640] del gran río Danubio: nace en una pequeña fuente, es al comienzo un pequeño arroyo, algunas veces ancho, otras estrecho, ahora lento, después rápido, hasta que al final se hace de increíble amplitud por la confluencia de sesenta ríos navegables, y por fin se desvanece, pierde su nombre y bruscamente se lo traga el Ponte Euxino[641]; lo mismo puedo decir de nuestras grandes familias: eran humildes en un comienzo, aumentaron por medio de ricos matrimonios, adquisiciones, cargos, y así continúan durante algunos años, con pequeñas alteraciones en las circunstancias, fortunas, lugares, etc., hasta que por algún hijo pródigo o por una carencia o necesidad de réditos, en un instante se les desacredita y se borra su memoria.

Todo esto, por lo tanto, exijo a la nobleza: que si tiene una buena ascendencia, de honorable o noble origen, lo manifieste en sus propias cualidades.

> «... ninguna paloma
> ha sido generada por feroces águilas».

Y aunque la nobleza de nuestros tiempos es muy parecida a nuestras monedas, cada vez más en número y valor y menos en peso y bondad pero con más bellas estampas, tallas y apariencia que antes, cuando conserva las antiguas características de la verdadera nobleza es más afable, cortés, de gentil disposición, agradable porte y mejor carácter, tiene un espíritu magnánimo, heroico y más generoso que ese «hombre vulgar», esos aldeanos y labriegos ordinarios, que, como alguien dijo de ellos[642], son rudos, brutales, inciviles y salvajes, una generación arisca, cruel y maliciosa, incapaz de disciplina y que tiene poquísimo sentido común. Y puede decirse en términos generales lo que decía Lemnio[643], el médico, de sus viajes por Inglaterra: que la gente corriente era necia, hosca, unos bufones perrunos, pero los caballeros eran corteses y atentos. Y si sucede (como pasa a menudo) que esos campesinos son los preferidos gracias a su riqueza, su suerte, por error o por cualquier otra razón, y entonces, como el gato de la fábula cuando se convirtió en una agradable doncella, se ponen a jugar con el ratón; pero un canalla será siempre un canalla, un bufón será siempre un bufón, y probablemente olerá a ganado en cuanto aparezca, y esa rusticidad innata difícilmente puede sacudirse de encima.

> «Aunque soberbio pasea su pecunio,
> la fortuna no cambia el linaje»[644].

Y aunque mediante la educación esos hombres podrán ser mejores y más refinados, hay muchos síntomas por los que se les puede descubrir: un exagerado y ostentoso carruaje, un sastre especialmente llamativo, un tipo de garbo peculiar en todas sus actuaciones, más escogido de lo normal en su dieta, y, como el caso que describe Jerónimo[645] en su *Nepotian,* «un advenedizo nacido en una humilde cabaña, que al comienzo apenas tenía un plato de pan para llenar sus tripas hambrientas, se alimenta ahora de golosinas y de manjares, con todas las variedades de carne y pescado, las mejores ostras», etc. El mocoso de un mendigo será, generalmente, más desdeñoso, arrogante, insultante e insolente que cualquier otro hombre de su rango: «Nada tan intolerante como un tonto afortunado», como observa Cicerón basándose en su prolongada experiencia,

> «nada más áspero, que un humilde que ha conseguido
> elevarse por encima de su primitiva situación».

Pon a un mendigo a lomos de un caballo, y saldrá al galope, al galope...

> «¿Quién es el que rabia y se enfurece?
> Aquel que era antes un esclavo.
> Las bestias salvajes pueden ser más suaves
> Que un esclavo por fin libre»[646].

Olvidan lo que fueron, se hacen dominantes y tienen muchos otros síntomas por los que se puede conocer que no son verdaderos caballeros. Hay muchos errores y desviaciones por ambos lados, nobles o plebeyos, «educados o nacidos», y sin embargo en todos los casos hay alguno degenerado, alguno con méritos y la mayoría merecedores de sus propios honores, como decía Busbequius refiriéndose a Solimán el Magnífico, merecedor de tan grande imperio. Muchos de humilde ascendencia son muy merecedores de sus honores, son «políticamente nobles», y bien se lo han ganado. Muchos de nuestros nobles de nacimiento (como se ha dicho de Hefestión, Ptolomeo, Seleuco, Antígono, etc., y el resto de los seguidores de Alejandro, todos merecedores de ser monarcas y generales de los ejércitos), merecen ser príncipes. Yo no estoy muy alejado del pensamiento de Seselio[647], de que se les debe preferir (si están capacitados) antes que a otros, «porque siendo nobles de nacimiento están criados inteligentemente, y entrenados desde la infancia para todas las formas de urbanidad». Porque el conocimiento y la virtud de un noble es más eminente, y como una joya engarzada en oro, es más precioso y respetable; un hombre así se merece más y mejor que otros y aporta tanto honor a su familia como su noble familia a él. En una palabra: muchos nobles son un ornamento para su clase y muchos hijos de pobres hombres están singularmente bien dotados, y ambos son muy eminentes y muy merecedores de su riqueza, sabiduría, instrucción, virtud, valor e integridad; son excelentes miembros y pilares de la comunidad. Y concluyendo entonces lo que en principio intentaba explicar: ser de inferior nacimiento, de humilde cuna, no es realmente un desdoro. «Y así queda demostrado lo que tenía que demostrar».

Contra la pobreza, la necesidad y algunas otras adversidades

La pobreza o necesidad es una de las grandes desgracias que pueden caer sobre un hombre, fundamentalmente en cuanto a la estima del mundo hacia él, y hace que la gente robe, sostenga falso testimonio, jure, abjure, luche, mate y se rebele; es algo que altera el sueño y que causa, por sí misma, la muerte. No hay carga (decía Menandro) tan intolerable como la pobreza: hace desesperar a los hombres, ella levanta y hace caer; «la riqueza otorga honores, y también amistades», el dinero hace, pero la pobreza estropea, etc.; eso es todo lo que el mundo valora. Pero, si se considera correctamente, la pobreza es una gran bendición en sí misma, un estado feliz, no crea causas de descontento, no hace que un hombre se tenga que considerar vil, odiado por Dios, desamparado, mísero y desafortunado. El propio Cristo era pobre, había nacido en un pesebre y no tuvo un techo que cubriera su cabeza en toda su vida, «así que ningún hombre puede hacer de la pobreza un juicio de Dios o una situación odiosa»[648]. Y si así era él mismo, así formó a sus apóstoles y discípulos, todos eran pobres, pobres profetas, pobres discípulos: «No tengo plata ni oro» (Hechos 3, 6). «Como doloridos (decía Pablo) pero siempre gozosos, sin tener nada y sin embargo poseyéndolo todo» (Cor 2, 6.10). Los grandes filósofos han sido voluntariamente pobres, y no sólo los cristianos sino muchos otros. Crates de Tebas era adorado como un dios en Atenas, «noble de nacimiento, tenía muchos sirvientes, un servicio honorable, mucha riqueza, muchas fincas, hermosos vestidos; pero cuando se dio cuenta de que toda la riqueza del mundo no era más que algo frágil, incierto y que no valía ni una pizca para vivir bien, arrojó su carga al mar y renunció a su estado»[649]. A los Curios y Fabricios se les reconocerá siempre por su apego a las tonterías que tanto interesan al mundo. Entre los cristianos he podido espigar muchos reyes y reinas que han abandonado sus coronas y fortunas y han abdicado voluntariamente de todas esas futilidades, muchos que han rechazado honores, títulos y toda esa vana pompa y prosperidad que otros tan ambiciosamente buscan, y que, cuidadosamente, analizan cómo cercar y alcanzar[650]. No niego que las riquezas sean buenos dones de Dios, y bendiciones, ni que «el honor está en ser honrado», los honores vienen de Dios, son premios de la virtud, y es adecuado que se busquen, que se ruegue por ellos, y está bien que se posean, pero no está la felicidad en tener todo eso o la miseria en tener que buscarlo. Los hombres buenos, decía Agustín, tienen riquezas que no podemos considerar que sean malas; y los hombres malos son de los que no se debe uno fiar, ni mantener que son buenos; como la lluvia que cae en ambos lados, así son las riquezas dadas

a buenos y malos, pero son buenas sólo para los devotos. Pero considerando la existencia de ambos estados[651], los aspectos naturales no son diferentes, y el hijo de un mendigo, como bien observa Cardano[652], «no es inferior en absoluto a un príncipe, y muchas veces es mejor»; y por esos accidentes de la fortuna se ve con facilidad que no existen esas desigualdades, no existe una extraordinaria felicidad en el uno y una gran desgracia en el otro. El que es rico, opulento y está bien abastecido, ¿qué obtiene con ello?: orgullo, insolencia, lujuria, ambición, preocupaciones, miedos, sospechas, inquietudes, cólera, rivalidad y muchas sucias enfermedades del cuerpo y la mente. Tiene, indudablemente, variedad de platos, mejor alimento, dulces vinos, agradables salsas, música delicada, ropas alegres, y ordena y manda desafiante. Todo lo que Micilo admiraba en Luciano[653], pero debido a todo eso tenía la gota, hidropesía, apoplejía, parálisis, mal de piedra, viruela, reumas, catarros, falta de cocción, opilaciones, melancolía[654], etc.; y así penetra la lujuria, la ira y la ambición. Según Crisóstomo, «la secuela de la riqueza es el orgullo, el desorden, la intemperancia, la arrogancia, la furia y todos los caminos irracionales».

«... las blandas riquezas
quiebran y afean nuestra edad»[655].

Con su variedad de platos, tienen gran cantidad de dolencias del cuerpo y la mente que los pobres no conocen. Eso era lo que Saturno, en la obra de Luciano[656], respondía a la comunidad descontenta (porque el abandono de las fiestas saturnales en Roma había provocado una queja dolorosa y una protesta contra los ricos), que estaban muy equivocados al suponer una gran felicidad en las riquezas: «vosotros veis lo mejor (decía) pero no sabéis de las diversas ataduras y descontentos». Son como paredes pintadas, bellas por dentro, deterioradas por fuera: enfermo, sucio, loco, siempre realizando actos inmoderados. «¿Y quién puede conocer ni la mitad de lo que sucede? Si sólo supieras de sus miedos y cuidados, la angustia mental y los disgustos a los que están sujetos, renunciarias aquí mismo a todas las riquezas».

«¡Oh aquellos cuyos corazones no se manifiestan!
¿Cuánto temor os llena, cuánta furia?
El amplio mar no es tan tumultuoso»[657].

Sí, pero él tiene el mundo bajo su voluntad porque es rico, y tiene las cosas buenas de la tierra, «es placentero tomar las cosas de un gran montón que se posee»; es un hombre feliz, adorado como un dios, un príncipe, todo el mundo le busca, le aplaude, le honra, le admira. Realmente obtiene honores y abundancia de todas las cosas; pero (como yo digo), además, obtiene «orgullo, lujuria, ira, parcialidad, pugnas, temores, cuidados y sospechas: todo lo que se introduce con la riqueza»; y por su intemperancia tiene dolores, problemas de cocción, gota; y como frutos de su pereza y saciedad, lujuria, exceso y embriaguez, y todas las formas de enfermedad. Cuanto más rico, más deshones-

to. «Está expuesto al odio, a la envidia, al peligro y la traición, al temor a la muerte», a la degradación, etc. Es «una situación resbaladiza, próxima al precipicio», y cuanto más alto trepa, mayor es la caída.

> «Las altas torres caen con mayor caída,
> y fulminan los rayos las cumbres de los montes»[658].

El fuego prende antes en las altas torres, y cuanto más eminente es el lugar en que se está, más objeto se es de la caída.

> «Como se quiebran las ramas de un árbol muy cargado de fruta,
> con su propia grandeza se arruinan ellos mismos»,

como Joachinus Camerario ha expresado elegantemente en su *Emblema* 13, cent. 1: «La abundancia se empobreció a sí misma». Sus medios son su desgracia, ya que ellos se dedican realmente a las cosas de su tiempo, a mentir, disimular, conversar y adular a sus señores feudales, obedecer, secundar sus deseos y órdenes tanto como sea posible, y así a menudo se extravían. Y se atiborran como cerdos, como observa Eneas Silvio, y cuando se encuentren completamente rellenos serán devorados por sus príncipes, como sucedió con Séneca al servicio de Nerón, Sejanus al de Tiberio y Hamán al de Jerjes I, rey de Persia. Estoy de acuerdo con san Gregorio, el honor es como una tempestad: cuanto más elevado se está, más dolorosamente se cae. Para al resto de las prerrogativas que aporta la riqueza, cuanto más se tiene mayores son los gastos. «Cuando los bienes aumentan, aumentan los que comen de ellos, y ¿qué bien produce a los poseedores, más que contemplarlo con sus propios ojos?» (Eccles 5, 10)».

> «Puedes trillar mil toneladas de grano,
> pero tu vientre no podrá contener más que el mío»[659].

Salomón lo llamaba «una enfermedad maligna, reservada para ellos por un malvado» (Eccles 5, 13). «Los ricos caerán en muchos temores y tentaciones, en muchos anhelos necios y dañinos que llevan al hombre a la perdición» (Timot 1, 6, 9); «el oro y la plata han destruido al hombre» (Eccles 8, 2). Y así, escribe Bernard, la riqueza mundana es el cebo del demonio, y como la Luna cuando está llena de luz está aún más lejos del Sol, cuanto más riqueza tienen más lejos suelen estar de Dios. (Si yo afirmara esto por mí mismo, los ricos me harían pedazos, pero escuchad quién lo dice y quién lo secunda, un apóstol): Así que Santiago les ordena «llorad y gemid por las desgracias que caerán sobre vosotros, vuestro oro se oxidará y corromperá, y devorará vuestra carne como el fuego» (Santiago 5, 1, 2 y 3). Puedo entonces firmemente concluir con Teodoreto[660]: «Siempre que veas a un hombre nadando en riquezas, ‘que bebe en copas de oro y duerme en púrpura’, y sin embargo vacío, te suplico que no le llames feliz, sino que le consideres infortunado, porque se le ofrecen muchas ocasiones para vivir injustamente. Por otro lado, un hombre

pobre no es desgraciado si es bueno, porque, sin embargo, es feliz, pues se le han evitado esas malignas ocasiones».

«No es feliz quien es rico,
Y tiene el mundo a su voluntad,
Sino quien sabiamente recibe,
Y utiliza, los dones de los dioses:
Que sufre y con paciencia,
Soporta la dura pobreza,
Y elige antes morir,
Que cometer una villanía»[661].

¿En qué consiste entonces su felicidad, qué privilegios tiene más que otros hombres? O más bien, ¿de qué desgracias, de qué cuidados y problemas se libran más que otros hombres?

«Ni los tesoros ni las alcaldías eliminan
Los desgraciados tumultos de la mente:
Ni las preocupaciones que rodean y vuelan
Por encima de sus casas de altos tejados,
Con sus gruesas vigas sujetas»[662].

La riqueza no puede vindicarles. Permitidles utilizar el inventario de Job, porque ni Creso ni el rico Craso pueden controlar la salud, ni siquiera conseguirse un nuevo estómago. «Su señoría, describía Apuleyo, poseyendo abundantes y selectas vituallas, tenía prohibido comer, o incluso no tenía apetito» (enfermo en la cama, no podía descansar, dolorido y afligido por alguna enfermedad crónica, reducido a una dieta total y al reposo, o con la mente trastornada), «y mientras tanto, toda su casa estaba alegre y hasta su más pobre sirviente estaba continuamente de fiesta»[663]. Es la «felicidad chapada en oro», como le llama Séneca[664], felicidad hoja de estaño, «felicidad infeliz», una forma infeliz de felicidad, si es que es realmente felicidad. Su oro, su guardia, el ruido de los arneses y las fortificaciones contra los enemigos exteriores, no pueden liberarle de los temores y preocupaciones internas.

«Aunque los hombres atiendan miedos y cuidados,
Ni choque de armaduras, ni fieras armas temen:
Hablando audazmente con reyes y sus pares,
Sólo temen la aparición del oro y sus centellas».

Mira cuántos sirvientes tiene y de cuántos enemigos sospecha; él acaricia la ambición como si fuera la libertad, pero sus placeres no son placeres, y lo que es peor: no puede tener privacidad y divertirse como hacen otros hombres, su estado es de servidumbre. Un compatriota puede viajar de reino en reino, de provincia en provincia, de ciudad en ciudad e inundar sus ojos con deliciosos objetos, dedicarse a la cetrería, cazar y desarrollar todos los deportes ordinarios sin que nadie lo note, todo lo cual ningún príncipe ni gran hombre puede

hacer. Éstos tienen que mantener su condición «sin abaratar la dignidad de la majestad», como se dice que hacían los reyes de China, de Borneo y los *khanes* tártaros, esos «esclavos de oro», que nunca o muy pocas veces se les veía en el extranjero, «pues se les notaba mucho cuando lo hacían», como desde antiguo observaban los reyes de Persia[665]. Un pobre hombre disfruta mucho más con la carne de su comida ordinaria, que prueba pocas veces, que ellos con todas sus delicadezas y continuas viandas, pues es la rareza y la necesidad las que hacen que algo sea deseable y agradable. Darío, al que Alejandro había hecho huir, bebió agua enfangada para calmar la sed, y juró que le había resultado más agradable que cualquier vino o aguamiel. Todo exceso, argumenta Epicteto, causará un desagrado. Lo dulce se convertirá en ácido, por eso el moderado Epicuro prefería ayunar voluntariamente. Pero quienes están acostumbrados siempre a los mismos platos[666] (que están desagradablemente aderezados por desaseados cocineros que, después de sus obscenidades, nunca se lavan las puercas manos), sea pescado, carne, platos mixtos o preparados, o cualquier otra cosa, están siempre hastiados y el propio néctar les resultaría repulsivo, pues se sienten aburridos de sus magníficos palacios que son para ellos como otras tantas prisiones. Un pobre bebe en un cuenco de madera y come con cuchara de madera, platos de madera, vasos de barro y todos esos objetos domésticos; el otro, en oro, plata y piedras preciosas, pero ¿con qué resultado?: miedo al veneno en uno, seguridad en el otro. Un hombre pobre puede escribir, decir lo que piensa, resolver él mismo sus asuntos; un hombre rico emplea a un parásito, decía Filóstrato[667], y hace como el alcalde de una ciudad, que se expresa por medio del secretario del ayuntamiento o por el señor registrador, cuando no puede hacerlo por sí mismo. El senador Nonio[668] tenía un manto púrpura tan cargado de joyas como su mente de vicios, los anillos de sus dedos costaban veinte mil sestercios y, como el rey persa Perox[669], una alianza de su oreja costaba cien libras de peso en oro; Cleopatra[670] tenía jabalíes y ovejas enteras servidas en su mesa en un instante, y bebía joyas disueltas que valían cuarenta mil sestercios, ¿y todo ello con qué fin? ¿Desearía un hombre muerto de sed beber en copa de oro?[671]. ¿Acaso un traje de paño no le estaría tan bien, y le mantendría tan abrigado como todas sus sedas, satenes, damascos, tefetanes y tisúes? ¿Un paño casero no preserva del frío tanto como un paño de borregos tártaros teñido con grana, o un vestido de osos gigantes? Nerón, decía Suetonio[672], nunca se ponía una prenda dos veces, y tú tienes apenas una para ponerte. ¿Cuál es la diferencia? Uno está enfermo, el otro sano: ese es el verdadero tenor de sus vidas, y como gran consumación y resultado de todo, la propia muerte marca la mayor diferencia. Uno, igual que una gallina alimentada en el estercolero a lo largo de toda su vida, es servido, al final, a la mesa de su señor; el otro, como un halcón, se alimenta con perdices y palomas, y va en el puño de su amo, pero cuando muere es arrojado al montón de basura y allí se queda. El hombre rico vive como el Rico de la Biblia[673], jovialmente aquí en la tierra, «ebrio de riquezas», como si eso fuera lo mejor; «y se jactan de la multitud de sus riquezas» (Salm 49, 6 y 11), piensa que su

casa «continuará su propio nombre», continuará eternamente, «pero él perecerá como una bestia» (Salm 49, 20), «su camino expresa su locura» (Salm 49, 13): mal obtenido, mal gastado; como ovejas yacen en la sepultura» (Salm 49, 14). Consumen sus días en la riqueza y caen bruscamente en el infierno» (Job 21, 13). Por más que tenga a todos sus médicos con sus medicamentos forzando a la naturaleza, y a una mujer desfalleciente, junto a los lamentos de los familiares y las lágrimas de los amigos, las endechas y misas, «cantos fúnebres», funerales, oraciones de todos, falsas lamentaciones de alquiler, elogios, epitafios, carrozas fúnebres, heraldos, plañideros enlutados, solemnidades, obeliscos y mausoleos, si es que por fin los tienen, al final se muere como un cerdo y se va al infierno con su conciencia culpable («el infierno abre su boca para ellos») con la maldición de los pobres. Su recuerdo apesta como el olor de una vela cuando se apaga, y le acompañan libelos procaces e infamantes baldones. Mientras tanto, el pobre Lázaro es el Templo de Dios y vive y muere en verdadera devoción, sin más público que su propia inocencia, el cielo es su tumba, desea que le desintegren, que le entierren en el regazo de su madre, y tiene la compañía de los ángeles[674] prestos a conducir su alma al seno de Abraham, y deja un recuerdo imperecedero y dulce detrás de sí. Craso y Sila son también recordados, ciertamente, pero no tanto por sus riquezas como por sus victorias; y Creso por su final, como Salomón por su sabiduría. En una palabra, «obtener riquezas es un gran trastorno, una gran angustia conservarlas, un gran sufrimiento perderlas»[675].

«¿Por qué maldecir las mentes dignas pero tontas?
Que aspiren a honores y poder:
Cuando se cansen de esas falsas cargas,
Conocerán la verdadera virtud»[676].

Considerad ahora todas esas otras felicidades desconocidas y ocultas que tiene un hombre pobre (les llamo desconocidas porque no se las reconoce en la estima del mundo o no son tomadas por tales). Ellos mismos serían felices si al mismo tiempo se dieran cuenta de ello, y lo utilizaran o aplicaran a sí mismos. «Un hombre pobre y sabio es mejor que un rey tonto» (Eccles 4, 13). «La pobreza es el camino hacia el cielo, la dueña de la filosofía»[677], la madre de la religión, virtud y sobriedad, hermana de la inocencia y de una mente honesta. ¿Qué más encomios puedo agregar a los ya dichos por los padres, filósofos u oradores? Molesta a muchos que son pobres, la consideran una gran plaga, una maldición, un signo del aborrecimiento de Dios, y que la propia pobreza es una maldita depravación, una desgracia, una vergüenza, algo reprochable, ¿pero a quién o por qué? «Si la fortuna ha envidiado mi riqueza, o los ladrones me han robado, o mi padre no me ha dejado las rentas que otros tienen»[678]; o soy el hermano más joven, de bajo nacimiento, de padres comunes, o el hijo de un sucio pintamonas, ¿tengo yo la culpa de eso? «No se rechaza a un águila, a un toro o a un león por su pobreza, ¿por qué entonces se hace con un hombre?». No tengo la culpa de la fortuna. «Buen señor, soy un sirviente (para utilizar las

palabras de Séneca)[679], y sin embargo tu pobre amigo; un sirviente, y sin embargo tu compañero de cámara, y si lo consideras mejor, tu congénere sirviente». A los ojos del mundo soy tu trabajador servil, pero a los ojos de Dios, por ventura mejores, mi alma es más preciosa y soy querido a su lado. Como demuestra ampliamente Evangelus, citado en la obra de Macrobio[680], el más humilde de los sirvientes es el más precioso a sus ojos. Tú eres un Epicuro, yo un buen cristiano. Tú tienes muchos ejemplos precedentes en medios, favores, riquezas, honores; Claudio tenía su Narciso, Nerón su Massa, y Domiciano su Partenio, un favorito, un esclavo de oro; tú has cubierto los suelos con mármol, los techos con oro, las paredes con estatuas, bellos cuadros, curiosas colgaduras, etc., ¿y qué importa todo esto? ¿Qué es todo esto para la verdadera felicidad? Yo vivo y respiro bajo el cielo glorioso, ese augusto capitolio de la naturaleza, disfrutando del brillo de las estrellas, de la clara luz del Sol y de la Luna, de esas infinitas criaturas, plantas, pájaros, bestias, peces, hierbas, todo lo que aportan el mar y la tierra, sobrepasando en mucho todo lo que pueden ofrecer el arte y la opulencia. Soy libre, y como decía Séneca[681] de Roma, «un techo de paja cubre al hombre libre mientras la esclavitud habita entre el mármol y el oro», tú tienes el «cuerno de Amaltea», abundancia, placer, el mundo a voluntad, yo soy despreciable y pobre, pero, una palabra excesiva, un estallido de cólera, un juego de mesa, una pérdida en el mar, un fuego brusco, la aversión del príncipe, una pequeña enfermedad, etc., pueden en un instante hacernos iguales; sin embargo, tómate tu tiempo, triunfa e insulta durante un tiempo, porque, como decía Alfonso V de Aragón[682], al final la muerte nos igualará a todos. Mientras tanto, yo vivo frugalmente, me visto sencillamente, apenas viajo: ¿es esto reprochable?, ¿soy peor por ello?, ¿soy despreciable por ello?, ¿debo ser reprendido? Según Nevisano[683], un hombre culto fue humillado por sentarse entre caballeros, pero él replicó: «mi nobleza está sobre mi cabeza, la vuestra desciende hacia la cola», y así les silenció. Déjales que se mofen, burlen y te vilipendien, no eres tú el despreciado, sino el que te hace eso: «Aquel que se mofa de los pobres, deshonra a su Hacedor, y el que se alegra ante la aflicción no quedará sin castigo» (Prov 17, 5). En general, cuanto más pobre eres, más feliz eres, y como decía Epicteto, el que es rico no es mejor que tú, y no está tan libre de la lujuria, la envidia, el odio y la ambición como tú.

> «Dichoso aquel que, alejado de los mundanos negocios,
> Labra con sus bueyes los paternos campos»[684].

Feliz él, porque está libre de los tumultos del mundo, no busca honores, no se emboba detrás de ninguna promoción, no adula, no envidia y no contemporiza, sino que vive privadamente y bien contento con su situación[685].

> «Ni hambriento por deseos intempestivos,
> Ni alimentado con platos vacíos,
> Poca preocupación o ninguna,
> ¿Qué puede suceder en este ancho mundo?».

No está preocupado por cuestiones de estado, ni por si los reinos prosperan mejor por sucesión o elección; ni se preocupa de si las monarquías deben ser mixtas, moderadas o absolutas. La casa de los otomanos y la de Austria son la misma para él; no pregunta por las colonias o por los nuevos descubrimientos; ni si Pedro estuvo en Roma o si la donación de Constantino fue a la fuerza; tampoco sobre qué significan los cometas o las nuevas estrellas, si la Tierra está quieta o se mueve, si hay un nuevo mundo en la Luna o si hay infinitos mundos, etc. No le afecta el miedo a las invasiones, las facciones o las emulaciones,

> «Un alma feliz, semejante al propio Dios,
> No se ablanda ni compite por la gloria vana,
> Ni por los malvados regocijos del orgulloso y ampuloso Lucro,
> Sino que lleva una tranquila, pobre y satisfecha vida»[686].

Quien es pobre tiene un estado seguro, tranquilo[687], y dichoso[688] si es capaz de darse cuento de ello. Pero aquí está la desdicha, que no lo reconoce. Se lamenta por los bienes de los ricos, sus fantásticas colgaduras, su exquisita alimentación, pero, como objetaba Simónides[689] a Hierón I, tirano de Siracusa, el pobre es quien tiene todos los placeres del mundo y «no sabe del sufrimiento de José, desperezándose en su lecho de marfil y cantando al son de la viola». Y se preocupa por no tener algo semejante; hay una diferencia (refunfuñaba) entre las gachas y el faisán, o entre revolcarse en la paja y dormir en una cama, entre el vino y el agua, la cabaña y el palacio. «Odia a la naturaleza (según lo caracterizaba Plinio)[690] porque ella lo ha hecho inferior a un dios, y está enfadado con los dioses porque cualquier hombre está por delante de él»; y aunque haya recibido mucho, sin embargo (como seguía Séneca)[691], piensa que es una injuria que él no tenga más, y está muy lejos de agradecer su tribunado, pues se queja de que no es pretor, y no hay nada que le complazca excepto ser cónsul». ¿Por qué no es un príncipe, un monarca o un emperador? ¿Por qué puede tener un hombre tanto más que sus compatriotas, y uno tiene todo y otro nada? ¿Por qué un hombre debe ser el esclavo o el trabajador servil de otro? Uno se empacha, otro se muere de hambre, uno puede vivir con todas las facilidades, otro con esfuerzo, sin la esperanza de tener mejor fortuna. Así gruñen, refunfuñan y se lamentan: no consideran la inconstancia de los asuntos humanos confrontando juiciosamente una situación con otra o sopesando bien su estado presente. Lo que ellos son ahora, lo serás tú en breve, y lo que tú eres lo serán probablemente ellos. Espera un poco, confronta el futuro y los tiempos pasados con el presente, observa los hechos y confórtate con ellos. Claro que es bueno ser una persona a la que se distingue, tanto en el caso de comunidades y ciudades, como dentro de las familias y en las situaciones privadas; Italia fue una vez señora del mundo, Roma fue reina de las ciudades y se jactaba de tener dos miríadas de habitantes, pero ahora todo ese país que fuera dominante está en manos de príncipes insignificantes[692] y Roma es, en relación con otras ciudades, una pequeña villa[693]. Grecia es desde antiguo la cuna de la

civilización, madre de las ciencias y de la humanidad, y ahora está desolada, es una nodriza de la barbarie, una guarida de ladrones. Entonces Alemania, decía Tácito, era inculta y hórrida, y ahora, sin embargo, está llena de magníficas ciudades. Atenas, Corinto, Cartago, ¡qué ciudades más florecientes eran!, y ahora, sin embargo, están enterradas en sus propias ruinas: «guarida de cuervos y cerdos salvajes» y muchas otras fieras, un receptáculo de bestias salvajes. Venecia era un pobre pueblo de pescadores y París o Londres tenían pequeñas casitas en los tiempos de César, y ahora son los más nobles emporios. Valois, Plantagenet y Escalígero, que eran familias muy afortunadas, ¿han podido mantenerse? Ahora están casi extinguidas y desarraigadas. Quien está hoy arriba, con todo el favor, riqueza, honor y prosperidad, en la cumbre de la rueda de la fortuna, mañana puede estar en prisión, ser peor que nada, y su hijo ser un mendigo. Eres un sirviente pobre y servil como un esclavo, «la hez de la gente», un verdadero esclavo, pero tu hijo puede llegar a ser un príncipe, como Maximino, Agatocles, etc., o un senador, o un general de la armada. Con él no tenías nada, trabajaste para él, le serviste a él y a los suyos, y obtuviste de él caridad; pero espera un poco de tiempo y su siguiente heredero quizá, con disipación, lo gaste todo, se degrade y tú te hayas elevado y él tenga que pedirte a ti. Tú serás su patrón más honorable, él, tu devoto sirviente; sus descendientes avanzarán, se moverán y podrán hacer otro tanto por los tuyos, como Frisgobald y Cromwell[694], así será para ti. Los ciudadanos aniquilan a los caballeros de provincias y ocupan sus sitios, y después de dos o tres generaciones en que se lo gastan todo disipadamente, vuelven a la ciudad.

«Desde que aquí llegó un nuevo dueño,
¿Hemos adelgazado, yo o vosotros, hijos míos?
Porque la propia naturaleza del suelo
No le hace señor a él ni a ningún otro;
Él nos expulsó, y a él le expulsará
La prodigalidad o la ignorancia del derecho astuto»[695].

Un abogado desvalija a su cliente pobre, después de un tiempo los descendientes de su cliente le compran todo a él y a los suyos; y así las cosas dan vueltas, menguan y crecen como las mareas.

«Ahora el campo lleva el nombre de Umbreno,
No ha mucho lo llevaba de Ofelo;
De nadie es a perpetuidad, será usufructo
Ora mío, ora ajeno»[696],

como decía Horacio; entonces, «¿de quién es el campo que tiene tantos señores?». Y así digo yo de las tierras, casas, muebles y dinero: mío hoy, suyo luego, ¿de quién mañana? En fin (como observa Maquiavelo)[697], «virtud y prosperidad engendran descanso, el descanso la pereza; la pereza disipación, y la disipación destrucción, desde donde volvemos a las buenas leyes, las buenas leyes engendran las acciones virtuosas, la virtud, gloria y prosperidad, y no

hay pues deshonor (como agrega Guicciardini)[698], si un hombre floreciente, o una ciudad o un estado se arruinan, no hay infelicidad pues están sometidos a las leyes de la naturaleza». Por lo tanto, digo, búrlate de este estado transitorio, mira hacia el Cielo, no pienses en lo que son los demás, sino en lo que tú eres. «¿Cuál es tu lugar en el mundo?»[699], y así, serás lo que debas ser. Haz (digo) como hizo el propio Cristo cuando vivía aquí en la tierra, imítale a él todo lo que puedas. En su tiempo vivían muchos grandes Césares, poderosos monarcas, tetrarcas, dinastías, príncipes, y con qué abundancia, qué exquisiteces, qué bien atendidos, qué cantidad de oro y plata, qué tesoros, cuántos palacios suntuosos tenían, qué provincias y ciudades, y amplios territorios, campiñas, ríos, fuentes, parques, forestas, prados, bosques, panales, etc. Y sin embargo Cristo no tenía nada de todo esto, no hubiera querido nada de esto, lo hubiera rechazado voluntariamente, y no sería una muestra de ignorancia, no se equivocaría en su elección al desdeñar todo esto; eligió lo que era más seguro, mejor y más verdadero y menos propicio al arrepentimiento, eligió una situación común, la propia y llana pobreza. ¿Por qué dudas entonces en seguirle, en imitarle a él y a sus apóstoles, en imitar a todos los hombres buenos? Debes pisar sobre sus divinos pasos, y no te equivocarás eternamente como hacen tantos seres terrenales que permanecen en su propio rumbo disoluto hasta la confusión y la ruina; tú no harás cosas erradas. Cualquiera que sea tu fortuna, debes estar contento con ella; confía en Él, descansa en Él, remítete totalmente a Él. Y sabe esto: en conclusión nada depende de la voluntad de los hombres, sino de la voluntad de Dios. «El señor empobrece y enriquece, te abate y te ensalza. Levanta del polvo al pobre y eleva al menesteroso del estiércol para sentarlo entre los príncipes, y hace que herede el asiento de la gloria» (Sam 1, 2, 7 y 8.). Todo es como a Él le place, cómo y cuándo y quién, aquel que designa el fin (aunque desconocido para nosotros) designa asimismo los medios para el fin.

Sí, pero la situación actual crucifica y atormenta a la mayoría de los mortales, que no tienen tal previsión, no pueden ver lo que puede pasar, lo que es más probable que suceda, sólo ven lo que es, pero no por qué motivo, o por quién oprimen sus almas las desgracias presentes, y lanzan un ojo envidioso hacia la prosperidad de otros hombres: «el rebaño de mi vecino está más gordo», ¡qué rico, qué afortunado, qué feliz es! Pero mientras tanto no consideran las miserias de otros, ni las debilidades del cuerpo y la mente que acompañan su estado, sino que continuamente reflejan sus propias y falsas quejas y necesidades; pero si examinaran el asunto correctamente no estarían en absoluto angustiados, no tendrían ninguna causa para lamentarse.

«Cesa de quejarte,
No es pobre aquel
A quien le basta el uso de lo que tiene»[700].

Ése no es pobre, no tiene necesidades. «La naturaleza está contenta con pan y agua, y aquel que descanse satisfecho con esto, puede competir con el propio Júpiter en felicidad»[701]. En aquella edad dorada, los árboles daban una sombra

saludable para dormir debajo y se podía beber en los claros ríos. Los israelitas bebían agua en el desierto; Sansón, David, Saúl y el sirviente de Abraham cuando fue a por la mujer de Isaac, la mujer samaritana, y muchos más que puedo citar, en países como Egipto, Palestina, y las Indias[702], todos bebían, durante toda la vida, agua pura. Los propios reyes persas no bebían otra cosa que el agua del Coaspes que pasaba por Susa, y que llevaban en botellas a cualquier parte que fueran[703]. Jacob sólo deseaba a Dios y pan para comer y ropas para ponerse en su viaje, y en el *Génesis* (28, 20) se dice: «feliz de aquel a quien Dios ha dado, con mano parca, lo suficiente»; el pan es suficiente «para fortalecer el corazón»[704]. Y si estudias bien la filosofía, decía Apuleyo, «todo lo que está más allá de esta moderación no es útil, sino que molesta». Aulo Gelio[705], siguiendo a Eurípides, decía que el pan y el agua son suficientes para satisfacer a la naturaleza, «en la que no hay excesos; el resto no es una fiesta sino una disipación». San Jerónimo consideraba rico «a quien tenía pan para comer y al hombre fuerte al que no se pudiera obligar a ser esclavo: el hambre no es ambiciosa, así que con pan tiene para comer, y para calmar la sed no se necesita una copa de oro». Esto no era un discurso epicúreo de un Epicuro, y quien no se satisfaga con un poco no tendrá nunca suficiente. Y se encuentra un buen consejo en un poeta: «¡Oh, hijo mío!, la escasez de medios concuerda muy bien con los hombres, pero la abundancia es perniciosa»[706].

«Quien con ánimo feliz,
Vive con poco, es opulento».

Y si estás contento, tienes abundancia aunque tengas poco, porque no deseas nada. Da igual que nos cuelguen con una cadena de oro que con una soga, llenarnos con exquisiteces o con una comida ordinaria.

«Si vientre, costados y pies tienes bien,
ni el tesoro de un príncipe te hará más feliz»[707].

Sócrates, en una feria, viendo tantas cosas que se compraban y vendían, tal multitud de personas reunidas con ese propósito, exclamó inmediatamente, «¡Oh dioses!, cuántas cosas veo que no quiero». Es sólo tu deseo el que mantiene tu salud de cuerpo y mente, y aquello que perseguiste y aborreciste como una plaga cruel; él es tu médico y principal amigo, lo que te convierte en un buen hombre, en un hombre saludable, fuerte, virtuoso, honesto y feliz. Porque cuando la virtud llegó desde el cielo (como imaginaba el poeta), los hombres ricos la patearon, los malvados la aborrecieron, los cortesanos se burlaron de ella, los ciudadanos la odiaron, y así le cerraron las puertas en todas partes, hasta que llegó por fin a casa de su hermana la pobreza, donde encontró un buen recibimiento. La pobreza y la virtud viven juntas.

«¡Oh! salva el reducido hogar del pobre:
Dádiva de Dios, no obtenida de su conocimiento»[708].

¡Qué feliz eres si puedes estar contento! «La piedad es de gran provecho si un hombre puede contentarse con lo que tiene» (Timoteo 1, 6, 6). Y toda verdadera felicidad se encuentra en un estado de humildad. Tengo un pequeño caudal, como decía Lipsio, «y lo que la mente hace grande»[709], un reino en la fantasía:

«No pido más, ¡oh hijo de Maya!,
Que conservar los dones que ahora tengo»[710].

Tengo bastante y no deseo más.

«Los dioses fueron buenos,
Concediéndome una mente bondadosa y modesta»[711].

Está muy bien, y me satisface. Permite que mi fortuna y mis vestidos sean ambos adecuados para mí[712]. Y escucha lo que Sebastián Foscarini, que fue Dux de Venecia, hizo grabar en su tumba de la iglesia de San Marcos: «Escuchad, ¡oh venecianos!, y yo os diré qué es lo mejor del mundo: despreciarlo». Yo lo grabaré en mi corazón, y será ese mi gran estudio: despreciarlo. Dejadles obtener riquezas, «que el estiércol ame al estiércol», y así yo podré tener seguridad, «quien ha estado bien escondido, ha vivido bien», y aunque he vivido obscuramente, he vivido limpio y honesto, y así como el altivo roble es derribado, el ridículo carrizo se mantiene en pie. Dejadles llegar a la gloria porque ésa es su miseria, dejadles obtener honores y así yo tendré tranquilidad en el corazón. «Condúceme, ¡oh Júpiter!, según tu vaticinio»[713]. Condúceme, ¡oh Dios!, según tu voluntad: estoy presto a seguirte, obedeceré tu orden. No envidio sus riquezas, títulos y cargos.

«Permite a quien lo desea, con su fuerza,
Mantenerse en la resbaladiza altura de su poder».

Y déjame vivir silenciosa y tranquilamente. «Quizá existamos (así se confortaba Putt)[714] cuando ellos no existan», cuando estén muertos y desaparecidos y toda su pompa se haya desvanecido, florecerá nuestra memoria:

«Las Musas inmortales concedieron
A un nombre fama imperecedera»[715].

Déjale que sea mi señor, patrón, barón o conde, y que posea muchos y agradables castillos: es mejor para mí tener una casa pobre y un pequeño monte y un pozo a su lado[716],

«con lo que me siento más bendecido
Que si mis progenitores hubieran tenido
El poder del cuestor»[717].

Vivo, y doy gracias a Dios tan alegremente como él, y triunfo tanto en este mi humilde estado, como si mi padre y mi tío hubieran sido el Lord Tesorero o el

Lord Mayor. Él se alimenta con muchos platos, yo con uno, y «me pregunto, por Cristo»: ¿por qué me he de preocupar yo de la materia con que están hechos mis excrementos?[718]. «Quien vive acorde con la naturaleza no puede ser pobre, y quien se excede nunca tendrá bastante»[719], el mundo entero no podrá contentarle. «Es mejor lo poco que tenga el justo que las riquezas de los impíos» (Salm 37, 16), y, «mejor es un pobre bocado con tranquilidad, que la abundancia con conflicto» (Prov 17, 7)[720].

Hay, pues, que estar contento, disfrutar uno mismo: y como aconsejaba Crisóstomo, «no te enfades por lo que no tienes, sino da a Dios gracias de corazón por lo que has recibido»[721].

«Si con unas pocas hierbas
Puedes disfrutar en paz,
No busques ricas provisiones
Si van mezcladas con molestias»[722].

¿Por qué quieres objetar al asunto? ¿O qué tienes tú que no sea mejor que lo que tiene un rico? «Salud, adecuada prosperidad, niños, sueño, amigos, libertad, dieta, ropas, ¿qué te falta?»[723], o al menos podrías tenerlo (los medios son tan obvios, claros y bien conocidos), porque tal como él se ha inculcado a sí mismo,

«Alegre Marcial, haz tu estado,
Con estos medios, más afortunado.
No te fatigues más para acumular tu caudal,
Destierra la contienda y recibe al placer»[724].

Digo nuevamente que tienes, o al menos deberías tenerlo si lo deseas, y estoy seguro de que así es, un corazón alegre. «Pasando por una villa en el territorio de Milán, decía san Agustín[725], vi a un pobre mendigo que tenía probablemente la tripa llena de comida, era juguetón y alegre, le vi y les dije a algunos de mis amigos que estaban entonces conmigo: qué cantidad de problemas, locuras, dolor y sufrimiento mantenemos y exageramos en nosotros mismos; hay que obtener esa segura felicidad que ese pobre mendigo nos ha mostrado y que nosotros quizá nunca tendremos. Porque lo que él alcanzaba en ese momento, al pedir unas pocas piezas de plata, es una felicidad temporal y una actual tranquilidad de corazón, que yo no puedo conseguir con todas mis ansiosas preocupaciones y mis idas y venidas aquí y allá. E indudablemente el mendigo estaba muy feliz, pero yo me sentía abatido: él se sentía seguro y yo con miedo. Pero si algún hombre me hubiera preguntado si debía sentirme feliz o más bien solícito y triste, yo hubiera dicho que feliz. Si hubiera vuelto a preguntarme si yo prefería ser quien era, o ser como ese mendigo, seguro que hubiese elegido ser quien soy, siempre torturado por cuidados y temores, sin obstinación, pero no sin veracidad». Esto que san Agustín decía de sí mismo, aquí, en este momento, puedo decírtelo seguramente a ti: tú, infeliz descontento, tú codicioso avaro, tú palurdo, tú sapo hinchado, no es la necesidad si-

no la obstinación lo que causa tus pesares; pon en orden tus inclinaciones, tienes suficiente.

> «Cesa pues de procurar hacienda;
> Y puesto que tienes ya de sobra,
> Da término, pues, a tu laborioso esfuerzo»[726].

Termina ya con el ahorro, compra ese solar, ese campo, esa casa para éste o aquel niño, tú tienes suficiente para ti y para ellos,

> «lejos de Ulubris no necesitas vagar,
> todo lo que deseas lo encontrarás en casa»[727].

Está a mano, ahora mismo en el hogar, lo que tan empeñosamente buscas. Pero, «¡oh, pero no tengo más que ese rincón de terreno, aquel campo de allí, aquellos pastos!», «¡oh, si sólo pudiese encontrar ahora una vasija con dinero!», para comprar, construirme una nueva casa, casar a mi hija, colocar a mi hijo, etc. «¡Oh, si pudiera por lo menos vivir el tiempo suficiente para ver todas las cosas asentadas, unos dos o tres años, pagaría mis deudas!», haría todos mis recuentos exactos; pero todo es porvenir y pasado, y lo cierto es que tienes más negocios ahora que antes. «¡Qué locura pensar que se podía poner todo en orden en la vejez, cuando tienes más, si en tu juventud no pudiste arreglarlo teniendo sólo un poco»[728]. Pirrón[729] quería conquistar primero África y después Asia, pero vivió alegremente y se lo tomó con tranquilidad, y cuando el orador Cineas le dijo que debía hacerlo de todas maneras, le respondió muy satisfecho condenando su antigua locura. «Hay que comparar las pequeñas cosas a las grandes», y tú debes hacer lo mismo, y, por lo tanto, tomar tu fortuna con serenidad. Piensa que tienes bastante, pues quien está en una bañera todo mojado, no puede mojarse más por sumergirse en el Tíber o en el mismo océano; si tuvieras el mundo entero, o una sólida masa de oro tan grande como el mundo, no podrías tener más que lo que es suficiente, ni podrías disfrutar más y más tiempo de todo lo que tienes; la mente lo es todo, hay que estar alegre, pues no eres pobre sino rico, y por lo tanto los más ricos, como Censorino[730] escribía muy bien a Cerelio, deben desear menos y no tener más. Digo entonces (como aconseja Epicuro)[731]: no agregues más riqueza, disminuye tus deseos, y, como bien le secunda Crisóstomo[732], «si quieres enriquecer la virtud, menosprecia la riqueza»; ésa es verdadera abundancia, no tenerlas, sino no desear las riquezas, pues hay más gloria en rechazar que en poseer; «y no desear nada es del gusto de Dios». Cuántos sordos, mudos, cojos, inválidos, ciegos, todas las personas miserables que puedo contar que son pobres y además están angustiadas, en prisión, en el destierro, esclavos en galeras, condenados a las minas, a las canteras, con grillos, en mazmorras, en servidumbre perpetua; pues por encima de todos, tú eres el más rico, eres más feliz que esos a quienes puedes dar una limosna, y un Lord en respeto, un pequeño príncipe; debes estar contento entonces, te digo, no quejarte y refunfuñar, «porque no eres pobre realmente, sólo en tu opinión»[733].

Y este es un muy buen consejo, que debe ser correctamente aplicado a aquellos que tienen pero no lo utilizan, que tienen suficientes medios de vida, que son capaces de trabajar y ganarse la vida con el sudor de sus frentes, por medio de su profesión y que tienen ya algo; quien tiene pájaros puede coger pájaros, pero qué pueden hacer quienes son esclavos por naturaleza, impotentes e incapaces de ayudarse a sí mismos, meros mendigos que languidecen y se consumen, que no tienen ningún medio ni esperanza de tenerlos, ninguna confianza en redimirse ni en tener un mejor resultado. Como se quejaban aquellos antiguos británicos a sus señores y amos los romanos, cuando eran oprimidos por los pictos y los bárbaros les arrastraban al mar, y el mar les volvía a arrastrar hacia los bárbaros; nuestra miseria presente nos impulsa a gritar y aullar, a quejarnos a nuestros hombres ricos que nos vuelven la espalda y dan una respuesta burlona a nuestra desgracia, y no tienen compasión de nosotros; generalmente pasan por alto a sus pobres amigos en la adversidad, si sucede que por casualidad se encuentren con ellos, y voluntariamente los olvidan y hacen caso omiso de ellos; no quieren, no pueden ayudarnos. En lugar de confortarnos nos amenazan, nos insultan y se burlan de nosotros, empeoran nuestra desdicha, nos hablan con malos modos, pero si nos dan buenas palabras, ¿qué vale eso para aliviarnos? Según la idea de Tales, «fácil es aconsejar a otros»; ¿quién no puede dar buenos consejos?, es muy barato, no cuesta nada. Es una cuestión muy fácil para un vientre lleno declamar contra los festines. «¿Rebuzna el asno salvaje cuando tiene hierba, o muge el buey cuando tiene forraje?» (Job 6, 5). Nadie tan jocundo, tan alegre, como el pueblo de Roma cuando estaba en la abundancia, pero, cuando tenía necesidades, cuando estaba hambriento, «ni la vergüenza, ni las leyes, ni las armas, ni los magistrados podían mantenerlos en orden»[734]. Séneca alababa mucho la pobreza y lo mismo hacían todos aquellos perezosos filósofos, pero mientras tanto, él era rico[735] y ellos tenían medios para mantenerse; pero ¿podría algún pobre ensalzarla? «Hay quienes (decía san Bernardo[736]) aprueban una situación humilde, pero con la condición de que ellos nunca se vean en necesidad; y los hay también que son muy sufridos, pero siempre que puedan decir o hacer lo que deseen, pero cuando se presenta la ocasión están bien lejos de ser pacientes. Pido a Dios (decía Bernardo) «que ningún hombre ensalce la pobreza, sólo quien es pobre», y quien mucho les admira, debe socorrer, ayudar y aliviar a los demás.

«Si nos has escuchado y eres un buen hombre,
Di a quien necesita, si eres capaz, que obtenga medios»[737].

Pero nadie nos escucha, somos miserablemente expulsados, la escoria del mundo,

«Apenas tenemos ya sitio en el lugar»[738],

no podemos encontrar alivio, ni consuelo, ni socorro,

«Y no se encuentra ni consigue ningún apoyo»[739].

Hemos intentado todos los medios y sin embargo no hemos encontrado remedio. Ninguna persona viviente puede expresar la angustia y amargura de nuestras almas, y quienes lo soportamos estamos agotados por la miseria, desamparados, torturados en cuerpo y alma, en un infierno: ¿qué podemos hacer? El cónsul romano Craso[740], que hacía la guerra a los partos, después de una dasafortunada batalla huyó en la noche y dejó cuatro mil hombres, dolorosamente enfermos y heridos en sus tiendas, ante la furia del enemigo, y cuando los pobres hombres se dieron cuenta, lanzaron lastimeros gemidos y gritaron a todo pulmón, tan fuerte como el Marte de Homero cuando fue herido, tanto, que ni el ruido de diez mil hombres podía ahogar el sonido, y todo por el miedo a la muerte que se les hacía tan presente. Pero nuestro estado es muchísimo más trágico y desgraciado, mucho más deplorable, y tenemos una razón mucho mayor para lamentarnos; el demonio y el mundo nos persiguen, toda buena fortuna nos ha abandonado, nos han dejado con la rabia de la mendicidad, el frío, el hambre, la sed, lo desagradable, la enfermedad, las molestias, el tormento continuo, el esfuerzo y el dolor, el escarnio y el rechazo, todos amargos enemigos, todos muchísimo peores que cualquier muerte; la muerte es lo único que deseamos, la muerte buscamos y no podemos tenerla, ¿qué podemos hacer?

> «Por lo cual el mal, como bien,
> No se puede soportar».

Acostúmbrate a ello, y al final será tolerable. Sí, pero no puedo, de ninguna manera. Estoy en el máximo extremo de la adversidad humana, y como la sombra abandona el cuerpo cuando el sol se va, estoy ahora abandonado y perdido, y completamente desamparado por el mundo. «Quien yace en la tierra no puede caer»; confórtate con esto, tú estás en la peor situación, y antes de mucho tiempo la superarás o ella a ti. Si es violenta, no puede perdurar, «terminará o buscará un final». Deja que caigan sobre ti de una vez el propio demonio y todas las plagas de Egipto,

> «no te dejes llevar por los lamentos,
> Contra ti van los más firmes».

Ten coraje, la desgracia es la piedra de afilar de la virtud.

> «... Serpientes, sed, calor, arena,
> dulce virtud»[741],

como Catón decía a sus soldados cuando marchaban por los desiertos de Libia, que la sed, el calor, las arenas y las serpientes eran agradables para un hombre valiente, y que las empresas honorables se acompañan siempre de peligros y perjuicios, como evidencia la experiencia, y ello hará que el resto de la vida tenga buen sabor. Pero pongamos por caso que esa situación continúe: piensa entonces que no eres tan pobre como eras al nacer, y como sostienen

algunos, mejor compadecido que envidiado. Pero aunque lo hayas perdido todo, seas pobre, rechazado, tengas el cuerpo dolorido y sufrimientos mentales, tus enemigos te insulten, estés tan mal como Job, entonces dime (decía Crisóstomo): «¿quién era el gran triunfador, Job o el demonio?, seguramente Job, porque aunque el demonio se quedó con sus bienes y él se alimentaba en el estercolero, conservaba su buen nombre; Job perdió a sus hijos, la salud, los amigos, pero conservó su inocencia; perdió su dinero pero mantuvo su confianza en Dios, lo que es mejor que cualquier tesoro. Haz tú entonces lo mismo que Job, triunfa como hizo Job», y no te molestarán como a un tonto cualquiera. ¿Cómo puede hacerse esto? Crisóstomo responde que con gran facilidad, sólo meditando sobre el Cielo. Ana[742] lloraba dolorosamente, y con la mente trastornada no podía comer; entonces su marido, Elcana, le dijo: «¿Por qué lloras, y por qué no comes?, ¿por qué está preocupado tu corazón? ¿No soy yo mejor para ti que diez hijos?», y ella se calló. Estás aquí, angustiado, en este mundo, pero debes decirte a ti mismo: «¿por qué estás preocupada, ¡oh! alma mía?», ¿no es mejor Dios que tú, que todas las temporalidades y los placeres momentáneos del mundo?; ten, pues, calma. Y si estuvieras ahora, por ventura, en extrema necesidad y miseria[743], puede ser para tu bien futuro el probar tu paciencia[744], como hizo Job, así que ejercita tu paciencia en esta vida: cree en Dios y confía en él, y al final, serás coronado. ¿Qué es esta vida ante la eternidad? El mundo te ha abandonado, tus amigos y tu fortuna se han ido, y sin embargo has de saber que hasta los pelos de tu cabeza están numerados, que Dios es un espectador de todas tus desgracias, él contempla tus errores, calamidades y necesidades. «Es su buen deseo y placer y así debe ser, y él sabe mejor lo que es por tu bien que tú mismo»[745]. Su providencia está por encima de todo, en todo momento, «ha colocado una guardia de ángeles sobre nosotros y nos guarda como a la niña de sus ojos» (Salm 17, 8)». A algunos los exalta, los prefiere, los bendice con riquezas mundanas, honores, cargos y promociones como otras tantas estrellas resplandecientes que hace brillar por encima del resto; a algunos los protege milagrosamente de ladrones e incursiones, de la espada, el fuego y todos los infortunios violentos; y como imaginó el poeta[746] sobre Liciano Pandarus, hijo de Licaón, cuando disparó, con potente arma, una flecha mortal contra Menelao el griego, Palas, como una buena madre que espanta las moscas de la cara de su hijo mientras duerme, desvió la saeta y la hizo golpear contra la hebilla de su cinturón; así Dios defiende a algunos solícitamente y a otros los expone al peligro, a la pobreza, la enfermedad, la necesidad y la miseria, y Él castiga y corrige, según le parece mejor, en su profundo, insondable y secreto juicio, y todo por nuestro bien. El tirano tomó la ciudad (decía Crisóstomo)[747] y «Dios no lo evitó; los condujo como cautivos, y Dios lo toleró; los amarró, y Dios lo consintió; los arrojó al horno, y Dios lo permitió; puso el horno más caliente, le fue admitido, y cuando el tirano hubo hecho lo peor que podía hacer, Dios demostró su poder y las criaturas paciencia»: los liberó; así hizo él con ellos, y pudo ayudar en un instante[748], cuando a él le pareció bien. «No te alegres en mi contra, ¡oh mi enemigo!,

porque aunque caiga, me levantaré, y cuando esté sentado en la oscuridad, Dios me iluminará»[749]. Recuerda lo que soportaron todos aquellos mártires, lo máximo que pueden inventar la rabia y la furia humanas, y con qué paciencia lo aguantaron, con que buena voluntad lo aceptaron[750]. «Aunque Dios me mate, decía Job, confiaré en Él». Como sostiene Crisóstomo, un hombre justo es inexpugnable[751], y no será vencido. La gota puede herir sus manos, la cojera sus pies, las convulsiones puede torturar sus articulaciones, pero no su «mente recta»: su alma es libre.

«Toma mi rebaño y mi oro,
Mis bienes y mi tierra,
Ponme en prisión, átame de pies y manos»[752].

«Quítale su dinero, su tesoro está en el cielo; destiérralo de su país, es un habitante de ese Jerusalén celestial; afíliale a un grupo, su conciencia es libre. Mata su cuerpo, resurgirá nuevamente, él lucha contra una sombra que compite con un hombre honesto»[753]: no lo moverán. Aunque el mismo cielo caiga sobre su cabeza, no se sentirá agredido. Es impenetrable, como un duro yunque, tan constante como Job.

«Tengo fe en que Dios podrá redimirme cuando quiera»[754].

Sé tú como uno de esos, deja que tu miseria sea lo que quiera, lo que pueda, y sopórtalo con paciencia; tú debes ser rehabilitado como Job lo fue. «Cuando la tierra te proscribe, el Cielo es tuyo; cuando los hombres te abandonan, escapa hacia Dios. Los pobres no serán siempre olvidados, el que es paciente y siempre bondadoso no perecerá para siempre» (Salm 10, 18; y el vers. 9): «El señor será un refugio para los oprimidos, una defensa en los tiempos de angustia».

«Inválido era Epicteto, y pobre Irus,
Y a ambos Dios era propicio»[755].

El famoso viajero Ludovico Vertomannus soportó mucha miseria, pero seguro que era, decía Escalígero, «un favorito de Dios», porque escapó de muchos peligros, Dios le protegía especialmente, era querido por él. «Te encuentras ahora en el valle de las desdichas, en la pobreza, en la agonía, en la tentación; descanso, eternidad, felicidad, inmortalidad serán tu premio, como argumenta Crisóstomo, si crees en Dios y guardas tu inocencia». «Aunque tenga ahora mala voluntad para contigo, no será siempre así», bruscamente puede llegar un buen momento para ti, espera un poco.

Sí, pero esta expectativa es la que me tortura mientras tanto, «la esperanza futura hace codicioso al presente»[756], mientras la hierba crece, el caballo se muere de hambre, pero no desesperes y espera el bien.

«Ten esperanza, Bate, que el mañana puede traer la oportunidad
para mejores cosas; mientras hay vida hay esperanza»[757].

Alégrate, te digo que no desmayes. «El granjero vive con esperanza. Los que sembraron con lágrimas, con regocijo segarán» (Salm 126, 7).

> «Si la fortuna me atormenta,
> La esperanza me contenta».

La esperanza reanima tanto como la desgracia deprime; los comienzos difíciles producen muchas veces prósperos eventos, y puede suceder al final lo que nunca sucedió antes. «El deseo cumplido deleita el alma» (Prov 13, 19).

> «Lo agradable ocurre
> en el momento inesperado»[758],

> Lo que me hace disfrutar por fin de las alegrías tan deseadas.
> Bienvenida sea esa hora en que la esperanza pertenecerá al pasado.

Una mañana encapotada puede convertirse en una agradable tarde[759]. «La esperanza diferida es el desfallecimiento del corazón, pero el deseo cumplido es un árbol de vida» (Prov 13, 12). «Es agradables realizar los deseos»[760]. Muchos hombres son, en sus comienzos, muy desdichados e infelices, pero después son los más felices, y sucede así a menudo, como nos relata Maquiavelo[761] sobre Cosme de Medicis, el afortunado y conocido ciudadano de Europa, «que pasó toda su juventud lleno de perplejidades, peligros y miseria, hasta que pasó los cuarenta años, y entonces de golpe el sol de su honor se abrió paso entre las nubes». A Huniades le sacaron de la prisión, y a Enrique III de Portugal, de un pobre monasterio, ambos para ser coronados reyes.

> «Mucho se escurre entre copa y labios»,

más allá de toda esperanza y expectativa muchas cosas se producen, ¿y quién sabe qué puede pasar? Como decía Filipo II de Macedonia, no están todavía todos los soles colocados, un día llegará en que todo se tenga que enmendar. «Aunque mi padre y mi madre me abandonen, el Señor me recogerá» (Salm 27, 10). «Espera pacientemente en el Señor y ten esperanza en él» (Salm 37, 7). «Sé fuerte, espera y confía en el Señor y él te confortará y ofrécele a él los deseos de tu corazón» (Salm 27, 14)».

> «Espera y resérvate para mejores días».

No te impacientes porque eres pobre, despreciado y no estás tan bien en este momento como podrías estar, ni como deberías por tu nacimiento, situación y mérito; y, lo que es doblemente corrosivo, has sido feliz, honorable y rico, y estás ahora angustiado y eres pobre, un deshecho de hombre, un peso para el mundo, molesto para ti mismo y para los demás, lo has perdido todo: «miseria es haber sido feliz», y como dice Boecio, «es el peor tipo de mala fortuna». Esto lo que volvió medio loco de melancolía a Timón, pensar en su antigua

fortuna y en su presente desgracia, esto solo es capaz de convertir a muchos en unos desgraciados y unos lastimeros descontentos. Y confieso que es una gran desgracia haber sido antes feliz, y la quintaesencia de la infelicidad es haber sido honorable y rico, y sin embargo hay que soportarlo con tranquilidad: se puede llegar a la indiferencia, que, sin duda, es el mejor estado para un hombre juicioso[762]. La pérdida de tus bienes y tu dinero no es una pérdida, «lo has perdido, pero si no, ellos te hubieran perdido a ti». Si tu dinero se ha ido, «así serás el más ligero»[763], y así fue cómo persuadió San Jerónimo al monje Rústico para que lo abandonara todo y siguiera a Cristo, «el oro y la plata son metales demasiado pesados para que los cargue quien busca el Cielo».

> «Allí, en el mar, déjanos lanzar,
> Las gemas y el oro que hemos amasado,
> Si realmente nos arrepentimos de nuestros pecados;
> Porque en ellos comienza todo vicio»[764].

El filósofo Zenón perdió todos sus bienes en un naufragio, pero no lo tomó en serio, y así la suerte le obligó a un gran cambio: ella podía quitarle todos sus bienes, pero no su mente. Y así, lanzó un desafío de allí en adelante, pues la suerte no podía robarle nada si nada tenía que perder, y él se sentía capaz de rechazar mucho más que lo que hubiera podido poseer o desear. Alejandro envió como presente cien talentos de oro a Foción de Atenas, porque oyó decir que era un buen hombre, pero Foción le devolvió sus talentos con un «permítame que siga siendo un buen hombre»: déjame ser quien soy:

> «No pido oro ni ninguna recompensa».

El tebano Crates arrojó su dinero al mar por su propio deseo, diciendo: «prefiero haberte hundido a tí, a que tú me hundieras a mí». ¿Pueden los estoicos y los epicúreos rechazar la riqueza y no somos capaces de hacerlo nosotros, que somos cristianos? En la obra de Salustio se encuentra un generoso discurso de Cotta[765]: «muchas desgracias me han sucedido en mi hogar y en las guerras en el extranjero, de las cuales algunas he soportado con la ayuda de Dios, otras las he repelido y superado por mi propio valor; el coraje no fue nunca una carencia en mis ideas, ni la laboriosidad en mis propósitos, y ni la prosperidad ni la adversidad pueden alterar mi ánimo». La mente de un hombre sabio es, como dice Séneca, «como el estado del mundo por encima de la Luna, todo serenidad». Venga pues lo que venga, suceda lo que suceda, «ve a su encuentro con coraje, entero e inconquistable: uno debe ser valiente en la adversidad» (Horacio, *Odas*, lib. 2, 11). La esperanza y la paciencia son dos remedios soberanos para todo, el más seguro reposo, el más suave cojín para apoyarse en la adversidad:

> «La paciencia ablanda lo duro,
> Si no es posible corregirlo de otro modo»[766].

Si no puede evitarse o corregirse, haced con ello lo mejor que podáis[767], «quien se acomoda a la necesidad es sabio»[768], es sabio quien se adapta a los tiempos. Como en un juego de chaquete, así sucede con todos los accidentes inevitables. Si no puedes eliminar lo que quieres, juega tus dados como puedas, representa tu papel como puedas[769]. Todas las cosas, decía Epicteto, tienen dos asas, una para sostenerlas y la otra no, y es de nuestra elección tomar o dejar lo que queramos (todo lo cual Simplicio, su comentarista, ha ilustrado con muchos ejemplos), y está en nuestras manos, como dice, beneficiarnos o hacernos daño a nosotros mismos. Confórmate entonces con tu presente fortuna[770], adapta tu vida a tus circunstancias, «puedes estar contento con tu lote», con tu condición y ocupación, cualquiera que sea, y descansa satisfecho con tu presente situación en esta vida:

> «Si no puedes ser como quisieras,
> sé como eres,
> sean lo que sean los demás.
> Desea ser como puedas ser,
> no como no puedas».

Y como aquel que, cuando le invitan a una fiesta, come lo que le ponen delante[771] y no se pone a buscar otra cosa, disfruta de lo que tienes y no pidas más a Dios, porque lo que él piensa es lo adecuado para ti. «No todos tendremos la misma fortuna al llegar a Corinto», no podemos ser todos caballeros, todos Catos o Laelios, como nos dice Cicerón, todos honorables, ilustres y serenos, todos ricos; pero como los hombres desean muchas cosas, entonces, decía Teodoreto: «Dios ha distribuido de forma diversa sus dones, salud a uno, habilidad a otro, hombres ricos que pueden alentar y dar trabajo a los pobres, pobres que aprenden diversos oficios por el bien común»[772]. Igual que una pieza de Arrás, que se compone de diversas partes, algunas labradas con seda, otras con oro, plata, hilos de diversos colores, todo para servir al ornato del todo. La música está hecha de diversos acordes y tonos, la suma total de muchos pequeños números: así es una comunidad, con diversas ocupaciones y profesiones. Si todos fueran Cresos y Daríos, todos ociosos, todos iguales en fortuna, ¿quién cultivaría la tierra? Como Menenio Agrippa[773], que satisfacía plenamente a la tumultuosa muchedumbre de Roma con su elegante *Apólogo* del vientre y el resto de los miembros. ¿Quién construiría casas y crearía los diversos materiales para nuestras ropas? Deberíamos todos estar deseando tener compañía, como declaraba claramente la Pobreza en el *Plutón* de Aristófanes, y rogar que nos encontremos al final como estábamos al comienzo. Y en consecuencia Dios ha establecido esta desigualdad de los estados, órdenes y grados, y una subordinación como en todas las otras cosas. La tierra provee de nutrición a los vegetales, las criaturas sensibles se alimentan de vegetales, y ambos son aprovechados por las almas razonables, y los mismos hombres son dependientes unos de otros, y todos de los poderes superiores, y así lo quiere

Dios. Examinando entonces todas las cosas correctamente y considerándolas convenientemente, como es debido, no hay causa para tan general descontento, que no está en la materia real sino en nuestra mente, si moderamos nuestras pasiones y valoramos las cosas. Deja que tu fortuna sea lo que quiera, decía Cardano[774], es sólo la mente la que te hace pobre o rico, desgraciado o feliz. He visto, decía el divino Séneca, a hombres desgraciadamente abatidos en agradables villas, y otros, en cambio, bien ocupados y bien cómodos en un desierto solitario. Es la mente y no el lugar lo que produce tranquilidad y da verdadero contento. Agregaré una palabra o dos como corolario. Muchos hombres ricos, me atrevo audazmente a decir, se acuestan en sus camas saciados de exquisiteces todos los días, en sus casas bien provistas, pero viven con menos tranquilidad de corazón, con más ansiedad, más dolores corporales y pasan muchas más horas amargas por sus intemperancias que muchos prisioneros y galeotes. «No dormía mejor Mecenas en su cama que Régulo en su barrica»[775], ni esos pobres y hambrientos holandeses que Barents[776] su capitán, dejó en Nueva Zembla en el año de 1596, o aquellos ocho desgraciados caballeros ingleses que recientemente se quedaron, en el invierno de 1630, en un cobertizo, en Groenlandia, a 77 grados de latitud, tristemente abandonados y forzados a desplazarse por sí solos en un paraje vasto, oscuro y desierto, donde tenían que esforzarse y luchar contra el hambre, el frío, la desesperación y la propia muerte[777]. Sólo una mente paciente y tranquila (y lo digo una y otra vez) produce verdadera paz y contento. En cuanto al resto de las cosas, todo es como nos decía el viejo Cremes, según lo utilicemos:

«Parientes, patria, amigos, linaje, lazos, riquezas,
Todo es según sea el alma del que lo posee.
Para quien sabe utilizarlos, son buenos;
Para quien no los usa rectamente, malos»[778].

Padres, amigos, fortunas, país, nacimiento, alianzas, etc.: flujos y reflujos de nuestras fantasías; placer o disgusto, según lo aceptemos e interpretemos, o lo apliquemos a nosotros mismos. «Cada uno construye su propia fortuna», y puedo decir de alguna manera que la prosperidad y la adversidad están en nuestras manos. «Nadie es herido más que por sí mismo», como Séneca confirma a partir de su juicio y su experiencia, «la mente de cada hombre es más potente que la fortuna, y lo conduce hacia el sitio que quiere; cada uno es la razón de sí mismo, por su buena o mala vida»[779]. Pero, queramos o no, pongámonos en lo peor, supongamos un hombre en la situación más extrema; pues es una suerte que algunos prefieren infinitamente más que tener prosperidad, y lo cierto es que de los dos extremos, es el mejor. «El orgullo se desenfrena en la prosperidad», los hombres, con la prosperidad[780], olvidan a Dios y a sí mismos, se entontecen con sus riquezas como los pájaros con el beleño; desgraciados si la fortuna les abandona[781], pero más desgraciados si se demora y después les arrolla, porque cuando alcanzan un gran lugar y son ricos, quienes

eran más templados, sobrios y discretos en sus fortunas privadas (como Nerón, Otón, Vitelio, Heliogábalo: excelentes emperadores si nunca hubieran regido), degeneran en un momento y se convierten en bestias brutas, prodigiosamente libidinosas, y en tiránicos opresores, hombres que no se pueden controlar y se convierten en monstruos, en seres odiosos, en arpías o en cualquier otra cosa. «Cuando han conseguido triunfos, riquezas, honores, entonces se entregan a la jarana y la indolencia, así decía Catos, y no se pueden contener»[782]. Por esta razón quizás,

> «Eutrapelo, cuando quería herir a un bribón,
> Le daba alegres y ricas vestiduras para ponerlo garboso,
> Porque como rico cambiaría totalmente su mentalidad,
> Mantendría putas, explotaría violento y dejaría detrás la honestidad»[783].

Por otro lado, en la adversidad muchos refunfuñan y se lamentan, se desesperan, etc. Toda situación es mala, lo reconozco, como un zapato: tanto si es demasiado grande como si es demasiado pequeño, el uno tuerce el pie, el otro lo oprime[784]; «pero del mal, el mínimo». Si la adversidad ha matado a sus mil, la prosperidad ha matado a sus diez mil: por lo tanto es preferible la adversidad. La una engaña, la otra instruye[785]; la una hace desgraciadamente feliz, la otra felizmente desgraciado. Y por ello muchos filósofos han buscado voluntariamente la adversidad, y así lo recomiendan en sus preceptos. Demetrio, tal como aparece en Séneca, consideraba una gran infelicidad que a lo largo de su vida no había sufrido ninguna desdicha. No hay, pues, que tomar tan mal la adversidad, y no debemos en tales casos consumirnos; no hay tanta disparidad entre la pobreza y la riqueza. Para concluir con las palabras de Jerónimo[786] «preguntaré a nuestros magníficos que construyen con mármol y ofrecen una mansión entera como regalo, qué diferencia existe entre ellos y Pablo el Eremita, ese viejo desnudo: ellos beben en joyas, él con sus manos; él es pobre e irá al cielo, ellos ricos e irán al infierno».

Contra la servidumbre, la pérdida de libertad, la prisión y el destierro

La servidumbre, la pérdida de libertad, la prisión, no son desgracias con las que podamos estar de acuerdo, pero hasta los mejores de nosotros son esclavos y sirvientes. Porque tal como nosotros tenemos que reverenciar a nuestros amos, así tienen que hacer ellos con sus superiores: los caballeros sirven a los nobles, y los nobles están subordinados a los reyes, «cada gobernante bajo un gobernante más fuerte». Los propios príncipes son sirvientes de Dios. Están sujetos a sus propias leyes, y puede suceder como con los reyes de China, que soportan más que si fueran esclavos prisioneros para mantener su estado y grandeza, pues nunca salen fuera. Alejandro era un esclavo del miedo, César del orgullo, Vespasiano de su dinero (importa poco si estamos esclavizados por personas o por cosas), Heliogábalo de su vientre, y así todos los demás. Los amantes son esclavos de sus señoras, los ricos de su oro, los cortesanos en general de la lujuria y la ambición; y todos somos esclavos de nuestros sentimientos, como bien expone Evangelus en la obra de Macrobio[787], y Séneca[788] el filósofo, que le llama «una servidumbre extrema y sin escapatoria». Ser cautivo de los vicios es una esclavitud permanente, ¿y quién está libre de ello? ¿Por qué entonces debes afligirte? «Bastante dueño de sí mismo es todavía, decía Jerónimo, alguien que no está obligado a servir». No transportas cargas, no eres un prisionero, no trabajas como un esclavo, y hay miles que quisieran esa libertad y esos placeres que tú sí tienes. No estás enfermo, ¿qué más podrías tener? Pero «hermoso es lo prohibido», debemos comer todos la fruta prohibida. Nos sentimos obligados a ir a lugares a los que no deseábamos voluntariamente ir; pero si nos impidieran ir libremente, sólo esto, atormentaría ya nuestra alma viajera. Un ciudadano, contaba Cardano[789], tenía sesenta años y nunca había salido fuera de los muros de Milán; el príncipe escuchó hablar de él y le ordenó que no se moviera, de manera que ahora tenía prohibido aquello que había descuidado toda su vida; pero ahora lo deseaba intensamente, y como se lo negaban, se murió de dolor.

Lo que he dicho de la servidumbre, lo digo también de la prisión: todos somos prisioneros. ¿Qué es nuestra vida más que una prisión? Todos somos prisioneros en una isla. El propio mundo es una prisión para muchos hombres, y nuestros estrechos mares son para ellos como una serie de acequias, y cuando han recorrido el globo de la tierra, imaginan que van a ver qué sucede en la Luna. En Moscú[790] y muchas otras zonas del norte, y a lo largo de toda Escandinavia, están prisioneros la mitad del año en un invernadero y no se atreven

ni a asomarse, por el frío. En Adén[791], Arabia, están encerrados durante todo el día por el excesivo calor, y tienen sus mercados por la noche. ¿Qué es un barco, sino una prisión? Y muchas ciudades son como otras tantas colmenas de abejas u hormigueros. Pero lo que tú aborreces pueden quererlo muchos otros. Las mujeres se guardan todo el invierno y gran parte del verano para no estropear su belleza, y algunas por amor al estudio. Demóstenes se afeitó la barba porque así evitaba toda ocasión de salir fuera, y ¿cuántos monjes, frailes y anacoretas han abandonado el mundo? «Un monje en una ciudad es como un pez fuera del agua». ¿Estás en prisión?: haz buen uso de ello y mortifícate. «¿Cómo puede un hombre ser contemplativo mejor que en soledad?», ¿o estudiar más que estando tranquilo? Algunos hombres valiosos han pasado toda su vida como prisioneros, y han tenido honores y gloria a pesar de ello, y han hecho mucho bien público por sus magníficas reflexiones. Ptolomeo[792], rey de Egipto, afectado por una dolorosa afección del cuerpo que le impedía salir fuera, se convirtió en discípulo de Estratón, se entregó a los libros y se dedicó enteramente a la contemplación, y fue así (añade mi autor) como construyó, en su propio honor, la renombrada Biblioteca de Alejandría, en la que había cuarenta mil volúmenes. Severino Boecio nunca escribió con tanta elegancia como cuando estaba en prisión, ni Pablo tan devotamente, porque la mayoría de sus epístolas fueron dictadas en sus agrupaciones; y a José, decía Agustín[793], «le creyeron más cuando estaba en prisión que cuando distribuía grano y era administrador de la casa del faraón». La cárcel da un techo a muchos individuos que son unos depravados alborotadores y asienta a muchos bribones vagabundos, que de otra manera andarían por ahí como tigres rabiosos y se arruinarían a sí mismos y a los demás.

El destierro no es, de ninguna manera, una desgracia. La patria de un hombre está allí donde se encuentra a gusto. Muchos otros viajan por placer a la ciudad a la que a ti te han desterrado, decía Séneca, y gran parte de los ciudadanos son extranjeros nacidos en otros sitios. «La patria son sus habitantes»[794], su país es lo que ha nacido en ellos, y ellos pueden sentirse desterrados si van al sitio donde tú vives, y del que tú estás tan poco dispuesto a partir. No hay desdoro en ser un extraño, ni es tan molesto ser un exiliado. «La lluvia es una extraña en la tierra, los ríos en el mar, Júpiter en Egipto, el Sol para todos nosotros. El alma es ajena al cuerpo, el colibrí al aire, la golondrina a la casa, y Ganímedes en el cielo, un elefante en Roma, un fénix en la India»[795], y esas cosas nos gustan mucho más, las que son más extrañas y vienen de más lejos. Los antiguos hebreos estimaban que los habitantes del resto del mundo eran gentiles, los griegos mantenían que todos eran bárbaros menos ellos, los modernos italianos nos consideran como torpes transalpinos a manera de reproche, y se burlan de ti y de tu país, ése que tú tanto admiras. Añorar el hogar demuestra un carácter infantil, y lo mismo estar descontento con algo que otros buscan; o preferir, como hacen los islandeses y noruegos de bajo nivel, sus ásperas islas antes que Italia o Grecia que son los jardines del mundo. Hay una nación inferior en el Norte llamada Chauci, decía Plinio[796], en la que viven

personas entre rocas y arenas a la orilla del mar, se alimentan con peces, beben agua, y sin embargo esas gentes se sienten esclavos cuando van a Roma. Y como él mismo concluye, así son las cosas, la fortuna favorece a algunos, que pueden vivir en su hogar, pero a otros se les hace penoso: es cuestión de opiniones; y para recibir un castigo hace falta un juicio. Todos los sitios están a igual distancia del cielo, el Sol brilla felizmente con igual calor en una ciudad que en otra, y para un hombre sabio no hay diferencias de clima. Para quien se comporta bien hay amigos en todas partes, y los profetas no son estimados en la propia tierra. Alejandro, César, Trajano, Adriano, eran como muchos aventureros, ahora en el Este, después en el Oeste y poco en casa; Marco Polo el Veneciano, Lodovicus Vertomannus, Pinzón, Cadamosto, Colón, Américo Vespucio, Vasco de Gama, Drake, Candish, Oliver Anort, Schouten, todos consiguieron sus honores por medio de expediciones voluntarias. Pero dices que los viajes de esos hombres fueron voluntarios, y nosotros estamos obligados, debemos partir como malhechores. Pues bien, sabed que es cierto lo que decía Platón[797]: Dios tiene un especial cuidado con los extraños, «y cuando necesitan amigos y aliados, lo merecerán más y encontrarán más favor en Dios y los hombres». Además del placer de la peregrinación, hay una variedad de objetos que producen satisfacción y muchísimos nobles que fueron desterrados, como Cicerón, Arístides, Temístocles, Teseo, Codro, etc., que lo acreditan suficientemente. Leed los dos libros sobre esta materia de Petrus Alcyonius.

Contra el dolor por la muerte de los amigos o, por otra parte, contra los vanos temores, etc.

La muerte y partida de los amigos son cosas generalmente dolorosas, los accidentes más graves y amargos que pueden suceder a alguien en la vida[798]; partir para siempre, abandonar el mundo y a todos nuestros amigos, es el último y más grande de los terrores, lo más fastidioso y penoso para nosotros. «El hombre muere tantas veces como las que pierde a sus amigos»[799]. Y aunque tenemos la esperanza de una vida mejor, de la felicidad eterna después de estos dolorosos y miserables días, sin embargo no somos capaces de prepararnos voluntariamente para morir, y su recuerdo es muy doloroso para todos nosotros y especialmente para quienes son afortunados y ricos, que se sobresaltan cuando se nombra a la muerte, como un caballo frente a un poste podrido. Digas lo que digas sobre ese otro mundo, como decía el príncipe indio Moctezuma[800], mejor estarían aquí. Aún más, muchos espíritus generosos, y por otro lado hombres graves y sobrios, son tan blandos en esto que cuando pierden a algún amigo querido claman, braman y se tiran de los pelos, lamentándose incluso meses después, aullando *¡Oh hone!* [¡Oh dolor!], como las mujeres irlandesas y los griegos[801] frente a sus tumbas, cometiendo muchas acciones indecorosas y casi perdiendo el control de sí mismos. Mi querido padre, mi dulce marido, la muerte de mi único hermano, ¿a quién dedicaré mi lamento?

> «Oh, miserable de mí;
> Cuántas lágrimas derramaré».

¿Qué haré?

> La muerte de mi hermano ha destrozado mi empeño,
> ¡Ay de mí!, ¡qué pena!, mi hermano se ha ido»[802].

Mecencio no pudo sobrevivir a su hijo.

> «Ahora entre de los míos aún me demoro,
> Y vivo: pero deja la luz que quiero»[803].

Y la mujer de Pompeyo clamó ante las nuevas de la muerte de su marido,

> «sería indigno que no muriese de dolor por tí»[804].

«Violento dolor que no sé cómo soportar», como decía la Agripina de Tácito[805], incapaz de moderar sus pasiones. Cuando escuchó que su hijo estaba

muerto, detuvo abruptamente su trabajo, cambió de semblante y color, se arrancó los cabellos y soltó un brutal aullido.

> «Súbito el calor abandona sus huesos.
> Sáltase la rueca de sus manos y los vellones que hilaba.
> Sale volando la infeliz con femenil alarido;
> Va rota de cabellos, y en su delirio corre a los muros»[806].

Otra tuvo necesidad de correr hacia las puntas de las espadas después de la partida de Euríalo:

> «¡Oh!, Rútulo, muestra tu merced,
> Y hiéreme con tus dardos también»[807]

Oh!, déjame morir, que algún hombre bueno o alguien termine conmigo. ¿Cómo soportó Aquiles la partida de Patroclo? Una negra nube de pesar le ensombreció, decía Homero. Jacob desgarró sus vestidos, puso el saco sobre sus espalda y se lamentó por su hijo durante una larga temporada, pero como no pudo consolarse, tuvo que descender con él a la tumba (Gen 37, 34). Muchos años después el recuerdo de esos amigos o de esos sucesos se nos hace más doloroso, incluso ver o escuchar cosas sobre eso, aunque no nos concierna a nosotros sino a otros. Escalígero decía que él nunca leía el relato de la muerte de Sócrates en el *Fedón* de Platón, porque lloraba; Agustín sollozaba cuando leía sobre la destrucción de Troya. Pero aunque esta pasión de la pena puede ser violenta, amarga y embargar con facilidad a hombres inteligentes, valientes y discretos, también es cierto que podemos resistirnos y la pasión puede ser desviada. Aunque, ¿qué hay en esta vida que pueda ser tan querido para nosotros?, ¿qué podemos deplorar más que la partida de un amigo? Los grandes placeres son la sociedad en común, disfrutar de la presencia de los demás, las fiestas, la cetrería, la caza, los arroyos, bosques, colinas, música, bailes, etc., pero todo esto no es más que vanidad y pérdida de tiempo, como he explicado suficientemente.

> «Mientras bebemos y nos pavoneamos, coqueteando con muchachas,
> La vejez se nos echa encima, silenciosamente»[808].

Así como los alquimistas gastan lo poquito que tienen en conseguir oro, y nunca lo encuentran, nosotros perdemos y despreciamos la eternidad por un pequeño momento de placer que no podemos disfrutar y que nunca alcanzaremos en esta vida. Aborrecemos la muerte, el dolor y el sufrimiento, todo, y sin embargo no hacemos nada que nos pueda justificar, sino que voluntariamente nos forzamos a aceptarlo. «El lascivo prefiere a su ramera antes que a su vida o buena condición, un hombre enfurecido prefiere su venganza, un parásito su vientre, sus ambiciones y honores; el ambicioso, las riquezas; el ladrón su botín y un soldado su pillaje; aborrecemos las enfermedades, y aún así las lanzamos sobre nosotros»[809]. No estamos nunca mejor o más libres de cuidados que cuando dormimos, y sin embargo, eso que tanto evitamos y lamentamos, la

muerte, no es más que un sueño perpetuo, y entonces ¿por qué, como argüía Epicuro, nos atemoriza tanto? «Cuando somos, la muerte no es, pero cuando la muerte es, nosotros no somos»[810]. Nuestra vida es tediosa y pesada incluso para quienes viven mejor, «es una desgracia haber nacido, un dolor vivir, una preocupación morir»[811]: la muerte pone fin a nuestras desgracias, y sin embargo no pensamos en ello. Un poco antes de que Sócrates[812] bebiera su poción de cicuta, dirigió a los ciudadanos de Atenas una alegre despedida y concluyó su charla con esta corta frase: «Mi tiempo ha llegado ahora a su fin; yo a mi muerte, vosotros a seguir viviendo, pero qué es lo mejor, sólo lo sabe Dios». Porque no hay placer que no se acompañe de pena y el arrepentimiento le sigue. «Si me alimento copiosamente es probable que enferme o me encuentre muy pronto indigesto; si vivo frugalmente mi hambre y sed se alivian, estoy bien sin estar ni lleno ni en ayunas; si vivo honestamente, ardo de lujuria». Si hago lo que me place, me agoto y mato de hambre yo mismo, y hago daño a mi cuerpo y a mi alma. «Por una pequeña cantidad de alegría, cuánto dolor; después de un pequeño placer, qué gran desgracia»[813]. Las dos cosas son penosas para mí, levantarme e irme a la cama, comer y proveerme de alimento, preocupaciones y disputas me acompañan durante todo el día, temores y sospechas durante toda la vida. Estoy descontento, ¿por qué hay que desear tanto vivir? En realidad, una muerte feliz sería el fin de todas nuestras calamidades y desgracias,

> «es la cura segura de todas nuestras preocupaciones».

Por qué no decir entonces, como el viejo Simeón, puesto que estamos tan implicados, «Señor, deja ahora a tu siervo partir en paz», o con Pablo, «deseo desintegrarme y estar con Cristo». Bendita sea la hora que nos conduce a una bendita vida, y benditos son los que han muerto en el Señor. Pero la vida es dulce, y la muerte no es tan terrible en sí misma como los concomitantes de ella; que pueden ser una enfermedad repulsiva, el dolor y el horror, y muchas veces la propia forma de morir: ser colgado, destrozado en la rueda, quemado vivo. Como Servet[814] el hereje, que tanto sufrió en Génova cuando le llevaron al poste de la hoguera, y vio avanzar al verdugo con el fuego en la mano, lo que le hizo bramar tan fuerte que aterrorizó a la gente. Un viejo estoico se hubiera burlado de ello. Y hay gente a la que le preocupa que no les entierren, etc.

> «Tus gentiles padres no te enterrarán,
> Entre tus ancestros sepultado no estarás,
> Y un ave salvaje tu cadáver devorará,
> O ahogado el cuerpo,
> Los peces hambrientos lo limpiarán»[815].

Como dijo Sócrates a Critón, lo que hagan conmigo cuando esté muerto no me concierne, «es fácil afrontar las pérdidas desde el sepulcro», no me preocupa en tanto que no lo siento, dejadles poner mi cabeza en el pico de Tenerife y mis cuartos en las cuatro partes del mundo,

«no importa criar cuervos en la cruz».

Deja que los lobos y los osos me devoren. La bóveda del cielo cubre a quien no tiene tumba[816]. Así sucede con nuestros amigos, ¿por qué su partida nos produce tanta alteración? Están mejor, según esperamos, ¿por qué entonces te lamentas, como hacían aquellos a quienes Pablo censuraba en su tiempo, «porque no tenían esperanza» (*1.ª Epístola a los Tesalonicenses*, 4, 13). Es lógico que tiene que haber alguna solemnidad,

«después de un día de dolor,
debemos enterrar a nuestros muertos
con el corazón sereno»[817].

Los amigos de Job no le dijeron ni una palabra durante los primeros siete días, dejaron que la pena y el desconsuelo siguieran su curso, sentados tristes y silenciosos a su lado. Cuando el mismo Júpiter lloró por Sarpedón, qué más podía insinuar el poeta, sino que la pena es buena. ¿Quién puede culpar a una tierna madre si llora por la muerte de sus hijos?[818]. Además, como sostiene Plutarco[819], no está en nuestro poder no lamentarnos, y no estar triste es no tener ni misericordia ni piedad; llorar por nuestros amigos es un sentimiento natural, y lamentarnos es un sentimiento irresistible, y apenarnos. «No sé cómo (decía Séneca)[820], pero algunas veces es bueno ser desdichado en la miseria; la mayor parte de todo el dolor se evacua por medio de las lágrimas»;

«es una forma de placer sumergirse en el pesar,
ahogando el dolor en lágrimas»[821].

«Así, después de un día o dos de duelo, confórtate en tu abatimiento» (Eccles 38, 17). Por eso el antiguo consejo de Germánico: «es indecoroso y vano llorar a los muertos»[822], no debemos dilatarnos demasiado en nuestros sentimientos, estar tristes de una forma desesperada, sufrir inmoderadamente, dejar que los sentimientos nos tiranicen; hay un «arte de la insensibilidad», un término «medio» que debe mantenerse. No podemos prohibir a los hombres que sufran (decía Agustín)[823], pero sí que sufran excesivamente: «No impido que un hombre se enfade, pero me pregunto: ¿a causa de mí está así? No impido que se sienta triste, pero, ¿por qué está triste? No prohibo el temor, pero ¿por qué razón tiene miedo?». Exijo moderación así como una justa razón. Los romanos, como la mayoría de las comunidades civiles, habían establecido los momentos adecuados para tales solemnidades, y no podían lamentarse más a partir de un día determinado, «y lo mismo si nacía un niño en una familia, se casaba una hija o hijo, se otorgaba algún cargo u honor, o un hermano era liberado de sus cadenas, o un amigo de sus enemigos», o algo semejante, no debían lamentarse más. Y es correcto que así sea, porque, ¿qué finalidad tienen todas esas pompas fúnebres, quejas y lágrimas? Cuando Sócrates se estaba muriendo[824],

sus amigos Apolodoro y Critón y algunos otros lloraban por él, y cuando él se dio cuenta les preguntó qué significaba eso, «porque por esa misma causa había hecho salir de la habitación a todas las mujeres; al oír sus palabras se sientieron avergonzados y dejaron de llorar». Luigi Cortusi, un rico abogado de Padua (según relata Bernardino Scardeonius)[825], ordenó en su última voluntad, bajo pena de una gran multa a su herederos si no lo cumplían, que no le hicieran ningún funeral y que nadie debía lamentarse. Pero que sin embargo, como en una boda, debía haber música y juglares, y en lugar de plañideras vestidas de negro ordenó «que doce vírgenes vestidas de verde debían llevarle a la iglesia». Su voluntad y testamento se cumplieron perfectamente, y fue enterrado en la iglesia de Santa Sofía. Cicerón[826], en un comienzo estaba muy afligido por la muerte de su hija Tulia, hasta que llegó un momento en que reforzó su mente con algunos preceptos filosóficos. «Entonces comenzó a triunfar sobre la fortuna y el sufrimiento, para que la recepción de su hija en el Cielo fuera más alegre, cuando antes sólo estaba preocupado por su pérdida». Si un pagano puede fortificarse así con la filosofía, ¿qué haría un cristiano con la divinidad? ¿Por qué, entonces, te maltratas tú mismo? Es una suerte inevitable, el primer estatuto en la Carta Magna, una ley eterna del parlamento: todos debemos morir[827]. Es una ley que no puede ser revocada, todos somos mortales, y todos esos dominantes dioses y reyes «mueren como hombres». «Está tan oculta la cabeza del excelso como la del inferior, la última se iguala con la primera»[828]. «¡Oh débil estado de la condición humana!», exclamaba Silvio; Ladislao[829], rey de Bohemia, tenía 18 años, estaba en la flor de la juventud y en medio de todos sus amigos, entre un montón de médicos[830], y, en ese momento, a punto de casarse[831], y sin embargo enfermó y murió en 36 horas. Y así nos iremos todos, antes o después, tal como se despide Calliopius de sus espectadores y auditores en la comedia,

> «vosotros pasarlo bien y aplaudid,
> Calliopius pasa revista».

Debemos decir adiós al mundo («Salida de Calliopius»), y habiendo desempeñado nuestro papel, marcharnos para siempre. Tumbas y monumentos tienen el mismo destino, «puesto que incluso los sepulcros tienen determinado su sino»; reinos, provincias, pueblos y ciudades tienen sus períodos, y éstos se consumen. En los tiempos florecientes de Troya, Micenas era la ciudad más bella de Grecia, «imperaba en toda Grecia», pero, ¡qué pena!, tanto ella, como «la asiria Nínive están totalmente destruidas». El mismo destino tienen hoy las Tebas egipcia y beocia, Delos, la casa consistorial común de Grecia, y Babilonia, la mayor ciudad que haya resplandecido jamás bajo el Sol, a la que no le quedan ya más que muros y algunas ruinas.

> «¿Qué resta de la Atenas de Pandión, más que el nombre?»[832],

como se quejaba Pausanias[833] en su tiempo. ¿Y dónde está ahora la misma Troya, y Persépolis, Cartago, Cícico, Esparta, Argos y todas aquellas ciudades

griegas? Siracusa y Agrigento, las ciudades más bonitas de Sicilia, que tenían en algunos momentos setecientos mil habitantes y están ahora en decadencia, y sólo quedan los nombres de Herón, Empédocles, etc., de entre aquella gran cantidad de personas. Entre los escitas se recuerda a un tal Anacarsis[834] que mantenía que el mundo entero debía tener un fin. Y cada parte de él. «Todas las otras ciudades son mortales», decía Peter Gillius[835] al referirse a Constantinopla, «sólo ésta durará tanto como el mundo»; pero no es así, no hay lugar, ni fortaleza, ni mar ni tierra que pueda vindicar una ciudad, ella y todo lo demás se desvanecerán al final. Y así como las grandes montañas parecen planicies para un viajero que las contempla al alejarse, hasta que por fin no se distinguen en absoluto, así declinan las ciudades, los hombres y los monumentos.

> «Sus andamios no pueden preservar el sólido globo terrestre».

Sólo quedan los nombres, a la larga olvidados, y finalmente envueltos en una noche perpetua.

«Volviendo de Asia (decía Servio Sulpicio en una epístola consolatoria a Cicerón)[836], cuando zarpé de Egina hacia Megara me puse a mirar el país a mi alrededor. Egina estaba detrás de mí, Megara delante, el Pireo a mano derecha, Corinto a la izquierda, florecientes ciudades en tiempos pasados, ahora postradas y abatidas delante de mis ojos. Comencé a pensar para mí: ¡qué pena!, ¿por qué nos alteramos tanto los hombres por la desaparición de un amigo, cuya vida es mucho más corta, cuando hay tantas buenas ciudades que yacen enterradas ante nosotros? Recuerda, ¡oh Servio!, que eres un hombre, y con esto me sentí muy confirmado y cumplido». Corrígete de la misma manera y confórtate tú mismo con esto, pues debemos necesariamente morir y todos morimos, pero nos levantaremos nuevamente; como sostenía Cicerón, «nuestro segundo encuentro será mucho más agradable, después que nuestra partida fue tan dolorosa».

Sí, pero él era mi más querido y amado amigo, mi único amigo,

> «¿Qué moderación cabe o qué pudor,
> En llorar tan caro amigo?...
> ¿Y quién puede censurarme por mi aflicción?»[837].

Deberías sentir vergüenza, digo yo como Séneca[838], hay que reconocerlo, «por tener sólo un ancla en una tempestad como ésta»: ve a buscar otra. Y por otra parte, le haces gran daño deseándole larga vida: «¿quieres que esté continuamente loco y enfermo», como un viajero cansado que llega fatigado a su posada, habiendo comenzado fresco su viaje, «o prefieres que se vea libre de sus miserias. Es preferible que te alegres de su partida». Otro se lamenta por la muerte de su muy dulce esposa, una mujer joven («aún no le había cortado Proserpina sus cabellos de oro»), una mujer como ningún hombre mortal ha tenido nunca; una esposa tan buena, pero ahora muerta y desaparecida, «que yace allí abajo en la tumba». Le replico con palabras de Séneca que si tal mu-

jer se pudiera tener alguna vez, «tendría que haberla buscado o haberla hecho, y si había encontrado una, podría también felizmente encontrar otra»; si la había hecho, como hizo el Critobolus de Jenofonte, podría de forma bien barata moldear otra, «y la segunda será tan buena como la primera». No tiene por qué desesperar, en tanto en cuanto tendrá el mismo amo. Pero, ¿era ella buena? Quizás si hubiera sido puesta a prueba como la viuda de Éfeso, que aparece en Petronio, por algún soldado fanfarrón, habría aceptado. Más de un hombre se hubiera quitado de encima esto del matrimonio voluntariamente: antes estabas atado, ahora estás libre, «es una locura amar tus grilletes aunque sean de oro». Y plantéate una tercera posibilidad, y te encontrarás con un padre mayor que suspira por un hijo, un bonito niño,

> «El que ahora yace dormido,
> Haría enternecerse a un fiero tracio»[839].

O alguna hija excelente que murió joven,

> «Sin haber ni siquiera conocido las alegrías del lecho nupcial».

O un hijo abandonado por un padre muerto, ¿por qué llora si quien llegó primero se debe marchar primero? «¡Ay de tí, cariño equivocado!»[840]. Porque, ¿es que quieres que se alteren las leyes de la naturaleza, y que viva para siempre? Julio César, Augusto, Alcibíades, Galeno, Aristóteles, perdieron a sus padres cuando eran jóvenes. ¿Y por qué, por otro lado, debes tomarte tan mal la muerte de tu hijito?

> «No causada por el destino, ni merecida,
> Sino ocurrida, desgraciadamente, muy pronto»[841].

Quizás murió antes de tiempo, sin haber llegado al solsticio de su edad, pero, ¿acaso no era mortal? Escucha al divino Epicteto[842]: «Si ambicionas que tu mujer, amigos, hijos, vivan siempre, estás loco». Era realmente un chico excelente, «digno de las lágrimas de Apolo», un niño dulce, cariñoso, hermoso, con la vida por delante, otro Eteoneo a quien tanto lamentaron Píndaro el poeta y Arístides el retórico, ¿pero quién podría decir si habría de ser un hombre honesto? Podría haber llegado a ser un ladrón, un bribón, un derrochador, un hijo desobediente que te irrita y exaspera más que el resto del mundo; podría haber reñido contigo y disentido, o con sus hermanos, como Etéocles y Polinice[843], y romper tu corazón; se ha ido ahora a la eternidad como otro Ganimedes, en la flor de la edad, «como si hubiera resucitado». O como decía Plutarco[844], «en medio de la fiesta», antes de emborracharse, «porque cuanto más se ha vivido, peor se puede haber sido»; o, como decía Ambrosio, «vida larga, culpas numerosas», más pecados, más a lo que responder por lo que se ha hecho. Si el hijo era díscolo, debes estar contento de que se haya ido; si era bueno, alégrate de haber tenido un hijo así. Pero, ¿estás seguro de que era bue-

no? Puede que fuera un hipócrita, como son muchos, y aunque te hablaba a ti cortesmente, quizás predicara entre los demás lo que oyó Icaromenipo en «el lugar de los murmullos de Júpiter», como aparece en Luciano, sobre la muerte de sus padres: que ahora andaba corto de dineros, y que iba a heredar muchos bienes y hermosas fincas después de su muerte. O pongamos por caso que era muy bueno, supongamos lo mejor, ¿no te habría reconvenido tu hijo muerto, como hizo el de la obra de Luciano[845]: «¿Por qué lamentas mi muerte, o me llamas desgraciado, si soy mucho más feliz que tú mismo?, ¿qué calamidad me ha acontecido? ¿Es porque no estoy calvo, lisiado, viejo, deteriorado como estás tú? ¿Qué he perdido?, ¿algo de tu buen humor, alegres ropas, música, canto, danza, besos, alegres reuniones, «tálamos placenteros», etc.? ¿Es eso? ¿Acaso no es mucho mejor no tener hambre en absoluto que comer, no tener sed que beber para satisfacer la sed, no tener frío y así no tener que ponerse ropas que eviten el frío? Tú necesitas alegría, mientras que yo estoy libre de enfermedades, fiebres, preocupaciones, angustias, despecho, amor, codicia, odio, envidia, malicia, ya no tengo por qué temer a los ladrones, a los tiranos y enemigos, como te sucede a ti. ¿Qué bien hacen tus lágrimas, cuál es su finalidad?».

«¿Piensas que de estas cosas que pasan,
Importan las cenizas o las sombras?»[846].

¿Piensas que una vez muertos nos preocupa alguna cosa? No te conduelas en demasía por los demás y no desees ni tengas miedo de tu propia muerte. No tiene sentido.

«Dejo esta tediosa vida con todo mi corazón,
Lo menos malo que puede sucederme es la muerte»[847].

El cardenal de Bríndisi hizo inscribir ese epitafio en su tumba de Roma, para demostrar su deseo de morir y censurar a quienes estaban tan reacios a ello. Así que no llores y gimas más, tiene poco sentido; y como nos advirtió Cicerón en caso semejante, piensa en lo que haces, no en lo que has perdido. Así hizo David, «Mientras el niño estaba todavía vivo yo ayunaba y lloraba, pero estando ahora muerto, ¿para qué voy a ayunar?: ¿acaso puedo hacerle volver? Yo puedo irme con él, pero él no puede regresar a mí» (Sam 2, 12, 22 y 23). Aquel que hace de otra manera es un inmoderado, un débil, un necio y un hombre poco discreto. Aunque Aristóteles[848] niega que la falta de moderación tenga que ver con la pena, yo pienso como Séneca[849], que «quien es sabio es moderado, y quien es moderado es constante, libre de pasión, y quien es así no tiene pena»: como deben ser todos los hombres sabios. Los tracios lloraban siempre cuando nacía un niño, y festejaban y se alegraban cuando alguien era enterrado: y así debemos estar, más contentos por quien muere bien, que se libera así felizmente de las miserias de esta vida. Cuando el noble joven griego Eteoneo fue tan ampliamente llorado por sus amigos, Píndaro, el poeta, hizo

de él un dios diciendo: «callaos buenos amigos, este joven no es tan desdichado como pensáis, no se ha ido ni a la laguna Estigia ni al Aqueronte, sino que vive eternamente en los campos Elíseos». Ahora disfruta de la felicidad que tan intensamente buscan vuestros grandes reyes, y usa la guirnalda por la que tanto compiten. Si nuestra debilidad actual es tal que no podemos moderar nuestras pasiones en nuestro propio beneficio, debemos desviarlas por todos los medios, haciendo alguna otra cosa, pensando en otros asuntos. Cuando las preocupaciones y sufrimientos les atrapan intempestivamente, la mayoría de los italianos se las quitan durmiendo; los daneses, alemanes, polacos y bohemios se las quitan bebiendo, y nuestros campesinos se divierten; sea de una manera o de otra, no permitas que te sobrepasen, «o convertir en familiares esos accidentes con premeditación»[850], como Ulises cuando lloraba por su perro pero no por su mujer: «preparado con mente firme» (Plutarco, *Sobre la tranquilidad del alma*), se acostumbró y endureció de antemano viendo las calamidades de otros hombres, y aplicándolas a su situación presente:

> «El mal es más leve cuando se prevé».

Concluiré con Epicteto[851]: «si amas a una olla, recuerda que eso que amas no es más que una olla y que no tienes por qué alterarte si se rompe. Si amas a un hijo o a una esposa, recuerda que son mortales y no te sentirás tan intranquilo». Y así lo mejor es no acobardarse por falsos temores y otros inconvenientes fortuitos, infortunios o calamidades, resistiéndonos y preparándonos nosotros mismos. En todo caso, es una estupidez tener miedo de lo que no puede evitarse[852], o descorazonarse por eso. Porque quien tanto se acobarda o teme y se rinde a su pasión, tira sus propias armas, hace una cuerda para atarse a sí mismo y lanza una barra de hierro sobre su propia cabeza[853].

Contra la envidia, la mala voluntad, la emulación, el odio, la ambición, el amor propio y todas las demás pasiones

No hay mejor remedio contra todas esas pasiones[854] y sentimientos que lo que hacen los marineros cuando van al mar: proveerse de todas las cosas necesarias para resisitir la tempestad; proveernos de preceptos filosóficos y divinos, y ejemplos de otros hombres, «de los peligros de otros, obtengamos nosotros beneficios»[855]. Hay que equilibrar nuestros corazones con amor, caridad, humildad y paciencia, y enfrentarnos a estos impulsos irregulares de la envidia, la melancolía y el odio con sus virtudes opuestas, como cuando doblegamos algo malo en sentido contrario, oponiendo «diligencia a trabajo, paciencia a reproche»[856], generosidad a codicia, fortaleza a pusilanimidad, humildad a orgullo; y debemos analizarnos nosotros mismos para saber por qué causa estamos tan inquietos, cuál es el problema de fondo, en qué ocasión y si es real o inventado. Para, entonces, poder tranquilizarnos, sea por medio de la razón o porque nos distraigamos con alguna otra cosa, mediante una pasión contraria o por premeditación. «Es adecuado meditar, como un exiliado que regresa al hogar, qué tipo de infortunio ha podido suceder en su ausencia, como que un hijo haya caído en el mal, la esposa haya muerto, una hija haya enfermado y otras cosas semejantes, para que nunca nada te sorprenda»[857]. Hay que conseguir tener familiaridad con todo tipo de calamidades, para que cuando sucedan nos sean menos penosas; o conseguir evitar el efecto gracias a un jucio maduro, o anular la causa como hacen los que sufren por un dolor de muelas, que se la sacan totalmente y listo.

> «El castor se corta los testículos para salvar la vida.
> Haz tú lo mismo con aquello que te oprime»[858].

O como un tirador de esgrima, que se ejercita para evitar los lances de los enemigos con unos pocos golpes: armémonos nosotros también contra las incursiones violentas que pueden invadir nuestras mentes. Un poco de experiencia y práctica nos habituará a ello; como decía el proverbio, no es tan fácil coger en la trampa a un viejo zorro: pienso que un viejo soldado del mundo no debe inquietarse, sino estar preparado para que le sucedan todo tipo de cosas y encuentros, y como ese resuelto capitán de la *Eneida*, pase lo que pase, se podrá responder:

> «Ningún esfuerzo llega que me sorprenda,
> Porque hacía tiempo había previsto lo que podía suceder»[859].

«No es la primera esta profunda herida,
Las he sufrido antes peores»,

dijo Séneca. La comunidad de Venecia[860] tiene en su escudo esta inscripción: «feliz la ciudad que en tiempo de paz piensa en la guerra», un motivo adecuado para la propia casa de cualquier hombre, pues feliz es el hombre que se provee para un futuro asalto. Pero muchas veces nos quejamos, nos afligimos y refunfuñamos sin causa, damos suelta a las emociones, y podemos resistir pero no lo hacemos. Sócrates era malo por naturaleza, envidioso, como confesó a Zopirus el Fisonomista que le acusaba de ello, insolente y lascivo, pero como era Sócrates, se corrigió y enmendó a sí mismo. Tú eres malicioso, envidioso, codicioso, impaciente y sin duda lascivo, pero como además eres un cristiano, corrígete y modérate tú mismo. Reconozco que si hay algo que puede conmover a cualquier hombre, es verse a sí mismo rechazado, oscurecido, abandonado, desacreditado, menospreciado, «postergado»[861]; algunos no pueden soportarlo, no como el constante Lipsio, un hombre por otra parte discreto, pero demasiado débil y pasional en este aspecto, como expresan sus palabras: «no sin indignación veo a mis viejos colegas, que no eran nadie antes, y ahora Mecenas y Agripas, puestos en la cumbre de un monte»[862]. Pero él tenía mucha culpa, porque para un hombre inteligente y asentado esto no significa nada, no podemos todos tener honores y riquezas, ser todos Césares; si deseamos estar satisfechos, nuestra situación presente es buena, y en opinión de algunos, preferible. Déjales proseguir, obtener riquezas, cargos, títulos, honores, ascensos y lo que deseen, por chiripa, fraude, impostura, simonía y medios tortuosos, como hacen muchos, con sobornos, adulaciones e insinuaciones de parásito, con total desvergüenza y servilismo; dejadles que trepen para progresar a despecho de la virtud, dejadles «ir delante, engañarme»[863], como decía Lipsio ya corregido de su primer error, ellos no me ofenden en tanto no se presenten ante mis ojos. Yo soy oscuro y pobre, pero vivo seguro y tranquilo; ellos obtienen dignidades, tienen grandes medios, pompa y situación, son gloriosos, ¿pero qué consiguen en realidad con todo ello?: «envidia, trastornos, ansiedad, y también mucho esfuerzo para mantener su puesto seguro, como les sucedió al principio para conseguirlo». Yo estoy contento con mi suerte, «espectador y distante», y amo «ver al feroz Neptuno desde tierra firme»: él es ambicioso y no está satisfecho con lo que tiene, «¿pero qué consigue con ello?, pues tener su vida entera expuesta ante todos, los reproches a la vista, nadie entre mil como él ha merecido más desprecio y animadversión que distinciones; no hay mejor manera, pues, de remediar esto, que ser una persona privada». Dejadles correr, cabalgar, batallar como si fueran peces por una migaja, y arañar, trepar, atrapar, arrebatar, trampear, charlar, contemporizar y burlarse, y obtener de ello todo lo que puedan, riqueza y honor, nada de todo esto me ofende,

«mi parcela de tierra,
Me ofrece un hogar seguro y protector»[864].

Estoy muy satisfecho con mi fortuna,

> «vivo y reino a la vez con las cosas que tú desprecias»[865].

He aprendido que, «en cualquier situación en que me encuentre, estaré contento» (Filipenses 4, 11). Venga lo que venga, estoy preparado, «sea en un gran barco o en un pequeño bote, me daré a la vela», soy el mismo. Hubo una vez en que estaba tan loco que me lancé fuera, buscando mi promoción, cansándome yo mismo y alterando a todos mis amigos, pero todo mi esfuerzo fue inútil; porque mientras la muerte me arrebató algunos de mis amigos, para otros permanecí como un desconocido o fui poco apreciado, y algunos me defraudaron con falsas promesas. Mientras estoy intrigando en un grupo, cautivando a otro, haciéndome conocido en un tercero, mi edad aumenta, los años se deslizan, estoy desconcertado, y ahora, cansado del mundo y harto de la humana inutilidad, descanso satisfecho. Y así lo digo siempre: aunque no puedo negar que he tenido algunos amos generosos[866], y también nobles benefactores; «no quiero ser ahora ingrato», y lo reconozco agradecido, he recibido algunas gentilezas «que Dios les pagará, no sólo según mis deseos, sino más aún por sus méritos»; me dieron más quizás que lo que yo merecía, aunque no por mi deseo; y he recibido más de ellos de los que yo esperaba, pero no de otros, por mi desapego, porque no soy ambicioso ni codicioso, ni un Suffenus para mí mismo, y mientras sea conmigo mismo un riguroso administrador, como he dicho, todo se mantendrá sin perjuicio ni alteración. Y ahora, como un caballo en el fango que lucha primero con todas sus fuerzas y medios para salir, pero que cuando ve que no hay remedio, que su lucha no sirve, se queda quieto, si una vez me preocupé, ahora descanso satisfecho, y si se me permite usurpar lo que decía Prudencio[867]:

> «Habiendo encontrado fortuna y esperanza,
> Búrlate ahora de los demás,
> Como yo lo hice contigo».

Contra los rechazos, abusos, injurias, desprecios, ignominias, ofensas, calumnias, escarnios, etc.

No puedo entonces concluir nada, ni pensar en aplacar las pasiones o tranquilizar la mente hasta el momento en que haya podido, asimismo, eliminar algunas de las causas más importantes y frecuentes que producen tan dolorosos tormentos y sinsabores. Pero no puedo tener la esperanza de tratarlo todo, intento sólo señalar algunas pocas cosas de entre las más importantes.

El «rechazo» y la «ignominia» son dos de las causas principales de disgustos, pero para alguien comprensivo no son tan difíciles de llevar; el propio César fue repudiado, y cuando dos son iguales en fortuna, nacimiento, y tienen otras cualidades semejantes, uno de ellos debe, necesariamente, perder[868]. ¿Por qué deberías tomártelo tú con tanto dolor? Seguramente ha sido algo muy frecuente que tú hayas repudiado a otros. Si todos los hombres pudieran tener lo que desean, seríamos todos divinos, emperadores, reyes, príncipes; si cualquiera de estas vanas esperanzas se sugirieran, se desatarían insaciables apetitos, pensaríamos que nuestra más absurda opinión es adecuada, que todo nos podría ser otorgado, y tendríamos otro caos en un instante, una pura confusión. Es una satisfacción para quien es rechazado, que las dignidades, honores y cargos no se otorguen siempre por merecimiento o valía, sino por amor, afinidad, amistad, cariño, cartas de grandes hombres[869], o, corrientemente, se compren y vendan. «En la corte los honores se conceden, no según las virtudes de los hombres y las buenas condiciones (como observa un viejo cortesano)[870], sino que, según los medios de cada uno y los amigos poderosos que tenga, así será el preferido». En Francia (según relatan los propios compatriotas)[871], en la mayoría de los casos el asunto se lleva por favor y gracia, y quien puede conseguir que un gran hombre sea su mediador se queda con cualquier promoción o ascenso. Los menos valiosos son los preferidos, un Vatinio a un Catón, un don nadie antes que una persona estimada;

> «Gobiernan los esclavos,
> Los asnos se engalanan con aderezos,
> Los caballos no los necesitan».

Un tonto e ignorante se sienta en el lugar de un hombre sabio, y el común de la gente lo considera culto, serio e inteligente: «uno ejerce (como bien señalaba Cardano) por mil coronas y se merece diez, y el que merece mil no recibe ni diez: su salario apenas paga su agudeza». Como los buenos caballos, que tiran de los carros como si fueran carrozas. Y a menudo también sucede lo que opina Maquiavelo: «no son príncipes quienes lo merecerían por sus insignes

virtudes»[872]; quien es valioso necesita un cargo, quien tiene habilidad para ser piloto necesita un barco, y quien puede gobernar una comunidad, un mundo, y quien es un rey de pura cepa necesita medios para ejercer su valía, y sin embargo no tiene ni un pobre cargo para administrar. Y esto sucede en el caso de un hombre adecuado para reinar, que desea un reino y que es mejor «que el que tiene uno y no lo sabe gobernar». Un león no suele servir a su guardián, pero sí a menudo el guardián al león, y como mantenía Polidoro Virgilio[873], «muchos reyes se resguardan en la ignorancia y no gobiernan, sino que son gobernados». Hierón de Siracusa era un esforzado rey pero necesitaba un reino, Perseo de Macedonia no tenía de rey nada más que el nombre pelado y el título, pues no era capaz de gobernarla; hay muchos grandes lugares que están muy mal otorgados y personas valiosas que no son nada respetadas. Muchas veces los propios sirvientes tienen más recursos que los amos a los que sirven, lo que Epicteto estima que es una ofensa a la vista y algo muy embarazoso. ¿Pero quién puede evitarlo? Es algo corriente en nuestros días contemplar a un villano, a un asno descarado, analfabeto, indigno e incompetente, que es preferido a los que son mejores porque es capaz de promocionarse, porque parece más grande, puede alborotar por el mundo, tiene apariencia agradable, puede contemporizar, conversar, insinuar, o tener una buena colección de amigos y dinero, mientras que otros más discretos y modestos, y más merecedores permanecerán ignorados o serán rechazados. Ha sido así desde antiguo y siempre lo será, y como en el poema[874], ante la pregunta, «¿cómo puedo hacerme rico?», Tiresias aconsejó a Ulises algo que todavía es de actualidad: miente, adula y disimula; si no, concluye él, permanecerás como el mendigo que eres. Erasmo, Melanchthon, Lipsio, Budé, Cardano, vivieron y murieron pobres, y Gesner era considerado un viejo chocho «que caminaba pesadamente con su bastón» entre todos aquellos arrogantes cardenales y ampulosos obispos que florecían en su tiempo y andaban por allí paseando sus galas. Los hombres no prefieren la honestidad, la cultura, la valía ni la sabiduría. «La carrera no es del más rápido, ni la batalla del más fuerte», sino, como afirman los hombres sabios, es cuestión de «Fortuna» y algunas veces de una suerte absurda[875]. Como dicen, son las cosas de la fortuna que hicieron que Bruto, al morir, exclamara, «¡oh, miserable virtud!, no eres más que un nombre, y mientras yo he estado todo este tiempo buscándote como si fueras una realidad, no eres más que una esclava de la fortuna». ¡Creedlo de aquí en adelante, mis amigos! La virtud sirve a la fortuna. Pero no os desalentéis (¡oh mis bien alabados espíritus!) con esto que he dicho, pues puede ser de otra manera, aunque confieso que pocas veces, pero algunas veces sí lo es. Pero para tu mayor satisfacción, te contaré un cuento[876]. En «Moronia pia» o «Moronia felix», no sé cuál, ni cuánto hace, ni en qué iglesia catedral, una importante prebenda se quedó desocupada. El cadáver apenas frío, aparecieron en un instante muchos aspirantes. El primero tenía amigos ricos, una buena bolsa, y estaba resuelto a ofrecer más que nadie antes que perderla, y todo el mundo suponía que se la iba a llevar. El segundo era el Lord Chambelán del Obispo (en cuya circunscripción estaba la pre-

benda), que pensaba que era su derecho tenerla. El tercero era alguien de nacimiento noble, y pensaba conseguirla por sus importantes padres, patrones y aliados. El cuarto se apoyaba en su valía, había recientemente descubierto extraños misterios de la química y otras raras invenciones que había podido realizar para el bien público. El quinto era un esmerado predicador que era recomendado por toda la parroquia donde residía, y tenía toda su ayuda en su certificación. El sexto era el hijo del prebendario recientemente fallecido, pues su padre había muerto con deudas (por ellas, decían, había muerto) y dejaba una mujer y unos pobres hijos. El séptimo se apoyaba en bellas promesas que para él y sus nobles amigos habían sido formuladas, de darle el primer lugar para la siguiente plaza en ocasión de la donación de su señorío. El octavo alegaba grandes pérdidas y lo que había sufrido por la iglesia, las aflicciones que había tenido en su hogar y fuera de él, y además llevaba cartas de nobles. El noveno se había casado con una pariente del rey, y envió a su mujer a rogar por él. El décimo era un doctor extranjero, un reciente converso que necesitaba medios. El decimoprimero se quería cambiar a otro sitio, no le gustaba su lugar de origen, no estaba de acuerdo con sus vecinos y compatriotas y debía marcharse de cualquier manera. El decimosegundo y último era un aspirante con cualidades verdaderas, un hombre recto y honesto, cortés, sobrio, un excelente hombre de letras, que había vivido aislado en la Universidad y que no tenía medios ni dinero para maniobrar, además de que odiaba todos esos pasos, y no podía hablar a favor de sí mismo ni tenía amigos que apoyaran su causa y por lo tanto no hizo la petición, no tenía expectativas ni esperanza y no se había ocupado de ello. El buen obispo estaba perplejo en medio del conjunto de competidores, y no resolvía qué hacer, o a quién otorgarlo, y por fin, por su propio acuerdo, su propio y simple gesto y su generosa naturaleza, lo otorgó libremente al estudiante universitario, enteramente desconocido para él a no ser por su buen prestigio; para ser breve, el estudioso académico se encontró con una prebenda que le enviaban como regalo. Apenas sucedido, se publicó la noticia fuera, y todos los buenos estudiantes se regocijaron con ella y se pusieron de muy buen humor, aunque algunos no podían creerlo y otros, sorprendidos, decían que era un milagro; y sólo uno entre todos agradeció a Dios y dijo: «¡Por fin hay alguna ventaja en ser estudioso y servir a Dios con integridad!». Has escuchado mi historia, pero, ¡ay!, no es más que un cuento, una mera ficción, nunca sucedió y nunca sucederá, y dejémoslo estar. Bien, siendo esto así, si ellos tienen valía y honor, fortuna y promociones, todo hombre (no hay remedio) debe bregar como pueda y cambiar como pueda, y Cardano se confortaba a sí mismo con esto: «la estrella Fomahant podía hacerle inmortal», y con que después de su muerte sus libros se encontrarían en los estudios de las grandes señoras[877].

> «La musa impide que muera el hombre digno de elogio»[878].

Pero, ¿por qué tendrías que tomarte tan a pecho tu promoción o que te la nieguen? Podría ser que no estuvieses capacitado. Así como al niño que se po-

ne los zapatos de su padre, y el sombrero, casco, peto, pantalones, y sujeta su lanza, pero es incapaz de esgrimirla o de emplear lo que lleva encima, así te sucedería con una ocupación, puesto o magistratura para la que no eres apto. «Y qué es la dignidad para un hombre indigno, sino (como sostenía Salviani)[879] un anillo de oro en el hocico de un cerdo». Eres un como un animal. Como un mal actor (con ellos les compara Plutarco)[880] en una tragedia, «que usase una corona, pero su voz no se oyese»: hacen el papel de rey, pero actúan como payasos y hablan como asnos. «Preguntas demasiado, Faetón, y por cosas que están más allá de tu poder»[881], como Santiago y Juan, los hijos de Zebedeo, que preguntaban no sabían qué, «el atrevido ignora que es ignorante», haces como otro Sufenus presuntuoso, crees ser sabio, pero a juicio de otros hombres más maduros eres totalmente inepto para controlar un asunto semejante. O siendo tú más merecedor que nadie de tu rango, Dios en su providencia te ha reservado para otras fortunas, «así está previsto por Dios». Ahora eres humilde como eres, puede ser, pero si hubieras sido el preferido, te habrías olvidado de Dios y de ti mismo e insultado a los demás, habrías rechazado a tus amigos, y hubieras sido un bruto, un tirano o un semidios, «la soberbia sigue a la belleza». «Por lo tanto, decía Crisóstomo, las buenas personas no siempre encuentran gracia y favor, al menos que se les insufle con títulos abultados, haciéndose entonces insolentes y orgullosos».

La injurias y los abusos son muy ofensivos, y mucho más en aquellos que piensan que cautivando a uno irritan al otro; pero es una opinión errónea, porque si fuera verdad no tendría fin el abuso de unos por otros. «La rivalidad genera lucha», y es mejor soportar todo con paciencia o tranquilamente dejarlo a un lado. Si un asno me da una coz, decía Sócrates, ¿debería yo hacerle lo mismo?, y cuando su mujer Xantipa[882] le golpeó y maltrató, sus amigos hubieran querido que él la golpeara a su vez, pero Sócrates replicó que no les ofrecería esa diversión a menos que ellos fueran espectadores y dijeran, «¡venga, Sócrates, venga, Xantipa!», como hacemos cuando se pelean los perros, para animarles más aplaudiendo. Muchos hombres se destruyen, y con ellos sus bienes, amigos, fortunas, por pequeñas disputas, y algunas veces por bienquistarse con otros hombres, y se causan mucha desazón de espíritu y angustia mental, todo lo cual puede arreglarse felizmente con buenos consejos o con la mediación de amigos, o, simplemente, con un poco de paciencia. En todos estos casos, la paciencia es un remedio soberano para dejar de lado, enterrar o paliar el problema, para olvidar y perdonar «no siete, sino setenta veces siete, tantas veces como se arrepienta, perdónale»[883]; y nuestro Salvador nos ordena que ante un golpe «pongamos la otra mejilla»[884]. Como nos señala nuestro Apóstol, «no paguéis a nadie mal por mal, sino que siempre que sea posible tened paz con todos los hombres; no nos venguemos nosotros mismos, ni queramos amontonar ascuas ardiendo encima de la cabeza de nuestros adversarios»[885]. «Porque si no haces caso de lo malo (según comenta Crisóstomo) consigues la victoria, y el que pierde su dinero no pierde la ganancia, en ésta nuestra filosofía». Si alguien lucha contigo, sométete a él primero, cede ante

él. «Duro y duro no hace muro», como dice el proverbio; dos espíritus refractarios no se ponen nunca de acuerdo, y la única manera de superarlo es relegarlo, «vencer cediendo». En la obra de Plutarco, cuando el hermano de Euclides se enfada con él y jura que se vengará, Euclides replica suavemente: «No me dejes vivir si no consigo que me vuelvas a querer», y después de esa bondadosa respuesta el otro se apaciguó.

> «Si una rama es suavemente curvada, se inclinará hacia ti.
> Si tiras fuerte, se quebrará. La diferencia salta a la vista»[886].

Cuando fue expulsada de la ciudad por el furioso Alejandro VI, la noble familia de los Colonna de Roma tenía como enseña una rama curvada con este lema: «Puede curvarse, pero no romperse», significando que podían torcer su voluntad por la fuerza, pero nunca les harían rebajarse; ellos huyeron en medio de su dura vida al reino de Nápoles, y fueron honorablemente hospedados por el rey Federico, de acuerdo a su solicitud. La gentileza en este caso seguramente podía haber hecho mucho más, así que no permitas que tus adversarios sean nunca tan perversos, y sólo de esa manera podrás ganarles: «las palabras suaves pacifican la cólera y con ellas los espíritus más fieros son superados más rápidamente»[887]. Un león generoso no herirá a una bestia que yace postrada, ni un elefante a una criatura inocua, pero serán un terror y un azote para quienes son obstinados y ofrecen resistencia. Así era el símbolo de Emanuel Filiberto, duque de Saboya, y no se equivocaba en ello, porque,

> «cuanto más grande es un hombre, más rápido se apacigua,
> Un espíritu noble rápidamente se satisface»[888].

Cuenta Gualter Map[889], uno de nuestros viejos historiadores (que vivía hace cuatrocientos años), que el rey Eduardo el mayor y Leolin el príncipe de Gales, se iban a entrevistar cerca de Aust, en el río Severn, en Gloucestershire, y se envió a buscar al príncipe, pero éste se negó a acudir cerca del rey, así que éste fue navegando hacia su encuentro; y percibiéndolo Leolin, «se dirigió hacia el agua con los brazos extendidos, y abrazando el bote del rey, hubiera cargado con él sobre sus hombros, añadiendo que su humildad y sabiduría había triunfado sobre su orgullo y locura»; y por lo tanto se reconcilió con él y le hizo su homenaje. Si no puedes ganarle, déjalo, si eres un verdadero cristiano, un buen religioso, un imitador de Cristo («porque él fue denigrado y abandonado, y azotado, y no buscó venganza»)[890], rezarás por tus enemigos, «y bendice a aquellos que te persiguen»[891], sé paciente, manso, humilde, etc. Un hombre honesto no te insultará, pero si es un bribón vocinglero, su estilo es hacerlo, pues es menos corazón y más boca; cuanto más tonto se es, más insolente: «no respondas a un loco igualando su locura»[892]. Si es tu superior, sopórtalo por todos los medios[893], no te aflijas con él, déjale seguir su camino. Ánito y Mélito «pueden matarme, pero no pueden herirme», como respondía el generoso Sócrates en un caso semejante. «La mente se mantiene firme», y

aunque el cuerpo sea hecho pedazos por caballos salvajes, destrozado por la rueda o atormentado por lenguas de fuego, no conseguirán perturbar el alma. Es corriente que los grandes hombres difamen e insulten, opriman, dañen, tiranicen a otros; ponen en la lista negra a todo aquel que busque algo de libertad, así que ¿quién se atrevería a hablar en contra de ellos? Es una desgracia que te ofenda alguien contra quien no se puede apelar, y no es seguro escribir en contra de quien puede proscribir y castigar a un hombre a su placer, que fue lo que sufrió Asinius Pollio cuando provocó a Octavio. Es muy duro, lo reconozco, ser ofendido así. Era una de las tres cosas difíciles según Chilo, «seguir un consejo, utilizar bien el tiempo, dejar de lado las ofensas». Hay que ser paciente y dejar la venganza al Señor. «La venganza es mía y yo pagaré, decía el Señor»[894]. «Conozco al Señor, decía David, vengará a los afligidos y juzgará a los pobres»[895]. «Nadie puede castigar tan severamente a su adversario (añadía además Platón) como Dios puede hacer con aquellos que oprimen a los desdichados».

«Juzga de nuevo lo que ellos juzgaron
y les castiga con una sanción mayor»[896].

Si existe una religión, un Dios, y ese Dios es justo, así será; si crees lo uno, cree lo otro: así será. Némesis vendrá después, «tarde pero terrible», espera un poco y verás el justo juicio de los hombres caer sobre el ofensor.

«Raras veces el castigo dejó de alcanzar,
Con su pie cojo, a quien delante de él huía»[897].

Verás que esto se comprueba en lo que Samuel dijo a Agag (Sam 1, 15, 33): «Tu espada ha dejado a muchas mujeres sin hijos, así tu madre se encontrará sin hijo entre otras mujeres». Se hará con ellos lo que ellos han hecho con otros. El bravo príncipe suevo Conradino vino con un ejército bien preparado al reino de Nápoles, fue hecho prisionero por el rey Carlos y murió en la flor de la edad; un poco después (Pandulfo Collinutius, en *Hist. Neap.,* lib. 5, le llama «venganza por la muerte de Conrado»), el propio hijo del rey Carlos, con doscientos nobles, fue tomado prisionero y decapitado de la misma manera. No sólo en este caso, sino en toda otra ofensa, serán castigados de la misma forma[898], en la misma parte, con la misma naturaleza, con el ojo o en el ojo, con la cabeza o en la cabeza, persecución con persecución, la lujuria con sus repercusiones; dejadles que marchen adelante con los estandartes desplegados, que batan los tambores, que suenen las trompetas, «tararí-tarará», que saqueen ciudades, que tomen el botín de los países, que asesinen niños, desfloren vírgenes, destruyan, quemen, persigan y tiranicen: serán al fin premiados en la misma medida, ellos y los suyos, y así tendrán su merecido.

«Pocos tiranos mueren en sus camas,
porque apuñalados o mutilados al infierno pronto van»[899].

Muy a menudo se observa, también, que un individuo bajo y despreciable es el instrumento de la justicia de Dios para castigarles, torturarles y vejarles, como hace un meloncillo con un cocodrilo. Ellos serán recompensados según sus propias obras, como Hamán fue colgado en las vigas que él mismo llevó a Mardoqueo; «tendrán pena en el corazón, y serán destruidos desde debajo del cielo» (Lament 3, 64, 65 y 66). Solamente tienes que ser paciente, «quien soporta, vence»[900], y al final, tú serás coronado. Sí, pero es asunto muy difícil hacer esto, la carne y la sangre puede que no lo soporten, es «duro, muy duro». Pues no, replicaba Crisóstomo, «no es tan duro, hombre», no es tan penoso, «ni lo habría ordenado Dios si fuera tan difícil»[901]. Pero, ¿cómo hacer tal cosa? «Fácilmente (continúa el santo) si miras al cielo, contemplas su belleza y lo que Dios ha prometido a quienes dejan de lado las ofensas». Pero si resistes y sigues adelante «enfrentando la fuerza con la fuerza» tal como es costumbre en el mundo, o te tomas la justicia por tu mano, habrás dado motivo a la ofensa, y no hay ya injuria sino un digno castigo que has merecido totalmente. «Es tu falta, cállate», como decía Ambrosio refiriéndose a Caín (*Abel y Caín,* lib. 3). En su exilio, obligaron a Dionisio de Siracusa a estar sin puertas, pero él sabiamente dejó de lado la ofensa y puso la falta donde estaba, en su propio orgullo y el desprecio que en sus épocas de prosperidad había demostrado, él antes que nadie, hacia los demás[902]. Es el axioma de Cicerón[903], «Los hombres no sufren otras molestias mayores que las merecidas por sus propias culpas»; tú mismo lo haces, tú mismo lo tienes, como dice el dicho, deben atribuirse todo a sí mismos. Porque quien mal hace, buscará hacer mal nuevamente. La mosca más pequeña tiene su malicia, y una pequeña abeja su aguijón. Un asno aplastó el nido de un tejedor y el pequeño pájaro, en revancha, le picoteó el ulcerado lomo[904],y la humilde abeja de la fábula consiguió que los huevos del águila cayeran del regazo de Júpiter. Bracidas, según Plutarco, puso la mano en el nido de un ratón haciendo daño a sus crías, y el ratón le mordió en el dedo. «Veo ahora (decía él) que no hay ninguna criatura que sea tan despreciable como para no conseguir ser vengada». Es la «ley de Talión», y es la naturaleza de todas las cosas la que conduce a ello. Si quieres vivir tranquilo no hagas mal a los demás[905]. Si alguien te lo hace a ti, no hagas caso, sopórtalo con paciencia. Pues «es digno de gratitud, decía nuestro apóstol, que un hombre, por conciencia hacia Dios, soporte el pesar y tolere el daño inmerecido: porque ¿qué mérito tendrías si, castigado por tus faltas, soportas pacientemente? Pero si habiendo hecho el bien, sufres el mal y lo tomas con paciencia, esto es grato a Dios, porque para esto fuimos llamados»[906]. Aquel que no puede soportar las ofensas testimonia en contra de sí mismo, muestra que no es un buen hombre, como sostiene Gregorio. «La naturaleza de todo hombre malvado es hacer daño, como es parte de todo hombre honesto soportarlo con paciencia». «La maldad nunca es corregida del todo por la obsequiosidad»: en un *Emblema*[907] un lobo mamaba de la cabra (así lo quiso el pastor), y no obstante conservaba la naturaleza de lobo, porque un bellaco será siempre un bellaco. Por otro lado, el agravio está al servicio del hombre

bueno, es su «fiel Acates», que como un lacayo le sigue a donde quiera que vaya. Además, en miserable situación está quien no tiene enemigos, es algo que no es necesario evitar, sino que, por otra parte, debe ser soportado con paciencia. Catón el Censor, aquel recto Catón de quien hizo Patérculo un honorable elogio, «lo hizo bien porque no lo podía hacer de otro modo», fue encausado y acusado 50 veces por sus compatriotas[908], y como bien consideraba Ammianus[909], si es suficiente acusar a alguien pública o privadamente, ¿quién estará libre de ello? Si no hay otro respeto entonces que el del cristianismo, la religión y cosas semejantes[910], que induzca a los hombres a ser sufridos y pacientes, entonces pienso que la propia naturaleza de la ofensa es suficiente para mantenerles tranquilos. Los tumultos, alborotos, miserias, disgustos, angustias y pérdidas, los peligros que la acompañan, deben refrenar las calamidades de la disputa, porque como sucede con los jugadores, que las ganancias van a la banca, así sucede con tal contienda: los abogados se quedan con todo; y por lo tanto, si lo considerasen un poco, las desgracias semejantes que viesen en otros hombres y la experiencia común podrán detenerles. Cuanto más disputan, más se complican en un laberinto de lamentos[911], y la «catástrofe» es consumirse uno a otro, como el conflicto entre los elefantes y dragones que aparece en Plinio[912]: el dragón se puso debajo del vientre del elefante, y como chupó mucho tiempo y mucha de su sangre, el elefante cayó muerto sobre el dragón y le mató con su caída, de manera que ambos se destruyeron. Es una disputa entre las cabezas de la hidra: cuanto más porfían, más pueden dañarse a sí mismas; y como le pasó a Praxíteles con su espejo, que cuando vio en él una cara ruín lo rompió en pedazos, pero entonces en lugar de una vio muchas más igual de malas en un instante: porque un daño que se hace produce otro «con intereses», y se consiguen veinte enemigos por uno. «No irrites a los abejorros», no te opongas a una multitud; pero si has recibido un mal, analízalo sabiamente, y si lo consideras posible, domínate y pon paciencia para soportarlo. Este es el camino más seguro, y encontrarás el mayor alivio estando tranquilo.

Digo lo mismo de los escarnios, calumnias, ofensas, vilipendios, difamaciones, detracciones de mérito, pasquinadas con libelos y otras cosas semejantes[913], que aunque tratan de buscar nuestra desgracia, en realidad son sólo opiniones, y si podemos no hacer caso de ello, rechazarlo o asimilarlo con paciencia, nuestra actitud se verá reflejada en aquellos que las originaron en un principio. Un ciudadano inteligente, no sé cuándo, reñía con su mujer, y cuando ella alborotaba él tocaba su tambor, y de esta manera la enloquecía más, porque ella veía que a él no se le podía cambiar de opinión. Cuando Diógenes se encontraba entre la multitud, y alguien le decía que se volviera y viese cómo se burlaban de él los chicos, decía, «nadie se ríe de mí», y no hacía caso de ello. Aristófanes subió a escena a Sócrates, y lo maltrató en su cara, pero él se rió como si no fuera con él, y como cuenta Eliano, cualquiera fuera el accidente de fortuna, bueno o malo, que le sucediera, oculta o abiertamente, Sócrates mantenía siempre la misma compostura. De la misma forma debería ha-

cer un soldado cristiano, así lo describe Jerónimo, avanzando a través de las habladurías, malas y buenas, hacia la inmortalidad, sin que nadie le mueva de su camino, porque la honestidad es suficiente premio[914], y en nuestros tiempos la única recompensa por hacer el bien es hacer el bien, porque la maldad se castigará a sí misma al final[915]. Como dice el proverbio:

> «Quienes hacen el bien tendrán al final su premio,
> Pero aquellos que hieren, sufrirán por lo pasado».

Sí, pero yo me encuentro con la vergüenza, la ignominia, el deshonor, degradado y desacreditado, pues mis crímenes y villanías han salido a luz («es malo descubrirlo»), mi obscena lujuria y mi abominable tiranía y avaricia aparecen al descubierto; he perdido mi buen nombre y mi fortuna, he sido estigmatizado, azotado en el poste, procesado y condenado, he caído en la infamia y en el descrédito común, me han cortado las orejas, soy odioso, execrable, aborrecido por Dios y los hombres. Estar contento es sólo una cuestión de nueve días milagrosos y como una pena conduce a otra, una pasión a otra y una nube a otra, así un rumor es expulsado por otro. Casi cada día llegan noticias nuevas a nuestros oídos, como un eclipse de sol o meteoros que se ven en el aire, el nacimiento de monstruos y prodigios, o cómo los turcos fueron derrocados en Persia, un terremoto que se produjo en Suiza, Calabria, Japón o China, una inundación en Holanda, una gran plaga en Constantinopla, un incendio en Praga, una escasez en Alemania, o incluso que han hecho Lord a tal persona, u obispo, o que tal otro ha sido ahorcado, destituido, o llevado a la muerte por algun crimen, traición, violación, robo, tiranía, todo lo cual oímos al principio con asombro, aborrecimiento o consternación; y de tanto en tanto sucede que entierran a alguien sin hacerlo público, su padre está muerto, su hermano ha sido desvalijado, su mujer se ha vuelto loca, el vecino se ha suicidado, todo ello son en principio noticias graves, horribles, espantosas, están en boca de todos, en todas las conversaciones de sobremesa, pero después de poco tiempo ¿quién habla o piensa en ello? Pasará lo mismo contigo y tus delitos: se olvidarán en un instante, sea robo, violación, sodomía, asesinato, incesto, traición, etc.; no eres el primer delincuente ni serás el último, no es ninguna maravilla; cada hora que pasa tales malechores son puestos en tela de juicio, nada es tan corriente,

> «En todas las naciones, bajo todos los cielos»[916].

Confórtate pensando que no eres el único. Si sólo quien es inocente lanza la primera piedra contra ti, y sólo puede acusarte quien no tiene falta, ¿cuántos verdugos, cuántos acusadores tendrás? Si los pecados de todos los hombres estuvieran escritos en sus frentes, y sus faltas secretas fueran conocidas, ¿cuántos miles podrían igualar, sino exceder, tus delitos? Puede suceder que el juez que dicta sentencia, el jurado que te condena y los espectadores que te observan se merezcan más y sean mucho más culpables que tú mismo. Pero es tu

error lo que tienen en cuenta, lo que hay que convertir en ejemplo público de justicia, para que aterrorice al resto; aunque cada hombre deberá tener su merecido castigo, y tú podrás, quizá, ser un santo en comparación con los demás, «las palomas son puestas a juicio», las pobres almas son castigadas, las grandes lo hacen veinte veces peor y no se habla tanto de ellas.

> «La red no se coloca para milanos o pájaros de presa,
> Ponemos siempre las trampas para los inofensivos»[917].

No desmayes, pues, «errar es humano», todos somos pecadores, estamos sujetos cada día y cada hora a tentaciones, y el mejor de nosotros es un hipócrita, un lamentable pecador a los ojos de Dios, «Noé, Lot, David, Pedro, etc.», ¿cuántos pecados mortales cometemos? Yo diría: sé penitente, solicita el perdón y haz propósito de la enmienda por la secuela de tu vida, por la deshonrosa afrenta que has cometido; recupera tu reputación por medio de alguna noble hazaña, como hizo Temístocles: era el joven más corrompido y vicioso que había, pero se enmendó ante el mundo por sus valientes hazañas; y por fin se convirtió en un hombre nuevo y buscó su propia reforma. Aquel que huye en la batalla, como decía Demóstenes, puede volver a luchar, y aquel que tuvo una caída puede volver a ser tan honesto como nunca había sido en su vida. «Nadie debe desesperar por un desliz», un malaentraña puede corregirse y probar que es un hombre honesto, y quien es ahora odioso y le silban y exilian, puede ser recibido nuevamente con los favores de todos y con aplauso extraordinario como sucedió con Cicerón en Roma y con Alcibíades en Atenas. Deja entonces que tu desgracia sea la que sea, lo que ha pasado no puede ser recuperado, no te preocupes ni inquietes, ni te atormentes más, ni por calumnias, ni por el descrédito, ni por nada. No hay mejor manera, por lo tanto, que ignorar estas cosas, que despreciarlas o aparentar no verlas, no tomar nada en cuenta, «mucho hablar significa poca fuerza». Si eres inocente no te concierne: «no te fijes en los inofensivos dardos de una lengua ociosa», ¿se preocupa la Luna por los ladridos de un perro?[918]. Me denigran, se burlan y me vituperan, decía uno, y me ladran por todos lados[919], pero yo, como el perro de Albania que ofrecieron una vez a Alejandro como presente, que se tendió tranquilamente a dormir, me vengaré sólo con el desdén.

> «Sin miedo, como Aquiles en su armadura»[920],

como la tortuga en su concha, yo me envuelvo en mi virtud, o como un puercoespín cuando se hace una bola[921], o un lagarto entre la manzanilla[922], desvío su furia y estoy a salvo.

> «Virtud e integridad son su propia defensa,
> No te preocupes por la envidia,
> O de lo que de ella proviene».

Déjales, pues, insultar, burlarse y calumniar; un hombre sabio, pensaba Séne-

ca, no se altera porque sabe que «contra los mordiscos de Sicofante no hay remedio», es inevitable. Reyes y príncipes, hombres sabios, graves, prudentes, santos, buenos, divinos, todos están igual de servidos. «Sólo tú, Jano bifronte, no tienes un dedo irónico apuntando a tu espalda»[923]. Las guardianas de Júpiter, Antevorta y Postvorta[924], no pueden ayudar en este caso, no pueden protegernos; Moisés tenía un Dathan, un Corath, David un Shimei, el propio Dios es denigrado: «no serás feliz hasta que la multitud no se haya mofado de ti». Es algo tan corriente que no hay que tenerlo en cuenta; «regio es quien el mal escucha y hace el bien», el hombre más importante y más comprensivo puede ser denostado[925], no les hagas caso[926]. Porque como sucedió con el robusto cazador de Esopo, que desdeñaba al pobre asno y después, pasado el tiempo, se encontraba con las tripas reventadas y una carga a sus espaldas y ridiculizado por el mismo asno, ellos serán los despreciados y de ellos se reirán hasta el desdén los que han sido en primer lugar ridiculizados. Déjales despreciar, difamar o menospreciar, insultar, tiranizar, escarnecer, calumniar, abusar, perjudicar, blasfemar y jurar, fingir y mentir; confórtate tú con una buena conciencia[927] y con «regocijo en el corazón» cuando ellos hayan concluido. «Una buena conciencia es una fiesta continua» y la inocencia se vindica por sí misma. Y como de Hércules proclama el poeta, «disfruta de la ira de los dioses», disfruta aunque todo el mundo esté contra ti, desdéñales y di con él: «mi elogio se encuentra delante», y mi lema es «que nadie me altere, ése es mi *Palladium* o salvaguarda, mi peto, mi escudo, con el cual me resguardo de todas las injurias, ofensas, mentiras y calumnias; me apoyo en el poste de la modestia, y así recibo y divido toda esa estúpida fuerza de la mala voluntad y de la melancolía». Y quienquiera que sea que observe estas cortas instrucciones, sin ninguna duda se sentirá aliviado y se beneficiará él mismo.

En fin, si los príncipes hicieran justicia, si los jueces fueran rectos y los clérigos realmente devotos y vivieran como enseñan, si los grandes hombres no fueran tan insolentes y los soldados nos defendieran calladamente, entonces los pobres serían pacientes, los ricos serían liberales y humildes, los ciudadanos honestos, los magistrados bondadosos, los superiores darían buen ejemplo, los subordinados serían pacíficos y los jóvenes serían reverentes. Si los padres fueran buenos con sus hijos, y éstos a su vez obedientes con sus padres, los hermanos estuvieran de acuerdo entre ellos, los enemigos se reconciliaran, y los sirvientes confiaran en sus amos; si las vírgenes fueran castas, las esposas modestas, y los maridos fuesen más amantes y menos celosos: si pudiéramos imitar a Cristo y sus apóstoles y vivir según las leyes de Dios, estos males no se producirían tan a menudo entre nosotros; pero siendo como somos tan irreconciliables, tan perversos, orgullosos, insolentes, artificiales y maliciosos, propensos a la disputa, a la ira y la venganza, con espíritus tan fieros, tan insidiosos, impíos, irreligiosos, tan opuestos a la virtud y carentes de gracia, ¿cómo podría ser de otra manera? Muchos hombres son irritables por naturaleza, propicios al error, propicios a las pendencias, propicios a provocar y malinterpretar y empeorar todo lo que se dice o hace, y encima de esto acu-

mulan sobre sí mismos una gran cantidad de preocupaciones y de perturbaciones y crean inquietudes en los demás, y son chapuceros en los asuntos de los otros, cuentistas, murmuradores, mentirosos, no saben hablar en su momento o sujetar sus lenguas cuando deben: hablarán más de lo que les corresponde y con cualquiera[928]. Con esos malos rumbos acumulan muchas maldades en sus propias almas («quien comienza disputando termina peleando»), su vida es una perpetua pendencia, regañan como perros con sus mujeres, hijos, sirvientes, vecinos y todo el resto de sus amigos, y nunca están de acuerdo con nadie. Pero para quienes son juiciosos, mansos, sumisos y tranquilos, estos asuntos se remedian con facilidad: ellos soportarán todas esas situaciones, las ignorarán, las despreciarán o no se preocuparán por ellas, disimularán o sabiamente las cortarán. Si hay un impedimento natural, como una nariz roja, unos ojos bizcos, unas piernas torcidas o cualquier imperfección semejante, un achaque, un estigma o descrédito, lo mejor es que seas tú mismo el primero en hablar sobre ello[929], y así seguramente hurtarás a los demás todo motivo de mofa o desdén si perciben que te es indiferente. Publio Vatinio estaba acostumbrado a burlarse él mismo de su pie deforme, para evitar las burlas y sarcasmos de todo tipo de sus enemigos; y también para prevenirse lo hacía Cotis, el rey de Tracia, que rompió con sus propias manos un conjunto de finos vasos que le regalaron, porque le hubiera dolido mucho que se fueran rompiendo al azar. E incluso algunas veces, aunque se haga discreta y moderadamente, no estaría mal hacer una cierta resistencia y bajar los humos a la insolente compañía, si no hay mejor manera de defenderse para obtener la paz final; porque quien permite que le ridiculicen o deja por pusilanimidad o estupidez que cualquiera le abofetee, se convertirá en sujeto de risa y de burla para todos. Es como cuando un perro callejero cruza la ciudad: si mete la cola entre las patas y sale huyendo, todos los perros callejeros le atacarán, pero si se eriza y les hace frente dando apenas un gruñido de respuesta, no hay un perro que se atreva a meterse con él; mucho más sucederá si se trata del coraje de un hombre que hace una discreta presentación de sí mismo.

Hay muchos otros motivos de queja que se producen a lo largo de la vida de los mortales, a causa de los amigos, esposas e hijos, los sirvientes, amos, compañeros, vecinos, nuestros propios defectos, la ignorancia, los errores, la intemperancia y la indiscreción, las debilidades, etc.; pero también muchos buenos remedios para oponerse a las desgracias, muchos preceptos divinos para equilibrar nuestros corazones, antídotos especiales tanto en las Escrituras como en los autores humanos, y quien bien lo observe obtendrá mucha serenidad y tranquilidad: señalaré algunos pocos. Las admoniciones proféticas y apostólicas son bien conocidas de todos, lo que dijeron, en este sentido, Salomón, Siracides o el propio Cristo nuestro salvador: «como temeroso de Dios, obedece al príncipe: sé sobrio y vigila; reza continuamente; enójate, pero no peques; recuerda tu final: no te apegues a este mundo, etc., ni te entregues a lo mundano; amóldate a la situación; no te enfrentes con un hombre grande; paga bien por mal; no permitas que nada se haga por medio de disputa o vana-

gloria, sino que con bondad de la mente cada hombre estime a los demás más que a sí mismo, amaos los unos a los otros». O el epítome de la ley y los profetas, que inculca nuestro salvador: «amar a Dios por encima de todo, a tu vecino como a ti mismo». Y, «lo que quisieras que los hombres hicieran contigo, hazlo con ellos», como escribió en letras de oro Alejandro Severo, y lo utilizó como lema, y Jerónimo[930] recomendó a Celantia como excelente vía entre tantas incitaciones y provocaciones mundanas, para rectificar su vida. De entre los autores humanos tomo estas pocas advertencias: conócete a ti mismo. Debes estar contento con tu suerte. No confíes en la riqueza, en la belleza, ni en los parásitos, te conducirán a la destrucción. Mantén la paz con todos los hombres, lucha sólo contra el vicio[931]. No estés ocioso[932]. Mira antes de lanzarte. Sé precavido, y no digas, de haberlo sabido, porque «Insensatez es hablar, no suponer». Honra a tus padres, habla bien de tus amigos. Sé templado en cuatro cosas: la lengua, la posición, la mirada y la bebida. Controla tu ojo. Modera tus gastos. Escucha mucho y habla poco. Contente y abstente[933]. Si has visto el mal en otros, corrígelo en ti mismo. Guárdate tu propio consejo, no reveles tus secretos, sé silencioso con tus intenciones. No prestes oídos a cuentistas y charlatanes, no seas grosero en la conversación. Bromea sin acritud[934]. No causes agravio a nadie. Pon tu casa en orden. Presta atención a tu seguridad. Confía y desconfía como un zorro en el hielo; ten cuidado con quien te alías[935]. No vivas por encima de tus posibilidades. Ofrece alegría. Paga tus deudas voluntariamente. No seas esclavo del dinero. No dejes pasar la ocasión, abraza toda oportunidad, no pierdas tiempo[936]. Sé respetuoso con tus superiores, respetuoso con tus iguales, afable con todos, pero no familiar. No adules a nadie. No mientas, no finjas. Mantén tu palabra y tus promesas, sé firme al tomar una buena decisión. Habla con verdad. No seas obstinado, no mantengas camarillas. No hagas apuestas, no hagas comparaciones. No busques faltas, no te mezcles en los asuntos de los demás. No te admires a ti mismo[937]. No seas orgulloso ni populachero. No insultes. Sé respetuoso con la suerte. No temas lo que no puede ser evitado. No sufras por lo que no puede recuperarse. No te subestimes. No acuses a nadie, no des a nadie órdenes temerarias. No vayas a los tribunales sin un gran motivo. No te enfrentes a un hombre más grande. No abandones a un viejo amigo. Presta atención a un enemigo reconciliado. Si llegas como huésped, no te quedes demasiado tiempo. No seas desagradecido. Sé manso, compasivo y paciente. Haz bien a todo el mundo. No seas amigo de vanas palabras. No seas neutral en una facción[938]. Modera tus pasiones. No opines en ningún lugar sin un testigo. Reprende a tu amigo en secreto, ensálzalo en público. Ten buenas compañías. Ama a los demás para ser amado tú mismo[939]. Ama al que es odiado. Haz amigos lentamente. Prepárate para una tempestad. No irrites a los abejorros. No prostituyas tu alma por un beneficio. No te conviertas en un tonto por alegrar a los demás. No te cases con una vieja bruja o con una tonta por dinero. No seas excesivamente solícito o curioso. Busca lo que puede ser encontrado. No parezcas más de lo que eres. Obtén tu placer sobriamente. No abuses de la albahaca. Vive alegremente siempre que

puedas[940]. Presta atención a los ejemplos de otros hombres[941]. Ve hasta donde quisieras encontrarte, siéntate donde quisieras ser encontrado. Ríndete al tiempo, sigue la corriente[942]. ¿Quiéres vivir libre de temores y preocupaciones? Vive inocentemente, mantente recto, no necesitas otro guardián, etc. Mira, si quieres más consejos, en Isócrates, Séneca, Plutarco, Epicteto, etc.; y en su defecto, consulta con las queseras o con los tapices colgantes[943].

Contra la melancolía en sí misma

«Todo hombre, decía Séneca, piensa que su propia carga es la más pesada», y un melancólico es, por encima de todo, quien más se lamenta. Cansancio de la vida, aversión a toda compañía y a la luz, temor y pena, sospechas, angustia mental, timidez y todos esos otros terribles síntomas del cuerpo y la mente que deben necesariamente agravar esta miseria: cuando corresponden a otras enfermedades, no son tan nefandos como podrían serlo aquí. En principio, esta enfermedad corresponde tanto al hábito como a la disposición, y es curable o incurable. Si es nueva, y corresponde a la disposición, es, en general, agradable y se le puede tratar. Si es inveterada o del hábito, tiene entonces «intervalos lúcidos», a veces están bien, otras veces están enfermos; si es más continuada, como los veyentes[944] contra los romanos, es un enemigo más perdurable que peligroso. Y entre los muchos inconvenientes también se agregan algunas cosas positivas. Primero, que no es contagiosa, y como se consolaba Erasmo cuando estaba gravemente enfermo con la piedra, aunque era muy penosa y le causaba un dolor intolerable, sin embargo no era agresiva para los demás ni en lo más mínimo, ni repulsiva para los espectadores, o espantosa, repugnante, terrible, como son las plagas, apoplejías, lepras, heridas, inflamaciones, sarpullidos, pústulas [sífilis], o las fiebres pestilentes, las cuales admiten o no compañía, y aterran y agreden a quienes están presentes. Esta enfermedad, como tal, es totalmente de ellos mismos: y sus síntomas no son tan terribles si se comparan con sus inversos: estos enfermos son, en su mayoría, vergonzosos, recelosos, solitarios, etc., y sin embargo no son ambiciosos ni impúdicos entrometidos, como son algunos, no son ni estafadores, ni furtivos, ni merodeadores, ni gorrones, ni charlatanes, ni alcahuetes, ni parásitos, ni encargados de burdeles, ni borrachos, ni chulos de putas, pues la necesidad y el defecto les obligan a ser honestos. Como Mitio decía a Demea en la comedia: «si somos honestos, es porque la pobreza nos ha hecho así; si los melancólicos no somos tan malos como el peor, es nuestra señora la melancolía la que nos mantiene así. No ha sido la voluntad sino la facultad»[945].

Además, por ésta están libres de muchas otras enfermedades; la soledad los hace más aptos para la contemplación, y les da un recelo cauteloso, que es un talante necesario en estos tiempos, «quien tiene más interés se ve, a menudo, embaucado y sorprendido»[946]. El temor y la pena les mantienen templados y sobrios y les libra de muchos actos disolutos, que la alegría y el atrevimiento impulsan a la gente a realizar. No son, pues, ni «sicarios» ni camorristas ni ladrones o asesinos. Como se deprimen muy pronto, se les trata en seguida con suaves palabras y amable persuasión. El hastío de la vida hace que no sean tan

fatuos en relación con los vanos placeres mundanos. Si chochean en una cosa, son inteligentes y comprenden bien la mayoría de las otras. Si la melancolía es inveterada, son «insensatos», la mayoría chochea o están completamente locos, y son insensibles a todo error o ridículo frente a los demás, pues ellos mismos se sienten felices y seguros. La extravagancia es un estado que algunos alaban y ensalzan mucho: lo mismo sucede con la simpleza, la insensatez, y como dijo Petronio[947]: «¡Ojalá esta locura permanezca conmigo para siempre!». Algunos piensan que los insensatos y confusos viven más alegres, y que, como dice Áyax en la obra de Sófocles, la vida es más placentera cuando no se sabe nada, la ignorancia es un remedio perfecto para los males. Piensan algunos que las curiosas artes y laboriosas ciencias practicadas por Galenos, Cicerones, Aristóteles y Justinianos, alteran el mundo, y que viviríamos mejor con la analfabeta simplicidad de Virginia y su gran ignorancia; que los que son completamente idiotas lo hacen mejor, pues no se consumen con preocupaciones, ni se atormentan con temores y angustias como hacen los hombres más inteligentes. Porque, como dijo Pármeno[948], si la locura fuera dolorosa oirías lamentos, gritos y llantos en todas las casas al pasar por las calles, pero los locos son más libres, plácidos y alegres, y en algunos países[949], como entre los turcos, son honrados como si fueran santos y mantenidos en la abundancia, por encima del resto de los comunes. No son falsos, ni mentirosos, ni hipócritas, porque los tontos y los locos dicen generalmente la verdad. En una palabra, como están afligidos, se les compadece, e incluso algunos consideran que más bien habríamos de tenerles envidia, pues es mejor estar triste que alegre, mejor ser loco y estar tranquilo[950] que ser sabio y estar siempre fastidiado; es mejor ser desgraciado que feliz: de los dos extremos, es el mejor.

CUARTA SECCIÓN

Miembro I, Subsección I

De la medicina que cura con medicamentos

Después del largo y tedioso discurso sobre las seis cosas no naturales, y sus diversas correcciones, todo lo cual está comprendido en la «Dietética», he llegado por fin a la «Farmacéutica», ese tipo de medicina[951] que cura por medio de los medicamentos que hacen la mayoría de los boticarios, que los mezclan o venden en sus tiendas. Muchos ponen objeciones a esta modalidad de medicina y sostienen que no es necesaria, que es poco provechosa para ésta o para cualquier clase de enfermedad porque los países que menos las utilizan viven más tiempo y tienen mejor salud, como cuenta Héctor Boecio[952] sobre las islas Órcadas, en las que la gente está siempre sana de cuerpo y mente sin utilizar ningún tipo de medicina, y viven normalmente ciento veinte años; y narra también Ortelio en su *Itinerario*, hablando de los habitantes de la floresta de Arden, que «son muy laboriosos, longevos, sanos»[953], etc. Marciano Capella[954], hablando de los indios de su tiempo (muy semejante a nuestros indios occidentales actuales) decía que eran «más grandes que los hombres corrientes, criados rudamente, muy longevos, hasta el punto de que quien moría a la edad de cien años se había ido antes de tiempo», etc. Damián de Goes, Saxo Grammaticus y Aubanus Bohemus decían lo mismo de quienes vivían en Noruega, Laponia, Finlandia, Biarmia, Corelia, a todo lo largo de Escandinavia y en esos países del Norte: que eran los habitantes más saludables y longevos y que en esos sitios no se utilizaba en absoluto la medicina, cuyo nombre no habían escuchado ni una vez. Dithmar Blefken, en su exacta descripción de Islandia, de 1607, hace mención, entre otros asuntos, de sus habitantes y su alimentación, «que es pescado seco en lugar de pan, mantequilla, queso y carnes saladas, y en la mayoría de los casos beben agua y suero de leche, y así, sin medicina ni médico, viven muchos de ellos doscientos cincuenta años». Encuentro el mismo relato en Joannes Lerius y algunos otros escritores con respecto a los indios de América. Paulo Jovio en su descripción de Britania, y Levinio Lemnio[955] observan otro tanto sobre esta nuestra isla: que la medicina no se utilizaba entre nosotros en los tiempos antiguos, y actualmente sólo se utiliza un poco, si se exceptúan algunos pocos ciudadanos refinados y ociosos, empalagosos cortesanos y caballeros cebados y apoltronados. La gente del campo utiliza la medicina casera, y la experiencia común nos dice que viven libres de todas las formas de dolencias, lo que lleva a un mínimo uso de la medicina de botica. A muchos les trastorna su uso disparatado y debido a eso llegan a la ruina, de la que de otra forma hubiesen escapado. Algunos piensan que los médicos matan a tantos como salvan, y quién podría decir cuántos homicidios cometen en un año[956], ya que pueden libremente matar a los sujetos y re-

cibir un premio por ello; según el proverbio holandés, un nuevo médico necesita un nuevo cementerio. ¿Y quién no lo observa diariamente? Muchos que enfermaron entre las manos de los médicos han escapado felizmente de la muerte cuando habían sido abandonados por ellos, dejados a Dios, a la naturaleza y a sí mismos. Era el antiguo «dilema de Plinio»: «Toda enfermedad es curable o incurable, el hombre se recupera de ella o ella le mata, en ambos casos debe rechazarse la medicina. Si la enfermedad es mortal, no puede ser curada; si puede tener alivio, no requiere al médico, la naturaleza la expulsará de por sí». Platón consideraba que un signo de que una comunidad era inmoderada y corrupta era la abundancia de abogados y médicos, y a los romanos les desagradaban tanto que a menudo les expulsaban de su ciudad, como relatan Plinio y Celso, y no los habían querido a lo largo de seiscientos años. Hay quienes sostienen que la medicina no es, de ninguna manera, arte ni merece el nombre de ciencia liberal (como tampoco la ley), como prueba Petrus Andreus Canonherius[957], un patricio de Roma y un gran doctor él mismo, «uno de su propia tribu», por medio de dieciséis argumentos, porque tal como se usa es mercenaria y baja, como un violinista callejero que toca por un precio. «Abogados y doctores en la vida pública» tienen un negocio corrupto, ni ciencia, ni arte ni ninguna profesión; el comienzo, la práctica y su desarrollo, todo es nada, lleno de impostura, incertidumbre, y generalmente hace más daño que bien. El mismo demonio fue el primer inventor de ella: «La medicina es un invento mío», decía Apolo, ¿y quién era Apolo sino el demonio? Los griegos hicieron primero un arte de ella, y estaban todos engañados por los hijos de Apolo, los sacerdotes y oráculos. Si podemos creer a Varrón, Plinio y Columela, la mayoría de sus mejores medicinas provenían de sus oráculos. Esculapio, su hijo, tenía sus templos erigidos a su deidad, e hizo muchas curas famosas, pero como sostiene Lactancio, era un mago, un mero impostor, y como sus sucesores, Faón, Podalirio, Melampio, Menécrates (otro dios), realizaban la mayoría de sus curas por medio de encantamientos, conjuros y la administración de malos espíritus. El primero que escribió sobre medicina con algún propósito fue Hipócrates, y su discípulo y comentador Galeno, a quien Escalígero llama «un mero desentrañador de Hipócrates»; y como Cardano[958] censuraba a ambos por su escritura poco metódica y oscura, como sucedía con todos esos antiguos, con sus confusos preceptos, sus medicamentos obsoletos, en su mayoría ahora rechazados. Según sostiene Paracelso, las curas que hacían las realizaban por la confianza de sus pacientes y la buena opinión que de ellos tenían[959], a pesar de sus habilidades, que eran muy pocas; y que esos médicos eran idiotas e infantiles, como todos sus seguidores académicos. Los árabes recibieron la medicina de los griegos, y después los latinos, agregando nuevos preceptos y medicamentos propios, pero todavía tan imperfectas que a través de la ignorancia de profesores, impostores, farsantes, empíricos, disidentes de sectas (que son casi tantas como enfermedades hay), y de la envidia, la ambición y cosas semejantes, han hecho mucho daño entre nosotros. Son muy diferentes en sus consultas y prescripciones, confundiendo muchas veces la

constitución de las partes, la enfermedad[960] y las causas de ella, y utilizan medicinas muy contrarias, «uno dice esto, otro eso otro»[961], por singularidad u oposición, como se dijo de Adriano: «una multitud de médicos ha matado al emperador, hay más peligro en el médico que en la enfermedad». Además, hay mucha impostura y malicia entre ellos. «Todas las artes (señalaba Cardano)[962] admiten fraudes, y la medicina, como el resto, hace lo que le conviene para sí»; y se cuenta una historia de un tal Curcio, un médico de Venecia, que porque era extranjero y ejercía allí, el resto de los médicos se oponían a todos sus preceptos. Si prescribía medicamentos calientes ellos los prescribían fríos, «y si purgantes, astringentes», o astringentes si purgantes: «todo lo alteraban». Si el individuo iba mal «condenaban a Curtius», Curtius le había matado, eso no tenía nada que ver con ellos. Si se recobraba, entonces eran ellos quienes le habían curado[963]. Hay entre todos mucha competencia, impostura y malicia. Y si los médicos son honestos y tienen buenas intenciones, entonces será un bribón de boticario que administra la medicina y hace los medicamentos el que puede hacer un daño infinito, con sus viejas y obsoletas dosis, sus drogas adulteradas, sus malas mezclas y «sustituciones», etc. Se puede ver en la obra de Fuchs, *Cordus Dispensatory* (lib. 1, sec. 1, cap. 8), en el *Examen simpl.* de Brassavola y en otras. Pero es su ignorancia lo que hace más daño, y la imprudencia, pues su arte es pura conjetura, si es que es un arte: es incierto, imperfecto y que han obtenido matando gente. Son una especie de carniceros, curanderos y matarifes. Especialmente los cirujanos y boticarios, que son realmente los verdugos bajo el mando de los médicos, «torturadores» y ejecutores comunes. Aunque a decir verdad, los médicos no van muy por detrás; porque, según el epigrama de Maximilianus Vrentius, ¿cuál es la diferencia?

«¿En qué difieren el cirujano y el médico?
Uno mata con la mano, el otro con drogas,
Y ambos difieren del verdugo en que,
Lo que ellos hacen despacio, él lo hace rápido».

Pero vuelvo a su habilidad: hay muchas enfermedades que los médicos no pueden curar en absoluto, como la apoplejía, la epilepsia, la piedra, la estranguria[964], la gota («la medicina no puede curar la gota nodosa»), las fiebres cuartanas, y una fiebre común puede hacerles tropezar a todos, no pueden ni siquiera aliviarla, no saben cómo juzgarla. Si por los pulsos, esa doctrina que algunos mantienen y que es una completa superstición, y me atrevo a decir francamente con Andrew Dudith[965] «que la variedad de pulsos descrita por Galeno, ni se ha observado nunca, ni la ha comprendido nadie». Y en cuanto a la orina, esa es la «ramera de los médicos», la cosa más engañosa de todas, como han probado ampliamente Forest y algunos otros médicos. No digo nada de los días «críticos», los errores en las indicaciones, etc. El más racional y hábil de todos ellos se engaña tan a menudo que, como concluye Gregorio de Tolosa[966], «prefiero creer y encomendarme a un mero empírico que a un mero

doctor, y no recomendaré nunca suficientemente la costumbre de los babilonios, que no tenían médicos declarados, sino que llevaban a sus pacientes al mercado para que los curaran». Lo relata Heródoto hablando de los egipcios, y Estrabón, Sardus y Aubanus Boehemus de otras muchas naciones. Y los que prescribían medicina no pretendían tan arrogantemente que curaban todas las enfermedades, como hacen nuestros profesores, sino unas una y otras, otra, según sirviera su habilidad y experiencia, «una curaba los ojos, una segunda los dientes, una tercera la cabeza, otra las partes bajas, etc.»[967], y no por la ganancia, sino por caridad, para hacer el bien; no hacen de ello arte, ni profesión, ni comercio como se acostumbra en otros lugares. Y así Cambises comentó a Ciro, en la obra de Jenofonte[968], que según su manera de pensar, los médicos «eran como sastres y zapateros remendones, remendando nuestros cuerpos enfermos como ellos hacen con nuestras ropas». Pero no seguiré adelante con estos argumentos triviales y ofensivos, no vaya a ser que algún médico me interprete mal y me niegue la medicina cuanto me encuentre enfermo, porque por mi parte, estoy bien persuadido de la bondad de la medicina; y puedo distinguir entre el abuso y el uso en ésta y otras muchas artes y ciencias, «el vino y la embriaguez son dos cosas distintas»[969]. Soy consciente de que es la ciencia más noble y divina, en tanto que sus primeros fundadores, Apolo y Esculapio, fueron dioses valiosos y considerados en todos los años sucesivos, por la excelencia de su invención. Y mientras Apolo en Delos, Venus en Chipre, Diana en Éfeso, y todos esos otros dioses, estaban confinados y eran adorados sólo en algunos sitios peculiares, Esculapio tenía su templo y altares por todas partes, en Corinto, Lacedemonia, Atenas, Tebas, Epidauro, etc., como recoge Pausanias, por la amplitud de su arte, rango divino, valor y necesidad. Con todos los hombres vituosos y sabios, por lo tanto, honro el nombre y la profesión, puesto que estoy obligado «a honrar al médico por mor de la necesidad. Los conocimientos del médico enaltecen su cabeza, y entre los otros grandes hombres deben ser admirados. El Señor ha creado los medicamentos en la tierra, y quien es sabio no debe aborrecerlos» (Ecles 38, 1). Pero, ¿cuántos panegíricos dignos no se habrán escrito sobre esta noble materia? Así que, por mi parte, como decía Salustio de Cartago, «es mejor estar callado que decir muy poco». Ya he dicho algo, pero debo agregar otra cosa: que este tipo de medicina debe utilizarse moderadamente y de forma bien meditada, y en las ocasiones adecuadas, cuando los principios de la dietética no pueden utilizarse. Y lo que digo no es otra cosa que lo que prescribe Arnau de Vilanova en su aforismo 8: «Un médico discreto y pío debe esforzarse primero en expulsar la enfermedad por medio de la dieta medicinal, o sea por medicina pura»; y en el noveno afirma: «Quien puede ser curado por la dieta no debe meterse con la medicina». Y así en su aforismo 11 dice: «Un médico modesto y sabio no debe apresurarse en el uso de medicamentos, sólo por urgente necesidad, e incluso así, escasamente». Porque (como añade en su aforismo 13) «quienquiera que reciba mucha medicina en la juventud, pronto lo lamentará en la vejez». Especialmente la medicina purgativa, que debilita mucho la naturaleza. Lo que

hace que muchos médicos se refrenen en el uso de los purgantes y los utilicen escasamente. En una consulta de una persona melancólica, Henricus Ayrerus[970] le hacía tomar las menos purgas que podía, «porque no había medicamentos de ese tipo que no robaran algo de nuestras fuerzas, que no nos hurtaran algo de nuestro cuerpo, que no debiliten la naturaleza y causen esa cacoquimia» que observaron Celso[971] y otros, o una mala digestión y mal jugo por todas las partes. El mismo Galeno confesaba «que la medicina purgativa es contraria a la naturaleza, nos quita algunos de nuestros mejores espíritus y consume la verdadera sustancia de nuestros cuerpos»[972]. Esto, sin duda, debe comprenderse en el caso de que esas purgas se tomen de forma extemporánea o inmoderada, pues también tienen su empleo excelente en ésta como en otras dolencias. Nadie duda de los alterativos y cordiales, sean simples o compuestos. Voy a singularizar, de entre la infinita variedad de medicamentos que encuentro en cada «Farmacopea», en cada médico, herbolario, etc., algunos de los principales.

SUBSECCIÓN II

Los simples apropiados para la melancolía. Contra los simples exóticos

Los medicamentos que se pueden aplicar con propiedad a la melancolía son tanto «simples» como «compuestos». Los «simples» son «alterativos» o «purgantes». Son «alterativos» los que corrigen y refuerzan la naturaleza, alteran y de alguna manera obstaculizan o resisten a la enfermedad, y son hierbas, piedras, minerales, etc., todas apropiadas para este humor. Porque hay diversas y distintas dolencias que continuamente nos afligen.

> «Las enfermedades se introducen en el hombre día y noche,
> y Júpiter ha obtenido reputación por ellas»[973].

Así que hay diversos remedios, como decía Heurne[974], «para cada enfermedad un medicamento, uno para cada humor»; y como algunos sostenían, para cada clima y para cada país; y aún más, cada lugar específico tiene sus propios remedios que allí crecen, y son casi peculiares para las enfermedades dominantes y más frecuentes del lugar. Alguien solía decir[975]: «el ajenjo crece escasamente en Italia, porque la mayor parte de la gente de allí esta afectada por enfermedades calientes, pero en cambio sí hay beleño, adormidera, y otras hierbas frías: Entre nosotros, en Alemania y Polonia, hay mucho acopio de ella en cada baldío». Julio César Baracellus (*Horto geniali*) y Battista della Porta (*Physiognomicae*, lib. 6, cap. 23) aportan muchos casos y ejemplos de ello, y ofrecen otras muchas pruebas. Por esa causa quizás el docto Fuchs de Nuremberg, «cuando llegaba a una ciudad, consideraba primero las hierbas que crecían más frecuentemente en sus alrededores, y esas las destilaba en un alambique de plata», haciendo uso de otras junto con ellas, si servían para la ocasión. Ya sé que muchos son de la opinión de que nuestros simples del Norte son débiles, imperfectos, no tan bien fraguados, ni con tanta fuerza como las de las partes de más al Sur, y no tan adecuados para ser utilizadas en medicina, y por lo tanto van a buscar sus drogas muy lejos: la sena *cassia*[976] de Egipto, el ruibarbo de Barbaria, los áloes de Zocotora, turbit[977], agárico[978], mirobálanos, hermodáctilo[979] de las Indias del este, el tabaco del Oeste y algunas de tan lejos como China, y el eléboro de Anticira, o ese de Austria que lleva la flor púrpura que tanto aprueba Mattioli y también los demás. En el reino de Valencia, España, Magini recomienda[980] Mariola y Renagolosa, famosas por sus simples; y Leander Albertus, el Baldus[981], una montaña cerca del lago Benacus en el territorio de Verona, en el que se congregan continuamente todo los herbolarios del país; y Ortelio, una en Apulia[982], y Münster el monte Mayor en Istria, y otros prefieren Montpellier, en Francia[983]; Próspero Alpino prefiere los simples de

Egipto, y García de la Huerta los de la India antes que ninguno, y otros los de Italia, Creta, etc. Muchas veces son especialmente curiosos en estas cosas, que Fuchs sentenciaba (*Instit.*, lib. 1, sec. 1, cap. 8): «éste piensa que no hacen nada excepto si rastrean por toda la India, Arabia, Etiopía, buscando remedios, y así traían su medicina de los tres cuartos del mundo, de más allá de Garamante[984]. Muchas mujeres viejas y mujeres del campo hacían a menudo más bien con algunas pocas hierbas vulgares del jardín, que nuestros ampulosos médicos, con todas sus prodigiosas, suntuosas, lejanas, raras y presuntas medicinas». Sin duda: si no tuviéramos esos simples raros y exóticos tendríamos en casa los que son equivalentes a ellos en virtudes, y los nuestros servirían igual que ellos si se tomaran en cantidad proporcional, adecuados y calificados correctamente, y quizás fueran mucho mejor, y más apropiadas para nuestras constituciones. Pero así es en la mayoría de los casos, como escribe Plinio a Gallus: «descuidamos aquello que tenemos cerca, y vamos detrás de lo que está lejos, para lo cual viajaremos y navegaremos más allá de los mares, abandonando totalmente lo que está ante nuestros ojos»[985]. En Turquía, el opio apenas les afecta, pero entre nosotros es un estupefaciente incluso en muy pequeña cantidad. En Grecia, la cicuta es un poderoso veneno, pero entre nosotros no tiene efectos tan violentos. Concluyo, con J. Voschius[986] (quien mucho ha vituperado esas medicinas exóticas, y prometió con nuestras «europeas» una cura total y absoluta de todas las enfermedades, «de cabeza a pies»): «las hierbas de nuestras regiones concuerdan mejor con nuestros cuerpos», nuestros propios simples se acuerdan mejor con nosotros. Es algo por lo que mucho se esforzó Fernel en su práctica francesa, reducir todas sus curas a nuestra propia y doméstica medicina. Así hizo Janus Cornarius[987], y Martín Rulandus en Alemania, y T.B.[988] entre nosotros, como aparece en un tratado que se divulgó en nuestra lengua en 1615 para probar la suficiencia de las medicinas inglesas para la cura de toda clase de enfermedades. Si nuestros simples no tienen en conjunto tanta fuerza o no son tan apropiados, puede que si se utilizara igual diligencia para cultivar aquí esas lejanas y raras drogas, podrían prosperar igual de bien entre nosotros que en los países de donde las obtenemos, como sucede con las cerezas, alcachofas, tabaco y tantas otras. Ha habido varios médicos valiosos que sacaron excelentes conclusiones de este tipo, y muchos boticarios diligentes y esmerados, como Gesner, Besler, Gerard, etc., y de entre el resto, los famosos jardines públicos de Padua en Italia, Nuremberg en Alemania, Leyden en Holanda, Montpellier en Francia (y el nuestro de Oxford ahora en construcción, a costa y cargo del honorable Lord Danvers, conde de Danby), que mucho hay que recomendar, pues en ellos se pueden ver casi todas las plantas exóticas, con una generosa asignación anual que ayuda a su mejor mantenimiento, y permite que los jóvenes estudiantes se formen muy pronto en el conocimiento de ellas; hecho que es, como sostiene Fuchs[989], «lo más necesario para esa manera exquisita de curar», y es gran vergüenza para un médico no observarlas, como sería para un trabajador no conocer su hacha, su sierra, escuadra o cualquier otra herramienta que deberá utilizar necesariamente.

SUBSECCIÓN III

Alterativos, hierbas y otros vegetales

Entre los ochocientos simples que recoge Galeoto (*De promisc. doctr.*, lib. 3, cap. 3) y de los cuales han escrito muy exquisitos herbolarios, expongo a continuación unas pocas plantas por encontrarlas apropiadas para este humor, de las cuales algunas son alterativas, «las que, decía Renodaeus, por una fuerza secreta y una especial cualidad expulsan toda enfermedad futura, curan perfectamente todas las actuales, y muchas de ellas los efectos incurables»[990]. También se ha observado en otras plantas, piedras, minerales y criaturas, igual que en las hierbas, y en otras enfermedades igual que en ésta. ¿Cuántas cosas se relacionan con un cráneo de hombre? ¿Qué diversas virtudes de los cereales hay en una pata de caballo, en un hígado de lobo[991], etc., o en diversos excrementos de bestias[992], todo ello útil contra diversas enfermedades? ¿Qué virtudes extraordinarias se atribuyen a las plantas? «La hierba cana y la eruca[993] hacen subir el pene, el sauzgatillo y el nenúfar[994] extinguen el esperma», algunas hierbas provocan la lujuria, otras sin embargo como el *«Agnus Castus»* o sauzgatillo y el nenúfar extinguen totalmente la semilla, la amapola produce sueño, la calabaza resistencia a la embriaguez, etc.; y lo que es más admirable es que tales y tales plantas tengan una virtud particular para determinadas partes, como para la cabeza tienen las semillas de anís[995] la pata de asno, la betónica, el calamento, la eufrasia[996], lavanda, laurel, rosas, ruda, salvia, mejorana, peonía, etc. Para los pulmones: calamento, regaliz, énula-campana, hisopo, marrubio, germandrina[997], etc. Para el corazón: borraja, buglosa[998], azafrán, melisa, albahaca, romero, violetas, rosas, etc. Para el estómago: absintia, menta, betónica, melisa, centaurea, acedera, verdolaga. Para el hígado: pinillo o *«Camaepitys»*[999], germandrina, agrimonia, hinojo, escarola, achicoria, hepática, agracejo. Para el bazo: culantrillo, helecho, cúscuta de tomillo[1000], lúpulo, la corteza de fresno y la betónica. Para los riñones: perejil, saxifraga, llantén, malva. Para la matriz: artemisa, poleo, matricaria[1001], sabina, etc. Para las articulaciones: camomila, hierba de San Juan[1002], orégano, ruda, prímula, centaurea menor, etc. Y lo mismo sucede con enfermedades peculiares. Para ésta de la melancolía podrás encontrar un catálogo de hierbas apropiadas, y eso en todas partes. Puedes ver más en Wecker, Renodeus, Heurne (lib. 2, cap. 19), etc. Hablaré brevemente sólo de algunos de estos remedios, primero de los alterativos, que Galeno prefiere antes que los diminutivos en el tercer libro sobre las partes enfermas, y Alejandro de Tralles se jacta de que ha hecho más curas de melancólicos con humectantes que con purgantes[1003].

En este catálogo, la borraja y la buglosa compiten por el puesto principal, en todas sus formas, en sustancia, zumo, raíces, semillas, flores, hojas, decoc-

ciones, aguas destiladas, extractos, aceites, etc., porque ese tipo de hierbas son variadas y diversas. La buglosa es caliente y húmeda, y por lo tanto merecidamente estimada entre las hierbas que expulsan la melancolía y estimulan el corazón[1004] (Galeno, *De simpl. med.,* lib. 6, cap. 80; Dioscórides, lib. 4, cap. 123). Plinio alaba mucho a esta planta. Puede utilizarse de formas diversas: tomada en caldo, en vino[1005], en conservas, jarabes, etc. Es un excelente cordial, y se prescribe muy frecuentemente contra esta enfermedad. Es una hierba de tal soberanía que tanto Diodoro (*Bibliotheca*, lib. 7), como Plinio (lib. 25, cap. 2 y lib. 21, cap. 21), Plutarco (*Banquete*, lib. 1, cap. 1), Dioscórides (lib. 5, cap. 40) y Caelius (lib. 19, cap. 3), suponen que se trata del famoso Nepentes de Homero[1006], que Polydamna, la mujer de Thoni (entonces rey de Tebas, en Egipto), envió a Helena como presente, y de tan rara virtud que tomada empapada en vino, aunque se murieran delante de alguno su mujer e hijos, su padre y madre, hermano y hermana y sus más queridos amigos, no sufriría ni se le escaparía una lágrima por ellos. El ensalzado cuenco de Helena, que estimulaba el corazón, no tenía otro ingrediente, según conjeturan la mayoría de nuestros críticos, que éste de la borraja[1007].

La melisa tiene una admirable virtud para alterar la melancolía, sea remojada en nuestras bebidas ordinarias, en extracto o tomada de cualquier otra manera. Cardano (lib. 8) admira mucho esta hierba. Calienta y seca, decía Heurne[1008], y en su segundo grado con magnífica virtud conforta el corazón y purga todo vapor melancólico de los espíritus (Mattioli, en su *Dioscórides,* lib. 3, cap. 10). Además le adscriben otras virtudes, «como, ayudar a la mezcla, limpiar el cerebro, expulsar todos los pensamientos preocupantes y las fantasías que causan ansiedad». Las mismas palabras se encuentran en Avicena, Plinio, Simeón Sethi, Fuchs, Lobel, Daléchamps, «y todos los herbolarios». Nada mejor para quien está melancólico que remojar ésta y la borraja en su bebida ordinaria.

En su quinto libro de epístolas medicinales[1009], Mattioli considera la escorzonera[1010], «no sólo contra el veneno, cuando se cae enfermo y para los que tienen vértigo, sino para esta enfermedad; tomada la raíz, ella sola expulsa la pena, causa alegría y ligereza de corazón».

Antonio Musa, reconocido médico de César Augusto, en el libro en que describe las virtudes de la betónica (cap. 6), recomienda encarecidamente esta hierba: «preserva tanto el cuerpo como la mente de temores, cuidados, pesares, cura la enfermedad comicial, y ésta y muchas otras enfermedades, lo que suscriben Galeno (*Simpl. med.,* lib. 7) y Dioscórides (lib. 4, cap. 1, etc.).

La caléndula es muy apreciada contra la melancolía y es utilizada a menudo en nuestros caldos cotidianos, y es tan buena contra ésta como contra otras muchas enfermedades.

El lúpulo[1011] es un remedio soberano, y Fuchs (*Plant. hist.,* cap. 58), lo ensalza mucho: «purga toda la cólera y purifica la sangre», pero Mattioli advertía a los médicos de su tiempo que no hicieran más uso de ella porque rarifica y depura; nosotros la utilizamos con este propósito en nuestra cerveza ordinaria cuando es, en un principio, espesa y empalagosa.

La absinta, la centaurea y el poleo son también ensalzadas y muy utilizadas, como mostraré más adelante, especialmente en la melancolía hipocondríaca, en la que se emplean diariamente, remojadas en suero, porque, como dicen Rufo Efesio y Areteo[1012], rompen la flatulencia y ayudan a la mezcla, y así muchos melancólicos se han curado con el uso frecuente de ellas solas.

Y como en la melancolía están alterados a menudo el bazo y la sangre, no puedo omitir la escarola, la achicoria, el diente de león y la fumaria, que purifican la sangre. Y las escolopendra[1013], cuscuta o epítimo[1014], ceteraque[1015], artemisa, hepática, fresno, tamarisco, genista, culantrillo, etc. que tanto ayudan y alivian al bazo.

A éstas hay que añadir las rosas, violetas, alcaparras, matricaria, germandria, cantueso, romero, drosera, azafrán, albahaca, anona, vino, tabaco, sándalo, etc. Y el peruano «chamico», «de monstruosos poderes»[1016], *«Linshcosteus datura»*. Y para los que son fríos, la decocción de guayacán[1017], china, zarzaparrilla, sasafrás, las flores del *«Carduus benedictus»*[1018], que encuentro en sus *Consultas* que Montano lo utilizaba mucho, así como Julius Alexandrinus, Lelio Egubinus, y otros. Bernard Penot[1019] prefiere su «hierba del sol» o drosera holandesa para esta enfermedad antes que ninguna otra, «y no admitirá que ninguna hierba sobre la tierra sea comparable a ésta». Supera a la *«moly»*[1020] de Homero y cura esta enfermedad, la enfermedad comicial y casi toda otra dolencia. El mismo Penot habla de un excelente bálsamo de Pietro de Abano, que tomado en la cantidad de tres gotas en una copa de vino «provoca un cambio repentino, aleja la tristeza y alegra el corazón». Antonio Guianerius en su *Antidotario* tenía muchas de ese tipo[1021]. Jacobo de Dondi, el «Agregador», reitera el ámbar gris, la nuez moscada y todas las especias como buenas entre las demás. Pero esto no puede ser algo general, porque el ámbar y la especia convertirán un cerebro caliente en loco, siendo buenos para el frío y húmedo. García de Huerta hablaba de muchas plantas indias, cuyas virtudes ensalzaba mucho con respecto a esta enfermedad. Lemnio (*Instit.*, cap. 58) admira la ruda y la recomienda por tener una excelente virtud, «expeler las vanas fantasías y los demonios, y aliviar las almas afligidas». Hay otras cosas que alaban mucho los escritores[1022], como un viejo gallo, la cabeza de un carnero, el corazón de un lobo, llevados encima o ingeridos, productos con los que Mercurial está de acuerdo. Próspero Alpino ensalza el agua del Nilo, Gómez Miedes cualquier agua de mar, y en las temporadas adecuadas, marearse en el mar. Y la leche de cabra, el suero, etc.

Subsección IV

Piedras preciosas, metales, minerales, alterativos

Las piedras preciosas son censuradas de diversas maneras, y muchos desacreditan su uso o el de cualquier otro mineral en la medicina, entre los cuales el principal es Thomas Erastus en su opúsculo contra Paracelso y en una epístola a Peter Monavius, en que dice «que si las piedras pueden realizar cualquier milagro, dejadles creer en esa lista, pero nadie podrá persuadirme, porque por mi parte he encontrado por experiencia que no hay virtud en ellas». Pero Mattioli en su comentario sobre Dioscórides[1023] es profuso en el aspecto contrario, en su recomendación, y lo mismo sucede con Cardano, Renodeus, Alardus, Rueus, Encelius, Marbodeus, etc. Mattioli[1024] habla específicamente del coral, y Oswald Croll (*Basil. chym.*) prefiere la sal del coral. Christophorus Encelius[1025] (lib. 3, cap. 131) las considera como muchos de los diversos medicamentos contra la melancolía, la pena, el temor, el tedio y cosas semejantes. Renodeus[1026] las admira, «además adornan las coronas de los reyes, adornan los dedos, enriquecen nuestra economía doméstica, nos defienden de encantamientos, preservan la salud, curan las enfermedades, alejan los sufrimientos y preocupaciones, y alegran la mente». Estas son sus particularidades.

La piedra preciosa llamada granate, porque es como los granos de una granada, un tipo imperfecto de rubí, por lo tanto un poco más rojizo pero más oscuro que un rubí, viene de Calcuta[1027], y «colgado alrededor del cuello, o tomado en la bebida, hace que se resista mucho a la pena y reanima el corazón». Las mismas propiedades encuentro que se atribuyen al jacinto o circón y al topacio[1028]: alivian la ira, el pesar, disminuyen la locura y mucho deleitan y regocijan la mente. «Tanto sea portándolo como bebiéndolo en una poción, incrementa la inteligencia», decía Cardano, «expulsa el temor, se jacta de que ha curado a muchos locos, que cuando les abandonaba la piedra, volvían a estar tan locos como nunca habían estado antes». Petrus Bayrus (*Veni mecum*, lib. 2, cap. 13) y Franciscus Rueus (cap. 19, «De gemmis») decían lo mismo de la crisolita, una amiga de la sabiduría, una enemiga de la locura[1029]. Plinio (lib. 37), Solino (cap. 52), Leander Albertus (*De lapid.*) y Encelius (lib. 3, cap. 66), ensalzan altamente la virtud del berilo: «ayuda mucho a la buena comprensión, reprime los vanos conceptos, los malos pensamientos y provoca alegría, etc.». En el vientre de una golondrina se encuentra una piedra llamada quelidonio, «la cual, si se envuelve en una prenda bonita y se ata al brazo derecho, cura a los lunáticos y locos y les hace amistosos y alegres»[1030].

Hay un tipo de ónice llamado calcidonia que tiene las mismas cualidades: «ayuda mucho contra las ilusiones fantásticas que proceden de la melancolía» y conserva el vigor y el buen estado de todo el cuerpo.

La piedra de ébano que utilizan los orfebres para pulir el oro, llevada encima o bebida tiene las mismas propiedades o muy parecidas[1031].

Levinio Lemnio (*Institut. ad vit.*, cap. 58), hace mención, entre otras joyas, de dos muy notables: carbúnculo y coral, «que alejan los miedos infantiles, los demonios, hacen superar la pena, y colgados alrededor del cuello reprimen los sueños atribulados», propiedades que Cardano casi atribuye a las *emmetris* de color verde si se llevan encima o se usan en un anillo[1032], y lo mismo dice Rueus del diamante.

Nicolo Cabeo, un jesuita de Ferrara, en el primer libro de su *Philosophica magnetica* (cap. 3) habla de las virtudes de una piedra imán y cita muchas opiniones diversas: algunos dicen que debe tomarse internamente en porciones, y que, como el vino de víbora, nos restituye la juventud, y que sin embargo si se lleva encima puede provocar melancolía a algunas personas; dejemos determinarlo a la experiencia.

Mercurial admira a la esmeralda por sus virtudes para suavizar todas las impresiones de la mente, y otros lo piensan del zafiro, «la más bella de todas las piedras preciosas, de color del cielo, un gran enemigo de la cólera negra, que libera la mente, enmienda el comportamiento, etc.». En su catálogo de simples Jacobo de Dondi cita al ámbar gris, un hueso en el corazón del ciervo, el cuerno del monoceros, la piedra bezoar que se encuentra en el vientre de una pequeña bestia de las Indias del Este[1033] (o en alguna otra parte) y que fue traída a Europa por los holandeses y nuestros compatriotas mercaderes. Renodeus (*De mat. med.*, cap. 22, lib. 3) decía que había visto dos de esas bestias vivas en el castillo de Lord de Vitry, en Coubert.

El lapislázuli y el armenus, como purgan, serán mencionados en su lugar.

Del resto, añadiré brevemente lo que puede extraerse de Cardano, Renodeus (cap. 23, lib. 3), Rondelet (lib. 1, «De testat.», cap. 15), «que casi todas las joyas y piedras preciosas tienen excelentes virtudes» para apaciguar las dolencias de la mente, y por eso las personas ricas ambicionan tanto el tenerlas; «y todas esas pequeñas perlas que se encuentran en conchas entre los indios y persas», según la opinión de todos los escritores, «son muy cordiales», y la mayoría útiles para reanimar el corazón.

Muchos dicen sobre el oro y sobre algunos otros minerales lo que éstos han dicho sobre las piedras preciosas. Erastus mantiene siempre lo contrario. Paracelso (*Disputat.*, cap. 4, fol. 196) declaraba sobre el oro «que alegra el corazón, pero en el mismo sentido que lo hace en el pecho de un avaro: en casa, muy contento y a solas, mirando mi dinero en mi caja fuerte»[1034], y así, como decía el poeta, reaviva el espíritu y es una excelente receta contra la melancolía:

«El oro en la medicina es un cordial,
Por eso ama al oro en especial»[1035].

No recomienda el «oro potable», y lanza invectivas contra él por las aguas corrosivas que se utilizan. Argumento que nuestro Dr. Matthew Gwinne lanzaba contra el Dr. Francis Anthony. Erastus[1036] concluye que las «piedras filosofales, el oro potable, etc.» no son mejores que el veneno, una mera impostura, «una nada»con aspecto de piedras agradablemente doradas, expulsadas de una triste colina «como fue parido un ridículo ratón». Paracelso y sus seguidores químico-místicos, como otros tantos prometeos, robarán el fuego del cielo, curarán todas las formas de enfermedad con minerales y declararán, por otra parte, que es la única medicina. Paracelso[1037] llama a Galeno, Hipócrates y a todos sus adictos, infantiles, idiotas, sofistas, etc. Junto con esos que se mofan de la metamorfosis de Vulcano, retoños ignorantes, discípulos orgullosos y testarudos, que no merecen el nombre de médicos. Se jacta de que sin necesidad de esos remedios puede hacer vivir a un hombre durante ciento sesenta años o hasta el final del mundo con sus libros *Alexifarmacums, Panaceas, De mummia, Ungüentum armarium*[1038], y las curas magnéticas, «lámparas de la vida y de la muerte, baños de Diana, bálsamos, ámbar mágico-físico, amuletos de Marte, etc.»[1039]. No hay nada que no pudieran hacer él y sus seguidores. Y más podía jactarse, pues era «el primero de los médicos», y había hecho curas mucho más famosas que todos los médicos europeos juntos. «Una gota de sus preparados iba más lejos que una dracma u onza de los demás», una gota de esas puercas pociones repulsivas y empalagosas, píldoras heteróclitas (así las llamaba él), medicinas de caballo, «ante cuya contemplación hasta el cíclope Polifemo se hubiera estremecido». Y aunque algunos condenaban su habilidad y sus curas magnéticas porque las consideraban orientadas hacia la superstición mágica y las brujerías y encantamientos, sin embargo le admiraban, reivindicándolo inflexiblemente a pesar de todo, y le preferían absolutamente a cualquier otro. Pero éstas son posiciones extremas, hay posiciones intermedias que aprueban los minerales pero no los valoran en un grado tan alto. Lemnio (*De occult. nat. mir.,* lib. 3, cap. 6) recomienda el oro por vía interna y usarlo externamente en sortijas como un medicamento excelente entre todos los demás. Esas mezclas deben hacerse para los melancólicos, decía Wecker (*Antid. spec.,* lib. 1), alabanza que suscribían Renodeus (lib. 2, cap. 2), Ficino (lib. 2, cap. 10), Fernel (*Meth. med.,* lib. 5, cap. 21, «De cardiacis»), Daniel Sennert (lib. 1, part. 2, cap. 9), Andernacus, Libavius, Quercetan, Oswald Croll, Euvonymos, Rubeus y Mattioli en el cuarto libro de sus epístolas, así como Andreas de Blawen (*Epist. a Mattioli*). Fueron prescritas y utilizadas desde el principio por Avicena, Arnau de Vilanova y muchos otros. Mattioli[1040], en ese mismo lugar, está de acuerdo con el oro potable, con el mercurio y con tantas otras muchas mezclas químicas, y va tan lejos en su aprobación que mantiene «que ningún hombre puede ser un médico excelente si no tiene alguna habilidad en las destilaciones químicas, y que es muy difícl que se curen las enfermedades crónicas sin medicinas minerales». Busca el antimonio entre los purgantes.

Subsección V

Alterativos compuestos, censura de los compuestos y de la medicina de mezcla

Plinio (lib. 24, cap. 1) censuraba amargamente todos los medicamentos. «La bellaquería de los hombres, la impostura y los ingenios falaces han inventado estas tiendas en las que se pone a la venta la vida de todos los hombres; y con el tiempo llegan a esas composiciones e inexplicables mezclas traídas de las lejanas India y Arabia, una medicina para una llaga parece que debe ir a buscarse tan lejos como el mar Rojo», etc. Y no está falto de razón en lo que dice, porque sin duda hay mucho que reprochar a las composiciones, pues hay infinita variedad de mezclas, como anota Fuchs[1041]. «Piensan que obtienen gran crédito, que superan a los demás y que son más sabios que el resto porque hacen muchas variaciones, pero él los considera tontos, porque se jactan de su propia habilidad y piensan que así consiguen tener un nombre, cuando están haciendo el ridículo y traicionando su actividad con la ignorancia y el error». Unos pocos simples, bien preparados y bien comprendidos, son mejores que ese montón de compuestos sin sentido y confusos que se venden corrientemente en las tiendas de los boticarios, «en las cuales se encuentra (decía Cornarius) muchas cosas vanas, superfluas, corruptas y obsoletas, atrasadas, y un conjunto de nombres bárbaros que se dan a jarabes y julepes y un innecesario conjunto de medicinas de mezcla; una masa tosca e indigesta». Muchas veces (como censuraba Agrippa) hay, por estos medios, «más peligro por los medicamentos que por la enfermedad», porque ponen junto lo que ni ellos mismos saben, o dejan hacer a un boticario ignorante, y causan la muerte y horrores para la salud. Los antiguos médicos no tenían tales mezclas, y la purga ordinaria era una simple poción de eléboro, en tiempos de Hipócrates y hoy en día; como decía Matteo Ricci[1042] refiriéndose a la floreciente comunidad China, «sus médicos tienen preceptos totalmente opuestos a los nuestros y no son desafortunados en su medicina; utilizan en conjunto raíces, hierbas y simples en sus medicamentos, y toda su medicina está comprendida en cierto modo en un sólo herbario»; no hay ciencia, ni escuela, ni arte, ni grado, «sino que, como un oficio, cada hombre en particular es instruido por su maestro». Cardano[1043] comentaba que podía curar casi cualquier enfermedad sólo con agua, como hacía Hipócrates en la antigüedad, que utilizaba una única medicina para la mayoría de las enfermedades. Pero dejemos que lo mejor de nuestros médicos racionales demuestre y dé razón suficiente de esas intrincadas mezclas. ¿Por qué tiene la *Mitrídates* o *Tríaca* exactamente tantos simples, y por qué lleva las cantidades que lleva?, ¿no podrían reducirse a la mitad o a un cuarto? «Es en vano hacer con mucho (como dice el dicho) lo que se puede ha-

cer con poco»; trescientos simples en un julepe, poción o en una pequeña píldora, ¿con qué fin o propósito? Conozco lo que han dicho Alkindus[1044], Capivaccio, Montaigne y Simon Eitover, y el mejor y más racional de todos ellos; pero ni él, ni ellos, ninguno de ellos, ofrece al lector, a mi juicio, la satisfacción que desea: ¿por qué tales y tantos simples? Roger Bacon, en su tratado *De graduationibus*, ha censurado muchos errores y explicado algunas cosas, pero no lo ha aclarado. Mercurial, en su libro *De composit. medicin.*, da ejemplos de Hamech y de Philonium el romano, de lo que Hamech en Arabia y Philonius en Roma habían compuesto hacía tiempo, pero eran tan estúpidos como el resto. Si fueran tan exactos como según él parece que eran, y esas mezclas tan perfectas, ¿por qué Fernel altera una y por qué está la otra obsoleta? Cardano[1045] censuraba a Galeno porque presumía de su ambición de corregir la «Teriaca de Andrómaco», y nosotros con igual derecho podemos criticar todo el resto. Las teorías de Galeno están ahora desacreditadas y son rechazadas, y lo que escribieron antiguamente Nicholas Meripsa, Mesue, Celso, Scibanius, Actuarius, ha sido, en su mayor parte despreciado. Mellichius, Cordus, Wecker, J. Duchesne (Quercetan), Renodeus, los estados veneciano y florentino, tienen sus diversas recetas y magistrales. Los de Nuremberg tienen los propios y la «Farmacopea Augusta», medicamentos peculiares para el meridiano de cada ciudad: Londres tiene las suyas, y cada ciudad y pueblo y casi cada persona tiene sus propias mezclas, composiciones, recetas, magistrales, preceptos, como si se burlara de la antigüedad y de todos los demás con respecto a sí mismo. Así cada hombre debe corregir y alterar para demostrar su habilidad, todo individuo que opina debe mantener su propia paradoja, que sea como él desea. «Los reyes deliran, los aqueos son castigados»: ellos chochean y mientras tanto los pobres pacientes pagan por sus nuevos experimentos, la gente común lo lamenta.

Así como los demás ponen objeciones, puedo yo pensar en la debilidad de mi comprensión; pero a decir verdad, no hay tal falta, no tal ambición, ni novedad, ni ostentación como algunos suponen, sino que, como responde alguien[1046], esto de las medicinas compuestas «es la invención más noble y provechosa que se ha encontrado y aportado a la medicina, y se ha hecho con gran juicio, sabiduría, consejo y discreción». Las enfermedades mezcladas deben tener remedios mezclados, y los simples que suelen mezclarse tienen su relación con la parte afectada, algunos para moderar, el resto para confortar; algunos una parte, otros otra. Cardano y Brassavola mantenían, ambos, que no hay medicamento simple que no hiera o agreda, y aunque de antiguo, Hipócrates, Erasístrato, Diocles, en la infancia de este arte, estaban contentos con los simples ordinarios, ahora, sin embargo, decía Aecio[1047], «la necesidad obliga a buscar nuevos remedios, y a hacer compuestos de simples, así como a corregir sus perjuicios: si frío, seco, caliente, espeso, claro, insípido, fétido al olfato, hacerlo sabroso al paladar, agradable al gusto, y tomarlo y preservarlo del paso del tiempo, para que admita azúcar o miel para hacerle durar meses y años, para usos diversos». En tales casos se deben aprobar los medicamentos

compuestos, y Arnau de Vilanova, en su aforismo 18, así lo admite. «Cuando los simples no pueden, la necesidad nos obliga a utilizar compuestos», y lo mismo para recetas y magistrales, «un día enseña a otro», y son como otras tantas palabras o frases, «que se ponen de moda una vez y dejan de estarlo a la siguiente»: menguan y crecen según la estación, y así como varían los ingenios, ellos pueden variar infinitamente. Cada hombre como quiere, tantos hombres, otras tantas mentes, y todos detrás de un buen propósito, aunque no de la misma manera. Como las artes y las ciencias, la medicina se perfecciona continuamente como el resto; «el tiempo nutre el conocimiento», y la experiencia nos enseña muchas cosas todos los días[1048] que nuestros predecesores no sabían. «La naturaleza no está agotada, como uno decía, ni es tan pródiga, como para gastar todos sus dones en una sola época, así que ha reservado algo para la posteridad, para demostrar su poder y que ella es siempre la misma, que no está vieja y agotada. Las bestias y los pájaros se curan ellos mismos por la naturaleza»[1049], pero el hombre debe utilizar mucho esfuerzo e industria para conseguirlo. Pero divago.

Los medicamentos «compuestos» se pueden tomar «internamente» y ser aplicados «externamente». Cuando se toman internamente, pueden ser «líquidos» o «sólidos»: los líquidos pueden ser «fluidos» o «consistentes». Los fluidos, como vinos y jarabes. Los vinos que se utilizan corrientemente en esta enfermedad son el vino de ajenjo, de tamarisco y el *«buglossatum»,* vino hecho de borraja y buglosa. Su composición se especifica en la obra de Arnau de Vilanova, *Lib. de vinis,* con borraja, melisa, buglosa, cinamomo, etc. Y es muy recomendado por sus virtudes, pues «elimina la lepra, las costras, aclara la sangre, recrea el espíritu, vivifica la mente, purga el cerebro de esos angustiosos humores negros de la melancolía, y limpia todo el cuerpo de ese humor negro por la orina. A lo que añado (decía Vilanova) que hará que los locos y esos violentos *bedlams*[1050] atados con cadenas vuelvan a recobrar la razón. Mi conciencia es testigo de que no miento; vi a una seria matrona que recibió ayuda con estos métodos, pues era tan colérica y algunas veces tan furiosa que estaba casi loca y fuera de sí y no sabía ni lo que decía ni lo que hacía, regañaba, golpeaba a sus doncellas y estaba destinada a que la ataran hasta que bebió el vino de borraja, y con este remedio excelente se curó; se lo había enseñado por casualidad un pobre extranjero, un mendigo abobado que pedía limosna de puerta en puerta». El zumo de la borraja, si se clarifica y se bebe en vino hará otro tanto, haciendo láminas con las raíces y empapándolas, decía Antonius Mizauld (*Art. med.*), que citaba esta historia tomada palabra por palabra de Vilanova, y lo mismo hacía Magninus, un médico de Milán en su regimiento de salud. He encontrado otra excelente agua compuesta en Rubeus (*De destil,* secc. 3), que la alaba altamente, tomada de Savonarola, «para quien es solitario, torpe, está pesaroso y triste sin ninguna causa, o está angustiado por su corazón tembloroso». Cita en el mismo lugar otras excelentes aguas compuestas, «si la melancolía no está inflamada, o su temperatura demasiado caliente». Evonymus tenía una preciosa Aquavita para este propósito, para la que es fría.

Pero él y la mayoría recomienda el «oro potable»; y todos los autores prescriben el suero, especialmente de leche de vaca, con borraja, buglosa, escarola, achicoria, etc.; algunos piensan que debe tomarse indefinidamente a todas las horas, algunos treinta días continuos durante la primavera, ayunando cada mañana, un buen trago. Los jarabes son muy buenos y se utilizan a menudo para digerir este humor en el corazón, el bazo, el hígado, etc. Hay jarabe de borraja (hay un famoso jarabe de borraja muy recomendado por Du Laurens para este propósito en su *Tratado de la melancolía*), el de la «fruta del rey Sabor», ahora obsoleto, de tomillo y cuscuta, de lúpulo, escolopendra, fumaria, culantrillo, bizantina, etc. Estas hierbas se utilizan más para preparados de otra medicina, mezclas con aguas destiladas de naturaleza semejante, o de otra forma en julepes.

Los consistentes son las conservas o preparaciones. Conservas de borraja, buglosa, achicoria, fumaria, culantrillo, violetas, rosas, ajenjo, etc. Las preparaciones son: tríaca, mitrídate, eclegmas o jarabes, etc. Los sólidos, como preparados aromáticos; los calientes, «de ámbar, de perlas calientes (cocimiento de semillas medicinales), de claveles *dianthus*, almizcle dulce, electuario de gemas, y de Galeno y Rhazes, de galanga, de comino, de anís, de pimienta, de gengibre, de alcaparras, de cinamomo»; los fríos, «perlas frías, de pétalos, de rosas, de amapolas, etc.»[1051], como cualquier «Farmacopea» enseña, con comprimidos o tabletas que se hacen a partir de ellas; con conservantes y productos de este tipo.

Las de uso externo sirven según las ocasiones, como los amuletos, aceites calientes y fríos de manzanilla, betónica, violetas, rosas, almendras, amapola, nenúfar, mandrágora, etc., que se utilizan después del baño o para inducir el sueño.

Hay ungüentos compuestos de las dichas especias con aceites y cera, como el *«alablastritum»* y el *«populeum»*. Algunos son calientes, otros fríos, algunos humedecen, otros producen sueño y corrigen otros accidentes.

Los linimentos están hechos de la misma materia para el mismo propósito, y los emplastos de hierbas, flores, raíces, etc., con aceites y otros licores mezclados y cocidos juntos.

Las cataplasmas, emplastos o bizmas, hechas de hierbas verdes, machacadas o metidas en agua hasta que se suavizan, se aplican a los hipocondrios y otras partes cuando el cuerpo está vacío.

Los parches se aplican en diversas partes y en los frontales para eliminar el dolor, la pesadumbre, el calor y procurar el sueño. Hay fomentos o esponjas mojadas en algunas decocciones, y apósitos o esas medicamentos húmedos envueltos en lino, para bañar y refrescar diversas partes afectadas.

Y tenemos también las *«sacculi»* o pequeñas bolsas de hierbas, flores, semillas, raíces y cosas semejantes, aplicadas a la cabeza, corazón, estómago; y los aromáticos, las bolas, perfumes, ramilletes de olor, todos los cuales tienen sus diversos usos en la melancolía, como se mostrará cuando trate de la cura de las distintas especies por ellas mismas.

Los simples que purgan por arriba

Los «melanagogos» o medicamentos purgantes para la melancolía, son tanto «simples» como «compuestos», y purgan suave o violentamente hacia arriba o hacia abajo. Las que veremos a continuación purgan por arriba. El *«asarum»*, *«asrabecca»*[1052] o nardo salvaje, como decía Mesué, es caliente en segundo grado y seco en tercero, «se toma comúnmente en vino o suero», o como entre nosotros, se pone el zumo de dos o tres hojas o algunas veces más trituradas en la bebida, mejorada con un poco de licor o anisado para evitar lo desagradable del sabor, o se hace la «mezcla de Fernel». Brassavola, en *Catar.*, lo recoge entre aquellos simples que sólo purgan la melancolía, y Ruel confirma a partir de su experiencia, que purga el cólera negro[1053] como el propio eléboro. Galeno (lib. 6, simplic.) y Mattioli[1054] le atribuyen otras virtudes, y consideran que puede purgar otros humores tan bien como a éste.

El laurel es colocado por Heurne (*Method. ad prax.*, lib. 2, cap. 24) entre los potentes purgantes de la melancolía[1055], y es caliente y seco en cuarto grado. Dioscórides (lib. 4, cap. 114) le añade otros efectos. Plinio pone quince bayas en la bebida para hacer una poción suficiente que se rectifica comúnmente con sus opuestos, frío y húmedo, como el zumo de escarola y verdolaga, y se toma en una poción de siete granos y medio. Y tanto ésta como la *asrabecca* son dos vomitivos comunes, que cualquier dama del campo sabe cómo administrar.

La «escila»[1056] o cebolla de mar es caliente y seca en tercer grado. Brassavola (*Catart.*), según Mesué y otros, por experiencia, utilizan este simple sólo para purgar la melancolía[1057]. Es un vomitivo ordinario, el «vino de Escila», vino de cebolla, mezclado con ruibarbo en un poco de vino blanco.

El eléboro blanco, que algunos llaman polvo de estornudar, es un potente purgante por arriba, que muchos rechazan por ser demasiado violento, pues ni Mesué ni Averroes lo admiten, «a causa del peligro de ahogo, y el gran dolor y alteración en que coloca al pobre paciente», decía Dodon[1058]. Sin embargo, Galeno (*Simpl. med.*, lib. 6) y Dioscórides (cap. 145) lo admiten. Era realmente «terrible en los primeros tiempos», como señala Plinio, pero ahora es muy familiar, hasta el punto de que hoy en día muchos lo toman, «y los estudiantes, para avivar el ingenio»; eso dijo Persio (*Sát.*, 1) a Accio el poeta, «que estaba borracho de eléboro». «Alivia la melancolía, la enfermedad comicial, la locura, la gota, etc., pero no debe ser tomado por los ancianos, los jóvenes, o los debilitados, delicados o afeminados, ni por los aquejados de dolor de cabeza, alta coloración o miedo sofocante», decía Dioscórides. Oribasio[1059], un viejo médico, ha escrito muy abundantemente sobre él y lo aprueba,

«en las afecciones que de otra manera difícilmente pueden curarse». Heurne (*Prax. Med.,* lib. 2, «vomitoriis»), dice que no debe utilizarse «si no es con gran precaución, a causa de su poder, y cuando el antimonio no hace ningún bien»[1060]. Esto hace que Hermófilo lo compare con un valiente capitán (como observa Codronchi, cap.7, «comment. de helleb.»), que ve que todos sus hombres van delante de él, y él llega, como un soldado fanfarrón, el último. Cuando fallan otras ayudas en la melancolía inveterada[1061], en un caso desesperado, debe tomarse este vomitivo. Pero a pesar de todo lo dicho, si está bien preparado puede administrarse desde el comienzo con seguridad. Mattioli proclama que lo ha utilizado para bien de muchos, y Heurne[1062], «que lo había utilizado felizmente, preparado bajo su propia prescripción» y con buen resultado. Cristóbal de Vega (lib. 3, cap. 14) es de la misma opinión, que debe ser lícitamente administrado, y nuestras damas del campo encuentran, en su práctica común, que no hay en él un peligro tan grande. El Dr. Turner, cuando habla de esta planta en su herbario, nos dice que en su tiempo era una receta corriente entre las buenas esposas el dar dos dracmas de eléboro en polvo, y no se pronuncia muy en su contra. Pero muchos normalmente se exceden, y hay quien es tan obtuso como el ciego Bayard y lo prescribe en cantidades que valen muchos peniques, y de otras formas igual de irracionales, pues yo mismo lo he oído pedir así a los sujetos del mercado en la tienda del boticario. Pero Dios sabe con qué resultado, porque a menudo sufren por su temeraria osadía e insensatez, a menudo rompen una vena, hacen que sus ojos casi se les salgan de las órbitas o llegan a matarse. Por lo tanto, el fallo no está en la medicina sino en la torpe y poco adecuada manera de manipularla. Aquel que sepa, pues, cuándo utilizarlo, cómo prepararlo correctamente y en qué «dosis», puede leer a Heurne (*Prax. med.*, lib. 2), Brassavola (*De catart.*), Godefridus Stegius (cap. 16), el médico del emperador Rodolfo, Mattioli en su *Dioscórides,* y el excelente comentario de Baptista Codronchi sobre el *Helleborum album*, que merece absolutamente la pena, donde encontrará gran diversidad de ejemplos y recetas.

El antimonio o *stibium*, que tanto ensalzan nuestros alquimistas, se toma tanto en sustancia como en infusión, y se prescribe con mucha frecuencia en esta enfermedad. «Ayuda a todas las dolencias, decía Mattioli[1063], que proceden de la cólera negra, en la enfermedad comicial y en las pasiones hipocondriacas», y para mayor prueba de su aserto da diversos ejemplos de los que habían sido liberados de su dolencia gracias a él. Un caso de Andreas Gallus, un médico de Trento, que después de muchos otros ensayos «imputaba la recuperación de su salud, después de a Dios, sólo a este remedio». Otro caso de George Handshius, que de la misma suerte, cuando fallaron otros medicamentos «fue recuperado por medio de éste a su estado de primitiva salud, y que, según lo que sabía, otros lo habían intentado igualmente y con la ayuda de este admirable medicamento se habían recuperado». El tercer caso, el de un sacerdote de una parroquia en Praga, en Bohemia, «que había ido tan lejos con su melancolía, que chocheaba y no sabía de qué hablaba, pero después de que hubo

tomado doce granos de antimonio (como he visto yo mismo y de lo que puedo testificar porque fui llamado a contemplar el milagroso accidente), fue purgado de gran cantidad de cólera negra, como pequeños fragmentos de carne, y todos sus excrementos eran como sangre negra (una medicina más adecuada para un caballo que para un hombre), y sin embargo le hizo tanto bien que al día siguiente estaba perfectamente curado». Esta historia verdadera del sacerdote bohemio la relata Schenk palabra por palabra (*Exoter. experiment. ad var. morb.*, cent. 6, obser. 6) con gran aprobación. Hércules de Sajonia la llama una medicina de provecho si se toma después de comer, en dosis de seis a ocho granos, lo que es adecuado para el vómito. Rodrigo de Fonseca, el español, antiguo profesor de Padua, en Italia, lo elogia en esta enfermedad (tomo 2, consulta 85), y lo mismo hace Luis Mercado (*De Inter. morb. cur.*, lib 1, cap. 17), con muchos otros. Por el contrario, Jacobus Gervinus, un médico francés (lib. 2, «de venenis confut.»), refuta todo esto, y dice que sólo tomó tres granos, frente a la recomendación de Mattioli y de otros, pero que casi le mata, de lo que concluye que «el antimonio es más un veneno que un medicamento». Thomas Erastus coincide con él en esta opinión, y así hace Eliano Montalto (*De melancholia*, cap. 30). Entonces, ¿qué debo decir?; es materia de libros enteros, podría citar una centena de autores en pro y en contra. Concluiré con Zwinger[1064]: el antimonio es como la espada de Scanderbeg, que lo mismo es buena que mala, fuerte o débil, según sea la persona a la que se le prescriba y la utilice; «es una medicina valiosa si se aplica a un hombre fuerte, de otra manera, es un veneno». Para su preparación, consultar en *Euonimi thesaurus,* de Conrad Gesner 'Eunonimus', y en Quercetan, Oswald Croll, y la *Chymiae* de Basilio Valentino, etc.

El tabaco, el divino, raro, superexcelente tabaco, que va mucho más allá de todas las panaceas, del oro potable y las piedras filosofales, es un remedio soberano para todas las enfermedades. Un buen vomitivo, lo confieso, una hierba virtuosa si se dosifica bien, se toma oportunamente y se utiliza médicamente, pero como la mayoría de los hombres abusan de ella, pues lo consumen como los caldereros beben cerveza, es una plaga, una perversidad, una purga de bienes, tierras, salud; infernal, demoníaco y condenado tabaco, la ruina y la destrucción del cuerpo y el alma.

Subsección II

Los simples que curan la melancolía por abajo

El polipodio y el epítimo[1065] son, sin ninguna excepción, purgantes suaves de la melancolía. Dioscórides considera que vacían la flema, pero Brassavola, según su experiencia, no está de acuerdo con que purguen este humor. Se utilizan en cocción, infusión, etc., como simples o mezcladas.

Los mirobálanos[1066], sus cinco tipos, se prescriben con buenos resultados contra la melancolía y las cuartanas agudas. Brassavola habla de mil ocasiones en que los administró en píldoras, decocción, etc. Busca en sus obras las recetas específicas.

En este catálogo de purgantes de la cólera negra, encuentro la betónica, fumaria, cuscuta, hierba mercurial, raíces de alcaparras, genista o retama, poleo y la calabaza medio cocida, y también el orégano, la matricaria, la sal de amoniaco y el salitre. Pero estos productos son muy suaves, y hay otros, como el mastuerzo[1067], la raíz de dragón, la centaurea, díctamo, colutea, que Fuchs (cap. 168) y otros toman por sen[1068], aunque la mayoría los distinguen. El sen está en la zona intermedia de los purgantes por abajo, entre los suaves y los violentos, y es caliente en segundo grado y seco en el primero. Brassavola lo llama «una magnífica hierba contra la melancolía, recorre la sangre, ilumina los espíritus, sacude la pena, es el medicamento más provechoso»; y como dice también Dodon[1069], fue inventado por los árabes pues no se sabía de él antes. Se toma de diversas maneras, en polvo o infusión, pero lo más corriente es en infusión, con jengibre o algunas flores cordiales agregadas para rectificarlo. Los actuarios lo recomiendan en un caldo hecho con un gallo viejo o en suero de leche, que es el vehículo más corriente para todos los productos que purgan la cólera negra, o remojado en vino, que Heurne considera suficiente, sin ninguna otra corrección.

La mayoría dice que los áloes purgan la cólera, pero Aurelianus (*De morb. chron.*, lib. 2, cap. 6), Arculanus (*Ad nonum librum Rhasis ad Almansor*, cap. 6) y Julius Alexandrinus (en el cons. 185 de Scholtz). Crato (en el cons. 184 de Scholtz) lo prescribe para esta enfermedad, y dice que es igual de bueno para el estómago y que abre las hemorroides, como dicen Mesue, Rhazes, Serapio y Avicena. Joannes Manardus (*Epist.*, lib. 1, ep. 1) se opone a esta idea, los áloes «no abren las venas» ni eliminan las hemorroides, como afirmaba igualmente Leonard Fuchs (*Paradox.*, lib. 1); pero Brassavola y Dodon defienden a Mesue por los resultados de sus propias experiencias, así que dejemos que Valesio[1070] ponga fin a la controversia.

Las piedras armenia y lázuli son muy alabadas por Alejandro de Tralles (lib. 1, cap. 16), Avicena, Aecio, y Actuarius, siempre que se laven bien, hasta que el agua no se coloree más, cincuenta veces dicen algunos. «Ese bueno de

Alejandro[1071] (decía Guianerius) pone tanta confianza en este único medicamento [piedra armenia], que piensa que todas las pasiones melancólicas pueden curarse con él, y por mi parte lo he utilizado a menudo felizmente y su uso nunca me ha decepcionado». Lo mismo puede decirse del lapislázuli, aunque es algo más débil que el otro. García de la Huerta (*Hist.*, lib. 1, cap. 65) relata que los médicos de los moros prescriben estos medicamentos con toda normalidad para todas las pasiones melancólicas, y Mattioli (*Ep.*, lib. 3) se jacta del buen resultado que obtiene siempre con su administración. Nicholas Meripsa lo coloca entre los mejores remedios (sec. 1, cap. 12, «In Antidotis»), «y si esto no sirviera (decía Rhazes), entonces no quedaría nada sino la piedra armenia y el propio eléboro». Valescus y Jason Pratis recomiendan mucho el polvo *hali*, que está hecho con eléboro. Jano Damasceno (lib. 2, cap. 12) y Hércules de Sajonia hablan muy bien de él. Crato[1072] no está de acuerdo con esto y dice de los dos eléboros que no son mejores que el veneno. Víctor Trincavelli (lib. 2, cap. 14) encuentra, en su experiencia, «que son muy nocivos, que alteran el estómago y dañan los cuerpos de quienes los toman demasiado».

El eléboro negro, esa planta tan conocida y esa tan famosa purga para la melancolía, tan utilizada y admirada por toda la antigüedad, fue primero descubierta por el pastor Melampo, como recoge Plinio (lib. 25, cap. 5). Vio que purgando a sus cabras cuando se enfurecían mejoraban y lo puso en práctica con Elige y Calene, las hijas del rey Preto[1073] que gobernaba en la Arcadia, cerca de la fuente de Clitorius, y así hizo que recuperaran su perdida salud. En tiempos de Hipócrates era el único purgante requerido, hasta el punto que se escribió un libro sobre él, un fragmento del cual aún se conserva. Teofrasto, Galeno[1074], Plinio, Celio Aureliano (lib.1, cap. 6), tan antiguo como Galeno, Areteo (lib. 7, cap. 5), un famoso griego, Oribasio (lib. 7, «collect.»), Aecio (*Ser*., 3, caps. 112 y 113), Pablo de Egina, mono imitador de Galeno (lib. 7, cap. 4), Actuarius, Alejandro de Tralles (lib. 5, cap. 15) y Cornelio Celso (lib. 3, cap. 23), único restante de los antiguos latinos, ensalzan y admiran esta excelente planta, y era en general muy estimada por todos los demás, por todos los antiguos, para tratar esta enfermedad, y así enviaban a todos los que eran insensatos, o de alguna manera estaban entontecidos, a Anticira[1075] o a Fócea en Acaya, para que les purgaran, lugares en los que esta planta se encontraba en abundancia. En tiempos de Estrabón era un viaje corriente «navegar a Anticira»; y proverbio común entre los griegos y latinos, mandar a un chiflado o a un loco a tomar eléboro; así sucede en la obra de Luciano, en que Menipo se lo dice a Tántalo: estás fuera de tu poco sentido, ¡oh Tántalo!, y necesitas beber eléboro, y sin mezclar[1076]. Aristófanes, en *Las avispas*, dice «Bebe eléboro...», y Harpax en la comedia[1077], dice a Simo y a Ballio, dos individuos alocados, que hubieran necesitado que les purgaran con esta planta. Cuando el orgulloso Menécrates escribió una arrogante carta a Filipo de Macedonia, éste no le respondió más que con esto: «Te aconsejo que te dirijas a Anticira»; señalando con eso que estaba loco, «que debía tomar eléboro», que necesitaba una buena purga. Decía Lilio Giraldi que Hércules, después de todas sus lo-

cas jugarretas que hizo a su mujer y sus hijos, se curó perfectamente gracias a una purga con eléboro que le administró uno de Anticira. Los que estaban sanos lo tomaban generalmente para avivar la inteligencia (como Ennio el Viejo, «que nunca tenía el arranque de escribir de armas sino cuando estaba él mismo bien armado»[1078], y como nuestros poetas, que beben vino blanco para mejorar sus invenciones). Encuentro esto mismo recogido por Aulo Gelio (lib. 17, cap. 15). Cuando Carneades el académico iba a escribir contra Zenón el estoico, se purgó primero, él mismo, con eléboro, lo que Petronio atribuye a Crisipo[1079]. Y así siguió utilizándose durante muchos, hasta que Mesue y algunos otros árabes comenzaron a rechazarlo y vituperarlo; y por su autoridad, durante muchos de los lustros siguientes se desvalorizó mucho y por ello se mantuvo completamente fuera de la demanda, pues se afirmaba que era veneno y no medicamento; y hoy en día todavía se oponen a él Crato[1080] y algunos jóvenes médicos. Sus razones son que Aristóteles (lib. 1, «De plant.», cap. 3) dijo que beleño y eléboro eran venenos, y Alejandro de Afrodisia en el prefacio a sus *Problemas* decía que (hablando del eléboro) «las codornices se alimentan con lo que es un veneno para el hombre». Galeno (lib. 6, «Epid.», com. 5, tex. 35) confirma otro tanto, y Constantino el Emperador, en su *Geoponicks*[1081], no le atribuye otra virtud que la de matar ratones y ratas, moscas y topos, y lo mismo decían Mizauld, Nicander el Viejo, Gervinus Schenk y algunos otros neotéricos que habían escrito sobre venenos, y ponían el eléboro en un lugar primordial. Nicholas Leonicus[1082] contaba una historia sobre Solón, que asediando no sé qué ciudad, sumergió eléboro en una fuente del agua que era conducida al centro de la ciudad por conductos, y así, o envenenó a los habitantes, o al menos los debilitó tanto con la purga, que no fueron capaces de sujetar las armas. A pesar de todas estas cavilaciones y objeciones, la mayoría de nuestros autores actuales lo aprueban totalmente. Entre ellos: Gariopontus (lib. 1, cap. 13), Codronchi (*Com. de helleb.*), Falopio (*lib. de med. purg. simpl.*, cap. 69 y consil 15), Trincavelli, Montano (239), Frisimélica (cons. 14) y Hércules de Sajonia, siempre que se administre oportunamente. Jacobo de Dondi, Amatus Lusitanus (*Cent.*, 2, cent. 66), Godefridus Stegius (cap. 13), Holler y todos nuestros herbolarios lo suscriben. Fernel (*Meth. med.*, lib. 5, cap. 16) «confesaba que era una purga terrible, muy dura de tomar, pero que se podía dar bien a hombres fuertes y a quienes tuvieran cuerpos adecuados». Peter Forest y Capivaccio prohibían que se tomara en sustancia, pero la permitían en decocción e infusión, vías ambas que aprobaba Petrus Monavius por encima de todas las otras (epist. 231, a Scholtz). Jacchinus (en Rhazes, 9) recomienda una receta preparada por él mismo; Penott otra suya preparada químicamente, y Conrad Gesner, 'Euonymus', otra. Hildesheim (*Spicel.*, 2, «De melancholia») ponía muchos ejemplos de cómo debía ser utilizada, con diversidad de recetas. Heurne (*Prax. Med.*, lib. 2, cap. 24) dice que «sin embargo, es un medicamento inocente si está bien preparado». Lo único que se usa es su raíz, y puede guardarse durante muchos años, y algunos la administran en sustancia, como sobre todo Falopio y Brassavola entre los demás, y éste último se jacta

de que que él fue el primero en restaurar su uso, y cuenta la historia de cómo curó a un tal Malatesta, de la corte del duque de Ferrara, un loco que pensaba que estaba poseído, con una purga de eléboro negro en sustancia: se puede ver en su libro la receta; los excrementos eran como tinta, y sanó perfecta e inmediatamente[1083]. El médico holandés Vidus Vidius no admite su administración en sustancia, lo que la mayoría suscribe, pero sí como hemos dicho antes en decocción, infusión o, lo que incluye todo, en extracto, que él prefiere antes que ninguna otra forma, y al que llama «suave medicamento», un medicamento suave y natural que puede darse con seguridad a mujeres, niños y personas débiles. Baracellus (*Horto geniali*) dice de él que es un medicamento de gran valor y reputación. Quercetan, en su *Spagir. phar.*, y muchos otros, cuentan maravillas del extracto. Paracelso, por encima de todos, es el gran admirador de esta planta; y especialmente del extracto, al que llama «tríaca, bálsamo terrestre», «en definitiva, el único y último refugio para curar esta enfermedad, la gota, la epilepsia, la lepra, etc.». Si esto no ayuda, no hay medicina en el mundo que pueda, sino la mineral, que es el resultado de todo. Mattioli se reía de aquellos que excluían el eléboro, y pensaba que algunos la aborrecían sólo por la autoridad de Mesué, y no se atrevían a prescribirla. «Yo, decía, la he utilizado felizmente seiscientas veces sin daños, y lo he comunicado a diversos y valiosos médicos que me lo han agradecido mucho». Se debe mirar las recetas, dosis, preparación y otras precauciones concernientes a este simple, en Brassavola, Baracellus, Codronchi y el resto.

SUBSECCIÓN III

Purgantes compuestos

Los medicamentos «compuestos» que purgan la melancolía, se toman tanto por las partes «superiores» como por las «inferiores». «Superiores» son la «boca» o las «ventanas de la nariz». Por la boca, se pueden «tragar» o «no tragar». Si se traga, pueden ser «líquidos» o «sólidos»: líquidos como el vino compuesto de eléboro, cebolla albarrana o cebolla de mar, y sen, *vinum scilliticum heleboratum*, el «vino de cebolla eleborado» que tanto aplaudía Quercetan[1084] «para la melancolía y la locura, tanto tomado internamente como aplicado externamente a la cabeza, con pequeñas piezas de lino sumergidas en el vino templado». También se encuentran en Quercetan el «*oximel scilliticum*»[1085] o «hidromiel de cebolla», el «jarabe de eléboro» mayor y menor, y en el mismo autor se encuentra el «jarabe de genista» para la melancolía hipocondríaca, jarabe compuesto de achicoria o fumaria, polipodio, etc. Heurne tiene su caldo de gallo purgante. Algunos se manifiestan contra estos jarabes, como sucede con Udalrinus Leonorus[1086] en su epístola a Mattioli, diciendo que era de lo más pernicioso, y eso por Hipócrates, que dice que no se deben utilizar cosas crudas en medicina; pero en la siguiente epístola Mattioli muestra la falsedad de la postura y la refuta, pues muchos julepes, pociones y recetas se componen de estos productos, como puede encontrarse en Hildesheim (*Spicel*., 2), Heurne (lib. 2, cap. 14), George Schenk (*Ital. med. prax.*), etc.

Los purgantes sólidos son preparados, electuarios y píldoras, «simples» en sí mismos o «compuestos» con otros, como «lapislázuli», «piedra armenia», «píldora índica», «fumaria», etc. Aunque la mayoría aprueba el «preparado de Hamech», Solenander (sec. 5, cons. 22) lo ataca acervamente, y lo mismo hacen Rondelet (*Pharmacop. officina*), Fernel y otros. Hay también preparados de sen, polipodio, casia, el «*diacatholicon*»[1087], el «electuario de epítimo» de Wecker, el «*hierologadium*», de Ptolomeo, de los cuales se hacen diariamente muchas recetas.

Aecio (22, 33) recomienda la «*hiera*» de Ruffus; Trincavellius (cons. 12, lib. 1) aprueba la «*hiera*», y dice que no ha encontrado mejor medicamento. Heurne añade en «*Pil. Aggregat*» las píldoras de epítimo, «píldoras índicas» de Mesue, descritas en el *Antidotario florentino*, «píldoras que uno no desearía estar sin ellas», las «píldoras de cochia con eléboro», las «píldoras arábicas», las «fétidas», las «de cinco géneros de mirobálanos», etc., que son productos muy apropiados para la melancolía, sin excluir sin embargo el turbit[1088], el maná[1089], ruibarbo, agárico, «*elescophe*», etc., aunque no sean tan apropiados para este humor. Como mantienen Montalto (cap. 30) y Montano, la bilis debe purgarse porque alimenta a la atrabilis. Y algunos son de la opinión, como Erasístrato y Asclepíades de Prusa mantenían desde antiguo y contra quie-

nes disputaba Galeno, de «que no hay medicina que purgue sólo un humor, sino a todos por igual o a aquellos a los que [el medicamento, por semejanza u oposición] esté próximo». Por lo tanto la mayoría de los autores en sus recetas y magistrales que se acuñaron aquí, hacen una mezcla de diversos simples y compuestos, para purgar todos los humores en general además de el melancólico. Algunos prefieren las pociones antes que las píldoras para purgar este humor, porque como observan Heurne y Crato, este jugo no se elimina con tanta facilidad con remedios secos, y como advierte Montano (cons. 25): «Todos los remedios secos deben ser rechazados, como el áloe y la hiera», y lo mismo todas las píldoras, porque esta enfermedad es de naturaleza «seca».

Yo debería incluir ahora muchas recetas de prescripciones de pociones, bolos, etc., y las dosis que las componen, pero como son comunes en la obra de todo buen médico, me repugnaría incurrir en la censura de Forest (lib. 3, cap. 6, «De urinis») «contra aquellos que divulgan y publican medicamentos en su lengua madre», y lo menos que quisiera es dar ocasión a algún lector ignorante a practicar por sí mismo, sin el consentimiento de algún buen médico.

Entre los que no se tragan, sino que sólo se mantienen en la boca, están los gargarismos, que se utilizan comúnmente después de la purga, cuando el cuerpo está soluble y suelto; o los apoflegmatismos, los masticatorios, que se mantienen y mastican en la boca, que son suaves, como el hisopo, orégano, poleo, tomillo, mostaza, o fuertes, como el milenrama, pimienta, jengibre etc.

De entre las que se usan por los orificios de la nariz, los «*errhina*», se encuentran líquidos o secos, zumo de pimpinela[1090], cebollas, etc., y castóreo[1091], pimienta, eléboro blanco, etc. A esto se pueden añadir aromas, perfumes y fumigaciones.

Entre los que se utilizan por las partes inferiores se encuentran los clísteres, fuertes o débiles, los supositorios de jabón de Castilla, la miel cocida hasta adquirir consistencia, o una poderosa escamonea, el eléboro, etc.

Todas estas cosas se utilizan y prescriben en esta enfermedad en diversas circunstancias, como se verá en su lugar.

MIEMBRO III, SUBSECCIÓN I

Remedios quirúrgicos

Para sangrar hay que considerar tres circunstancias principales: «a quién, cuánto y cuándo». Esto es, que debe hacerse a una persona que pueda soportarlo, o que tenga una edad adecuada, no demasiado joven ni demasiado viejo, que no sea débil, o gordo, o delgado, o gastado por el trabajo; debe hacerse a quien tenga necesidad, se encuentre repleto de mala sangre, de humores nocivos, y pueda ser aliviado mediante ello.

La cantidad depende del hábito de las partes del cuerpo, y según el sujeto sea fuerte o débil, se encuentra lleno o vacío, se le podrá privar de más o menos de sangre.

La mañana es el momento más adecuado, y algunos dudan de si es mejor en ayunas o lleno, y si los movimientos de la Luna o el aspecto de los planetas deben tenerse en cuenta; algunos apoyan su uso, otros lo rechazan, algunos admiten la sangría en las enfermedades agudas y no en las crónicas, unos antes y otros después del uso de la medicina. Según el aforismo de Heurne, se debe comenzar con la sangría y no con la medicina; algunos hacen excepción de esta peculiar enfermedad. ¿Pues qué podría deciros yo si Horacio Augenius, un médico de Padua, ha escrito últimamente diecisiete libros sobre este asunto, y Jubertus, etc.?

Se utilizan tres formas particulares de sangría[1092], y la primera es abrir una vena en el brazo con un cuchillo afilado, o en la cabeza, rodillas, o cualquier otra parte que se considere adecuada para ello.

Las «ventosas», con o sin escarificación, decía Fernel, «contienen la enfermedad rapidísimamente», se usan actualmente y se aplican en diversas partes, para desviar humores, dolores, flatos, etc.

Las «sanguijuelas» se utilizan mucho en la melancolía, y se aplican especialmente para las hemorroides. Horatius Augenius (lib. 10, cap. 10), Platter (*De mentis alienat.*, cap. 3), Altomari, Piso y muchos otros, las prefieren antes que cualquier otra forma de evacuación de este tipo.

Los «cauterios»[1093], o chamuscar con hierros calientes, las combustiones, las perforaciones, trepanaciones y laceraciones, son terribles, por lo que se inventaron los «*dropax* y sinapismos», emplastos para que surjan y se abran ampollas [para evacuar el humor nocivo], y tomando medicamentos para vomitar, semillas de mostaza y cosas semejantes.

Las «emisiones» deben mantenerse abiertas, hechas como en el caso anterior y aplicadas en partes diversas, y tienen sus usos en diferentes ocasiones, como se mostrará.

QUINTA SECCIÓN

Curas especiales para tres tipos diversos de melancolía de la cabeza

Habiendo examinado y discutido brevemente las curas generales, nos queda ahora aplicar estos medicamentos a las tres especies o clases especiales de melancolía, para que, según las partes afectadas, cada uno pueda apelar a ellos para su propia ayuda o alivio. Trataré primero de la melancolía de la cabeza, en la cual, como en toda otra buena cura, debemos empezar con la dieta como asunto de la mayor importancia, capaz a menudo por sí misma de obtener este efecto. He leído, decía Du Laurens (*De melancholia*, cap. 8), que en las antiguas enfermedades que se han impuesto o son un hábito, la forma de vivir es el asunto esencial en la cura, más importante que todo lo que se pueda sacar de las más preciosas cajas de los boticarios. Esta dieta, como he dicho, no reside sólo en elegir la comida y la bebida, sino en todas las otras cosas no naturales. Hacer que, siempre que sea posible, el aire sea claro y húmedo. Dieta húmeda, de buen jugo, de fácil digestión y que no provoque flato, y bebida clara y bien elaborada, ni demasiado fuerte ni demasiado escasa. «Si conviertes a un melancólico en gordo», decía Rhazes[1094], «habrás terminado la cura». El ejercicio, ni demasiado flojo ni demasiado violento. Dormir un poco más que de ordinario. Evitar las deposiciones diarias, por arte o por naturaleza; y, por encima de todo, lo que Fernel impone a su paciente (cons. 44), evitar todas las pasiones y perturbaciones de la mente. No permitir que el melancólico esté solo u ocioso (en ningún tipo de melancolía), sino siempre acompañado por los amigos y familiares por los que sienta más afecto, correctamente vestido, lavado y peinado, al menos según su capacidad, con telas limpias y suaves, pulcro, adecuado, decoroso, bien vestido, porque no hay nada que antes desanime a un hombre que la miseria, la suciedad, el aspecto desagradable, la porquería o unas ropas viejas o pasadas de moda. Con respecto a la parte medicinal, quien quiera satisfacerse ampliamente (en este precedente de la dieta) y verlo todo de una vez, la cura completa y la manera de realizarla en cada especie diferente de melancolía, que consulte con: Gordon, Valescus, con Prosper Calano (su libro *De atra bile*, dedicado al Cardenal Cesio), André Du Laurens (*De melancholia*, cap. 8 y 9), Eliano Montalto (*De mel.*, caps. 26, 27, 28, 29, 30), Donato de Altomari (*Ars medica*, cap. 7), Hércules de Sajonia (*Pantheon*, cap. 7, y *Tractatus ejus peculiar. de melan.*, editado por Bolzetam en Venecia en 1620, caps. 17, 18 y 19), Savonarola (trat. 8, cap. 1, rúbr. 82), Schenk (*Prax. curat.*), Heurne (*De morbis capitis cap. 12*), Victorio Faventino (*Pract. magn. et empir.*), Hildesheim (*Spicelegia* [*Ensayos*], ensayo 2.º, «De mania et melancholia»), Felix Platter,

Stocker, Bruel, Pedro Bairo, Forest, Fuchs, Capivaccio, Rondelet, Jason Pratis, Salustio Salviano (*De re medica*, lib. 2, cap. 1), Jacchinus (*Comentario a Rhazes*), Luis Mercado (*De Inter morb. cur.*, lib. 1, cap. 17), Alexander Massaria (*Pract. med.*, lib.1, cap. 21, «De mel.»), Piso, Holler, etc. Todos ellos han seleccionado, de los antiguos griegos, árabes y latinos, todo aquello que pueda hacerse o sea adecuado y se pueda utilizar. O que lean los consejos y consultas de Hugo Senensis (cons. 13 y 14), Reiner Solenander (cons. 6, sec. 1 y cons. 3, sec. 3), Crato (cons. 16, lib. 2), Montano (cons. 20, 22, 229 y ss.), Laelio de Fonte Egubinus (consult. 44, 69, 77, 125, 129 y 142), Fernel (cons. 44, 45 y 46), Julio Caesar Claudinus, Mercurial, Frambesarius, Sennert, etc. Consultad donde quiera que se puedan encontrar recetas particulares, el método completo, preparados, purgantes, correctores, aversivos, cordiales en gran variedad y abundancia. Dicho esto, como no todos los hombres pueden dedicarse a leer o estudiar, recogeré, para beneficio del lector, unos cuantos tratamientos más que sean notables.

Subsección II

La sangría

La flebotomía se utiliza promiscuamente antes y después de la medicina, generalmente antes, y según la ocasión a menudo se vuelve a practicar si hay alguna necesidad de ello. Pero Galeno y muchos otros plantean una duda sobre si realmente se debe sangrar en este tipo de melancolía de la cabeza. Si la enfermedad, decían Piso (cap. 23), Altomari (cap. 7) y Fuchs (cap. 33), «procede primariamente de un cerebro afectado, en ese caso el paciente no necesita para nada la sangría, a menos que, por otro lado, tenga abundancia de sangre, las venas repletas, la sangre inflamada y todo listo para volverse loco». En la melancolía inmaterial, que proviene especialmente de una alteración de la temperatura de los espíritus, Hércules de Sajonia (cap. 17), no admite la flebotomía; Du Laurents (cap. 9) la aprueba basándose en la autoridad de los árabes, pero como señalan Mesué, Rhazes y Alejandro de Tralles, «especialmente en la cabeza», y es bueno abrir las venas de la frente, la nariz y las orejas. Ellos colocan corrientemente ventosas en los hombros, habiendo primero escarificado el lugar; aplican sanguijuelas en la cabeza, y, en todas las enfermedades melancólicas, tanto esenciales como accidentales, hacen que se abran las hemorroides, teniendo el decimoprimer aforismo del libro 6 de Hipócrates como base y garantía. Éste decía que «en la melancolía y la locura, los tumores varicosos y hemorroides que aparecen deben curarse igual». Valescus prescribe la sangría en los tres tipos de melancolía, lo que apoya Salustio Salviano «si abunda la sangre, lo que se discierne por el llenado de las venas, su dieta precedente, la risa del sujeto, la edad, etc., comenzando con la vena mediana o media del brazo: si la sangre es rojiza y clara, deténla, pero si es negra en tiempo de primavera, o en buena temporada, o espesa, déjala correr según la fuerza del individuo; y unos ocho o doce días después, abre la vena de la cabeza y las venas de la frente, o provócala en los orificios de la nariz, o con ventosas, etc.». Alejandro de Tralles está de acuerdo con esto: «si se ha producido la supresión u obstrucción de la sangre en la nariz, o de unas hemorroides o de la menstruación en una mujer, entonces abrir una vena en la cabeza o alrededor de los tobillos». Pero difícilmente aprueba este proceso si la melancolía esta situada sólo en la cabeza, o en cualquier otro caso de locura, «excepto si procede primariamente de la sangre, o que la enfermedad se empeore por esa causa, ya que la sangría refrigera y seca; o a menos que el cuerpo este muy lleno de sangre y tenga algún tipo de enrojecimiento en la cara». Por lo tanto, concluyo con Areteo, «antes de aplicar la sangría, reflexiona sobre ello»[1095], y considera bien todas las circunstancias que tienen relación con la cuestión.

SUBSECCIÓN III

Preparativos y purgantes

Después de la sangría debemos proceder al uso de otros tratamientos, primero preparar y después purgar, «limpiar primero los establos de Augias», limpiar primero el cuerpo si queremos tener esperanza de hacerle algún bien. Gualter Bruel tenía una práctica, que era comenzar primero con un clíster propio que prescribía antes de la sangría. Lo más corriente, como hacen Mercurial o Montalto (cap. 30), es utilizar desde lenitivos hasta preparativos e incluso purgantes. Los lenitivos son bien conocidos: «electuario lenitivo, *diaphenicum*, *diacatholicon*, etc.». Los preparativos son generalmente jarabes de borraja, buglosa, manzanas, fumaria, tomillo y epítimo, como mucho con el doble de la cantidad de la misma decocción o de agua destilada, o de las aguas de buglosa, melisa, lúpulo, escarola, escolopendra, fumitoria etc., o un terrón empapado de éstos y suero, que debe reiterarse y utilizarse durante muchos días seguidos. Las purgas vienen al final, «y no deben utilizarse en absoluto si la enfermedad puede mejorarse de otra manera», porque debilitan la naturaleza y secan excesivamente; y cuando se utilizan «debemos comenzar utilizando primero el más suave»[1096]. Algunos prohiben todas los medicamentos calientes, como Alejandro de Tralles y Salviani, etc. Los medicamentos calientes incrementan la enfermedad, «porque secan demasiado». Purga por abajo y no por arriba, utiliza pociones mejor que píldoras, y cuando comiences con la medicina, persevera y continúa en una dirección, porque como observa alguien[1097], remover el humor (como suele hacer una purga) y no proseguir, hace más daño que bien. Deben continuar el curso del tratamiento sin que los procedimientos cansen y opriman la naturaleza; de tanto en tanto hay que detenerse y dejar descansar a la naturaleza. Las purgas más suaves con las que se puede comenzar son: «sen, casia, epítimo, mirobálanos, *catholicon*»[1098]. Si éstos no son efectivos podemos proceder con el uso de algunos más potentes, como el «preparado de Hamech, la píldora índica, de fumaria, de *assaieret*, de piedra de Armenia y de Lázuli, o la de sen». Si las píldoras son muy secas, algunos[1099] prescriben ambos eléboros en último lugar, entre otros Areteo, «porque esta enfermedad resistirá un medicamento suave». Du Laurens y Hércules de Sajonia probarían al final con el antimonio «si el sujeto es fuerte y se administra con cautela». Trincavelli[1100] prefiere el *hierologodium*, lo que suscribe Francis Alexander en su *Apol. quinq. rad.*; es un muy buen medicamento según afirman, pero Crato lo rechaza totalmente en una de sus consultas, la del Canciller del Duque de Baviera.

Encuentro, entre los autores, un gran caos de medicamentos, una confusión de recetas y magistrales apropiados para esta enfermedad, algunos de los cuales revisaré. El mareo [en el mar], en principio es muy bueno en los

momentos oportunos[1101]. En cuanto al «eleborismo» de Mattioli, del que tanto se vanagloria y se jacta por haber hecho múltiples curaciones, decía él mismo, «nunca lo he administrado, sino una o dos veces, y con la ayuda de Dios, se curaron felizmente»; la forma de aplicarlo la establece ampliamente en su tercer libro de las *Epíst. a George Handshius*, un médico. Gualter Bruel y Heurne[1102] lo mencionan con gran aprobación, y lo mismo hace Schenk en sus curaciones memorables y medicamentos experimentales (centón 6, obs. 87). Y en cuanto al famoso «eleborismo» de Montano, que tan a menudo repite en sus consultas y consejos, como el 28, «Para un sacerdote melancólico», y el 248, «Para un hipocondriaco», en otros fragmentos añade: «es el remedio soberano para todas las personas melancólicas, lo he administrado a menudo sin que causara daño, y he visto, en mi larga experiencia y observación, que es así».

Quercetan prefiere, en su *Spagirica pharmac.*, un jarabe de eléboro y un extracto de eléboro (cap. 5), ambos de su invención («un medicamento muy seguro, que es apropiado incluso para los niños»), y los pone, de todas maneras, por encima de todos los remedios.

Paracelso, en su libro sobre el eléboro negro admite este medicamento, pero tal como él lo prepara. Y dice, «es completamente cierto que la virtud de esta hierba es grande, y su efecto admirable, y poco difiere del propio bálsamo, y quien sabe bien cómo hacer uso de él, tiene más arte que lo que contienen todos los libros, o del que puedan demostrar todos los doctores de Alemania».

Eliano Montalto, en su exquisito trabajo *De morbis capitis* (cap. 31, «De melancholia»), establece una receta propia especial para el eléboro, que en su práctica, «utilizó con fortuna, y como es corta, la escribiré»:

> «Px- Jarabe de manzanas, 2 onzas; agua de borrajas, 4 onzas; eléboro negro, en manojo, sumergido toda la noche, 6 a 8 granos; todo preparado a mano»

Se encontrarán de este autor otras recetas de lo mismo para este propósito. Valescus admira el «polvo *hali*», y Jason Pratis le sigue. Su confección ha sido últimamente reavivada por la nueva «Farmacopea de Londres». «Pongamos por caso, decía, que fallen todos los otros medicamentos; con ayuda de Dios, sólo éste logrará la curación, así que es un medicamento coronado que debe guardarse en secreto».

> «Px- Epítimo, media onza; lapislázuli y agárico, 2 dracmas cada uno; escamonio, 1 dracma; clavos, 20; pulverizar todo y del polvo hacer porciones separadas, de 4 escrúpulos cada una».

A éstas puedo añadir «*Arnoldi vinum buglossatum*», el vino de borraja de Arnau de Vilanova antes mencionado, al que Mizauld[1103] llama «vino maravilloso», vino magnífico, y del que Stockeres partidario de repetir la receta palabra por palabra y ponerla por encima de cualquier otra. Rubeus tiene su «agua compuesta», tomada de Savonarola[1104]; Bernard Penott, su

bálsamo; Cardano, el polvo de jacinto, con el cual se jacta, en su libro *De curis admirandis*, de que ha curado a muchas personas melancólicas en ocho días, y que Schenk coloca entre sus medicamentos utilizables[1105]; Altomari tiene su jarabe, e invoca a Dios solemnemente como testigo de que con él ha hecho excelentes curas de este tipo[1106], y al cual menciona Schenk (cent. 7, obs. 80), y que Daniel Sennert mucho recomienda (lib. 1, part. 2, cap. 12). El agua admirable de Martinus Rulandus para la melancolía, a la que llama, «Espíritu Dorado de Vida, Panacea» y todo eso (cent. 2, cap. 96), y su medicina absoluta de cincuenta huevos, que debe tomarse por la mañana con un polvo suyo (*Curat. empir.*, cent. 1, cur. 5). Faventino (*Prac. Empir.*) dobla el número de huevos, hasta tener ciento uno, que deben tomarse de tres en tres de la misma suerte, con algo del mismo polvo, lo que Sallustio Salviano aprueba (*De re med.*, lib. 2, cap. 1) si se consume todo, y que consideran el más excelente remedio para todo melancólico o loco.

> «Px- Epítimo, tomillo, cada uno dos dracmas; azúcar blanco, una onza; azafrán, tres granos; cinamomo, una dracma; mezclar y hacer polvo».

Todo esto no es nada comparado con todos esos preparativos químicos[1107] como el «agua *chelidonia*», la quintaesencia de eléboro, las sales, extractos, destilaciones, aceites, el «oro potable», etc. El doctor Anthony, en su libro *De auro potabile* (editado en 1600), está completamente a su favor. «Y aunque toda la escuela de galenistas, con malvado y desagradecido orgullo y con burla, lo desdeñen en su práctica, sin embargo en las enfermedades más dolorosas, cuando sus vegetales no hacen nigún bien»[1108], se ven obligados a buscar el auxilio de los minerales, aunque «los utilizan precipitadamente, sin sacarles provecho, descuidadamente y sin finalidad». Johannes Rhenanus, un químico holandés, en su libro *De Sole è puteo emergente*, se encarga de disculparse ante Anthony, y arroja luz ante todos los que hablan en su contra. Pero, ¿por qué me mezclo en esta gran controversia que es materia de tantos volúmenes? Dejemos a Paracelso, Quercetan, Croll y a la hermandad de la Rosa-Cruz que se defiendan ellos mismos como puedan. Crato, Erastus y los galenistas se oponen a Paracelso, y él por otro lado fanfarronea diciendo que ha realizado curaciones más famosas, con estos medios, que todos los galenistas de Europa, y se llama a sí mismo Monarca, y de Galeno e Hipócrates dice que eran infantiles, analfabetos, etc.; lo mismo que hacía en los tiempos antiguos Tesalio de Tralles, que denostaba a los ancianos escritores asclepíades, «condenaba a los demás, y sus insultos y triunfos sobrepasan a toda la antigüedad (decía Galeno hablando de él), se declaraba un conquistador y coronaba sus propios hechos»[1109]. Paracelso «decía que una gota de sus preparados químicos haría más bien que todas las repugnantes pociones de los otros»[1110]. Erastus y el resto de los galenistas, por otro lado, lo difaman como a un herético en medicina. «Paracelso hace, con la medicina, lo que Lutero con lo divino»[1111]. «Era un vagabundo borracho, un individuo de clase baja, un mago, tenía el demonio por amo, los demonios eran sus

habituales compañeros, y lo que hacía, lo hacía con la ayuda del demonio»[1112]. Así que todos luchaban y se insultaban, y cada Marte escribía libros en pro y en contra, «y la cuestión está todavía sin juzgar», dejémosles que intenten ponerse de acuerdo como puedan. Yo prosigo.

SUBSECCIÓN IV

Productos para desviar los humores

Los evacuantes o aversivos y los purgantes deben ir juntos, puesto que tienden todas al mismo propósito, desviar el humor rebelde y dirigirlo en otra dirección. Dentro de esta gama, los clísteres y los supositorios compiten por el lugar principal, para drenar este humor del cerebro y el corazón y enviarlo a las partes más innobles. Algunos autores[1113] prefieren utilizarlos dejando pasar unos días entre los de uno y otro tipo, y que se hagan con semillas de anís hervidas, hinojo y azafrán bastardo, lúpulo, tomillo, epítimo, malva, fumaria, buglosa, polipodio, sen, preparados de sen, hamech, casia, *diacatholicon*, *hierologodium*, aceite de violetas, almendras dulces, etc. Porque, sin duda, un clíster utilizado oportunamente, y no hay elección en ésta como en muchas otras enfermedades, hace muchísimo bien; algunas veces los clísteres nutren, así deben ser preparados, como me informaron no hace mucho en una docta conferencia de nuestro lector en Filosofía Natural[1114], que había elaborado su discurso utilizando lo dicho por otros médicos conocidos. Las cosas que provocan la orina se recomiendan mucho, pero no son suaves. Trincavelli (cons. 16, cap. 1) las prohibe en la melancolía de la cabeza. Pedro Bairo y otros aprueban las fricciones de las partes exteriores, y bañar a los dolientes con agua templada. En lugar de las fricciones corrientes, Cardano prescribe frotar con ortigas hasta que se ampolle la piel, lo que también alaba ampliamente Bessardus Visontinus[1115].

Los productos estornutatorios, masticatorios y nasales son admitidos en general, y Montalto (cap. 34) y Hildesheim (*Spicel*., ens. 2, fols. 136 y 138) dan varias recetas de los tres tipos. Hércules de Sajonia habla de un empírico de Venecia «que tenía un agua potente que purgaba por la boca y las narices, y la utilizaba siempre en la melancolía de la cabeza y no quería vender su receta ni por todo el oro del mundo».

Es muy buen tratamiento provocar la salida de menstruos y hemorroides, «siempre que estuvieran previamente retenidos»[1116]. Faventino los abre con sanguijuelas, y lo mismo Hércules de Sajonia. Y aunque Julio Alejandrino (cons. 185, Scholtz) piensa que los más adecuados son los áloes, aprueba totalmente en este caso las sanguijuelas[1117], que deben aplicarse en la frente, los orificios nasales, y otros sitios[1118].

Montalto (cap. 29) siguiendo a Alejandro de Tralles y a otros, prescribe «ventosas y cauterios en el muslo izquierdo». Areteo (lib. 7, cap. 5), Paulus Regolinus[1119] y Silvio los prefieren sin escarificación, «aplicados a los hombros y la espalda, muslos y pies» Montalto (cap. 34) «ordena abrir una vía en el brazo o en la parte posterior de la cabeza». Piso impone ligaduras, fricciones, supositorios y ventosas, siempre sin escarificación, y lo demás.

Deben utilizarse cauterios y hierros calientes, «en la sutura coronaria, y dejar que mane un buen rato la parte cauterizada o ulcerada. No está mal perforar el cráneo con un instrumento, para que puedan salir los vapores fuliginosos o ennegrecidos (Salustio Salviani, *De re med.*, lib. 2, cap. 1). Como este humor difícilmente cede con otros tratamientos, conviene tener la cabeza cauterizada, o la pierna izquierda por debajo de la rodilla, y la cabeza perforada en dos o tres lugares», porque esto facilita mucho la disipación de los vapores. «He visto (decía Salviani) un melancólico en Roma al que no podían sanar con ningún remedio, pero cuando por casualidad le hirieron en la cabeza, se rompió el cráneo y se curó magníficamente». Otro, ante la admiración de quienes le contemplaban, «se rompió la cabeza al caerse desde lo alto, y se recuperó instantáneamente de su insensatez». Gordon (cap. 19, part. 2) prefiere que se ensaye con los cauterios al final, cuando no sirva ya ningún otro tipo de Medicina. «La cabeza debe ser afeitada y perforada para dejar salir las emanaciones, lo que sin duda le hará mucho bien. He visto a un hombre herido en la cabeza con una espada, la cubierta del cerebro rota, y a medida que la herida se abría él se iba poniendo bien, pero cuando le curaron la herida su insensatez regresó nuevamente». Pero Alexander Massaria, profesor en Padua (*Pract. med.*, lib. 1, cap. 21, «De melanc.») no admite cauterios de ninguna manera, porque, mantiene, es un humor demasiado rígido y demasiado espeso para evaporarse.

Guianerius (trat. 15, lib. 8) curó a un noble en Saboya solamente perforando, «dejando abierto el agujero todo un mes», por medio de lo cual, después de dos años de melancolía y locura, fue librado de ella. Todos aprueban aplicar este remedio en la sutura coronaria, pero Arculano[1120] prefiere que el cauterio se realice con oro. Estos cauterios se prescriben, para la melancolía, en muchas otras partes, como por ejemplo en los muslos (Mercurial, cons. 86), brazos y piernas (*idem*, cons. 6, 39 y 25), Montano (cons. 86) y Rodrigo de Fonseca (t. 2, consult. 84, «pro hypocond. coxa dextra»), pero la mayoría aconsejan la cabeza, «si no hay otro tratamiento que sea bueno».

Subsección V

Alterativos y cordiales, corroborativos, eliminación de los residuos y enmienda del temperamento

Como este humor es tan maligno por sí mismo, y tan difícil de movilizar, los residuos deben ser eliminados por medio de alterativos, cordiales y medios semejantes, y el temperamento debe ser modificado y enmendado con cosas que fortifiquen y refuercen el corazón y el cerebro, «que normalmente, en esta enfermedad, están ambos afectados, y que se afectan uno a otro mutuamente». Deben darse siempre cada dos días, o insertados algunos pocos días después de una purga, o como única medicina cuando la oportunidad es propicia, que tienen tal fuerza que muchas veces ellos solos ayudan, y como sostiene Arnau de Vilanova en sus aforismos[1121], deben «preferirse antes que toda medicina, de cualquier tipo que sea».

Entre este número de cordiales y alterativos, no encuentro mejor remedio hoy en día, que una copa de vino o una bebida fuerte, si se utilizan sobria y oportunamente. Hace al hombre valiente, duro, intrépido, «agudiza el ingenio»[1122] si se consume con moderación (como decía Plutarco, *Banquete*, 7, cuest. 10), «hace que los que son torpes disipen y evaporen el humor como si fuera incienso», o aviven el ingenio (añade Jenofonte) como el aceite hace con el fuego. Mattioli, en el *Dioscórides*, le llama «un famoso cordial, un excelente nutriente para refrescar el cuerpo, produce buen color, un momento floreciente, ayuda a la mezcla, fortifica el estómago, elimina las obstrucciones, provoca la orina, expulsa los excrementos, facilita el sueño, aclara la sangre, expulsa los flatos y los venenos fríos, atenúa, mezcla, disipa todos los vapores espesos y los humores fuliginosos». Y facilita lo que es, por encima de todo, mi propósito: eliminar el temor y la pena.

> «Baco aleja las feroces procupaciones»[1123].

«Alegra el corazón del hombre» (Sal 104, 15), «dulce escuela de alegría», el cuenco de Helena, el único néctar de los dioses, o aquel verdadero Nepentes de Homero[1124] que quitaba las preocupaciones y sufrimientos, como querían Oribasio (*Collect*., 5, cap. 7) y algunos otros; no hay nada como una copa de buen vino, «hace que la mente del rey y la del huérfano sean una, y la del cautivo y el hombre libre, la del pobre y el rico, y que todos los pensamientos se inclinen hacia el goce y la alegría, haciendo que no se recuerden ni penas ni deudas, y en lugar de ello se enriquece el corazón y hace hablar con ingenio» (Esdrás 3, 19, 20, 21)[1125]. El vino da vida, humor, ingenio, etc. Por esta razón los antiguos invocaban a Baco, «padre libre, liberador», y siempre ofrecían sacrificios a Baco y a Palas Atenea[1126] ante un altar. «El vino[1127], bebido mesu-

radamente y en el momento adecuado, produce gozo y alegría de mente, alegra a Dios y a los hombres» (Jueces 9, 12). «Baco, proveedor de alegría», hace bailar a una esposa anciana, y a quienes están en la miseria, olvidarse de su mal y estar alegres[1128].

> «El vino hace reposar al alma inquieta,
> aunque los pies, con grilletes, estén oprimidos».

En la obra de Plutarco, cuando Demetrio cae en manos de Seleuco y está prisionero en Siria, «pasa el tiempo con los dados y la bebida, que es lo que puede aliviar su disgustada mente, y evitar todas esas meditaciones sobre su situación presente, con las que se atormentaba». Por esta causa Salomón (Prov 31, 6) «ordenaba que se diera vino a quien estaba a punto de perecer[1129], y a quienes tenían dolor de corazón, les permitía beber para que olvidaran su pobreza y no recordaran ya más su miseria». Alivia el alma pesarosa, nada más rápido, nada mejor para ello. Como percibía el profeta Zacarías cuando decía «que en el tiempo del Mesías, los de Efraím estarían contentos, y sus corazones se regocijarían como con el vino»[1130]. Todo lo cual me hace estar muy de acuerdo con la deliciosa descripción que Bartholomeus Anglicus[1131] hace de una fiesta: una vez bendecida la mesa, las manos lavadas, los huéspedes estaban ya alegres por la agradable conversación, la suave música y los exquisitos alimentos, y como corolario para concluir la fiesta y continuar en su alegría, se sirvió gentilmente una copa para regocijar sus corazones, y bebieron a la salud de unos y otros, una y otra vez. Lo que era, según Joannes Fredericus Matenesius (*Crit. Christ.*, lib. 2, caps. 5, 6, y 7), una vieja costumbre en todos los tiempos y en toda comunidad, sin que hubiese que hacer violencia para que bebieran, como en la fiesta real de Asuero[1132], que duró ciento ochenta días, «sin coacción bebieron por orden en vasos de oro», cuando y todo lo que quisieron. Este de beber es el remedio más sencillo y accesible, común, barato, siempre listo contra el miedo, la pena y los pensamientos inquietantes que alteran la mente, como el azufre con el fuego, el espíritu se ilumina con él enseguida. «No hay mejor Medicina (decía Rhazes)[1133] para un melancólico; y quien puede tener compañía y juerga, no necesita otros medicamentos», es bastante. Su compatriota Avicena (3, 1, doct. 2, cap. 8), va aún más lejos, y hace a quien tiene alteraciones de la mente, o melancolía, no sólo beber sino emborracharse de tanto en tanto: una Medicina excelente para ésta y otras muchas enfermedades. Magninus (*Reg. san.*, parte 3, cap. 31) quería que lo hicieran por lo menos una vez al mes, y da sus razones para ello, «porque elimina del cuerpo todas las cosas superfluas, mediante el vómito, la orina y el sudor, y lo mantiene limpio». El mismo pensamiento manifiesta Séneca, el filósofo, en su libro *De la tranquilidad del alma* (lib. 1, cap. 15): «es bueno embriagarse alguna vez, alivia la pena, disminuye las preocupaciones», y por eso concluye su opúsculo con una copa de vino: «toma esto, divino Sereno, que conviene a la tranquilidad del ánimo». Pero éstos son principios epicúreos, tendentes al relajamiento de la vida, al lujo y al ateísmo, mantenidos sólo por algunos paganos, por

árabes disolutos, por cristianos profanos, y son refutados por el rabino Moisés ben Maimón (trat. 4.), Gulielmus de Salicetus Placentinus (lib. 1, cap. 8), Valescus de Taranta, y resuelto con gran precisión por Joannes Baptista Silvaticus, un reciente escritor y médico de Milán (*Med. cont.*, cap. 14), donde puede encontrarse este principio profusamente refutado.

Digas lo que digas, si es verdad que el vino y las bebidas fuertes tienen la virtud de expulsar el temor y la pena y de alegrar la mente, de aquí en adelante bebamos y seamos felices.

«Ven lozana Lyda, llena una copa de vino blanco,
Y tú, pícaro tabernero, nos faltan jarras más grandes,
Y vinos de Scyo, que tienen tan buen sabor»[1134].

Y digo con Agelio: «mantengamos el vigor de nuestras almas con una moderada copa de vino»[1135]. «Copas hechas para ofrecernos alegría[1136]; y bebamos para refrescar nuestra mente, si hay alguna fría pena en ella, o una entorpecida timidez, lavémoslo todo». «Ahoga ahora tus penas en vino», así decía Horacio[1137]. Y así Anacreonte:

«Bebamos, entonces, mientras podamos,
Porque la muerte está en tu camino»[1138].

Amortigüemos nuestras preocupaciones con una copa de vino: y eso digo yo también (aunque yo mismo no bebo nada), porque todo esto puede hacerse y debe utilizarse modesta, sobria y oportunamente. Por tanto, «que nadie se embriague con el vino, eso sería exceso», que es lo que el apóstol advierte[1139], porque, como bien comenta Crisóstomo, «el vino nos es dado para la alegría, no para la embriaguez», el vino para la alegría, no para la locura. ¿Y sabrás dónde, cuándo y cómo se comprenderá esto? «¿Sabrás dónde el vino es bueno?». Escucha a las Escrituras: «da vino a aquellos que están afligidos», o como Pablo, que obligaba a Timoteo a beber vino por el bien de su estómago, para la mezcla, la salud, o alguna cuestión igual de honesta. De otro modo, como nos dice Plinio[1140], si no se tiene esa singular moderación, «no hay nada tan pernicioso, es mero vinagre, un demonio lisonjero, un verdadero veneno». Pero escuchad un juicio más temible: «¡Desdichado aquel que hace beber a su vecino, un vergonzoso vómito caerá sobre su gloria!» (Habacuc 2, 15 y 16). No permitas a mis buenos colegas vomitar encima de mí (decía Mattioli), que yo he recomendado mucho el vino, pero si se bebe inmoderadamente «en lugar de alegría, confunde tanto el cuerpo como el alma, pone la cabeza aturdida y el corazón dolorido». Y como muy bien decía el antiguo poeta, «el vino produce alegría y pesar»[1141], nada tan bueno para algunos, tan malo para otros[1142], especialmente, como alguien observa[1143], «los que tienen un mal de origen caliente», que son calientes e inflamados. Y lo mismo de las especias, pues ellas solas, como he demostrado, producen melancolía de cabeza, y no debe utilizarse el vino como bebida ordinaria[1144], o en su dieta. Podemos determinar

con Du Laurens (*De melancholia*, cap. 8) que el vino es malo para los locos y para quienes tienen alteraciones por calor en sus partes internas y cerebro, pero para la melancolía que es fría (en su mayoría lo es), el vino sobriamente utilizado puede ser muy bueno.

Puedo decir lo mismo de la decocción de las raíces de china, sasafrás, zarzaparrila y guayacán: la china, decía Monardus, da buen color a la cara, elimina la melancolía y todas las dolencias procedentes del frío; incluso la zarzaparrilla provoca una poderosa sudoración, y el guayacán seca. Claudino (consult. 89 y 46), Montano y Capivaccio (consult. 188, de Scholtz) hacen un uso frecuente y bueno del guayacán y de la china, «de esa manera el hígado no se irrita». Son buenos para lo que es frío, como son la mayoría de los melancólicos, pero de ninguna manera se pueden ni mencionar en lo caliente.

Los turcos tienen una bebida llamada «café» (ellos no utilizan el vino), así llamado por una baya tan negra como el hollín, y es muy amarga (como la bebida negra que se utilizaba entre los lacedemonios, y quizás sea la misma), que sorben continuamente y lo beben lo más caliente que pueden soportar; y gastan mucho tiempo en esas casas de café, que son de alguna manera como nuestras cervecerías y tabernas, y en ellas se sientan, charlando y bebiendo, pasando el tiempo y para estar alegres juntos, porque han encontrado, por experiencia, que ese tipo de bebida tan utilizada favorece la digestión y produce presteza. Algunos toman opio con el mismo propósito.

De la borraja, melisa, azafrán, oro, he hablado ya; Montalto (cap. 23) recomienda las raíces de escorzonera en conserva. García de la Huerta (*Plant. hist.*, lib. 2, cap. 25) hace mención de una hierba llamada «datura, que si se come, elimina, durante las venticuatro horas siguientes, todo sentimiento de dolor, e inclina a la risa y la alegría», y de otra llamada «*bange*», semejante en efecto al opio, «que los coloca durante un tiempo en una especie de éxtasis» y les hace reír suavemente. Uno de los emperadores romanos tenía una semilla que comía corrientemente para regocijarse. Christophorus Ayrerus[1145] prefiere las piedras bezoares y la confección de alquermes[1146] antes que otros cordiales, y en algunos casos el ámbar. «Los alquermes confortan las partes internas», y la piedra bezoar tiene una especial virtud contra todas las afecciones melancólicas, «refresca el corazón, y fortalece todo el cuerpo». El ámbar provoca la orina, ayuda al estómago, rompe los flatos, etc. Después de una purga harán mucho bien tres o cuatro granos de piedra bezoar y tres granos de ámbar grasa, bebido o tomado en agua de borraja o buglosa, en la cual se hubiese enfriado oro caliente; así la purga debilitará menos (el corazón así se refrescará) la fuerza y sustancia del cuerpo.

> «Px- Preparado de alquermes, media onza; piedra bezoar, un escrúpulo; polvo fino de ámbar blanco, 2 escrúpulos, con jarabe de corteza de limón; hacer un electuario».

Apoyan el uso de piedras bezoares Monardus y muchos otros[1147], «elimina la pena y alegra a quien la utiliza; he conocido algunos que habían estado muy

enfermos con debilidad, desfallecimiento y melancolía, y que tomando el peso de tres granos de esta piedra en agua de lengua de buey[1148], se habían curado». García de la Huerta se jactaba de las muchas curas desesperadas de melancólicos que había hecho, sólo con esto, cuando todos los médicos les habían abandonado. Muchos recusan los alquermes, pero en algunos casos ayudan, si es bueno y del mejor, como el de Montpellier en Francia, que Jodocus Sincerus[1149], en su *Itinerario Galliae,* tanto ensalza, y que dice que ningún viajero debe dejar de ver cómo se hace. Pero no es un medicamento tan corriente como el otro. Fernel (cons. 49) sospecha del alquermes a causa de su calor; y dice: «nada exacerba tan rápido esta enfermedad como el uso de alimentos y medicamentos de actividad caliente, y quiere, por esta causa, que se tomen cautelosamente». Concluyo, por lo tanto, sobre éste y otros medicamentos: como dijo Tucídides sobre la plaga de Atenas, no hay ningún remedio que para ella se pueda prescribir. No hay un medicamento *católico*[1150] que se pueda tomar, lo que ayuda a uno, es pernicioso para otro.

Compuestos de «perlas frías, ámbar, borraja, electuario de Galeno y Rhazes, de gemas, almizcle dulce y amargo, electuario conciliatorio, jarabe de membrillo», conservas de rosas, violetas, fumitoria, enula campana, satyrion, lemans, píldoras de naranja en conserva, etc, tienen su buena utilidad.

> «Px- Mejorana, dulce y amarga, cada una, 2 dracmas; buglosa, borraja, violetas dulces, una onza cada una; mezclar con jarabe de manzana».

Cada médico está lleno de tales recetas, y sólo añadiré una por lo rara que es, que he encontrado recogida por muchos doctos autores[1151] como una medicina aceptada contra la locura y la melancolía y esas enfermedades del cerebro. Tomad la cabeza de un carnero que no se haya cruzado nunca con una hembra, cortarla de un golpe, y quitando sólo los cuernos coced bien piel y lana juntos, y después que está bien empapado, quitad los sesos y poner en ella las siguientes especias: cinamomo, jengibre, nuez moscada, macís [corteza de nuez moscada] y clavo, en partes iguales de media onza, mezclar el polvo de estas especias con el cerebro y calentarlo todo en un plato sobre un brasero de carbón, agitándolo todo bien sin que se queme, poniendo atención en que no se seque demasiado, o si no, seca un seso de ternero preparado para comer. Tenlo así preparado y dáselo al paciente durante tres días, en ayunas y de manera que ayune dos horas después de comerlo. Puede comerse con pan, con un huevo o en caldo, o de cualquier manera con tal de que lo tome. Durante catorce días déjalo con esa dieta, sin beber nada de vino. Gesner (*Hist. animal.*, lib. 1, pág. 917), Caricterius (*Pract.*, cap. 13, en Nichol. «De metri», pág. 129, Iatro. Witenberg, Ed. Tubinga, pág. 62), mencionan esta medicina, aunque con alguna variación; quien lo desee puede probarlo, y muchas otras así[1152].

Los aromas para oler, de agua de rosas, flores de violeta, melisa, pasteles de rosas, vinagre, etc., reaniman mucho el cerebro y el espíritu, según Salomón: «Regocijan el corazón» (Prov 27, 9); y como dicen algunos, nutren: esta es una cuestión muy controvertida en nuestras universidades, «si los olo-

res alimentan». Dejemos que Ficino (lib. 2, cap. 18) lo decida, pues aporta muchos argumentos para probarlo[1153]; así como Demócrito, que vivió, durante unos pocos días, gracias sólo al olor del pan aplicado a su nariz, pues no podía comer carne por su avanzada edad. Augerius Ferrerius (*Meth*., lib. 2) habla de un excelente preparado que él preparaba, con vino, azafrán, etc., que prescribía a los hombres embotados, débiles, enfermizos y mortecinos para que lo olieran, y con ello decía que les hacía tanto bien como si se lo hubiese dado a beber. Nuestro noble y sabio Lord Verulamio[1154], en su libro *De vita et morte,* recomienda todos los olores fríos, porque cualquier medio puede servir para refrigerar los espíritus. Montano (cons. 31) prescribe una fórmula que había hecho que su paciente melancólico no se le fuera nunca de las manos. Si lo quieres preparar espagíricamente[1155], mira en Oswald Croll (*Basil. chymica).*

Las irrigaciones de la cabeza afeitada «con flores de nenúfar, lechuga, violetas, camomila, malvas salvajes, cabeza de carnero, etc.», deben utilizarse muchas mañanas seguidas. Juan Bautista Montano (cons. 31), aconseja que se lave así la cabeza una vez a la semana. Laelio de Fonte Eugubinus (consult. 44), repite muchas de las medicinas que ensayó con un conde italiano que sufría de melancolía de la cabeza, «pero sólo dos realizaron la curación, el uso de suero hecho de leche de cabra con extracto de eléboro, e irrigaciones de la cabeza con nenúfares, lechuga, violetas, camomila, etc., sobre la sutura coronaria». Piso recomienda los pulmones de carnero aplicados calientes a la parte anterior de la cabeza, o un corderito, dividido y destripado, en la espalda, etc.; y todos conocen la cura principal, que consiste en humedecer todo el cuerpo. Algunos, decía Du Laurens, utilizan polvos y casquetes para el cerebro. Pero dado que tales cosas aromáticas son calientes y secas, deben administrarse moderadamente.

Para el corazón, haremos bien si aplicamos vejiguillas, apósitos, ungüentos, de los cuales Du Laurens (cap. 9, «De melan.») ofrece ejemplos. Bruel prescribe un apósito para el corazón compuesto de buglosa, borraja, nenúfar, agua de violetas, vino dulce, hojas de melisa, nuez moscada, clavos, etc.

Para el vientre, hacer unos fomentos de aceite, en los cuales «se hubieran cocido semillas de comino, ruda, zanahorias y eneldo».

Los baños son una magnífica y potente fuerza frente a esta enfermedad, muy admirados por Galeno[1156], Aecio[1157], Rhazes, etc., con agua suave en la que se cuecen las hojas de malvas, rosas, violetas, nenúfares, cabezas de carnero, flores de buglosa, camomila, meliloto[1158], etc. Guianerius (cap. 8, trat. 15) quiere que se use dos veces al día, y cuando vuelven de los baños, untar los huesos de la espalda con aceite de almendras, violetas, ninfea, grasa fresca de capón, etc.

He encontrado prescripciones sobre llevar amuletos y otras cosas, censurados por algunos, aprobados por Renodeus, Platter («no hay que despreciar los amuletos») y por otros; se pueden buscar en Mizauld, Porta, Albertus, etc. Bessardus Viscontinus (*Ant. Philos.*) recomienda el *hipericon* o la hierba de san Juan recogida un viernes, «en la hora de Júpiter, cuando alcanza su fun-

cionamiento eficaz (esto es alrededor de la Luna llena en julio), y así recogido y llevado, o colgado alrededor del cuello, ayuda muy mucho en esta afección y aleja todo los espíritus fantásticos»[1159]. Philes[1160], un autor griego que floreció en el tiempo de Michael VIII Paleologus, emperador de Bizancio, escribió que la piel de una oveja o de cabrito que hayan sido atacados por un lobo,

> «El cabrito cruelmente arrastrado
> por las fauces del lobo»

no debe ser utilizada de ninguna manera por un hombre[1161], «porque causa palpitaciones en el corazón», no por ningún temor sino por una virtud secreta que tienen los amuletos. Se puede llevar un anillo hecho con el casco de la pata delantera derecha de un asno, etc. Yo opino, con Renodeus[1162], que no deben rechazarse totalmente: la peonía cura la epilepsia, la piedras preciosas la mayoría de las enfermedades, el uso de una piel de lobo con estiércol ayuda al cólico[1163], una araña la fiebre[1164], etc. Estando en el campo, en época de vacaciones, no hace mucho tiempo, en Lindly, en Leicestershire, en casa de mis padres, observé por primera vez este amuleto de la araña, en una cáscara de nuez y envuelta con seda, aplicada así para unas fiebres por mi madre[1165]. Aunque yo sabía que tenía excelente habilidad en cirugía, y para curar ojos inflamados, dolores, etc., y usaba otros medicamentos por su experiencia, como todo el país en el que ella habitaba puede atestiguar, que había hecho muchas, famosas y buenas curaciones en diversas pobres gentes que de otra manera estaban abandonados de ayuda; a pesar de saberlo, pensé que, de todos los posibles tratamientos, era lo más absurdo y ridículo, y no vi garantía en ello: «¿qué tiene que ver una araña con quitar la fiebre?», ¿en qué se basa su antagonismo? Hasta que repasando ampliamente los autores (como hago a menudo), encontré esta misma medicina en Dioscórides, aprobada por Mattioli, repetida por Aldrovandi (*Liber de insectis*, cap. «De aranea»), y comencé a tener una mejor opinión de ello y a dar más crédito a los amuletos cuando los vi en algunos sitios respondiendo a la experiencia. Los medicamentos que deben ser desacreditados son los que consisten en palabras, caracteres, conjuros, hechizos, que no pueden hacer ningún bien en absoluto, sino que son una pura fantasía, como prueba Pomponazzi; o una intervención del demonio, que es el primer fundador y maestro de ellos.

Subsección VI

Correctores de los accidentes que procuran el sueño. Contra los malos sueños, el enrojecimiento, etc.

Cuando se han utilizado ya todos los buenos medios y ayudas, como alterativos, desviadores, diminutivos, quedarán siempre ciertos accidentes que habrá que corregir y enmendar, como los insomnios, los malos sueños, el rubor en la cara de algunos, el enrojecimiento, etc.

El insomnio, a causa de las continuas preocupaciones, los temores, las penas, los cerebros secos, es un síntoma que mortifica mucho a los melancólicos, y se les debe auxiliar rápidamente buscando el sueño por todos los medios, lo que algunas veces es un remedio por sí solo sin necesidad de otro tipo de medicina. Schenk tiene en sus observaciones el ejemplo de una mujer que fue curada así. Los medios para procurarlo son internos o externos. Para tomar internamente tenemos remedios simples y compuestos. Los simples, como la amapola, la ninfea, violetas, rosas, lechuga, mandrágora, beleño, hierba mora o solano, azafrán, cáñamo, nuez moscada, sauces: con sus semillas, zumos, decocciones, aguas destiladas, etc. Los compuestos son jarabes u opiáceos, jarabe de amapola, violetas, verbasco[1166], que se toman corrientemente con aguas destiladas.

> «Px- Diacodium[1167], una onza; diascordium, media dracma; agua de lechuga, tres onzas y media; hacer una poción mezclada; debe tomarse a la hora de acostarse».

Se utilizan «descanso de Nicholai, *philonium romanun*[1168], *triphera magna*[1169], píldoras de borraja, *dioscordium*, láudano de Paracelso, opio», etc. La gente del campo hace comúnmente un apósito de semilla de cáñamo, lo que desaconseja totalmente Fuchs en su herbario, aunque yo he visto el buen efecto y puede utilizarse donde no pueden conseguirse mejores medicinas.

El láudano de Paracelso se prescribe en dos o tres granos, con una dracma de *dioscordium*, como recomienda por Oswald Croll. El opio por sí mismo se usa en la mayor parte de los casos en aplicación exterior, «un dracma» para oler en una bola, aunque comúnmente lo toman los turcos en la misma cantidad como un cordial, y en Goa, en las Indias, la dosis es de cuarenta o cincuenta granos[1170].

Rulandus llama al «*requiem Nicholai*», último refugio; pero para esto y el resto se pueden buscar recetas especiales en Victorio Faventino (cap. «De phrenesi»), Heurne (cap. «De mania»), Hildesheim (*Spicel.*, 4, «De somno et vigil.»), etc. Externamente se usan el aceite de nueces moscadas obtenido por extracción o exprimido con agua de rosas para ungir los temporales, aceite de

amapolas, nenúfar, mandrágora, verdolaga, violetas, todo con el mismo propósito.

Montano (cons. 24 y 25) recomienda especialmente los aromas de opio, vinagre y agua de rosas, y Du Laurens (cap. 9) prescribe los pomos y nódulos, y se pueden ver las recetas en su obra; Codronchi recomienda la absinta para oler.

Los ungüentos de alabastro y álamo se utilizan para ungir los temporales, las narices, o, si resultan demasiado débiles, mezclan azafrán y opio. Tomar un grano o dos de opio y disolverlo con tres o cuatro gotas de agua de rosas en una cuchara, y después mezclarlo con otro tanto de «ungüento de álamo» haciendo una nuez, y utilizarlo como antes; o, si no, tomar media dracma de opio, «ungüento de álamo», aceite de nenúfar, agua de rosas, vinagre de rosas, media onza cada uno con otro tanto de cera virgen, haced con ello una nuez y ungid los temporales con algo de ello «a la hora de acostarse».

Los saquitos de absinta, mandrágora[1171], beleño y rosas, formando almohadas para poner debajo de la cabeza del paciente, son mencionados por Cardano[1172] y Mizauld «para untar las plantas de los pies con la grasa de un lirón, los dientes con cera de las orejas de un perro, bilis de un cerdo, orejas de libre»: hechizos, etc.

Las vendas para la frente son muy conocidas por todas las buenas esposas. Agua de rosas y vinagre con un poco de leche de mujer y nueces moscadas ralladas sobre un pastel de rosas, aplicado sobre ambos temporales.

Para hacer un emplasto, tomar una dracma y media de castoreo, medio escrúpulo de opio, mezclar ambos con un poco de «agua de vida», hacer dos pequeños emplastos y aplicarlo a los temporales.

Rulandus (cent.1, cur. 17; cent. 3, cur. 94) prescribe apósitos y lociones para la cabeza, hechos con la decocción de flores de ninfea, hojas de violeta, raíces de mandrágora, beleño, amapola blanca. Hércules de Sajonia, agua de lluvia o gotas, etc. Las lociones para los pies, de las mismas hierbas, hacen mucho provecho; por estos medios, decía Du Laurens, pienso que se puede hacer dormir al hombre más melancólico del mundo. Algunos utilizan las sanguijuelas detrás de las orejas, y aplican opio en ese mismo sitio.

Pedro Bairo (*Veni mecum*, lib. 2, cap. 13) establece algunos remedios contra los malos sueños, y para quienes caminan y hablan durante el sueño. Battista della Porta (*Mag. nat.*, lib. 2, cap. 6) dice que para conseguir agradables sueños y un sueño tranquilo hay que tomar hipoglosa o hierba de la lengua de caballo, melisa, y utilizarlas con aguas destiladas después de la cena. Estas personas no deben comer judías, guisantes, ajo, cebollas, calabaza, venado, liebre, utilizar vinos tintos, o cualquier carne de digestión difícil en la cena, o acostarse sobre la espalda, etc.

El «pudor del rústico», la timidez, el rubor, el color subido, la rubicundez, son sufrimientos comunes que mucho torturan a gran cantidad de melancólicos, cuando se encuentran a alguien o están en compañía de sus mejores, de extraños, después de una comida o si beben una copa de vino o de una bebi-

da fuerte; se ponen tan rojos, moteados y sudorosos, como si hubieran estado en las fiestas mayores; «en el momento en que el miedo les sobrecoge» se hace excesivo, y piensan que todo el mundo les observa y les presta atención, y es sólo su miedo y su suspicacia, sin ninguna causa. Schenk (*Observat. med.*, lib. 1) habla de una dama de la corte del duque de Saboya, que estaba tan afectada por esto que se arrodilló ante Bairo, el médico, y le ofreció todo lo que tenía si le curaba ese problema. Y siendo muy cierto lo que dice Antonio Ludovicus[1173] en su libro *De pudore*, «la timidez tanto hiere como ayuda», a estos hombres es seguro que les hace daño. Si procede de la sospecha o el miedo, Felix Plater[1174] no prescribe más remedio que rechazar y desdeñar todo ello, «y así se cura todo el mundo, por supuesto», como decía una valioso médico[1175] de nuestra ciudad a un amigo mío que estaba en el mismo caso, quejándose sin causa. Porque, supongamos que uno se pone rojo: ¿qué importa?; quítale importancia, ¿quién va a observarlo?

Si aparece durante o después de las comidas (como observaba Jubertus, *Med pract.*, lib. 1, cap. 7), o después de un pequeño ejercicio o agitación, pues en esos casos a muchos se les pone la cara caliente y roja, o aunque no hagan nada de nada, especialmente las mujeres, hay que hacerles sangrar en ambos brazos, primero uno, después el otro, dos o tres días entre uno y otro si abunda la sangre, y aplicar fricciones en otras partes, especialmente los pies, y lavárselos, por el mutuo acuerdo que hay entre la cabeza y los pies. Para refrigerar la cara hay que lavarla a menudo con aguas de rosa, violeta, nenúfar, lechuga, aligustre y otras cosas semejantes. Pero lo mejor de todo es la «leche de virgen», o licor astringente de litargirio. Se prepara de diversas maneras; por ejemplo, la de Jubertus: «Px- Litargirio, una onza; plomo blanco, tres dracmas; alcanfor, dos escrúpulos; disolver en agua de solano, lechuga, nenúfar, de cada una, tres onzas; vinagre de vino blanco, dos onzas; dejarlo asentar durante varias horas y después pasarlo por un filtro; guardarlo en una vasija de cristal, y mojar la cara dos o tres veces al día». Quercetan (*Spagir. Phar.*, cap. 6) recomienda el agua de huevos de ranas para el enrojecimiento de la cara. Crato (cons. 283, de Scholtz), considera que debe utilizarse, durante todo el verano, el preparado de achicoria, agua de fresas, rosas (las ventosas son buenas para la época), y depurar la sangre impura con una infusión de sen, ajedrea y agua de melisa (cons. 286 y 285). Holler conoce a alguien que se curó sólo con el uso de achicoria cocida, bebiéndola durante cinco meses, cada mañana, durante todo el verano.

Es bueno untar la cara durante la noche con sangre de liebre, y por la mañana lavarla con agua de fresas y de prímulas, el zumo de limones destilado, o el zumo de pepinos, o utilizar las semillas de los melones, o de huesos de melocotón muy bien picados, o de raíces de cala, mezclándolo con salvado de trigo, cocido en un horno y desmenuzado en agua de fresas, o poner cuajada de queso fresco en una cara roja.

Si molesta este reflujo a la hora de las comidas, como suele suceder, produciéndoles sudores o cosas semejantes, deben evitar todas las emociones vio-

lentas y los actos como reír, por ejemplo, y las bebidas fuertes, y se debe beber muy poco, un trago decía Crato[1176], y esto hacia la mitad de la comida, y evitar siempre la sal endurecida y especialmente las especias y las comidas flatulentas.

Crato[1177] prescribió a un noble, que era su paciente, la conserva de fruta de rosa salvaje, para que la tomara antes de la comida y la cena, en cantidad de una castaña. Está hecho con azúcar, como la de membrillo. El mismo autor aprueba en gran medida la cocción de raíces de cerraja[1178] antes de la comida. Algunos aconsejan comer una manzana asada o membrillo en conserva, preparado con cominos, con carne impregnada de sal para que los vapores no asciendan; y no estudiar ni hacer esfuerzos después de las comidas.

> «Px- Pepitas de semillas de melones de Persia, una media onza; agua de fresas, dos libras; mezclar; aplicar a mano»

Es muy bueno aplicar ventosas en la espalda. Para el otro tipo de enrojecimiento que aparece en la cara como granitos, como no pertenece a mi asunto, no me mezclaré en ello. Os remitiré a los «consejos» de Crato, Arnau de Vilanova (*Breviarius*, lib. 1, cap. 39.1), Rulande, Peter Forest de Fuco (lib. 31, obs. 2). Y a Platter, Mercurial, Ulmus, Rondelet, Heurne, Manardus, y a otros que han escrito sobre ello abundantemente.

Esos otros sufrimientos y síntomas, como el dolor de cabeza, palpitaciones del corazón, «vértigo, *deliquium*, etc.», que inquietan a tantos melancólicos, como están copiosamente tratados por cada médico fuera de este apartado, los omito voluntariamente.

Cura de la melancolía de todo el cuerpo

Cuando la sangre melancólica se aposenta en todo el cuerpo y el cerebro, es mejor comenzar con la sangría[1179]. Los griegos indican que se abra la «mediana» o vena media, y que se saque toda la sangre que el paciente pueda soportar, y que el corte que se haga sea suficientemente grande. Los árabes consideran más adecuado que se obtenga del brazo del lado en que se siente más dolor y pesadez de cabeza, y si sale sangre negra, hay que dejarla sangrar, y si es clara y buena, hay que detener la hemorragia inmediatamente, «porque la malignidad de la melancolía se corrige en gran medida por la bondad de la sangría». Si la fuerza del individuo no admite mucha evacuación de este tipo de una vez, debe ensayarse en veces sucesivas, y si no puede obtenerse adecuadamente del brazo, debe tomarse de las rodillas y los tobillos, especialmente en aquellos hombres o mujeres cuyas hemorroides o menstruos se hayan obturado. Si la enfermedad continúa, no sería equivocado evacuar una parte por la frente, y a las vírgenes en los tobillos, pues son melancólicas por asuntos de amor, y a las viudas si están muy afligidas y alteradas con penas y cuidados; porque la mala sangre fluye desde el corazón, y así mortifica la mente. Las hemorroides deben ser abiertas con un instrumento o con sanguijuelas; se puede consultar en Montalto (cap. 29). Schenk[1180] presenta un ejemplo de una persona que se había curado por una herida accidental en el muslo, y el mucho sangrar le había liberado de la melancolía. La dieta, los diminutivos, alterativos, cordiales y correctores que hemos visto, sirven en algunas ocasiones entremezclados, «toda su ciencia debe ser convertir en gordo al melancólico, y así la curación habrá terminado»[1181]. Los «diuréticos» o medicamentos para provocar la orina se prescriben según el tipo, caliente o frío: calientes, cuando el calor del hígado no lo impide, fríos cuando el calor del hígado es muy grande. Entre los medicamentos calientes están las raíces de perejil, aligustre, hinojo, etc.; y fríos: semillas de melón, etc., con suero de leche de cabra, que es el vehículo más corriente[1182].

Para purgar y purificar la sangre se puede utilizar cerraja, achicoria, sen, escarola, *carduus benedictus*, diente de león, lúpulo, culantrillo, fumitoria, buglosa, borraja, etc., con sus zumos, decocciones, aguas destiladas, jarabes, etc.

Oswald Croll (*Baasil. chym.*) admira mucho las sales del coral en este caso, y Aecio (*Tetrabiblos*, ser. 2, cap. 114) el «medicamento de Archigenis», que es un excelente medicamento para purificar la sangre, «para todas las afecciones melancólicas y la enfermedad comicial, no hay nada comparable a él».

Cura de la melancolía hipocondríaca

En esta cura, como en el resto, se requiere especialmente la corrección de las seis cosas no-naturales por encima de todo, como la buena dieta, como impuso Montano (cons. 27), a un noble francés: «Tener especial cuidado con ella, porque sin ella todos los otros remedios se aplican en vano». No debe utilizarse la sangría, excepto cuando el cuerpo del paciente está muy lleno de sangre[1183], y que se derive del hígado y bazo al estómago y sus vasos. Entonces, para volverla atrás[1184], cortar la vena interna de cada brazo, algunos dicen que la «salvatella»[1185], y si la enfermedad continúa, abrir una vena en la frente[1186].

Los preparativos y alterativos pueden utilizarse como se dijo antes, salvo que aquí debe respetarse tanto el hígado, el bazo, el estómago, los hipocondrios, como el corazón y el cerebro. Para confortar el estómago[1187] y las partes internas contra los aires y obstrucciones, se prescriben siempre, por Areteo, Galeno, Aecio, Aureliano y muchos otros escritores, las decocciones de absinta, centaurea, poleo, betónica, empapadas en suero y bebidas diariamente: muchos se han curado sólo con esta medicina.

Próspero Alpino y algunos otros ensalzan en gran medida el agua del Nilo contra esta enfermedad, y en especial dicen que es un buen remedio de la melancolía flatulenta. Por esa razón, quizás, Ptolomeus Philadelphus, cuando casó a su hija Berenice con el rey de Asiria (como recoge Celso, lib. 2), junto con su gran equipaje hizo que llevaran con ella el agua del Nilo, y dio orden de que durante su vida no utilizaría ninguna otra bebida. También están los que recomiendan el uso de las manzanas en la melancolía esplénica y de este tipo (algunos le llaman 'lana de corderos'), que, sin embargo, sería más correcto utilizar para la fría, la crudeza y la flatulencia.

Codronchi, en su libro *De sale absin.*, ensalza el aceite y la sal de absinta por encima de todo otro remedio, «la cual actúa mejor y más rápido que cualquier otro simple, y que debe preferirse antes que cualquiera de esas repugnantes decocciones e infusiones, que pueden irritar a causa de su cantidad; ésta, sola, tomada en una pequeña medida, expulsa el aire, y, lo que es más eficaz, mueve la orina, limpia el estómago de todos los humores gruesos y crudezas y ayuda al apetito», etc. Arnau de Vilanova tenía un vino de ajenjo, que habría podido utilizar, del que hablan todas las farmacopeas.

Diminutivos y purgantes deben tomarse como ya se ha dicho[1188], los de «hiera, maná, casia», que Montano prefería (cons. 230, para un abad italiano), en este tipo de dolencia, antes que cualquier otro simple. «Y deben utilizarse a menudo, siempre absteniéndose de los que son más violentos, a menos que irriten el estómago y de esta manera se acreciente el malestar», aunque he encontrado que algunos médicos utilizan purgantes muy potentes, prescri-

biendo el mismísimo eléboro en esta afección. Si ésta dura mucho tiempo, pueden producirse los vómitos después de comer, o provocarlos de otra manera más suave, con agua templada, hidromiel y vinagre, etc., de vez en cuando. Fuchs (cap. 33) prescribe eléboro, pero siempre hay que poner atención en esta enfermedad, pues, como siempre he advertido, hay que tener cuidado con el uso de los medicamentos calientes, «porque (como añade Salviani) la sequedad sigue al calor e incrementa la enfermedad»[1189]; y sin embargo Baptista Silvaticus (contr. 34) prohibe los medicamentos fríos «porque incrementan las obstrucciones y otros malos síntomas». Pero las cosas cambian según los individuos, y no es fácil determinar cuál utilizar. «En esta enfermedad, la mayoría de las veces el estómago está frío y el hígado caliente, y difícilmente entonces (como insinúa Montano en el cons. 229, para el conde de Monfort) se puede ayudar a uno de ellos sin dañar al otro». Debe utilizarse mucha discreción y no tomar ninguna medicina, concluye él, si no hay una gran necesidad. Laelio Eugubinus (consult. 77) utilizó, con un príncipe germano hipocondríaco, muchos medicamentos, «pero no utilizó las decocciones de china y sasafrás ni la sal de sasafrás hasta que cobraron importancia para él por lo que leyó en los libros, y proporcionaron al doliente un increíble bien». En su consulta 108 utiliza ya, felizmente, esos remedios, pero esos mismos podrían haber sido veneno para un tercero, por sobrecalentamiento de su hígado y su sangre.

Para las otras partes, buscad remedios en Savonarola, Gordon, Massaria, Mercado, Johnson, etc., y no omitiré aquí uno que es para el bazo, entre muchos otros, citado por Hildesheim (*Spicel*., 2), prescrito por Matthias Flacius y tomado de la autoridad de Benevenius: Antonio Benevenius, en una pasión hipocondríaca, «curó una inflamación del bazo excesivamente grande sólo con alcaparras, en una sola toma, que es lo apropiado para esa dolencia, añadiendo el uso frecuente de agua de la forja de un herrero, y por esta medicina alivió a un enfermo que todos los otros médicos habían abandonado, y que durante siete años había sido esplénico»; y tanta fuerza tiene este agua, «que aquellas criaturas que la beben, tienen corrientemente poco o ningún bazo»[1190]. Se pueden encontrar más medicinas para el bazo en él y en Luis Mercado, que alaba grandemente este medicamento. Esta «*chalybis praeparatus*», o bebida de acero, es también muy recomendada para esta enfermedad por Daniel Sennert (lib. 1, part. 2, cap. 12) y admirada por Julio César Claudino (resp. 29), que llama al acero el verdadero antídoto o «*alexipharmacum*»[1191] de esta enfermedad y la ensalza mucho; se pueden encontrar recetas en él. Los desviadores de humores deben utilizarse para el hígado y el bazo, y para depurar las venas mesentéricas, y sirven tanto para abrir como para provocar la orina. No hay mejor sitio para abrir que las hemorroides, «que si se pueden hacer manar por medio de sanguijuelas, no habrá realmente un remedio tan excelente», según sostiene Platter[1192]. Salustio Salviani no admite otra flebotomía que ésta, y según su experiencia en un hospital, que conservaba, encontró que otras formas de sangría eran malas para todos los locos y melancólicos. Du Laurens (cap. 15) consideraba que esto de las sanguijuelas era un

remedio seguro para vaciar el bazo y la membrana mesentérica. Sólo Montano (cons. 248) está en contra de ello: «para otro hombre (decía él) esta apertura de las hemorroides puede ser un remedio de provecho; por mi parte no lo apruebo porque aleja la sangre más fluida y deja la más espesa detrás».

Aecio, Vidus Vidius, Mercurial, Fuchs, recomiendan los diuréticos o cosas que provocan la orina, como las semillas de anís, eneldo, hinojo, germandria, pino, embebidos en agua o envueltos en polvo, pero Pedro Bairo[1193] está en contra de ellos. Y lo mismo Holler, que decía: «Todos los melancólicos deben evitar las cosas que provocan la orina, porque por ella se evacua lo más sutil o tenue, quedando la materia más espesa».

Los clísteres tienen buena demanda, y Trincavelli (lib. 3, cons. 38) los estimó en primer lugar para tratar a un joven noble, y Hércules de Sajonia (*Panth.*, lib. 1, cap. 16) los aprueba enormemente; y dice: «He encontrado, en mi propia experiencia, que muchos melancólicos hipocondríacos han sido curados por el solo uso de clísteres»; se pueden encontrar recetas en él.

Además de los fomentos, irrigaciones, ungüentos, linimentos, aromas, que se prescriben para la cabeza, habría que utilizar lo mismo para el hígado, bazo, estómago, hipocondrios, etc. «En la crudeza (decía Piso) es bueno mantener el estómago fuerte, para impedir el flato y ayudar a la mezcla».

No es preciso que os hable de los medicamentos internos: utilizad los mismos cordiales que antes. En este tipo de melancolía, algunos prescriben la triaca en invierno[1194], especialmente antes o después de las purgas, o en primavera, como dice Avicena, o el *mitridate* como Trincavelli[1195], semillas de peonía como Montalto[1196], cuerno de unicornio; «hueso de corazón de ciervo», etc.

Entre los tópicos o medicamentos externos, ninguno es más precioso que los baños, pero de ellos he hablado ya. Los fomentos son muy buenos para los hipocondrios, los de vino y agua, en los que se empapan abrótano, meliloto, epítimo, artemisa, sen, polipodio; y también son buenos los ungüentos de cera, emplastos, linimentos, pomadas, para el bazo, hígado, e hipocondrios, de los cuales se podrán encontrar ejemplos en Du Laurens, Jubertus (*Pract. med.*, lib. 3, cap. 1), Montano (cons. 231), Montalto (cap. 33), Hércules de Sajonia y Faventino. Y lo mismo sucede con los apósitos, los polvos digestivos, los saquitos aromáticos y los aceites. Octavio Horaciano (lib. 2, cap. 5) prescribe cataplasmas laxantes, o medicamentos secos purgantes. Piso prefiere las perlas de abeto y el aceite de ruda, aplicado en ciertos momentos en el estómago, y en el metafreno o zona de la espalda que está justo sobre el corazón. Aecio prefiere los sinapismos. Montalto (cap. 35) hacía cauterizar los muslos y Mercurial prescribía eso mismo debajo de las rodillas. Laelio Eugubinus (consul. 77) hizo que a un holandés hipocondríaco le cauterizaran en el muslo derecho, y lo mismo dice Montano (cons. 55). También Montano (cons. 34) aprueba las sangrías en los brazos o en la parte posterior de la cabeza. Bernardus Paternus, según Hildesheim (*Spicel.*, 2), hacía practicar sangrías en ambos muslos. Luis Mercado las prescribe cerca del bazo, «o bien cerca del estómago», o en cualquiera de los muslos. Se pueden hacer ligaduras, friccio-

nes y colocar ventosas encima o alrededor del vientre, sin escarificación, acciones con las que estaba muy de acuerdo Felix Platter, y que pueden utilizarse como se dijo antes.

Correctores para expulsar ventosidades. Contra el estreñimiento, etc.

En este tipo de melancolía uno de los síntomas más agresivos son las ventosidades, que, como en otras especies de la enfermedad, y así sucede en ésta, deben necesariamente corregirse y expulsarse.

Los medicamentos para expulsarlas se utilizan tanto interna como externamente. Los de uso interno para expulsar el flato son simples o compuestos. Los simples son hierbas, raíces, etc., como la galanga[1197], genciana, angélica, énula, cálamo aromático, valeriana, zeodoaria[1198], iris, conserva de jengibre, aristoloquia, ciclamino, china, lepidio, poleo, ruda, calamento, bayas de laurel y hojas del mismo, betónica, romero, hisopo, sabina, centaurea, menta, camomila, cantueso, «*agnus castus*», casto-puro o sauzgatillo, flores de retama, orégano, píldoras de naranja, etc.; y las especias, como el azafrán, cinamomo, piedra bezoar, mirra, macis, nuez moscada, pimienta, clavos, jengibre, semillas de anís, hinojo, biznaga, clavel, ortiga, ruda, etc.; y los frutos del junípero, grana paraíso. Los compuestos: «*dianisum* [de anís]», «*diagalanga* [de galanga]», «*diaciminum* [de cinamomo]», «*diacalaminth* [de calamento]», «electuario de laurel», «*benedicta laxativa*», «polvos del Antidotario Florentino contra la flatulencia», «polvos carminativos», «vino aromático de rosas», *triaca*, *mitridates*, etc. Debe observarse la precaución recomendada por Gualter Bruel en la administración de estos medicamentos calientes y secos: «que mientras buscan expulsar el flato no inflamen la sangre y agraven la enfermedad; algunas veces (según dice), los medicamentos es mejor que calienten algo, otras que tiendan más a enfriar, según requieran las circunstancias, y según los sujetos sean más inclinados al calor o al frío».

Como medicamentos de aplicación externa que sirvan para expulsar los flatos, están los aceites, como el de camomila, ruda, laureles, etc.; los fomentos para los hipocondrios, con decocciones de eneldo, poleo, ruda, hojas de laurel, comino, etc.; los saquitos de flores de manzanilla, semillas de anís, cominos, laureles, ruda, absinta, pomadas de aceite de nardo, absinta, ruda, etc. Areteo[1199] prescribe cataplasmas de flores manzanilla, hinojo, semillas de anís, cominos, romero, hojas de absinta, etc.

Las ventosas aplicadas a los hipocondrios, sin escarificación, resuelven magníficamente la flatulencia[1200]. Fernel (cons. 43) está muy de acuerdo con ellas para el extremo inferior del intestino; Luis Mercado[1201] les llama poderosos remedios, e incluso testifica a partir de su propio conocimiento, pues el había visto muchos que se habían aliviado rápidamente con su aplicación. Julio César Claudino (*Respons. med.*, resp. 33) admira esas ventosas, a las que lla-

ma, por Galeno, «una especie de encantamiento, que produce esta ayuda inmediata».

Los empíricos tienen miríadas de medicamentos, como tragar una bala de plomo, etc., que omito voluntariamente. Amatus Lusitanus (cent. 4, cur. 54) prescribió un extraño remedio a una persona hipocondríaca que estaba terriblemente atormentada por el flato: poner un par de terminales de fuelle en un canuto de clíster y aplicándolo dentro del ano, abrir los extremos del fuelle y así extraer el aire, «la naturaleza no admite espacios vacíos». Se vanagloriaba de ser el primero en inventar este remedio y de que, por medio de él, había aliviado rápidamente a un melancólico. Sobre la cura de ésta melancolía flatulenta, leed más en Fienus (*De flatibus*, cap. 20) y otros más.

Contra el dolor de cabeza, el vértigo, los vapores que ascienden del estómago a molestar la cabeza, leed a Hércules de Sajonia y a otros.

Si el estreñimiento molesta en ésta o en cualquier otra de las tres especies, debe corregirse con supositorios, clísteres o lenitivos, polvos de sen, ciruelas en conserva, etc.

> «Px Electuarios lenitivos de zumo de rosas, una onza cada uno»

Tomar una cantidad como una nuez moscada cada vez, media hora antes de la comida o la cena; o «píldoras de almástiga, una dracma», en seis píldoras, una píldora o dos de una vez. Ver más en Montano (cons. 229), Hildesheim (*Spicel*., 2). Petrus Cnemiander y Montano recomiendan el «terebinto de Chipre, que se suele tomar en la cantidad de una nuez pequeña, dos o tres horas antes de la comida y la cena, dos o tres veces por semana si es necesario, porque además de que mantiene el vientre soluble, aclara el estómago, abre las obstrucciones, limpia el hígado y provoca la orina».

Estos, brevemente, son los medicamentos ordinarios que pertenecen a la cura de la melancolía, los cuales, si se utilizan correctamente no hay duda de que pueden hacer mucho bien. Bessardus decía que una buena elección de recetas específicas conduce necesariamente al alivio, si es que no logra la curación completa. Y si una no la logra, usa todas o la mayoría, según la ocasión lo requiera.

> «Cuando una cosa sola puede fallar,
> Muchas pueden servir para curar nuestro mal».

FIN

Notas

[1] [Montano], *Consil.*, 230, según el Abate Italo.

[2] Consil. 23. «O se curará o al menos se aliviará, si quiere».

[3] Cf. Renato Moreau, *Animad.* en *Scholam. Salernit.*, cap. 38. «Si pudieran llegar hasta los 40 años, ¿por qué no hasta los cien? Y si hasta los cien, ¿por qué no hasta los mil?».

[4] [Trigatius], *Hist. chinesium.*

[5] [Nicolaus Taurellus]: «Algunos dudan de si el demonio puede curar enfermedades que él ha generado, otros lo niegan: pero la experiencia diaria confirma que los magos, ante la gran sorpresa de muchos, lo hacen, y que el demonio penetra en cada parte del cuerpo sin impedimento alguno y cura por medios desconocidos para nosotros».

[6] [San Agustín].

[7] [Boissard], *De servatores,* cap. 11.

[8] [Nicolaus Taurellus]: «Algunos se ríen de esto, pero en realidad no queremos creerlo ni evitamos el vicio de la incredulidad».

[9] [Paracelso] cuenta «que Salomón curó todas las enfermedades de la mente y que expulsó a los mismos demonios con ensalmos y que también lo hizo Eleazar en presencia de Vespasiano».

[10] [Paracelso]: «Las enfermedades espirituales deben curarse por medios espirituales».

[11] [Arnau de Vilanova]: «El signo del oro es propio de la Melancolía, etc.».

[12] [Paracelso], *De occult. philos.,* lib. 1.

[13] [Paracelso]: «Utiliza una potente imaginación y experimentarás el efecto, y que los teólogos digan lo contrario si quieren».

[14] También Plinio decía algo semejante.

[15] San Agustín, *De superst. observ.,* y Petrus Martyr Vermilius.

[16] [Delrío], *Disquis. mag.,* lib. 6, cap. 2, sec. 1, cuest. 2, tom. 3.

[17] Petrus Lombardus.

[18] «El Señor ha creado medicinas de la tierra, y quien sea inteligente no puede aborrecer de ellas», Eccles 38. 4.

[19] La música y la buena comida no pueden hacer nada bueno.

[20] Horacio, lib. 1, ep. 2. [No coincide. N. de la T.].

[21] «La ciencia de Dios debe estar arraigada en la naturaleza del médico». Mesué el Árabe. «Dios cura todas las enfermedades». Porque deberás rogar a tu Señor que haga prosperar aquello que es dado para aliviar, y entonces utilizar la medicina para prolongar la vida (Eccles 38, 14).

[22] [Andreas Hyperius]: «Todos quieren una cierta suerte en la medicina, pero no hay que esperarla si no se invoca a Dios con verdadera fe y se anima a los enfermos a hacer lo mismo con ardiente vocación».

[23] Lemnio según Gregor. *Exhor. ad vitam opt. instit.*, cap. 48: «Acercándote a Dios en su consejo, piensa lo que empiezas y terminas».

[24] [Comineus], *Commentar.*, lib. 7. «Apesadumbrado por una lucha desgraciada, cayó en la enfermedad de tal manera que no pudo ser curado por los médicos».

[25] Gregorio de Tolosa, *Syntaxeon artis mirabilis*, t. 2, lib. 28, cap. 7. Se trata del libro esotérico de Pierre Grégoire (1540-1597), una famosa «sintaxis de todas las cosas», c. 1583, donde se conjugan cábala y lulismo. [N. de los Ed.].

[26] Livio, lib. 23.

[27] Se refiere de nuevo al *Eclesiástico*, libro de la iglesia. La iglesia latina designó así al libro del Antiguo Testamento *Sabiduría de Ben Sira,* en versión griega. Probablemente el título hebreo de la obra era *Sentencias de Jesús, hijo de Sira.* [N. de la T.].

[28] Martinus Rulandus; Mercurial, cons. 25; Joannes Baptista Montanus.

[29] Lipsio.

[30] [Lipsio], cap. 26.

[31] [Plinio el Viejo], lib. 2, cap. 7, «De Deo». Nótese que, en este apartado de la *Historia natural*, Plinio afirma que «es incurrir en la mayor simpleza el creer que hay innumerables dioses» [N. de los Ed.].

[32] Prólogo de [John] Selden al cap. 3, «De diis *Syris*». Y en [Joannes] Rosinus.

[33] *Crepitus Ventris* sería el dios del vientre retumbante; *Vacuna* sería la diosa de la vida campestre, y *Cloacina*, de las cloacas. [N. de la T.]

[34] Prema presidía el coito de los recién casados, Premunda sería la diosa de las artes del *toilet* o de la limpieza o embellecimiento de las personas. Príapo es de todos conocido. [N. de la T.].

[35] Ver Lilio Giraldi, *Syntagma de diis.*

[36] Diosa que liberaba de la angustia y de los sufrimientos secretos. [N. de la T.].

[37] [Macrobio], *Cal.*: «El 12 de las Calendas de enero celebran las fiestas de las Angustias, y si la diosa es favorable expulsa las inquietudes del alma».
[38] Hal, en Brabante, cerca de Bruselas y cerca de donde había nacido Lipsio, era sitio de peregrinaje para celebrar la imagen milagrosa de la virgen. [N. de la T.].
[39] *Jodocus Sincerus itin.*, Gallia, 1617.
[40] En la Galia Narbonense.
[41] [Hospiniano], *De orig. festorum.*
[42] Acosta, *Rerum a societate Jesu in oriente gestarum ad annum atque a deipara virgine MDLXVIII. Accessere de Japonicis rebus epistolarum.* [Libro de Emanuel Acosta, publicado en 1571, que estaba en la biblioteca de Burton. N. de los Ed.].
[43] [Hidelsheim], *Spicel. de morbis daemoniacis.*
[44] Impreso en Londres en cuarto por J. Roberts, 1605.
[45] [Estrabón], *Geografía*, lib. 8.
[46] [Lavater], *De spect.*, Part. 2, cap. 9.
[47] San Bernardo.
[48] Agustín.
[49] Eccles 38. «Será admirado entre los grandes».
[50] [Paracelso], tomo 4, trat. 1, «De morbis amentium».
[51] [Paracelso], *Lib. de podagra.*
[52] En la Sección 5.
[53] [Joannes] Langius. Y en las *Consultas* de Julio César Claudinus.
[54] [Wecker], *Antid. gen.*, lib. 3, cap. 2.
[55] [Heurne], *Quod saepe evenit*, lib. 3, cap. 1.
[56] [Arnau de Vilanova], *Brev.*, lib. 1, cap. 18.
[57] [Heurne]: «Algunos procuran remedios no suficientemente válidos para los enfermos de melancolía. En primer lugar, los médicos que se dedican abundante tiempo a la enfermedad demuestran pericia y constancia, mientras que aquellos que tratan a los enfermos precipitadamente, aminoran y debilitan las fuerzas sin ninguna utilidad».
[58] [Laelius de Fonte Eugubinus]: «Muchos han observado que la medicina no ha operado ningún bien en esta enfermedad, y que los enfermos dejados a su suerte se recuperaron».
[59] Hipócrates, *Abderitani epist.*
[60] Séneca.
[61] Persio, *Sátiras*, 3.
[62] [Melanchthon], *De anima.*
[63] [Capivaccio], *Consil.*, 173; Laurentinus Scholtzius.
[64] [Galeottus], *De promisc. doct.*, cap. 15. «Porque el alma del médico contiene la configuración de la salud».
[65] [Galeno]: «La esperanza y la confianza valen más que el medicamento».
[66] [Damasceno], *Aforismos*, 89.
[67] [Crato]: «Es propio de los enfermos de melancolía, cuando según su criterio no se produce una rápida mejoría, cambiar de médicos constantemente».
[68] [Montano], *Consil.*, 31, en Crato.
[69] [Montano, *Consil.*, 230]: «A los enfermos se les agota la paciencia, y por eso la enfermedad se hace incurable».
[70] Camerario, emblema 55, cent. 2.
[71] [Bernard Penott], prefacio a *Denar med.*
[72] Una dracma, 3.594 mg.; un escrúpulo, 1.198 mg. [N. de la T.].
[73] [Montano], consejo 23.
[74] Fuchs, lib. 1, cap. 2.
[75] [Mercurial], *In pract. med.*
[76] [Fuchs], *Instit.* cap. 8, sec. 1. «Con el nombre de dieta se abarca no sólo la comida y la bebida, sino también el entorno en que se vive, el sueño, la vigilia y otras seis cosas no naturales».
[77] [Joannes Arculano].
[78] [Crato], *Cons.*, 99, lib. 2.
[79] [Laelius de Fonte Eugubinus]: «Todos los remedios son inútiles y sin efecto sin éstos: Me mejorasteis a mí y a otros muchos trabajando preferentemente con la dieta que curando con medicamentos».
[80] [Cicerón], *Del supremo bien y del supremo mal*, 1.
[81] [Valescus, Altomari; Piso], *De melanc.*, lib.1, cap. 7.
[82] [Johannes Crato].
[83] Enemigos del estómago.
[84] No fritos o con mantequilla, sino pochados.
[85] [Crato], *Cons.*, 16.
[86] Mercurial, *Cons.*, 88.
[87] Ovidio, *Metamorfosis*, lib. 15.
[88] [Radziwill], *Peregr. Hier.*
[89] Entonces se permitía a los Duques de Venecia casarse.
[90] [Platón], *Leyes.*
[91] [Vegecio], lib. 4, cap. 10.
[92] [Frontino], *De aqueduct.*
[93] Plinio, *Historia natural*, lib. 36, 15: «El agua de la fuente Curtia, era conducida a la ciudad por una galería abovedada desde 40 millas». [*Curtius fons*, una de las que proveían a Roma de agua. (N. de la T.)].
[94] «En Roma, cada casa tenía cañerías y canales».
[95] [Peter Gillius], lib. 2, cap. 20.
[96] Jodocus de Meggen, cap. 15. «Pereg. Hieros». Pierre Belon.
[97] Cipriano, *Echovius delit. hisp*.
[98] Sir Hugh Middleton Baronet.
[99] [Alsarius Crucius], *De quaesitis med. cent.*, fol. 354.
[100] [Ippolito Salviani], *De piscibus.*

[101] [Janus Dubravius] *De pisc.,* cap. 2, lib. 7; lo mismo, Trallianus, *Pisces petrosi, et molles carne,* lib. 1, cap. 16.
[102] Johannes Crato von Krafftheim (1519-1585). Autor de uno de los *Consilia* más famosos, junto con los de Jean Fernel y Amatus Lusitanus. [N. de la T.].
[103] [Salviani], lib. 2, cap. 1.
[104] Montano, cons. 24.
[105] [Avenzoar].
[106] Mercurial, *Pract. med.*
[107] En Siria.
[108] [Cardano], *De consol.*, lib. 2.
[109] En el sentido de «crudo», mala cocción de los alimentos en el estómago según la teoría humoral. [N. de la T.].
[110] [Crato], *Cons.*, 21, 18.
[111] [Platter], *Observat.*, lib. 1.
[112] Aulus Cornelius Celso. [Siglo I].
[113] Crato.
[114] [Trincavellius].
[115] [Macrobio], *Saturnal,* lib. 7, cap. 4.
[116] [San Jerónimo].
[117] [Lessius], *Hygiastion. reg.* 14, 16.
[118] Idem, reg. 27.
[119] [Polidoro], *Hist.*, lib. 1.
[120] François Valleriola, *Obs.*, lib. 2, cap. 6.
[121] Cicerón, *Orat.* junto a M. Marcelo.
[122] Gordon, *Lilio de medicina,* lib. 1, cap. 11.
[123] [Próspero Calano], *Lib. de atra bile.*
[124] [San Ambrosio], *Lib. de Hel. et Jejunio.* «Mejor derramar el vino en la tierra».
[125] Crato.
[126] [Cardano], *Tract.*, 6, contrad. 1, lib. 1.
[127] [Tácito], *Anales,* 6.
[128] Editado por Lessio en 1614.
[129] Bohemus, lib. 1, cap. 5. «En otros tiempos los egipcios curaban todas las enfermedades provocando el vómito y con el ayuno».
[130] Cicerón, *Catón el antiguo.*
[131] Hildesheim, *Spicilegia* [*Ensayos*], 2, «De mel.», «Lo primero de todo te daré una tarea para que en pocos días tengas el vientre aliviado, cuidando siempre que el vientre no se estriña».
[132] Montano, *Consil.*, 26.
[133] [Jean Fernel (1497-1558)], «En algunos casos permanece sentado durante el día en ayunas, con este calor tibio, para que no provoquen sudor o temperatura más evidente, sino que se humedezcan con cierto frescor».
[134] [Du Laurens], *De mel.*, cap. 8.
[135] Termas Ninfeas.
[136] Sandes, lib.1, decía que sus mujeres iban por lo menos dos veces a la semana.
[137] [Busbequius], epíst. 3.
[138] Busbequius, *Leg. Turciae,* ep. 3.
[139] Hildesheim, *Spicilegia,* 2, «De mal. hypocon.»: «Si el calor no estuviese cerca del hígado, alabaría las termas, y si no hubiera de temerse una desecación del humor».
[140] [Marcus de Oddis], fol. 141.
[141] [Victorius Trincavellius].
[142] Jean Bahuin, *Hist. admir.,* lib. 3, cap. 14.
[143] [Cardano], *Lib. de aqua.*
[144] [Valescus], «Si se omite el coito se contristan y agravan el cuerpo y el alma».
[145] Lo mismo, Escalígero, *Exerc.*, 269.
[146] [Ficino], lib. 1, cap. 7.
[147] [Marsilius Cognatus], *De sanit. tuend.,* lib. 1.
[148] Cf. Joannes Baptista Montano, y Petrus Godefridum, *Amorum,* lib. 2, cap. 6. «Hay que ser cuidadoso con estas cosas, y definir, pues, el número según las leyes del Talmud, y saber asignar a cada uno su momento».
[149] Ver Lampridium, *Vit. ejus,* 4.
[150] Personaje ficticio que se utilizaba como representación de un gran mujeriego. [N. de la T.].
[151] Cf. Antonius Mizaldus, cent. 8. 11; Levinus Lemnius, lib. 2, cap. 16; Catulo, *A Ipsitila,* y Ovidio, *Elegías,* lib. 3 y 6. «Tantos caminos como hayas recorrido en una sola noche, así tantas coronas darás a los dioses de las juergas, a saber Trifalo, Marsias, Hermes y Príapo. Ciñamos tu pene con coronas».
[152] Gaspar Barthius, *Pornoboscodides.*
[153] Nicolás de Lynna, citado por Mercator en su mapa.
[154] Monte Sloto. Algunos le llaman el monte más alto del mundo, cerca de Tenerife, en las Canarias (lat. 81 grados).
[155] [Mark Ridley], cap. 26 en su *Treatise of magneticke bodies* (*Tratado de los cuerpos magnéticos*).
[156] [Nicholas Cabeus], lib. 1, caps. 23 y 24, *De magnetica philosophia,* lib. 3, cap.4.
[157] 1612.
[158] Henry Briggs hizo su mapa, y Fox el del Noroeste. [También el médico y gran escritor Thomas Browne (1605-1682) se preocupaba de los ataques de melancolía al aconsejar a su hijo que viajase. Los ingleses de la época llegaron a creer que era una enfermedad nacional. (N. de los Ed.)].
[159] [Matteo Ricci], *De nob. civitat.,* lib. 2, cap. 64, «Quinsay», y cap. 10, «Cambalú».
[160] Marco Polo, lib. 2, cap. 30. Su *Libro de las maravillas,* o *Il milione,* se tradujo al castellano en 1503 y 1520; circulaba en latín desde 1485. [N. de los Ed.].
[161] Francisco Álvarez y otros.
[162] Latitud 10 grados Sur.
[163] Pedro Fernández de Quiroga, año 1612.
[164] Lucinia era el país imaginario que aparecía en el *Euphormionis Satyricos* de John Barclay, una sátira sobre los jesuitas. [N. de la T.].
[165] Marco Polo, lib. 3, cap. 40.

[166] [Adricomius], *Descript. terrae Sanctae* (*Descripción de la Tierra Santa*).
[167] [Heródoto], lib 2.
[168] [Séneca], *Cuestiones naturales,* lib. 4, cap. 2.
[169] [Pigafetta], *Lib. de reg. Congo.*
[170] [Escalígero], *Exercit.*, 47.
[171] Los vientos que cambian o soplan en épocas determinadas del año. [N. de la T.].
[172] Ver Nathanael Carpenter, *Geography,* lib. 2, cap. 6, y Bernardino Telesio, *Lib. de mari.*
[173] [Escalígero], *De subtilitate ad Hieronymum Cardanum Exotericarum exercitationum libri XV,* París, 1557, Exercit. 52: «Las causas del movimiento del mar deben ser investigadas: primero, el movimiento alternativo de ir y venir; segundo, la variedad de movimiento; tercero, la velocidad; cuarto, la interrupción; quinto, la falta de movimiento; sexto, los movimientos contrapuestos».
[174] [Blancanus], *Lib. de explicatione locorum Mathemat. Aristot.*
[175] Laet, *Descrip. occid. Ind.,* lib. 17, cap. 18. [*Descripción de las Indias occidentales*].
[176] Atritius decía que cincuenta y dos millas de altura.
[177] George Werner.
[178] Boissard, *De magis,* cap. «De Pilapiis».
[179] Julio Belio, *Hermes Polit.*, lib. 1.
[180] [Herbastein], *Muscovit. comment.*
[181] [Olaus Magnus].
[182] [Pedro Mártir de Anglería]. [Cronista del *nuebo orbe,* 1427-1526].
[183] [Münster], *Cosmografía Universal.* La obra del cosmógrafo alemán (1489-1552) apareció en Basilea en 1544. Sus ideas sobre los cambios terrestres fueron novedosas y muy difundidas [N. de los Ed.].
[184] [Herbastein], *Commentar. Muscov.*
[185] [Hector Boethius], *Hist. scot.,* lib 1.
[186] Vertomannus, lib. 5, cap. 16, mencionaba un árbol que llevaba frutos para comer, madera para quemar, corteza para hacer cuerdas, vino y agua para beber, aceite y azúcar, y hojas como tejas para cubrir las casas, flores para hacer ropas, etc.
[187] Se refiere seguramente a los «cocuyos» que cita Bartolomé de las Casas, en el *Diario de Colón,* luciérnagas grandes con cuya luz se podía leer. [N. de la T.].
[188] [Münster], *Cosmog.,* lib. 3, cap. 435 y lib. 4, cap. 1.
[189] Ver Pererium, *Gen. Cor.:* «a Lapide», y otros.
[190] En *Necyomantia,* tom. 2.
[191] Aristóteles, *Lib. de locis mathemat.*
[192] O plana, como sostiene Patritius, o como mantienen Agustín, Lactancio y algunos otros desde antiguo, redonda como un plato de trinchar.
[193] [Paracelso], *Lib. de zilphis et pigmeis.* Ellos penetran la tierra como nosotros hacemos con el aire.
[194] [Plinio], lib. 2, cap. 112.
[195] [Surius], *Commentar. ad annum 1537.*
[196] [Kornmanus, Camerario, Bradenbachius].
[197] [Gerbelius], *Descrip. Graec.*, lib. 6, «De Pelop.».
[198] Conclave Ignatii.
[199] Ver Dr. Raynolds, prelect. 55, en *Apoca.*
[200] Como vienen del mar, así regresan nuevamente al mar por pasajes secretos, semejante totalmente a como el Mar Caspio se desagua en el Euxino o en el océano.
[201] Séneca, *Cuestiones naturales,* lib. 31 caps. 4 a 12, «causa de las aguas permanentes».
[202] Thomas Ravennas, *Lib. de vit. hom. praerog.,* cap. último.
[203] «En Quito, Perú, hay más oro que tierra excavada, en las minas de oro». Girava.
[204] Ortelio, en *Theatrum orbis terrarum,* «Africa».
[205] [Magini], latitud del Danubio, 45 grados.
[206] Quivira, lat. 40. [Esta, famosa entonces, Quivira fue una ciudad mítica, rica en oro, abundante en agua y pesca, que se situaba en el estado de Kansas. Núñez Cabeza de Vaca la notificó en 1536 y muchos exploradores la buscaron desde entonces. Figuró en relaciones planos y mapas hasta el siglo XVII; y López de Gómara la dedica un capítulo, señalando que está a «cuarenta grados», en su *Historia general de las Indias.* N. de los Ed.].
[207] En el viaje de Sir Francis Drake.
[208] Aries y Cáncer eran las puertas del sol. [N. de la T.].
[209] *Dodecatemoria,* la duodécima parte de un círculo o signo del zodíaco. [N. de la T.].
[210] Lisboa, lat. 38.
[211] Danzig, lat. 54.
[212] [José de Acosta], *De nat. novi orbis,* lib. 1, cap. 9. Obra traducida y refundida en su *Historia natural y moral de las Indias,* de 1590 [N. de los Ed.].
[213] La misma variedad de clima observa *Lod. Guicciardine,* entre Lieja y Aix [Aachen], no muy distantes, en *Descript. Belg.*
[214] [Tácito], *Hist.,* lib. 5.
[215] [José de Acosta], lib. 11, cap. 7.
[216] [José de Acosta], lib. 2, cap. 9.
[217] Juvenal.
[218] Vertomarnus, *Nov.,* lib. 1, cap. 5.
[219] Estrabón.
[220] Como en muchas partes bajo el Ecuador, llueve aquí en momentos establecidos y sopla el viento, al que llaman Brisa, en determinado tiempo.
[221] Hernán Cortés, lib. *Novus orbis inscript.* Las *Cartas de relación* se divulgaron en

latín, italiano, francés, alemán y flamenco por todo el siglo XVI. Las ediciones castellanas fueron prohibidas desde 1527, y sólo se recuperan en 1749. [N. de los Ed.].

222 «Graniza como una lapidación», Livy.

223 [Münster], *Cosmog.*, lib. 4, cap. 22.

224 [Baracellus], *Hort. genial.*

225 [Cornelius Gemma], *Cosmoc.*, cap. 6.

226 Cardano decía que los vapores se elevaban a 288 millas por encima de la Tierra, y Eratóstenes que a 48 millas.

227 [Cardano], *De subtil.*, lib. 2.

228 [Tycho Brahe], *Astronomiae instaurate progymnasmata.*

229 [Jean Pena], *Praefat. ad Euclid. Catop.*

230 «Manucodiatae», pájaros que viven continuamente en el aire, y a los que nunca se ve en la tierra más que cuando están muertos. Ver Ulisse Aldrovandi, *Ornithol.*, y Escalígero, *Exerc.*, cap. 229.

231 Johannes de Laet, *Americae descriptio.*

232 [Tycho Brahe], *In progymnas.*, lib. 2, ejemplo quince.

233 [Helisaeus Roeslin], *Theoria nova caelestium meteoron*, 1578.

234 [Kepler], *Epit. Astron.*, lib. 4.

235 Tycho Brahe, *Astr. epist.*, pág. 107. «Sencillamente muchas cosas absurdas se siguen de aquí, si no refutan una cosa tal como los cometas observados en el espacio, que no siguen el trazado de órbita alguna».

236 [Magini], en *Theoricis planetarum.* Tres por encima del firmamento, que todo hombre inteligente rechaza.

237 Cada uno de los dos círculos de declinación que cortan la eclíptica en los puntos equinocciales y solsticiales, respectivamente. [N. de la T.].

238 [H. Roeslin], *Theoria nova caelestium meteoron.*

239 [Blancanus], *Lib. de fabrica mundi.*

240 [H. Roeslin], *Lib. de cometis.*

241 «Hay que tener en cuenta una cruz y una nubecilla hacia el Polo Sur, como cuenta Patricio en Corsalio». Francesco Patrizi (1529-1597), formado en las Universidades de Padua, en Ingolstadt y Venecia, publicó, entre otras obras, *Nova de universis philosophia*, 1587. [N. de la T.].

242 Pequeño cambio hacia el W en la pendiente en la cual la Tierra gira diariamente, que hace que el momento del año en el cual el día y la noche tienen exactamente doce horas cada uno, sea un poquito más temprano cada año. [N. de la T.].

243 Gilbert, Origanus.

244 Ver la discusión sobre esto en la historia de Sir Walter Raleigh, en *Zanch. ad Casman.*

245 Ver Liberto Fromundo, *De meteoris*, lib. 5, artic. 5, y Phillip Lansberg.

246 Ver la *Geogr.*, de Nathanael Carpenter, cap. 4, lib. 1.; Campanella, y Origanus, *Praef. Epher.*

247 [Calcagninus], *Peculiari libello.*

248 [Lansberg], *Comment: in motum terrae*, 4, Middleberg, 1630.

249 [Gilbert], *De magnete.*

250 Distancia, tres grados y medio del Polo.

251 [Origanus], *Praef. Ephem.*

252 Que puede estar lleno de Planetas, quizás invisibles para nosotros como los que están alrededor de Júpiter, etc.

253 Kepler, *Conversación con el mensajero sideral*, fol 29: «Como la Luna es un planeta que da vueltas alrededor de la Tierra, se concluye que en la Luna hay seres vivientes; y como a cada uno de las esferas de los planetas siguen sus satélites, de tal reflexión sobre los habitantes de los planetas sacamos esa conclusión con muchísima probabilidad por lo que vio Tycho Brahe, a partir de la consideración de la inmensidad de los planetas».

254 Kepler, fol. 26: «No puedo abstenerme de, a partir de tus descubrimientos, recordar esto mismo, que no sólo en Júpiter, sino en los restantes planetas hay habitantes». «Si no hubiera habitantes en la esfera de Júpiter, que observan con sus ojos esta variedad, ¿de qué les serviría que aquellos 4 planetas dieran vueltas en torno a Júpiter?».

255 Algunas de las que están alrededor de Júpiter las he visto yo mismo con ayuda de un anteojo de ocho pies de largo.

256 [Gulielmus Nubrigensis], *Rerum Anglic.*, lib. 1, cap. 27, «De viridibus pueris».

257 [Eusebio], *Libro cont. philos.*, cap. 29.

258 Kepler, *Conversación*, fol. 2: «Lo que impide que creamos desde estos comienzos que hay otros muchos mundos por descubrir, o, (como dice Demócrito), infinitos».

259 Leed el *Sueño*, de Kepler, edición de 1635.

260 Kepler, fol. 29: «Entonces preguntas si hay en el cielo muchas esferas semejantes a nuestra Tierra y si competiremos con ellas sobre quién tendrá la mejor región del mundo. Si las esferas de ellos son más insignes y nosotros no somos los más insignes de las criaturas racionales, ¿de qué modo somos nosotros dueños de las obras de Dios?».

261 [Campanella], *De sensu rerum*, Francfort, en cuarto, 1620. Ibid., en cuarto, 1622.

262 [M. Mersenne], Pref. a *Comment. in Genesin.*: «De este modo aconsejaron a los teólogos apoyarse en la más grande ignorancia, no querer admitir las verdaderas ciencias, ejercer la tiranía de tal modo que les entretienen con falsos dogmas, supersticiones y con la religión católica».

263 [Grossius], *Theat. Biblico.*

[264] Año 1616.
[265] [H. Roeslin], en *De mundo hypotheses,* edición de 1597.
[266] [J. Langsberg], Lyon, 1633.
[267] Johannes Fabrizi, *De maculis in Sole,* Witeb., 1611.
[268] [Tarde], *Burboniis syderibus.*
[269] [Tarde], *Lib. de Burboniis syd.*
[270] Bracciani, fol. 1630, lib. 4, cap. 52, 55, 59, etc.
[271] En Lyon, año 1612.
[272] [Luciano de Samosata].
[273] «Tu fe es hercúlea», *Satyra Menippea,* edición de 1608.
[274] «Sardi venales», *Satyr. Menip.,* año 1612.
[275] Así comienza Ericio Puteanus su Comus, o en un sueño como en la *Sátira de Lipsio.*
[276] Joannes Trithemius, *De septem secundeis.* Amigo y profesor de Agrippa, Tritemio se interesó por la magia aplicada, con especulaciones angélicas. Este libro, impreso en 1567, fue anotado por Burton [N. de los Ed.].
[277] Han traído el alma de Trajano del infierno, y canonizado santos de los que hacen una lista.
[278] En *Minutius.*
[279] [Simón el Mago], lib. 3, «recog. Pet.», cap. 3. Pedro responde con el símil de la cáscara de huevo, que se forma cuidadosamente pero se rompe por necesidad; así es el mundo, etc., para que el estado excelente del cielo pueda manifestarse.
[280] [Escalígero], *Exercit.,* 184.
[281] Laet, *Descrip. Occid. Indiae.*
[282] [Samuel Daniel], *Principio historiae.*
[283] León el Africano, Magini, etc.
[284] [Boecio], *Scot. hist.,* lib. 1.
[285] [Cardano], *De rer. var.,* lib. 1.
[286] Horacio.
[287] Zona de Marjales en Inglaterra. [N. de la T.].
[288] [Jenofonte], *Ciropedia.,* lib. 8. «Así siempre tenían primavera».
[289] El aire es tan claro que nunca engendra plagas.
[290] Leander Albertus, en *Campania,* y Plutarco, *Vida de Lúculo.*
[291] Godwin, *Vita Jo. Voysyer Harman.*
[292] [Jovio], *Descript. Brit.* El historiador Jovio (1483-1552) viajó por toda Europa. Su último libro, *Historias de su tiempo,* es un relato de su presente que se tradujo con éxito al castellano en 1563. Tuvo una difusión extraordinaria [N. de los Ed.].
[293] En Oxfordshire.
[294] Leander Albertus.
[295] [Thomas Philol. Ravennas], *De vit. hom. prorog.,* cap. 21.
[296] La posesión de Robert Bradshaw, Esq. [*Esquire*, caballero de rango menor a *Knight.* N. de los Ed.].
[297] De George Purefey, Esq.
[298] La posesión de William Purefey, Esq.
[299] El lar de Sir John Reppington, Knight.
[300] Sir Henry Goodieres, ya muerto.
[301] La casa residencia de Humprey Adderly, Esq.
[302] Sir John Harpars, ya muerto.
[303] Sir George Greselies, Knight.
[304] [Catón], lib. 1, cap. 2.
[305] Posesión de George Purefey, Esquire.
[306] Porque ahora soy Titular de esa Rectoría, presentado por mi legítimo y honorable Patrono, Lord Berkly.
[307] Sir Francis Willoughbye.
[308] La morada de Sir Thomas Burdet, caballero Baronet.
[309] [Carew], en su *Survay of Cornwall,* 2 libros.
[310] Por John Bamcroft, Dr. En Teología, mi *quondam tutor* en Christchurch, Oxon, ahora el legítimo Reverendo Señor Obispo de Oxon, que construyó esa casa para él y sus sucesores.
[311] [Catón], en *Orco habitat.,* lib. l, cap. 2.
[312] [Crato], *Consil.,* 21, lib. 2.
[313] [Levinus Lemnio], *De natura ventorum;* y ver Plinio, lib. 2, cap. 26, 27, 28, y Estrabón, lib. 7, etc.
[314] Fynes Morrison, part. 1, cap. 4. El gran viajero, observador de costumbres, climas y personajes de Europa, Moryson o Morrison, escribió *An Itinerary* en latín, que tradujo al inglés en 1617. Murió en 1629, y por su equilibrio e inteligencia ha sido comparado con Montaigne [N. de los Ed.].
[315] Altomari, cap. 7; Walter Bruele: «Aire claro, bienoliente, húmedo»; lo mismo dicen Montalto, cap. 26, y Du Laurens, cap. 8.
[316] [Bessardus Bisantinus], *Ant. philos.,* cap. «De melanc.».
[317] [Guianerius], *Tract.,* 15, cap. 9.
[318] Du Laurens, cap. 8.
[319] [León el Africano], *De morb. Afrorum,* lib. 1, cap.
[320] [Lipsio], *De peregrinat.*
[321] [Séneca], *Epist.,* 86.
[322] [Cicerón], *De legibus,* lib. 2.
[323] [Livy], lib. 45.
[324] Keckerman, *Praefat. polit.*
[325] Fynes Morrison, cap. 3, part. 1.
[326] En Cataluña, en España.
[327] Hay muchas ciudades con este nombre, decía Adricomius, todas situadas en lo alto.
[328] Que últimamente ha renunciado por algunas razones especiales.
[329] En Lindley, en Leicestershire, la posesión y morada de Ralfe Burton, Esquire, mi ya difunto padre. [Es la que se representa en el

grabado de este tomo de nuestra trad. esp., al lado de la pordada (N. de los Ed.)].

330 [Barclay], en *Icon animorum.*

331 [Cayo Flavio Valerio Constantino (274-337), según Leontius]: «Las ovejas enfermas deben ser transportadas a otro lugar para que tomen otro aire y otro agua; así crecen y se fortalecen».

332 [Jenofonte], *Recuerdos de Sócrates,* lib. 3.

333 Amasis impulsaba a todos los hombres a que dijeran, una vez al año, cómo vivían.

334 Sands, fol. 73 de su viaje a Jerusalén.

335 Perkins, *Cases of conscience,* lib. 3, cap. 4, c. 3.

336 [Rhazes], cont. 1, tract. 9.

337 [Galeno], *De san. tuend.,* lib. 1.

338 [Calano], lib. *De atra bile.*

339 Valescus de Taranta, lib 1, cap. 7.

340 Salustio Salvianus, *De re med.,* lib. 2, cap. 1.

341 Camden en Staffordshire.

342 Fridevallius, lib. 1, cap. 2.

343 Joseph Quercetan, *Diatet. polih.,* sec. 2, cap. 11.

344 G. J. Escalígero, *Comment.* en *Cir.,* en fol. 344. Henricus Salmuth, *23 de Nov. repert. com.,* citado por Guido Panciroli.

345 Demetrio de Constantinopla, *De re accipitraria,* reedición latina de P. Gillio. Aelius, *Epístola del águila de Símaco.*

346 Lonicerus, Geffreus, Jovio.

347 Sir Anthony Sherlie, *Relationes.*

348 Hackluyt.

349 Fynes Morrison, Part 3, cap. 8.

350 [J. Dubravius].

351 [Areteo], cap. 7.

352 Fracastoro.

353 [Duns Escoto], *Itinerar. Ital.*

354 Petrus Gillius. Paul Hentzner, *Itinerar. Italiae,* 1617. Jodocus Sincerus, *Itinerar. Gallie,* 1617, Symp. lib. 1, quest. 4.

355 Diodoro Sículo, lib. 2.

356 [Eliano], *Historia de los animales,* lib. 13, cap. 13.

357 Lucano.

358 Ubi omnia cantu strepunt.

359 *Odisea,* δ.

360 Lucano, lib. 8.

361 Barletius, lib. 5.

362 *Ilíada,* 10.

363 Entre Ardes y Guines, 1519.

364 Swertius, en *Delitiis,* fol. 487.

365 Quos antea audivi, inquit, hodie vidi eos.

366 [Flavio Josefo], *Guerra judía,* lib. 6, cap. 14. Se tradujo al castellano en 1549 [N. de los Ed.].

367 Laet, *Amer. descript.,* lib. 10.

368 Romulus Amaseus, *Praefat. Pausan.*

369 Giovanni Botero, *Polit.,* lib. 3, cap. 1. Los libros de Botero sobre los reinos del mundo se tradujeron a menudo al inglés, especialmente a principios del siglo XVII. Contrarreformista, Botero se opone a Maquiavelo y defiende una razón de Estado en armonía con la razón moral. [N. de los Ed.].

370 Ver *Athenaeus dipnoso.*

371 Rosinus, 5. 12. «Juegos votivos, sacros, por diversión Megalenses, Cereales, Florales, Marciales, etc.».

372 Ver Lipsio, *Amphitheatrum.* Rosinus, lib. 5. Meursius, *De ludis graecorum.*

373 Mil quinientos hombres de una vez, tigres, leones, elefantes, caballos, perros, osos, etc.

374 [Meteran], lib. últ., y lib. 1 al final.

375 [Neander], *Orbis terrae descript.,* part. 3.

376 El Emperador Severo Alejandro.

377 [Plinio], *Epist.,* lib. 8. Ruffino.

378 [Julio César], lib. 4.

379 Juvenal.

380 [Jovio], *Vitae ejus,* lib. últ. Estas *Vidas,* relativas a figuras de su tiempo, incluyendo las españolas como Gonzalo de Córdoba (cf. nota 574), aparecieron en 1549 [N. de los Ed.].

381 [Lemnio], *Institut.* cap. 44.

382 [Lambertus Daneus].

383 Ver más sobre este juego en Daniel Souters Palamedes, *De variis ludis,* lib. 3.

384 Según mi señor Sir John Hayward.

385 [Herbastein], *Muscovit. commentarium.*

386 [León el Africano], *De Africa,* lib. 3.

387 [Bohemus], *De mor. gent.*

388 Idem Juan de Salisbury.

389 [Tácito], *Hist.,* lib. 1.

390 [Thomas Moro], *Utopía,* cap. «De los oficios». [Libro II, acerca de la mejor organización del Estado. N. de los Ed.].

391 Luis Vives, epíst. a Francisco, duque de Béjar.

392 [Chrysostome], Orat. 12.

393 [Vives], *De anima,* 3.

394 *Ilíada,* 19.

395 [Boissard], *Topogr. rom.,* part. 1.

396 [Plutarco]: «Es costumbre leer en los banquetes algo de tema heroico».

397 Melanchthon, sobre Heliodoro.

398 En los viajes la gente avanza y va mirando hacia adelante, pero un historiador es el único que mira todo lo que hay a su alrededor, viendo cosas pasadas, etc. y tiene un horizonte completo como Jano Bifronte.

399 Cardano.

400 Luis Mercado, *Hondius praefat.*

401 [Luis Mercado], *Atlas Geog.*

402 Cardano.

403 [Plutarco], *Lib. de cupid. divitiarum.*

404 Leonard Digges, prefacio a *Perpet. prognost.*

405 [Cardano], *Hyperchen.,* divis. 3.

[406] Cardano, prefacio a *Rerum variet.*
[407] [Escalígero], *Poetices.*
[408] [Escalígero], lib. 3. Oda 9.
[409] [Gerbelius], *De Pellopones.*, lib. 6, «descrip. Graec.».
[410] Isaac Wake, *Musae regnantes.*
[411] [Heinsius], *Epist. Primerio.*
[412] [Erasmo], *Chil.* 2, cent. 1, adag. 1.
[413] Virgilio, *Egloga*, 1.
[414] Fundador de nuestra biblioteca pública de Oxford.
[415] Nuestros compañeros en Christchurch, Oxford.
[416] [Hyperius]. Del *Methodi theologiae* de Andres Hyperius, publicado en 1574, y que tenía, anotado, Burton en su biblioteca. [N. de los Ed.].
[417] [San Agustín], Ser. 88, *Ad fratres Erem.*
[418] Nepente/s, remedio que gozaba de gran reputación entre los antiguos [N. de la T.].
[419] [Crisóstomo], *Hom. 4*, «De poenitentia».
[420] [Cardano], *De rer. var.*, cap. 96, lib. 17.
[421] Bodin, *Prefacio al Meth. hist.*
[422] [Camerario], *Operum suncis.*, cap. 15.
[423] Horacio.
[424] [Séneca]. Dice lo mismo en latín, pero que se encuentra en la cumbre del monte Olimpo. [N. de la T.]: «Hay que reconocer que me parece estar colocado en la cima del Olimpo por encima de las cosas humanas».
[425] [San Agustín], *In psalmum*, 36.
[426] [Gregorio], en *Moral. Speculum.*
[427] Homero, 28.
[428] [Clavio], en *Definit.*, 2, elem. 2.
[429] Contenía 1.380.000 de peso en cobre.
[430] Cinco pies cuadrados. [N. de la T.].
[431] Ver Sacrobosco, *Comm.*, en Clavio.
[432] [R. Bacon], cap. 4 y 5.
[433] William Godwin, *Lives of the Necromancers.* Aquí puede encontrarse la historia del hombre de cobre creado por Albertus. [Seguramente el autómata del s. XIII, atribuido a Alberto Magno. N. de los Ed.].
[434] Impreso en Londres, año 1620.
[435] [E. Gunter]. Antiguo Lector de Astronomía en el Gresham College.
[436] [Regiomontano]. Impreso en Londres por William Jones, 1623.
[437] [Garceus], Prefacio al *Meth. astrol.*
[438] Chalonerus, *De rep. angl*, lib. 9.
[439] [Plutarco], *De sanitate tuenda*, tomo 1.
[440] [Plutarco].
[441] Altomari, cap. 7, y Piso.
[442] Ovidio.
[443] Dicho en los *Aforismos* de Hipócrates.
[444] Crato, *Cons.*, 21, lib. 2
[445] Ficino, lib. l, cap. 24.
[446] Juvenal, *Sátiras*, 3.ª
[447] Horacio, *Ser.*, lib. y *Sat.* 5.
[448] Ovidio.
[449] Antigua bebida hecha con leche caliente y vino o cerveza. [N. de la T.].
[450] Que el vinagre es conveniente para el bazo.
[451] [Rhazes], *Cont.* 1, trat. 9, meditandum de aceto.
[452] Sección V, Miembro I, Subsección VI.
[453] [Ranzovius], lib. *De sanit. tuenda.*
[454] En *El sueño de Escipión.*
[455] Aristeas, *Historia.*
[456] [Vives], lib. 3, «De causis corr. art.».
[457] [Filóstrato], *Icon.*, lib. l.
[458] [Burton], *Anatomía*, sección 5, miembro 1, subsección 6.
[459] [Platón], *Cármides.*
[460] [Montalto], *De mel.*, cap. 26.
[461] [Lemnio], lib. 2, cap. 16, *De occult. nat.*
[462] [Cicerón], *Tusculanas*, 3, «A Apolonio».
[463] Fracastoro.
[464] Del *Régimen Salernitano de Salud.* [N. de la T.].
[465] [Bacon], Epístola *De secretis artis et naturae*, cap. 7: «de retard. sen.».
[466] Lemnio, *Dei verbo, ejusque fiducia te suffulcias*, etc., lib. 1, cap. 16.
[467] [Séneca], lib. 2, *De ira.*
[468] [Melanchthon], *De affectibus animae*, cap. 3.
[469] Virgilio, *Geórgicas*, 3.
[470] Ovidio, *Tristes*, lib. 5.
[471] Aristóteles, *Ética*, lib. 9.
[472] Camerario, *Emblemas*, 26, cent. 2.
[473] [Plutarco], *Banquete*, lib. 6, cap. 10.
[474] [Isidoro], *Epístola 8*, lib. 3.
[475] En el original, en griego. La nota incluye la traducción de la misma frase en latín.
[476] [Camerario], *Emblemas*, 54, cant. 1.
[477] Como David hizo con Jonathan, 1. Sam 20.
[478] Séneca, ep. 67.
[479] Ovidio.
[480] [Cicerón], *De la amistad.*
[481] [Séneca], *De la tranquilidad de ánimo*, cap. 7.
[482] [Filippus Comineus], *Commentar.*, lib. 7.
[483] [Cicerón], *Cartas a su hermano Quinto.*
[484] [Hipócrates], primer aforismo.
[485] [Séneca], *Epístolas*, 10.
[486] Piso.
[487] [Trajano], lib. 1, cap. 16.
[488] Galateo, *De mor.*, cap. 7.
[489] [Séneca], *De la tranquilidad de ánimo.*
[490] Crato, *Consil.* 184.
[491] [Galeno], *De sanitate tuenda*, lib. 1.
[492] [Plutarco], *Consolación a Apolonio.*
[493] [Cicerón], *Epist.*, lib. 12.
[494] [Cicerón], *Sobre la naturaleza de los dioses.*

[495] [Terencio], *Heautontimorumenos* (*El atormentador de sí mismo*), act. 1, esc. 1.
[496] [Trincavelli], lib.1, consil. 12.
[497] [Altomari], cap. 7; idem Piso, y Du Laurens, cap. 4.
[498] [Cristóbal de Vega], lib. 3, cap. 14.
[499] [Platter], cap. 3.
[500] [Plinio], lib. 7, cap. 50.
[501] [Laurens], *De mel.,* cap 8.
[502] [Forest].
[503] Serres, *Crónicas francesas,* 1550.
[504] [Leonardo Jacchinus], en Rhazes, 9.
[505] [Jason Pratis], cap. «De Mania».
[506] Baltasar del Castillo, *De aulic.,* lib. 1, fol 72.
[507] [Censorinus], *Lib. de Natali.,* cap. 12.
[508] [Filóstrato].
[509] Mister Richard Carew de Anthony, en su *Description of Cornwall,* hablaba de unas ballenas que vendrían a la costa, donde se mostrarían bailando al son de la trompeta; fol. 35, 1, y fol. 154, 2, libro 2.
[510] [Filóstrato], lib. 5, cap. 7.
[511] Natalis Comes, *Myth.* lib. 4, cap. 12.
[512] [Bodin], *De república,* lib. 5.
[513] Cardano, *De subtilitate,* lib. 13, «Licores y fiestas».
[514] [Homero], *Ilíada,* 1.
[515] [Livio], lib. 9, cap. 1.
[516] [Platón], *Leyes,* 3.
[517] [Plutarco], *Banquete,* cuest. 5.
[518] [Vives], *De anima,* lib 3.
[519] [Bernardino Gómez de Miedes].
[520] [Galateo], *De mor.,* fol. 57.
[521] [Magninus], *Regim. sanit.,* part. 2.
[522] [Plinio], lib. 21, cap. 27.
[523] [Joannes Spondanus], Comentario sobre la *Odisea,* 4.
[524] [Lodovicus Caelius Rhodoginus], lib. 26, cap. 15.
[525] [Mesué], *De aegritud. capitis.*
[526] Piso; y Altomari, cap. 7.
[527] [Pierre de la Seine], *De avocamentis,* par. 5, lib. «De absolvendo luctu».
[528] [Ateneo], *Dypnosop.,* lib. 10.
[529] [Stobeo], Sermón 63.
[530] [Rodrigo de Fonseca], tom. 2, cons. 85.
[531] [Cicerón], *Epist.,* fam. lib. 7, epist. 22.
[532] Valerio Máximo, cap. 8, lib 8.
[533] Horacio.
[534] [Juan de Salisbury], *De nugis curial.,* lib. 1, cap. 4.
[535] Hay un tiempo para todas las cosas, para llorar, reír, lamentarse, bailar, dice el *Eclesiastés* en 3, 4.
[536] Sir John Harrington, epig. 50.
[537] Lilio Giraldi, *Hist. deor.,* syntag. 1.
[538] [Apuleyo], *El asno de oro,* lib. 2.
[539] Según un epigrama de Celio Calcagino.
[540] [Suetonio], cap. 61.
[541] [Ctesias], en Ateneo, lib. 12 y 14.
[542] [Giraldi], *Syntag.,* «De Musis».
[543] Jovio, *Historias,* lib. 18.
[544] Horacio.
[545] Ficino era ambas cosas, sacerdote y médico.
[546] Joannes Leocheus, *Anacreon.*
[547] Luciano, *Necromancia,* tom. 2. Es el rápido viaje de Menipo, el cínico, al mundo subterráneo [N. de los Ed.].
[548] [Próspero Calano], lib. *De atra bile.*
[549] [Montano], *Consil.,* 30.
[550] Ateneo, *Dypnosop.,* lib. 1.
[551] Juvenal, *Sátiras,* 8.
[552] Horacio.
[553] Frossard, *Hist.,* lib. 1.
[554] Horacio.
[555] [Cardano], *Mi vida.*
[556] Salustio.
[557] Job 16, 2.
[558] [Plinio Segundo], *Epist.,* 13, lib. 1.
[559] Horacio.
[560] [Montaigne], *Ensayos,* lib. 2 , cap. 6.
[561] Cardano.
[562] Boecio, lib. 1, met. 5.
[563] Apuleyo, *Florida,* 4.
[564] [Cardano].
[565] Puteano, *Ep.,* 75.
[566] [Gaspar Lorchano Gallobélgico], lib. 3 , año 1598, Bélgica.
[567] [Cicerón], en *Tusculanas,* «Un viejo Poeta».
[568] Cardano, *De consolatione,* lib. 1.
[569] Séneca.
[570] Virgilio.
[571] Ovidio.
[572] Lorchano.
[573] Dionisio de Halicarnaso, lib. 8.
[574] [Jovio], *Vit. Gonsalvi.,* lib. último.
[575] Lipsio, *Cent. misc.,* ep. 8.
[576] Horacio, lib. 1, Sat. 1.
[577] Cardano, *De consolatione,* lib. 3; Plutarco, *Consolación a Apolonio.*
[578] Boecio, *Consolación de la filosofía,* lib. 2 , prosa 4.
[579] Hesíodo, *Los trabajos,* 1.
[580] Esopo, *Fábulas.*
[581] Séneca.
[582] Cardano.
[583] Séneca, *De ira.*
[584] Platón, y Axíoco.
[585] [S. Jerónimo].
[586] [San Agustín], *Confesiones,* 6.
[587] Séneca, *Hércules loco.*
[588] Boecio.
[589] Boecio, prosa última.
[590] [Séneca], *De la providencia.*
[591] 1. Pet 5. 7, Salm 55. 22.
[592] [Cicerón], lib. 5.
[593] [Platón], *Banquete,* lib. 25: «La vista

del entendimiento, ten por cierto, empieza a ver agudamente cuando la de los ojos comienza a perder su fuerza», 219a. [N. de los Ed.].

[594] Macrobio.

[595] Suetonio, cap. 79.

[596] [Diodoro Sículo], lib. 1.

[597] Alexander Gaguin, *Hist. Polandiae.*

[598] Ovidio.

[599] Virgilio, *Eneida,* 10. [N. de la T.: Madrid, Aguilar, 1952, p. 425].

[600] Petrarca.

[601] [Plinio], lib. 7.

[602] Plinio, *Epist.* 7.

[603] Nathan Chytraeus, *Europ. delitiis.*

[604] Séneca.

[605] Cicerón, *Fam. epist.*, lib 7.

[606] Anilio Manilio Boecio, lib. 2, pros. 4.

[607] [Heinrich Cornelius] Agrippa von Nettesheim, *De vanit. sci.* [*De incertitudine et vanitate scientiarum, o Acerca del dudoso saber y la vanidad de las ciencias*, 1527. N. de la T.].

[608] [Varrón], *Satirae Manippeae.*

[609] [Maquiavelo], *Florent. hist.,* lib. 3.

[610] Juvenal.

[611] [N. de la T.: «Dentro de los cuatro mares» quería decir bajo jurisdicción inglesa, en cuya ley se presuponía la legitimidad de todo niño nacido de mujer casada].

[612] Gaspar Ens, *Thesauro polit.*

[613] [Joannes Jacobus], Grasser, *Itinerar.,* fol. 266.

[614] Horacio.

[615] [Joannes Nevisanus], *Syl. nup.,* lib. 4, num. 111.

[616] *Ibidem*

[617] Exod 32, 6.

[618] Agustín, *Serm.,* 24.

[619] El tonto lleva a mi Señor en la máscara, es lo apropiado.

[620] [Eneas Silvio], *De miser. curial.*

[621] [Pierre] Belon, *Observ.,* lib. 2.

[622] [N. de la T.: Hoy Dubrovnik. Fundada en 614 por fugitivos de Epidauro, se convirtió en centro de una república aristocrática independiente].

[623] Matteo Ricci, lib. 1, cap. 3.

[624] [Paolo Jovio], *Historiarum.,* lib. 1,

[625] Olao Magno, *Saxo Grammaticus,* lib. 18.

[626] Séneca, *Contro. Philos. epist.*

[627] [Cardano]: «Los bastardos son más fuertes de cuerpo y alma, en gran parte por la fuerza del amor y la densidad del semen».

[628] [Maquiavelo], *Vida de Castruccio.*

[629] [Escalígero], *Exercitatione*, 265.

[630] [Maquiavelo], *Flor. hist.,* lib 3.

[631] John Bale, *Epist. nuncupat.,* escrita en Britania en el siglo V.

[632] [Jovio], prefacio de *Hist.,* lib. 1.

[633] Quinto Curcio Rufo.

[634] Bodin, *De rep.,* lib. 3, cap. 8.

[635] [N. de la T.: Rey del Epiro, hizo asesinar a Pirro cuando regresó de Egipto].

[636] Eneas Silvio, lib. 2, cap. 29.

[637] «Si los hijos son orgullosos, altaneros, necios, manchan la nobleza de su linaje», Eccles 22, 8.

[638] [N. de la T.: Tersites, especie de bufón contrahecho y mal intencionado que aparece en el sitio de Troya, y a quien mató de un puñetazo Aquiles].

[639] «Enviadles a ambos desnudos a algún sitio extraño, a lo desconocido, como decía Aristipo y veréis la diferencia», Bacon, *Ensayos.* [XXII, «De la astucia». N. de los Ed.].

[640] John William Stuck, *Perip. mar. Euxini.*

[641] [N. de los Ed.: Ponto Euxino, el Mar Negro, del latín *Pontus Euxinus* y éste del griego *Pontos Euxeinos*: mar agitado, inhospitalario (*axeinos*) que, por ironía o antífrasis, se le llamó hospitalario, *euxeinos*].

[642] Sabino, en 6; Ovidio, *Metamorfosis,* fab. 4.

[643] [Levino Lemnio], *Complexionibus,* lib. 1, de 4.

[644] Horacio, *Epodos,* od. 2.

[645] [San Jerónimo], lib. 2, epist. 15.

[646] Claudian, *Eutrop.,* lib. 9.

[647] [Claudio Seselio], De *rep. gal.,* lib. 1.

[648] Rudolph Gualter, cap. 2.

[649] Apuleyo, *Florida,* lib. 4.

[650] Petrus Blesensis, Epist. 72 y 232.

[651] [San Bernardo]: «El pobre suda en el trabajo físico, el rico en el intelectual, éste les abre a la indolencia, aquél al eructo y al asco, que es peor que morir de hambre».

[652] [Cardano], *Hyperchen.*

[653] [Luciano], *El sueño o El Gallo,* 2.

[654] Séneca, *Ep.,* 103.

[655] Juvenal, *Sátiras,* 6.

[656] [Luciano], *Epístola a Saturno*.

[657] Séneca, *Hércules en el Eta.*

[658] Horacio, *Odas,* lib. II, 10.

[659] Horacio.

[660] [Teodoreto], *De curat. greac. affect.,* cap. 6, «De providentia».

[661] Horacio, *Odas,* lib. II, 9. [N. de la T.: lib. IV, oda 9.]

[662] Horacio, *Odas,* lib. II, 16. [N. de la T.: La traducción es de Burton. La traducción al castellano sería: «Pues ni las riquezas ni el licor consular, apartan los miserables tumultos del alma, ni las cuitas que vuelan en torno de los techos artesonados»].

[663] [Apuleyo], *Florida,* lib. 4.

[664] [Séneca], *Epístolas,* 115.

[665] Barnabas Brisonio.

[666] Cardano, *De rerum varietate,* lib. 8, cap. 46.

[667] [Filóstrato], *Epístolas.*

[668] Plinio, lib. 57, cap. 6.
[669] Johannes Zonaras, *Annal.*, 3.
[670] Plutarco, *Vida de Cleopatra.*
[671] Horacio, *Sátiras,* lib. I, 2.
[672] [Suetonio], cap. 30.
[673] [N. de la T.: Burton utiliza el término «Dives», que significa prototipo del rico, como se refleja en Lucas 16, 19].
[674] Salm 49, 15. «Dios librará su alma del poder de la sepultura».
[675] *Contempl. idiot.,* cap. 37.
[676] Boecio, *Consolación de la filosofía.,* lib. 3.
[677] Agustín, *In psalmus,* 76.
[678] Cardano.
[679] [Séneca], *Epíst.,* 74.
[680] [Macrobio], *Saturnales,* lib. 1, cap. 11.
[681] [Séneca], *Epístolas,* 66 y 90.
[682] [Alfonso V de Aragón, citado en] *Rebus gestis Alphonsi,* de [Antonio Beccadelli] Panormita.
[683] [Nevisano], lib. 4, n.º 218.
[684] [N. de la T.: Horacio, *Épodos,* II].
[685] Plinio.
[686] Poliziano, *Rustico.*
[687] Valerio Maximo: «Gyges, orgulloso de su reino de Lidia, envió a Apolo a informarse de si había algún mortal más feliz que él. Apolo le llevó a Agleo Arcado, un hombre probrísimo, que nunca había salido de los límites de su propiedad, feliz con su labranza».
[688] Horacio.
[689] Jenofonte, *Tyran.*
[690] [Plinio], Pref. lib. 7.
[691] [Séneca], *De ira,* cap. 31, lib. 3.
[692] Lipsio, *Admiranda.*
[693] Ahora con unos 90.000 habitantes.
[694] Se puede leer completamente la historia en John Fox, *Acts and Monuments.*
[695] Horacio, *Sátiras,* lib. 2, 2.
[696] *Ibidem.*
[697] [Maquiavelo], *Florent. hist.,* 5.
[698] Guicciardini, *Hiponest.*
[699] Persio.
[700] Horacio, *Epístolas,* lib. 1, 12.
[701] Séneca, *Epístolas,* 15.
[702] Maffeus y otros.
[703] Brisonio.
[704] Salmo 84.
[705] Aulo Gelio, lib. 7, 16.
[706] Eurípides, *Menalip.*
[707] Horacio.
[708] Lucano.
[709] Lipsio, *Miscell.,* ep. 40.
[710] [Horacio], *Sátiras,* lib. 2, 6.
[711] Horacio, *Sátiras,* 4.
[712] Apuleyo.
[713] Epicteto, cap. 77.
[714] Putt, ep. 62.
[715] Marullus.
[716] Horacio, *Sátiras,* lib. 2, 6.
[717] *Ibidem.*
[718] Jerónimo.
[719] Séneca, *Consil. albinum,* cap. 11.
[720] Proverbios 17, 1. [N. de la T.]
[721] Homilías 12.
[722] Nathan Chytraeus, *Delitiis Europae.*
[723] Cardano.
[724] Marcial, lib. 10, epig. 47. Léelo directamente tú mismo en el autor.
[725] Agustín, *Confesiones,* lib. 6.
[726] Horacio [*Sátiras,* lib. 1, 1].
[727] Horacio, *Epístolas,* lib 1.
[728] Cardano, *De rerum varietate*, lib. 8, cap. 40: «¡Oh!, si ahora me detuviera, dijo, cuántas cosas mías y cuán imperfectas permanecieron; pero si sobreviviera ocho o diez meses, reduciría todo a un as [moneda de plata muy pequeña], me desembarazaría de toda deuda y crédito. Pero mientras tanto, pasan ocho o diez meses, y así los años, y van quedando más cosas que antes, entonces, ¿qué esperas, insensato?; si no encuentras fin a tus asuntos en la juventud, ¿habrás de encontrarlo en la vejez? ¡Oh!, locura, a tu juicio, cuán infeliz eres a causa de tus preocupaciones y asuntos materiales. ¿Qué crees que serán la mayor parte de las cosas que permanecerán?». Esopo, «Callad, dijo el topo, porque me veis débil con respecto a mis ojos». [El libro, de 1556, complementa a *De subtilitate rerum,* 1552; son ambas enciclopedias sobre todas las cosas conocidas, y fuentes fundamentales para el propio Burton. N. de los Ed.].
[729] Plutarco.
[730] [Censorino], *Lib. de natali.,* cap. 1.
[731] Según Stobeo, *Ser.,* 17.
[732] Homilías 12.
[733] Séneca.
[734] Vopiscus Aureliano.
[735] Uno de los hombres más ricos de Roma.
[736] [San Bernardo], *Serm.*
[737] Petronius Catalec.
[738] Ovidio.
[739] Ovidio.
[740] Plutarco, *Vida de Craso.*
[741] Lucano, lib. 9.
[742] Samuel 1, 1, 8.
[743] Santiago 1, 2. «Mi hermano [en el Señor] anota que os produce excesiva alegría caer en tentaciones diversas».
[744] Séneca, «La aflicción produce inteligencia, Dios castiga a aquellos que distingue. Dios actúa sobre una persona excelente o con un mal estado [físico o mental] o con dolor».
[745] Séneca, *De la providencia,* cap. 2.
[746] Homero, *Ilíada,* 4, 127.
[747] Homilías 6.
[748] Salmos 113, 7.
[749] Miqueas 7, 8.
[750] Lipsio: «Aprieta, aprieta, yo, como dice

Píndaro, soy insumergible como el corcho sobre el recinto del mar». [El griego dice lo mismo que el latín].

[751] «Quema esto, corta eso para que ahorres para siempre, Agustín. Él disfruta de dioses encolerizados, se levanta y crece por encima de las desgracias. Y el fuego no consigue domeñar a Mucio, la pobreza a Fabricio, la tempestad sobre Régulo ni el veneno a Sócrates».

[752] Horacio, *Epístolas,* lib. 1, 18.

[753] [Crisóstomo], *Homilías,* 5.

[754] Horacio, *Epístolas,* lib. 1, 18.

[755] Leónides.

[756] Séneca.

[757] Teócrito.

[758] Ovidio.

[759] Ovidio.

[760] Tales.

[761] [Maquiavelo], *Flor. hist.,* lib. 7.

[762] Camden.

[763] Séneca.

[764] Horacio.

[765] [Salustio], *Frag. historiarum,* lib. V.

[766] Horacio.

[767] [Horacio], *Odas,* lib. 2, 3. «Conserva un espíritu sereno en las dificultades».

[768] Epicteto, cap. 78.

[769] Terencio, *Adelphos,* acto 4, esc. 6.

[770] Terencio, *Andria,* acto 4, esc. 6.

[771] Epicteto.

[772] [Teodoreto], *De providentia,* cap. 6.

[773] Livio, lib. 1.

[774] [Cardano], *De consolatione,* lib. 3.

[775] Séneca.

[776] Ver la descripción de Isaac Pontano en *De civ. Amstel.,* lib. 2, cap. 22. [El explorador neerlandés hizo dos expediciones, de 1594 y 1596 a su archipiélago que se encuentra entre el mar de su nombre y el mar de Kara. Las dos islas ya eran conocidas por rusos y noruegos del Medievo. N. de los Ed.].

[777] Ver el libro editado por Pelhams en 1630.

[778] [Cremes, personaje de Terencio en] *Heautontimorumenos (El atormentador de sí mismo),* act. 1, esc. 2.

[779] [Séneca], *Epíst.,* 98.

[780] Publilio Siro Mimo. «La fortuna hace necio al que no la cuida».

[781] Séneca, *De la vida bienaventurada,* cap. 14.

[782] [Marco Porcio Catón ‘el Censor’, también llamado ‘el Viejo’ en] Plutarco, *Vita ejus.*

[783] Horacio, Epístolas, lib. 1, 18. [N. de la T.: Decir Eutrapelo era como decir ‘el bromista’].

[784] Horacio.

[785] Boecio, lib. 2.

[786] [Jerónimo], *Epístolas,* lib. 3, vida de Pablo el Eremita.

[787] [Macrobio], *Satur.,* 1. 11.

[788] [Séneca], *Cuestiones naturales,* lib. 3.

[789] [Cardano], *De consolatione,* lib. 5.

[790] Herbastein.

[791] Vertomannus, *Navig.,* lib. 2, cap. 4.

[792] Alexander de Alexandro, *Gen. dier.,* lib. 1, cap. 2.

[793] [Agustín], Salm. 76.

[794] Boecio.

[795] Filóstrato, *In delitiis.*

[796] [Plinio], lib. 16. cap. 1.

[797] [Platón], *Leyes,* lib. 5.

[798] Cardano, *De consolatione,* lib. 2.

[799] Séneca.

[800] Jerónimo Benzoni.

[801] Ortelio, Grecia.

[802] Catulo.

[803] Virgilio, *Eneida,* 10.

[804] Lucano.

[805] [Tácito], *Anales,* 3.

[806] [N. de la T.: Virgilio, *Eneida,* 9].

[807] Virgilio, *Eneida,* 10. [N. de la T.: 9].

[808] Juvenal.

[809] Cardano.

[810] Séneca.

[811] [San] Bernardo, *Meditatione,* cap. 3. [N. de la T.: *Cinco libros acerca de la meditación*].

[812] Platón, *Apología de Sócrates.* «Pero ya es hora de marcharnos, yo a morir y vosotros a vivir. Quién de nosotros se dirige a una situación mejor es algo oculto para todos, excepto para el dios (42a) [N. de los Ed.].

[813] [San] Bernardo, *Med.,* cap. 3.

[814] En el Vaticano, *Vita ejus.*

[815] Virgilio, *Eneida,* 10.

[816] Lucano.

[817] Homero, *Ilíada,* 9.

[818] Ovidio.

[819] [Plutarco], *Consolación a Apolonio.*

[820] [Séneca], lib. 10, cont. 1.

[821] Ovidio, *Tristes,* 4.

[822] Tácito, lib. 4.

[823] [Agustín], *La ciudad de Dios,* lib. 9, cap. 9.

[824] [Platón], *Fedón.*

[825] [Bernardinus Scardeonius], *De claris. jurisconsultis Patavinis,* lib. 1, clas. 8.

[826] [Cicerón], *Lib. de consol.*

[827] Boecio, lib. 2, met. 3.

[828] Boecio.

[829] Nicolás Hensel, *Breslogr.,* fol. 47.

[830] Allí presentes.

[831] Con Magdalena, la hija de Carlos VII de Francia.

[832] Ovidio.

[833] [Pausanias, *Descripción de Grecia*], lib. 8, «Arcadia».

[834] [N. de la T.: Anacarsis, del siglo VI a.C., fue discípulo de Solón, hermano del rey de los escitas, que le mató porque quiso imponer la cultura helénica en su patria].

[835] [P. Gillius], *Topogr. Constantinopla*, «Prefacio».
[836] Cicerón, *Epístolas*, lib. 3.
[837] Horacio, *Odas*, lib.1, 24.
[838] [Séneca], *De remedia fortuitorum*.
[839] Horacio. [N. de los Ed.: la traducción del latín es de Burton].
[840] Horacio, *Odas*, lib. 1, 24.
[841] Virgilio, *Eneida*, 4. [N. de los Ed.: versos 696-699, modificados por Burton].
[842] [Epicteto], cap. 19.
[843] [N. de la T.: hijos de Edipo y Yocasta].
[844] [Plutarco], *Consolación a Apolonio*.
[845] [Luciano], *Del luto*.
[846] Virgilio.
[847] Horacio.
[848] [Aristóteles], *Ética*, lib. 3, cap. 13. En realidad, *Ética nicomáquea*, 3, 12; 1119a. Y la siguiente cita de Plutarco, *Sobre la tranquilidad del alma*, corresponde a las *Moralia*, 475A. [N. de los Ed.].
[849] [Séneca], *Epístolas*, 85.
[850] Plutarco, *Consolación a Apolonio;* Cicerón, *Tusculanas*, lib. 3.
[851] [Epicteto], cap. 8.
[852] Séneca.
[853] Boecio, lib. 1, pros. 4.
[854] «Quien no puede soportar la envidia que considere soportar el desprecio».
[855] Terencio, *Heautontimorumenos (El atormentador de sí mismo)*.
[856] Epicteto, cap. 14.
[857] Terencio, *Formión*.
[858] [Andreas] Alciato, *Emblemas*.
[859] Virgilio, *Eneida*.
[860] Nathan Chytreus, *Delitiis Europae*.
[861] Horacio.
[862] Lipsio, *Epist. quaest.*, lib. 1, ep. 7.
[863] Lipsio, *Epist.*, lib. 1, ep. 7.
[864] Séneca, *Hércules loco*.
[865] Horacio.
[866] La muy honorable Lady Francis, Condesa viuda de Exeter.Y Lord Berkley.
[867] Chytreus, *Delitiis*: «Traducido del griego el dístico de éste el ejército de los cristianos». Grabado en la tumba de Fr. Puccius el florentino, en Roma.
[868] «Pederato, que no fue elegido entre 300 lacedemonios, se rió diciendo que se congratulaba de que la ciudad tuviese 300 ciudadanos mejores que él».
[869] Se cambian besamanos por favores.
[870] Eneas Silvio, *De miser. curial*.
[871] Seselio, *De repub. gallorum.*, lib. 2.
[872] [Maquiavelo], *Epíst. dedic. disputat.* Zeubbeo Bondemontio, y Cosme Rucelaio.
[873] [Polidoro Virgilio], *Hist.*, lib. 22.
[874] Horacio, *Sátiras*, lib. 2, 5.
[875] [Joannes Valentinus Andreas], *Sat. Menip.*
[876] [Joannes Valentinus] Andreas, *Apolog. menip.*, 5, apol. 39.
[877] [Cardano], *Mi vida*.
[878] Horacio.
[879] [Salviani], *De guber. dei.*, lib. 4.
[880] [Plutarco], *Lysandro*.
[881] Ovidio, *Metamorfosis*.
[882] Eliano.
[883] Mateo 18, 22; y 5, 39.
[884] Lucas 17, 4.
[885] Rom 12, 17, 18 y 19.
[886] Camerario, *Emblemas*, 21, cent. 1.
[887] Heliodoro.
[888] Ovidio.
[889] Camden en Glouc.
[890] Crisóstomo.
[891] Rom 12, 14.
[892] Proverbios.
[893] Proverbios. «No luches con un hombre más grande».
[894] Salmo 45; y Rom 12, 19.
[895] Salmo 140, 12.
[896] Arturo, en Plauto.
[897] Horacio, *Odas*, lib. 3, 2.
[898] Sabid 11, 17.
[899] Juvenal.
[900] León I, papa, *Sermones*. «Para los cristianos es miserable quien hace la ofensa, no quien la padece».
[901] Lit.: «Neque praecepisset desu si grave fuisset: sed qua ratione potero? facile si caelum sus pexeris, et ejus pulchritudinem, et quod pollicetur deus etc.».
[902] Valerius, lib. 4, cap. 1.
[903] [Cicerón], *Cartas a su hermano Quinto*.
[904] Camerario, *Emb.*, 75, cant. 2.
[905] «Lo que no quieras que te hagan a ti, no se lo hagas a otros».
[906] Pedro 1, 2.
[907] Alciato, *Emblemas*.
[908] Plutarco, *Quinquagies Catoni dies dicta ab inimicis*.
[909] [Amiano], lib. 18.
[910] A través de muchas indignidades alcanzamos las dignidades. Epicteto.
[911] «Tengo la seguridad de que si lucho con la basura, venza o sea vencido siempre terminaré mancillado».
[912] [Plinio], lib. 8, cap. 2.
[913] San Juan Crisóstomo, *Comentarios*, cap. 6, «A los romanos», sermón 10.
[914] Cicerón, *Epístola a Dolabela*.
[915] Boecio, *Consolación*, lib. 4, pros. 3.
[916] [N. de la T.: Juvenal].
[917] Terencio, *Formión*.
[918] Camerario, *Emblemas*, 61, cent. 3.
[919] Lipsio, *Elect.*, lib. 2, últ.: «Si me ladran, me tumbo y me callo».
[920] Catulo.

[921] El símbolo de J. Kevenheder, un barón carintio apodado Sambucus.
[922] El símbolo de Gonzaga, duque de Mantua.
[923] Persio, *Sátiras,* 1.
[924] [N. de la T.: Antevorta era la diosa que presidía los nacimientos, y Postvorta la diosa que recordaba a los hombres las cosas del pasado].
[925] Séneca, *De ira,* cap. 32.
[926] Cicerón, *Del supremo bien y del supremo mal,* 2. «¿Hay algo más torpe que hacer depender de palabras necias la vida de un sabio?».
[927] Boecio, *Consolación,* lib. 1, pros. 4.
[928] Plauto, *Miles gloriosus (El soldado fanfarrón),* acto 3.
[929] Bión decía que su padre era un bribón y su madre una ramera para evitar la difamación, y mostrar que nada era suyo sino las bondades de la mente.
[930] [Jerónimo], lib. 2, ep. 25.
[931] Lema de Otón II, emperador.
[932] Jerónimo: «Que el demonio nunca te encuentre ocioso».
[933] Epicteto.
[934] Séneca.
[935] Camerario, *Emblemas,* 55, cant. 2. Epicarmio: «Ten cuidado al creer a alguien, no te fías de nadie».
[936] La ocasión la pintan calva. [N. de los Ed.: «Post est occasio calva», famoso epigrama de origen griego que el gramático y poeta latino Ausonio describe como la oportunidad o momento adecuado, siempre huidizos. «¿Por qué en la parte posterior de la cabeza no tienes pelos? Para que no me puedan sujetar cuando huyo, contesta la Ocasión»].
[937] Horacio, *Epístolas,* lib. 1, 19 y lib. 1, 18.
[938] Aulo Gelio [*Noches áticas*], lib. 2, cap. 12. «La ley de Solón, según Aristóteles».
[939] Platón.
[940] Séneca.
[941] Terencio.
[942] «Mientras la locura esté en plena carrera, cede la locura. Debes ser cretense en Creta, estar al servicio de los tiempos y no soplar contra la llama».
[943] [N. de la T.: Burton parece hacer referencia a las pinturas que adornaban las fuentes de quesos y las telas pintadas que colgaban de las paredes].
[944] Livio. [N. de la T.: habitantes de Veyes, ciudad Etrusca cercana a Roma. Ambas se enfrentaron a lo largo de muchos años].
[945] Terencio, *Adelphoi* o *Los hermanos,* esc. 2.ª
[946] Plauto.
[947] Petronius Arbiter, *Catal.*
[948] [Rojas], *La Celestina,* acto 8; Pármeno: «Si la locura fuese dolorosa, en ninguna casa dejarías de oír quejidos».
[949] Busbequius, *Sandes,* lib. 1, fol. 56.
[950] *Sátira Menipea.*
[951] [N. de la T.: diremos «medicina» cuando se refiera a la ciencia o arte de curar, y «medicamento» al referirnos a los productos y preparados].
[952] [Boecio], *Hist.,* lib. 1.
[953] [Ortelio, *Itinerario*].
[954] [Capella], De *nup. philol.,* lib. 6.
[955] [Lemnio], *Lib. de 4 complex.*
[956] Juvenal.
[957] Hipócrates, *Aforismos,* 7, en «Interpretaciones político morales».
[958] [Cardano], *De contrad. med.,* Prefacio.
[959] [Paracelso], «La opinión hace a los médicos»: una bella vestimenta, un sombrero de terciopelo, y la fama del doctor está hecha.
[960] «Una enfermedad es curada por otra, un remedio es sustituido por otro».
[961] Cardano. «Manifiestan opiniones contrarias».
[962] Cardano, *De sap.,* lib. 3.
[963] Agrippa.
[964] [N. de la T.: micción lenta y dolorosa].
[965] [Dudith], *Crat. ep. Winceslao Raphano,* lib 3.
[966] [Gregorio de Tolosa], *Syntax. art. mirab.,* lib. 28, cap. 7. [Pierre Grégoire: nota 25].
[967] Heródoto, *Euterpe de Aegyptiis.*
[968] [Jenofonte], *Ciropedia,* lib. 1.
[969] [San Juan] Crisóstomo, *Hom.*
[970] [Francisco] Hildesheim, *Spicilegia,* lib. 2,, «de melancholia», fol. 276.
[971] [Celso], lib. 1, y Caspar Barth, lib 1, cap. 12.
[972] [Galeno], *De vict. acut.,* 2.
[973] Hesíodo, *Los trabajos y los días.*
[974] [Joannes] Heurne, *Prax. med.,* prefacio.
[975] [Bernard] Penot, *Denario médico.*
[976] [N. de la T.: el *sen* de España es la *Cassia obovata*].
[977] [N. de la T.: el *turbit* de la India es el *Ipomoea turpethum.* Otros *tubit* pertenecen al género *Thapsia*].
[978] [N. de la T.: son hongos de distintos géneros].
[979] [N. de la T.: citado por Dioscórides y comentado, en su propia edición, por Laguna, sería una variedad de azafrán que crecía en zonas de Grecia, el *colchico ephemo*].
[980] Giovanni Antonio [Magini], *Geog.*
[981] Lit.: «Baldus mons prope Benacum herbilegis maxime notus».
[982] Lit.: «Herbae medicis utiles omnium in Apulia feracissimae».
[983] [Jodocus] Sincerus, *Itiner. Galliae.*
[984] [N. de la T.: pueblo de la Libia interior].
[985] [Plinio], *Epístolas,* lib. 8.

986 [Voschius], *De pest.*, parte 2, cap. 17.

987 [Coronarius], *Melchior Adamus vit. ejus.*

988 [Thimothy Bright].

989 [Fuchs], *Instit.*, lib. 1, cap. 8, sec. 1.

990 [Joannes Renodaeus], *Instit. Phar.*, lib. 1, cap. 10.

991 Galeno. «El hígado de lobo cura a los hepáticos».

992 «Los excrementos de ganado, para la epilepsia», etc.

993 Zuzón, oruga. [N. de la T.: *Senecio vulgaris*, y *Eruca vesicaria*].

994 [N. de la T.: *Vitex agnus-castus y Nymphaea alba*].

995 Wecker. Ver Oswald Croll, *De Internis rerum signaturis, de herbis particularibus parti cuique convenientibus.* [Médico paracelsiano, m. 1609. Su libro sobre las signaturas, en la órbita de Boehme, se difundió mucho por entonces. (N. de los Ed.)].

996 [N. de la T.: *Tussilago farfara, Stachys officinalis, Satureja calamintha y Euphrasia officinalis*, respectivamente].

997 [N. de la T.: *Inula helenium, Hyssopus officinalis, Marrubium vulgare, Teucrium chamaedrys*, respectivamente].

998 [N. de la T.: *Anchusa azurea*].

999 [N. de la T.: *Ajuga Chamaepitys*].

1000 [N. de la T.: *Cuscuta epithymum*].

1001 [*Chrysantemun parthenium*].

1002 [N. de la T.: *Hypericum perforatum*].

1003 *Idem*, Du Laurens, cap. 9.

1004 «Soy proclamado como Borraja, pues siempre llevo alegrías».

1005 «La infusión en vino produce hilaridad».

1006 [Homero], *Odisea.*

1007 [N. de la T.: Laguna, en el Dioscórides, parece pensar que borraja y buglosa son la misma hierba, o muy parecidas. Burton parece también tratarlas como de efectos similares].

1008 [Heurne], *Prax. med.*, lib. 2, cap. 2.

1009 [Mattioli], *Epistolarum medicinalium libri quinque*, Praga, 1561.

1010 [N. de la T.: *Scorzonera hispanica*].

1011 Gerard. [N. de la T.: *Herball, or General History of Plants*, 1597]

1012 [Areteo de Capadocia], lib. 7, cap. 5.

1013 [N. de la T.: *Phyllitis scolopendrium*].

1014 [N. de la T.: *Cuscuta epithymum*].

1015 *Ceterach officinalis.*

1016 [Joannes de] Laet, *Occid. Indiae descrip.*, lib. 10, cap. 2.

1017 Heurne, lib. 2, cons. 185; Scholtz, cons. 77.

1018 [N. de la T.: *Cnicus benedictus*].

1019 [Penot], *Denar. med.*, prefacio.

1020 Planta fabulosa de virtudes mágicas.

1021 [Guillaume] Rondelet: «Muchos tienen, en secreto, elena, que tiene una fuerza admirable para producir hilaridad». Schenk, *Observ. med.*, cen. 5, obser. 86.

1022 Schenk. Mizaldus. Rhazes.

1023 [Mattioli, *Dioscórides*], lib. «De gemmis».

1024 [Mattioli]: «Las perlas y el coral son especialmente fuertes contra la melancolía».

1025 [Encelius]: «Las perlas y las piedras preciosas confortan el espíritu y el corazón, y ahuyentan la melancolía».

1026 [Renodeus], *Praefat. ad lap. prec.*, lib. 2, sec. 2, «De mat. med.».

1027 Encelius, lib. 3, cap. 4.

1028 Idem, cap. 5 y cap. 6, «De hyacintho et topazio».

1029 Lit.: «Inducit sapientiam, fugat stultitiam». Idem, Cardano, «lunaticus juvat».

1030 Jacobo de Dondi; Albertus; Encelius, cap. 44, lib. 3; Plinio, lib. 37, cap. 10.

1031 «Sana la locura, aleja la tristeza».

1032 [Cardano]: «Llevar puesto un anillo de plata produce sueños alegres».

1033 [Dondi], sec. 5, miemb. 1, subs. 5.

1034 «El oro genera alegría, pero no en el corazón, sino en el arca del avaro».

1035 Chaucer.

1036 [Erastus], «Epístola a Monavium».

1037 [Paracelso], *Parag.*

1038 Ver Ernesto Burgravium, edición Franakere, 8.º, 1611. Y Croll y otros.

1039 [N. de la T.: en el texto dice: «Alexipharmacus, Panaceas, Mummia's, unguentum Armarium», y «Lampas vitae et mortis, Balneum Dianae, Balsamum, Electrum Magicophysicum, Amuleta Martialia»].

1040 [Mattioli]: «Algunos son indiferentes en esto por encima del límite; yo considero que su utilización, aunque no sea tan grande, no debe, sin embargo, ser rechazada».

1041 [Fuchs], lib. 1, sec. 1, cap. 8.

1042 [Ricci], *Expedit. in Sinas*, lib 1, cap. 5.

1043 [Cardano], *Liber de Aqua.*

1044 [Alkindus], *De dos.*, opúsculo.

1045 [Cardano], *Subtil.*, cap. «De scientiis».

1046 [Joseph] Quercetan, *Pharmacop. restitut.*, cap. 2.

1047 [Aecio], *Tetrabibl.*, 4, cap. 25, ser. 2.

1048 [Justo] Lipsio, *Epístolas.*

1049 Teodoreto, *Prodromus Amor*, lib. 9.

1050 [N. de la T.: los encerrados en el sanatorio inglés de Bethlehem o Bedlam].

1051 [N. de la T.: los nombres citados por Burton son: «Diambra, Diamargaritum calidum, Dianthus, Diamoschum dulce, Electuarium de gemmis, laetificans Galeni et Rhasis, Diagalinga, Diacimynum, Dianisum, Diatrion piperion, Diazinziber, Diacapers, Diacinnamomun», y frías, «Diamargaritum frigidum, Diacorolli, Diarrhodon Abbatis, Diacodion»].

[1052] Heurne. «Dado en suero de leche o en vino».
[1053] Fuchs: «Con una medida de eléboro cura el cerebro y se fortalece la memoria».
[1054] [Mattioli].
[1055] [Heurne]: «Provoca el vómito y la menstruación, es eficaz contra la hidropesía».
[1056] [N. de la T.: *Urginea maritima,* cebolla albarrana].
[1057] [Brassavola]: «Saca los humores negros».
[1058] [Rembert Dodon], cap. 26.
[1059] [Oribasio], *Collect.*, lib. 8, cap. 3. «Damos el eléboro en aquellas enfermedades que difícilmente son curadas [por otros procedimientos]».
[1060] Lit.: «Non sine summa cautione hoc remedio utemur, est enim validissimum, et quum vires Antomonii contemnit morbus, in auxilium evocatur, modo validae vires effllorescant».
[1061] Aecio, *Tetrabib.*, cap. 119, ser. 2.
[1062] [Heurne], cap. 12, «de morbis cap.».
[1063] [Mattioli], *Dioscórides,* lib. 5, cap. 59.
[1064] [Zwinger], *Cratonis epist,* sect. vol., «a Monavium epist.».
[1065] [N. de la T.: *Polypodium vulgare, Cuscuta epithymum,* respectivamente. Burton les llama Polypodie y Epithyme].
[1066] [N. de la T.: del género *Terminalia;* suele ser la *T. chebule*].
[1067] [N. de la T.: en el original: «alyppus», que interpreto como «alyssum»].
[1068] [N. de la T.: del género *Cassia;* la de España, *C. obovata*].
[1069] [Dodon], cap. 4, lib. 2.
[1070] [Francisco Valesio], lib 9, cont. 3. «¿No es cierto que el áloe abre los orificios de las venas?».
[1071] [Guianerius], trat. 15, cap. 6.
[1072] [Crato], en *Consil,* 184 de Scholtz.
[1073] [N. de la T.: las «Prétides» fueron castigadas por Juno por compararse a ella en belleza y enloquecieron creyéndose vacas].
[1074] [Galeno], lib. 6, «Simpl. med».
[1075] [N. de la T.: ciudad de la antigua Fócida donde se preparaba el eléboro del monte Helicón, donde iban a curarse los enfermos de locura].
[1076] [N. de la T.: seguramente del *Menipo o Necromancia,* de Luciano].
[1077] *El tramposo,* act. 4, escena últ.
[1078] Horacio.
[1079] [Petronio], *Sátiras.*
[1080] Crato, cons. 16, lib. 12.
[1081] [Constantino], lib. 23, caps. 7, 12, 14.
[1082] [Leonicus], *De var. hist.*
[1083] [Grassavola], *Catart.*
[1084] [Quercetan], *Pharmacopea.*
[1085] [N. de la T.: una mezcla de vinagre, miel y alguna otra cosa, con cebolla albarrana].
[1086] [Uldaricus Leonorus], *Epístola a Mathioli,* lib. 3.
[1087] [N. de la T.: purga de todos los humores].
[1088] [N. de la T.: *Thapsia villosa*].
[1089] [N. de la T.: sustancia que procede, por sangrado, de una especie de fresno, *Fraximus ornus*].
[1090] [N. de la T.: *Sanguisorba officinalis*].
[1091] [N. de la T.: grasa animal procedente de unas glándulas del castor, semejante al almizcle].
[1092] Fernel, lib. 2, cap. 19.
[1093] Renodeus, *De his* [*Sobre los cortes*], lib. 5, cap. 21; Mercurial, lib. 3, «De composit. med.», cap. 24; Heurne, *Prax med.,* lib. 1; Wecker, etc.
[1094] [Rhazes], *Cont.*, lib. 1, cap. 9. «Alimentos en abundancia, y cuando haya engordado, la enfermedad se hará ido».
[1095] Areteo, lib. 7, cap. 5.
[1096] Lit.: «A lenioribus auspicandum (Valescus, Piso, Bruel), rariusque medicamentis purgantibus utendum, ni sit opus».
[1097] Guianerius, trat., 15, cap. 6.
[1098] Piso.
[1099] Rhazes.
[1100] [Trincavelli], *Consil.,* 10, lib. 1.
[1101] Plinio, lib. 31, cap. 6. Idem, Dioscórides, lib. 5, cap. 13.
[1102] Heurne, lib. 2, «Compuestos purgantes en la melancolía».
[1103] [Mizauld], *Lib. de artific. med.*
[1104] [Hieronymus Rubeus], sec. 3: «El mejor remedio es el ‘agua compuesta’ de Savonarola».
[1105] Schenk, *Observ. med.*, cent. 2, obs. 31.
[1106] Donato de Altomari, cap. 7: «Pongo a Dios por testigo de que he curado a muchos melancólicos empleando sólo el jarabe, haciendo antes una purgación».
[1107] Quercetan, *Pharmacopea,* cap. 4; Oswald Croll.
[1108] [Francis Anthony], cap. 1.
[1109] Galeno, *Método en la medicina,* lib. 1, cap. 2.
[1110] Codronchi, *De sale absinthii.*
[1111] [Codronchi], *idem.*
[1112] *Disput. in eundem,* parte 1.
[1113] Piso.
[1114] El Maestro Dr. Lapworth.
[1115] [Bernardius Visontinus], *Ant. Philos,* cap. «De melan.».
[1116] Mercurial, *Consil.,* 6 y 39: «Consígase la provocación de la menstruo y la evacuación de las hemorroides, de manera que su retención tenga salida».
[1117] Du Laurens, Bruel, etc.
[1118] Pedro Bairo, lib. 2, cap. 13.
[1119] Hildesheim, *Spicelegia,* ens. 2.
[1120] [Arculano], *Ad nonum librum Rhasis*

ad Almansor. [N. de los Ed.: Burton suele citarlo como «en Rhazes, 9»].

1121 [Arnau de Vilanova], *Aphor.,* 38. «Debe ser elegida la medicina teriacal antes que las otras».

1122 Galeno, *De temperamentis* [*Sobre la complexión humoral,* o *Los temperamentos*], lib. 3, cap. 3.

1123 Horacio, *Odas,* lib. 2, 11.

1124 Homero, *Odisea,* Δ.

1125 [N. de la T.: la cita de Esdrás no es correcta].

1126 Pausanias.

1127 [Jesús, hijo de Sirach, o] Sirácides, 31, 28.

1128 «Se dice, según Catón el Viejo, que la virtud frecuentemente se fortalece con el vino [En este caso, puro, a diferencia que lo acostumbrado, que era con agua. N. de la T.].

1129 Así hacían los antiguos atenienses, como relata Suidas, y así hacen hoy en día los alemanes.

1130 [Zacarías], cap. 10, 7.

1131 [Bartolomeus Anglicus], *De rerum propietate* [*Sobre las propiedades de las cosas*], lib. 6, cap. 23 y 24.

1132 Ester 1, 8.

1133 [Rhazes], *Continens* [*El contenido de la medicina*], trat. 1, lib. 1.

1134 Horacio.

1135 [Aulio Gelio], *Noches áticas,* lib. 15, 2.

1136 Horacio, *Odas,* lib. 1, 27.

1137 Horacio, *Odas,* lib. 1, 7.

1138 Anacreonte, 26. «Pues más me vale estar ebrio que yacer muerto».

1139 [San Pablo], *A los efesios,* 5, 18. ser. 19, en cap. 5.

1140 [Plinio], lib. 14, 5. «Nada más pernicioso para las personas si les falta moderación, un veneno».

1141 Teócrito, *Los idilios,* 13.

1142 Renodeus.

1143 Mercurial, cons. 25. «El vino es óptimo para la melancolía fría, y pésimo para la caliente».

1144 Fernel, cons. 44 y 45. «Prohibe tomar vino con frecuencia, y el aromatizado».

1145 Hildesheim, *Spicelegia,* ens. 2.

1146 [N. de la T.: compuesto cordial hecho de sidra, agua de rosas, azúcar, y con el colorante rojo aportado por los *Kermes,* heípteros de diversas especies que producen un colorante rojo].

1147 García de la Huerta, *Aromatum,* lib. 1, cap. 15. «La droga viene bien para todas las enfermedades de melancolía. Yo, (digo), la usé en las enfermedades de melancolía y con su uso devolví a los enfermos desahuciados su antigua salud. Véase más en el libro de Bahuin, *De lap. Bezoar,* cap. 45.

1148 [N. de la T.: buglosa, *Anchusa azurea*].

1149 [Jodocus Sincerus], *Itinerario Galliae,* ed. 1617. «Con el electuario de Montpellier se hacen utilísimos alquermes», etc.

1150 [N. de los Ed.: en el original, *catholicke,* del griego ‘universal’, ‘general’; quizá sea otra ironía de Burton hacia los ‘papistas’, como las que desgranó en el tomo I].

1151 Schenk, lib. 1, «Observat. de Mania»: «Descubrí tal medicamento contra la enajenación y locura de la mente surgidas por una tara del cerebro, en un códice manuscrito alemán».

1152 Schenk: «La ceniza de un caparazón de tortuga quemada, bebida con vino cura la melancolía, y también la raspadura del cuerno del rinoceronte».

1153 Lit.: «Instant in matrice, quod sursum et deorsum ad odoris sensum praecipitatur».

1154 Vizconde de St. Albans. [N. de la T.: Sir Francis Bacon].

1155 [N. de la T.: ‘químicamente’].

1156 [Galeno], *De locis affectiis,* lib. 3.

1157 [Aecio], *Tetrabiblos,* 2, ser. 1, cap. 10.

1158 [N. de la T.: *Melilotus offcinalis,* trébol de olor].

1159 [Visontinus], cap. «de melan.».

1160 [Manuel Philes], *Lib. de proprietat. animal.*

1161 Marcial.

1162 [Renodeus], *Phar.,* lib. 1, cap. 12.

1163 Aecio, *Tetrabiblos,* cap. 31, ser. 4.

1164 Dioscórides, Ulisse Aldrovandi, *Sobre la araña.*

1165 La señora Dorothy Burton. Murió en 1629.

1166 [N. de la T.: Verbascum thapsus, gordolobo].

1167 [N. de la T.: «*diacodium*», un jarabe hecho de amapolas, «*diascordium*», un medicamento inventado por Fracastoro].

1168 [N. de la T.: Medicina inventada por Philon de Tarsus, un médico antiguo. Se componía de opio, azafrán, pyrethrum, euphorbium, pimienta, belaño, spikenard, miel, y otros ingredientes].

1169 [N. de la T. un cáustico suave].

1170 Belon, *Observat.,* lib. 3, cap. 15.

1171 Leed a Lemnio, *Liber herb. bib.,* cap. 2, «De la mandrágora».

1172 Cardano, *De rerum varietatate.*

1173 «Olysipponensis medicus, pudor aut juvat aut laedit».

1174 [Felix Platter], *De mentis alienatione.*

1175 El señor doctor Ashworth.

1176 [Crato], *cons.* 21. «Conténtese con un solo trago de vino».

1177 [Crato], *cons.* 283.

1178 [N. de la T.: *Sonchus oleracerus*].

1179 Piso.

1180 [Schenk], *Observat.,* fol. 154. «Curado

a causa de la sangre que perdió por una herida en la pierna».

1181 Lit.: «Studium sit omne ut melancholicus impinguetur».

1182 Hildesheim, *Spicelegia,* ensayo 2.

1183 Piso.

1184 André du Laurens, cap. 15. «Para que [la sangre] vuelva hacia atrás, cortamos en la vena interna de ambos brazos».

1185 [N. de la T.: vena entre los dedos anular y meñique].

1186 Bruel.

1187 Octavo Horaciano, lib. 2, cap. 5.

1188 Piso; Altomari; Du Laurens, cap. 15.

1189 [Salviani], lib. 2, cap. 1.

1190 «Los animales que se crían cerca de estos artesanos tienen el bazo pequeño».

1191 «Su uso continuado siempre alcanza el éxito, acabando con la enfermedad».

1192 *Observat.,* lib. 1, «prohypoc. leguleio».

1193 [Pedro Bairo], lib. 2, cap. 13.

1194 «Una dracma de Teriaca principalmente en primavera y verano».

1195 [Victorio Trincavelli], *Consil.,* 12, lib. 1.

1196 [Montalto], cap. 33.

1197 [N. de la T.: *Alpinia officinaruml*].

1198 [N. de la T.: Citada por Andrés Laguna en su comentario al capítulo sobre el «Gengibre» de Dioscórides. Dice Laguna: «Es semejante al Gengibre ansí en figura como en virtud, la Zedoaria, puesto que no es tan aguda», y más adelante, «resuelve las ventosidades del vientre». *Pedacio Dioscórides Anazarbeo, acerca de la Materia Médica,* lib. II, cap. CXLIX, p. 238, ed. Laguna].

1199 [Areteo], cap. 5, lib. 7.

1200 Piso, Bruel.

1201 [Luis Mercado], lib. 1, cap. 17.


SB
SmithKline Beecham


S.N.C.